Pensamiento al margen

Revista Digital de Ideas Políticas

Número 18. El tema de nuestro tiempo (2023)

El tema de nuestro tiempo

Emilio Santiago Muiño (ILLA-CSIC)
(coordinador).

Pensamiento al margen. Revista Digital

Número 18. El tema de nuestro tiempo (2022)

Director / Editor: Juan Manuel Zaragoza Bernal (Universidad de Murcia)

Comité Editorial / Editorial Board:

David Soto Carrasco (Universidad de Murcia, España), Agustina Varela Manograsso (Universidad de Murcia, España), Cristina Guirao Mirón (Universidad de Murcia, España), Javier Noble Antas (Universidad de Murcia, España), Salvador Cayuela Sánchez (Universidad de Murcia, España), José Francisco Bellod Redondo (Universidad de Murcia, España), Pedro Fernández Riquelme (Universidad de Murcia, España), María García Pérez (Universidad de Valladolid, España), Irene Pardo Contreras (Universidad de Murcia, España).

Manuel Lario Bastida (In memoriam) (Grupo Estudios Críticos sobre la Comunicación [ECCO], Universidad de Almería, España).

Comité Científico / Scientific Committee

Alicia Morales Ortiz (Universidad de Murcia, España), Antonio Gómez Villar (Universidad de Barcelona, España), Beatriz Gallardo Pauls (Catedrática de Lingüística, Universidad de Valencia, España), Mayte Muñoz Sánchez (UNAM, México), Antonio Campillo Meseguer (Universidad de Murcia, España), Ana M. Fernández-Cebrián (Universidad de Columbia, USA), Javier Franzé Mundanó (Universidad Complutense de Madrid, España), Jorge Costa Delgado (Universidad de Cádiz, España), Juan Pablo Tomé Mateo (Pace University, New York, USA), Marco Aranda Andrade (Universidad de Nuevo León, México), Fernando Broncano Rodríguez (Universidad Carlos III, España), Stella González Arnal (University of Hull, UK), Natalia Moraes Mena (Universidad de Murcia, España), Óscar García Agustín (Universidad de Aalborg, Dinamarca), Sergio Villalobos Ruminott (Universidad de Michigan, USA), Sergio Fernández Riquelme (Universidad de Murcia, España), Sonia Madrid Cánovas (Universidad de Murcia, España), Teresa Oñate y Zubia (Catedrática de Filosofía, UNED, España), Manuel Artime Omil (UNED, España), Luciana Samané (Universidad Nacional de Córdoba, Argentina), Giorgio Borrelli (Università deli Studi di Baro Aldo Moro, Italia), Inmaculada Hoyos Sánchez (Universidad de Granada, España).

ISSN 2386-6098. www.pensamientoalmargen.com

Pensamiento al margen es una revista **evaluada** por

Los contenidos de la revista *Pensamiento al margen* han sido **incluidos** en

La revista *Pensamiento al margen* está **catalogada** en

Número 18. El tema de nuestro tiempo (2023)

Monográfico

La emergencia socioecológica como tema de nuestro tiempo. *Emilio Santiago Muiño* …… 5
Perspectivas ecologistas sobre el tema de nuestro tiempo. *Varios Autores*…….. 24
Colapso y promesa. *Marina Garcés*…… 51
¿Es Gaia el cosmograma que necesitamos? *Luis Arenas*…… 65
Creer en la ciencia. *Jorge Moruno* …… 72
Cómo asaltar un banco central. *Xan López* ……. 82
Ecologismo y holismo. Implicaciones teóricas y prácticas de una ontología monista. *César Rendueles, Jaime Vindel, Emilio Santiago Muiño* …… 93
Transición ecosocial y mundo agrario. Brechas, puentes y horizontes comunes. *Daniel López-García*…….. …… 112
Proyecto EUDEMON: prevención y resolución de conflictoseco-sociales en el ámbito del despliegue de renovables en el territorio. *Sigrid Muñiz San Martin y Jaume Moya i Matas* ….……..…... 133
Construyendo un pacto social ecológico: lecciones urgentes del proceso constituyente chileno. *Pedro Pablo Glatz y Carolina Palma Correa*…… 149
Superilla Barcelona: avances, retos y posibildiades de un nuevo modelo urbano para el siglo XXI. *Janet Sanz*…… 165
Apuntes para abordar la transición energética en Euskal Herria. *Mikel Otero*.… 170
Madrid Central: sentido común frente a la irresponsabilidad. *Inés Sabanés* …..... 176
Los proyectos piloto de reducción de jornada como herramientas políticas. *Héctor Tejero*…… 180

Miscelánea

Medieval Cities, Heresy, Church and the Mutual Aid: first approach to the interpretation of Kropotkin. *Jordi Maíz Chacón* …… 190
La *nueva stoa*. El estoicismo como práctica terapéutica neoliberal. *Malena Canteros* ……...…….. 200

Reseñas

Tsing, Anna (2021), *La seta del fin del mundo*. Madrid: Capitan Swing. *Cristina de Benito*……. 212
Schmelzer, M., Vetter, A., Vansintjan, A. (2022), *The Future is Degrowth*. London & New York: Verso Book. *Lucía Muñoz Suerio y Lorenzo Velotti* ……. 216
Llevadot, Laura (2022), *Mi herida existía antes que yo*. Barcelona: Tusquets. *Patricia Irene Lara Folch*…...……..…….. 220

Monográfico

Pensamiento al margen. **Revista Digital de Ideas Políticas**. Número 18 (2023), pp. 5 - 22
ISSN: 2386-6098. www.pensamientoalmargen.com.

La emergencia socioecológica como tema de nuestro tiempo[1]

Emilio Santiago Muíño
Doctor en Antropología social. Científico titular del CSIC.

1. El tema de nuestro tiempo y el problema de la metahistoria

Este año 2023 se cumple un siglo de la publicación de uno de los libros más importantes de la obra de Ortega, *El tema de nuestro tiempo*, que sentó las bases de lo que fue su pensamiento maduro, etiquetado en los manuales de filosofía como raciovitalismo. La efeméride nos sirve de pretexto retórico para reapropiarnos de la célebre expresión que da título al libro, y defender, como viene haciendo desde hace años Jorge Riechmann (Riechmann, 2016), que si en el siglo XXI hay un asunto candidato a obtener el rótulo de tema de nuestro tiempo es la cuestión socioecológica, cuya gravedad ya exige hablar mucho más en términos de emergencia que de crisis. Este será el hilo conductor de este número de la revista Pensamiento al Margen, que abordará algunos de los retos intelectuales y políticos de la emergencia socioecológica desde diferentes perspectivas. Pero antes de analizar las razones por las que la emergencia socioecológica merece un título tan superlativo, es interesante preguntarnos qué puede ofrecer el pensamiento de Ortega para orientarnos en la encrucijada de nuestro presente.

Ortega escribió *El tema de nuestro tiempo* bajo el presupuesto de que un proyecto de "metahistoria" —esto es, la clarificación de los patrones recursivos del acontecer humano, y el descubrimiento de los grandes ritmos históricos—, no solo era epistemológicamente posible, sino que suponía de hecho la tarea que justificaba el valor intelectual de esta disciplina (Ortega, 1988, p. 60). A partir del estudio histórico, el investigador podría predecir acontecimientos, al menos en términos generales, pues como "la historia no es un puro azar indócil a toda previsión", ejercitarla "solo es una labor científica en la medida en que sea posible la profecía" (Ortega, op.cit., p.65). También sería posible acentuar la importancia de unos fenómenos frente a otros y ejercitar una mirada selectiva capaz de ordenar una jerarquía de prioridades del presente que no fuera arbitraria. Estos presupuestos clasificarían a Ortega dentro de ese enfoque filosófico que Karl Popper criticó bajo el paraguas del historicismo (Popper, 2002): una categoría elaborada para desacreditar el marxismo que, aunque partía de una comprensión muy superficial de los textos de Marx, sí que delimitó bien cierta tentación oracular del pensamiento moderno que tuvo en las versiones mecanicistas y vulgarizadas del marxismo uno de sus ejemplos más representativos.

Según Ortega, si atendemos a las "sugestiones del común destino" (Ortega, op.cit., p. 63) descubriremos que cada época impone un dilema y misión que se encarnan en una vocación generacional. Esta vocación, a su vez, supondría una prueba de competencia

[1] La coordinación de este número de Pensamiento al margen se enmarca en el trabajo desarrollado en el proyecto de investigación *Humanidades energéticas: Energía e imaginarios socioculturales entre la revolución industrial y la crisis ecosocial* (PID2020-113272RA-I00).

vital y por tanto una responsabilidad, especialmente para las minorías selectas que conforman la comunidad directiva de cada generación. Así pues, las generaciones podrían o bien hacerse cargo del tema de su tiempo o desertar siendo "infieles a sí mismas" y actuando como "generaciones delincuentes" (Ortega, op.cit., 62). A partir de estas coordenadas, Ortega diagnosticó una profunda desorientación civilizatoria en Occidente, que debía corregirse superando las estrecheces subjetivas de un racionalismo hipertrofiado, que venía dominando Europa desde el siglo XVI, y que estaba preñado de un culturalismo, un utopismo y un revolucionarismo excesivos. Estos alejaban peligrosamente a Europa de los valores inmanentes de la vida tal y como fueron expuestos en los trabajos anticipatorios de Goethe y Nietzsche, la vida como algo que merece la pena en sí misma más allá de los motivos ultravitales hacia los que se oriente. Por tanto, Ortega se sentía parte de una generación que debía pasar la página de la etapa racionalista de la cultura europea para abrir el capítulo de una etapa vitalista que no fuera ni regresiva ni irracional. Una nueva época que reubicase la razón como instrumento parcial en el marco de una cosmovisión que consagrase la vida como un fin en sí mismo, no como un medio para alcanzar ideales abstractos. "La razón pura tiene que ceder su imperativo a la razón vital" (Ortega, op.cit., p.100). Ese era para Ortega, hace un siglo, el tema de su tiempo.

Como suele ocurrir en las filosofías historicistas, en *El tema de nuestro tiempo* la crisis también adopta la lógica de la demora, del retraso, de la impuntualidad: "Lo mismo da que sean liberales o reaccionarios. En ambos casos son rezagados. El destino de nuestra generación no es ser liberal o reaccionaria, sino precisamente desinteresarse por este anticuado dilema" (Ortega, op.cit, p. 64). Lo que sustenta el razonamiento es la irrupción de un parteaguas temporal que sirve de patrón de medida. La asunción de que se ha cruzado de una frontera histórica definitoria, pero con un déficit reflexivo sobre lo que ello implica. Y que por tanto impone un ajuste, un ponerse en hora.

Este modo de enfocar el cambio social es coherente con el intento orteguiano, también prefigurado en este libro, de convertir el conflicto entre generaciones en algo parecido a la lucha de clases en el sistema marxista: un motor de la historia. "El reaccionario y el revolucionario del siglo XIX son mucho más afines entre sí que cualquiera de ellos con cualquiera de nosotros" (Ortega, op.cit,, p.58) Como señalan Carles Feixa y Carmen Leccardi (Feixa y Leccardi, 2011), no es casualidad que fueran autores como el húngaro Mannheim o el español Ortega los que pusieran el acento en la lucha generacional, un poco a contracorriente respecto al resto de Occidente. Probablemente en ambos casos se trataba de intentos de no quedar descolgados del debate sociológico internacional, crecientemente monopolizado por la categoría de conflicto, pero desde lugares de enunciación que se querían resistentes frente a la creciente influencia intelectual del marxismo.

Que la historia se rija por leyes, esto es, que sea un proceso evolutivo lo suficientemente sistémico y coherente como para que su dirección sea anticipable mediante el estudio del pasado, es una apuesta que resulta hoy difícil de defender. Algunos de los grandes hitos de la filosofía desde finales del siglo XIX, desde Nietzsche hasta Benjamin pasando por el citado Popper, Foucault o Vattimo, han tenido que ver con diferentes formas de crítica a este enfoque finalista o teleológico que, en su formulación más sofisticada, debemos seguramente al influjo del sistema hegeliano. Si a ello le sumamos que el fracaso político del socialismo real hizo entrar en bancarrota una de las escuelas historicistas de mayor implantación social, la del materialismo dialéctico (en palabras de Rendueles, una extraña alianza entre materialismo marxista e idealismo hegeliano –Rendueles, 2016, p. 94), y le añadimos las tonalidades epistémicamente más humildes que, por muchas razones e influencias, ha ido adquiriendo el debate filosófico,

una obra como la Ortega hoy está condenada a chirriar por una pomposidad y ambición que nos suena vetusta. Sin embargo, las tesis historicistas no dejan de estar presentes en la trastienda de muchos planteamientos ideológicos y filosóficos contemporáneos. Como si recaer en un criptohistoricismo fuese una suerte de necesidad. En definitiva, el historicismo es una perspectiva con una mala salud de hierro.

Así, el papel de vector progresista (o al menos dinámico) que en el pensamiento de Ortega juega la noción un poco ambigua de "ley de desarrollo de la vida" (Ortega, op.cit, pág. 66) lo sigue cumpliendo en la tradición marxista, incluso en muchos exponentes que han pretendido romper con el economicismo vulgar, el impulso tecnológico o el desarrollo de las fuerzas productivas. En la sociobiología ese rol está reservado a la transmisión y preservación del propio acerbo genético. En la teoría crítica contemporánea, a los avances de la racionalidad comunicativa. Las diferentes corrientes del pensamiento ecologista hacen lo propio con aspectos de nuestro metabolismo socionatural, como la apropiación humana de flujos energéticos. Los ejemplos podrían ser otros. Lo que comparten todas estas apuestas es la negación de que la historia humana sea una sucesión caótica de acontecimientos contingentes, una suma azarosa de coyunturas. Hay principios de estructuración subyacente, al margen de la interpretación y la voluntad humana, que imprimen un cierto orden predecible al devenir de los acontecimientos y que permiten cribar los hechos importantes de los hechos triviales.

Por norma general, estos planteamientos metahistóricos, especialmente en sus declinaciones más divulgativas o vulgarizadas, son susceptibles de degenerar en concepciones bastante esquemáticas de la evolución social, proclives a construir polarizaciones conceptuales y dualidades un poco toscas, que después siempre son puestas en cuestión por análisis mejor enraizados en la complejidad que ofrecen los hechos empíricos exhaustivamente estudiados. Se trata de interpretaciones en las que se exagera y se fuerza la organicidad de los procesos bajo la luz del principio rector elegido. Y que sitúa en muchas ocasiones al pensamiento al borde de caer un reduccionismo empobrecedor. La obra de Ortega no es ajena a estos peligros. Y quizá lo que ha envejecido peor en un libro como *El tema de nuestro tiempo* son esos pasajes en los que su enfoque metahistórico propone periodizaciones tan abusivas como precipitadas: desde la supuesta sucesión de épocas polémicas y épocas acumulativas (como si ambos principios no convivieran permanentemente en el campo intelectual de cualquier sociedad) hasta sus categorizaciones extremadamente simplistas sobre la supuesta esencia sensible contrapuesta de la civilización asiática y la occidental. Leer estos pasajes hoy provoca el mismo tipo de incomodidad que sentimos al leer las proyecciones taxativas sobre la sucesión de los modos de producción en un texto de la tradición marxista o los supuestos estadios culturales de la humanidad que clasificaron los antropólogos evolucionistas del siglo XIX.

Sin embargo, estos enfoques metahistóricos, en versiones más fuertes o más débiles, regresan una y otra vez, seguramente por dos motivos. Uno es que están hechos de una materia prima que sirve para tonificar la intervención política a gran escala. Es una evidencia de la experiencia que articular las fuerzas plurales de una sociedad para apuntar a objetivos colectivos con elevados costes de oportunidad, en contextos de beligerancia competitiva, es una tarea que tiene en las certezas direccionales que hipotéticamente trascienden el capricho humano un punto de apoyo muy funcional. Gracias a este recurso teleológico las narrativas políticas tienden a cohesionar sujetos más competentes para el conflicto. Como afirma César Rendueles, "la teleología inyecta dinamismo en la base social" (Rendueles, op.cit, pág. 94). "Quién no mataría hoy por un poco de *telos*" se lamenta el colectivo Corriente Cálida en el editorial del segundo número de su revista (Corriente Cálida, 2023).

El segundo motivo es que las perspectivas metahistóricas, aunque sea de manera sesgada o reduccionista, aunque sea por exceso, ofrecen cierta productividad cognoscitiva. Especialmente en contraste con su alternativa lógica fuerte, una suerte de atomismo histórico por el que la historia solo sería una acumulación temporal de hechos independientes e irreductibles unos a otros, una inmensa suma de singularidades, que la historiografía no podría agregar legítimamente en interpretaciones sintéticas o narrativas coligadas. Una apuesta que de algún modo subyace, al menos como polo de orientación epistemológica, a diferentes corrientes historiográficas contemporáneas de cierto peso, desde la filosofía analítica de la historia de Carl Hempel o William Dray hasta el giro antirrepresentacionista de tintes posmodernos asumido por autores como Franklin Rudolph Ankersmit.

El modo en que las diferentes formas de historicismo se anclan, como premisa básica, en un principio de inteligibilidad social que ordena el curso de los acontecimientos presentes y pasados y fija prioridades para enfrentar el futuro se ajusta mejor, aunque sea por exceso, a otro hecho de experiencia que resulta incontestable: aunque los diversos problemas que nos ocupan en una situación histórica determinada están socialmente construidos, esta construcción no funciona como un dispositivo puramente unilateral, sino que debe ponerse a prueba con un principio de realidad que es plural en la contextura de sus urgencias y sus interpelaciones. Y que exige, por usar una dicotomía clásica, diferenciar entre verdad y opinión. Esto es, la realidad en el tiempo nos enfrenta a problemas que por sus implicaciones y su alcance tienen importancias diferenciales que deben ser correctamente interpretadas. Y si una sociedad no consigue ajustar bien sus instrumentos de percepción y estimación a los requerimientos que esos problemas imponen, el problema no atendido puede degenerar en un error que comprometa la viabilidad de un proyecto político.

Quizá la historia no sea nunca el recorrido "normal de una órbita preestablecida" como afirma Ortega (Ortega, op.cit., p.65), y se parezca más a ese encadenamiento de coyunturas del que habla en ocasiones Carlos Fernández Liria: "en la historia no todo está en todo" (Fernández Liria, 1999, p. 306). Pero este encadenamiento no es exactamente un caos o un capricho. Cristaliza en procesos de estructuración, plurales y parciales, nunca completamente integrados en una totalidad, pero que dan lugar a procesos estadísticamente robustos y dinámicas inerciales difíciles de desmontar. En antropología, este debate entre contingencia y necesidad en el curso de la historia encontró un principio de solución interesante en la distinción propuesta por Stephen Toulmin (Toulmin, 1972) entre los planteamientos evolucionistas y los planteamientos evolucionarios, que a su vez nos remiten a la clásico distinción de Marshall Sahlins entre evolución general y evolución específica (Sahlins, 1960). Mientras que el evolucionismo entiende los cambios sociales como explicados en función de un "argumento cósmico" que puede ser codificado en forma de leyes, para el evolucionarismo los cambios sociales se explican cómo respuestas a requisitos particulares en situaciones específicas, esto es, como modificaciones en función de adaptaciones concretas y abiertas dentro de los empujes que imponen determinadas trayectorias. Bajo diferentes formas de dependencia del camino así como de sedimentación estructurante, la pluralidad de situaciones y coyunturas de la vida social cristalizan en patrones de consistencia recurrente que nos presionan con fuerzas e importancias diferentes y que conforman algo que podría llamarse imperativos de época. Prioridades de la historia. Esto es, "temas de nuestro tiempo". Y la facultad estimativa y por tanto reflexiva de nuestras sociedades no siempre se afina bien ante estos retos de dimensión objetiva que nos exponen al el peligro del fracaso colectivo.

Es ahí donde la estructura de razonamiento de un libro como El tema de nuestro tiempo nos ofrece un punto de abordaje que sigue siendo útil. "Somos de una época en la medida en que nos sentimos capaces de aceptar su dilema y combatir desde una de las trincheras que éste ha tajado", decía Ortega hace un siglo (Ortega, op.cit., p.78). ¿Hay razones de peso que justifiquen escoger a la emergencia socioecológica como ese dilema de los muchos que nuestro presente nos arroja para, a partir de él, no solo elegir trinchera sino definir los contornos de nuestra época?

2. Antropoceno: enfrentando el "mal mayor"

Extrapolando el planteamiento de Ortega a nuestro siglo, cualquiera que sea el tema de nuestro tiempo debe suponer una novedad tan disruptiva como peligrosa. Un desafío que ha dejado obsoletos los viejos parámetros civilizacionales y que, so pena de fracasar históricamente, nos impone una profunda transformación colectiva como misión o tarea generacional.

En principio, la lista de candidatos a tema de nuestro tiempo es grande, pues nuestro mundo está saturado de tensiones acumuladas y contradicciones no resueltas que pueden comprometer el futuro. Optar por priorizar uno u otro no dejará nunca de estar condicionado por el propio nicho de interés, conocimiento o preocupación dentro de la pluralidad de perspectivas, ideologías y cosmovisiones que conforman nuestros mundos sociales. Para personas educadas en creencias religiosas fuertes es posible que el tema de nuestro tiempo no haya dejado de ser el mismo desde el siglo XIX: el imparable avance de la secularización en todas las dimensiones de la vida social, algo que sin duda para un verdadero creyente puede ser percibido como una catástrofe metafísica. En las antípodas, leyendo la prensa en 2023 no faltan razones para sospechar que el desafío económico, tecnológico y político que supone el crecimiento exponencial de la Inteligencia Artificial bien merece el primer puesto de nuestras preocupaciones colectivas. Que vivamos en un mundo en el que la guerra siga siendo una institución de gestión de conflictos políticos en coexistencia con arsenales nucleares, que fue sin duda para muchos el tema de su tiempo durante la Guerra Fría, es un asunto que dista enormemente de estar resuelto. La enumeración podría proseguir durante páginas. Todos los años el Foro Económico Mundial publica un informe en el que se recogen las percepciones de las élites económicas y políticas, así como de un panel de expertos y de las mayores compañías aseguradoras del mundo, sobre las principales amenazas que nuestra sociedad enfrenta a dos y a diez años vista: en un principio cualquiera de los riesgos globales de esta lista, desde la ciberseguridad hasta la polarización política, los flujos migratorios o el aumento de la desigualdad, podrían ser considerados con muy buenas razones como temas de nuestro tiempo.

Ante esta polifonía de amenazas existenciales, quizá lo más prudente sería determinar que no existe un único tema de nuestro tiempo. Y asumir que estamos arrojados a una pluralidad de riesgos enmarañados como el modo más correcto de ser fiel a la complejidad de nuestra encrucijada histórica. En esa línea apunta el concepto de *policrisis* de Adam Tooze (Tooze, 2022), que es analíticamente interesante porque recoge toda una suma de anomalías sistémicas, con sus conflictos y tensiones en juego, que están confluyendo y retroalimentándose entre sí, hasta generar un efecto emergente que empeora las consecuencias de cada una de estas crisis por separado. Pero, a su vez, a diferencia de otros conceptos en boga como crisis de civilización, invita a analizar todas estas crisis prestando atención a las especificidades de cada una de ellas, a lo que tienen de fenómeno singular, sin buscar subordinarlas a una gran lógica común y unitaria, a la crisis de crisis por emplear una imagen bíblica. Además, la propuesta de Tooze nos invita a pensar toda

esta superposición de crisis desde una perspectiva "sobredeterminada" en el sentido de Althusser. Esto es, a mirar esta crisis con muchas cautelas predictivas y una actitud antideterminista, porque la complejidad es sinónimo también de apertura de posibilidades de combinación y por tanto de evolución muy distintas.

Sin embargo, es posible argumentar que, en el marco de esta policrisis, el conjunto de turbulencias materiales y retos políticos asociados que se engloban bajo el rótulo "crisis socioecológica" merezcan una consideración especial. A medida que sus impactos se dejan sentir con más fuerza, y en paralelo al esclarecimiento científico de sus implicaciones y sus plazos, nuestras sociedades van siendo difusamente conscientes de ello. No es casualidad que en el propio informe de Riesgos Globales del Foro de Davos, las diferentes expresiones de la crisis socioecológica (fracaso en la mitigación del cambio climático, eventos climáticos extremos, colapsos de la biodiversidad), hayan ganado un protagonismo creciente (World Economic Forum, 2023). Hasta el punto que en la última edición, en la categoría de medio plazo (riesgos a diez años), seis de los diez peligros globales contemplados (entre ellos los cuatro primeros) clasifican como ambientales.

El astrobiólogo Adam Frank afirma que, en cualquier planeta imaginable con tectónica de placas y vida basada en carbono, una civilización energéticamente cimentada en los combustibles fósiles resultaría una trampa evolutiva endiablada: generaría fortísimas inercias y dependencias muy difíciles de desmontar aprovechando consumos energéticos tan fabulosos y explosivos como profundamente comprometedores para los parámetros de estabilidad de la vida planetaria. En sus propias palabras, impulsar el cambio climático puede ser algo genérico (Frank, 2018). Un evento común dentro de la historia cósmica al que se enfrentarían numerosas civilizaciones. Al margen de que estas especulaciones exo-planetarias puedan ser interesantes, nuestra situación en el siglo XXI resultar ser, exactamente, la de esta trampa evolutiva que describe el modelo de Frank.

Y esta trampa evolutiva de los combustibles fósiles contiene dos características esenciales que la destacan objetivamente por encima del resto de nuestras preocupaciones. Dos características cuyo único precedente histórico comparable es la posibilidad de la autodestrucción nuclear. Aunque con la diferencia importante de que el Armagedón atómico estaría mediado, en última instancia, por decisiones humanas conscientes mientras que el Armagedón climático y ecosistémico es un efecto inercial del modo en que hemos configurado el núcleo de reproducción material de las sociedades industriales. Estas dos características son el impacto total o apocalíptico y la irreversibilidad a la que nos arrojan los daños ambientales acumulativos.

Barry Commoner expuso a la perfección el cambio cualitativo que la crisis socioecológica suponía, respecto a otros problemas del pasado, al poner en juego las bases mismas de nuestra supervivencia (Commoner, 1973). No la pervivencia de individuos o de grupos de individuos (cuyo derecho a una vida digna sigue sin estar asegurado en amplias partes del mundo). No la pervivencia en una forma social o civilizacional concreta, que en términos históricos son siempre realidades transitorias. Sino la supervivencia de la humanidad como especie biológica. Esto es lo que llamamos impacto total o apocalíptico: una posibilidad antropológica a la que la humanidad ha sido completamente ajena hasta el siglo XX. Y que justificó que Hans Jonas intentara reformular el imperativo categórico kantiano bajo la premisa de que el desarrollo técnico de la humanidad había abierto la posibilidad moralmente inédita y abominable de imponer el no-ser a las generaciones futuras, algo sobre lo que parece intuitivamente que no tenemos ningún derecho (aunque luego sea un postulado difícil de fundamentar sin recurrir a un postulado metafísico) (Jonas, 2014, p. 40).

A Ortega le preocupaba que una mala respuesta al problema de su tiempo derivara en la degeneración de Europa, y el advenimiento de una época de oscurantismo y servilismo.

En el siglo XXI tenemos que lidiar con la posibilidad de que, salvo alguna pequeña franja de territorio en latitudes árticas, el conjunto de nuestro planeta se vuelva inhabitable para la especie humana. En el peor de los casos, tenemos que lidiar con la posibilidad de inducir nuestra propia extinción. Enfrentarnos el terror de que el siglo XXI sea el último de los siglos del género homo. El salto estimativo entre el tema de su tiempo y el nuestro es abismal.

La segunda característica de la crisis socioecológica, su irreversibilidad, nos interpela de un modo que también es cualitativamente diferente al resto de los problemas históricos de nuestro presente. Que la crisis socioecológica derive en un escenario de extinción humana es solo una posibilidad, no un destino (pero una posibilidad cuya mera contemplación realista debería trastocar completamente nuestra escala de valores). Sin embargo, antes de llegar al peor desenlace imaginable, la crisis socioecológica nos está introduciendo, de un modo que aunque no es un destino se le parece mucho, en una mutación material muy peligrosa, en un desarreglo de los patrones de relación y mutua configuración entre lo que podríamos llamar simplificadamente "naturaleza" y "sociedad", que va a condicionar a peor cualquier posibilidad humana bajo el signo de lo incorregible. Un aumento de la desigualdad, una dictadura autoritaria, o un retroceso en los derechos de género, como el que ha ocurrido recientemente en EEUU con el derecho al aborto, suponen sin duda catástrofes para quienes las padecen, que pueden llegar a ser fatales. Pero en un plano más general, se trata de involuciones susceptibles de ser enmendadas mediante nuevos ciclos de lucha política en la dinámica de la historia. Sin embargo, algunas de las aristas de la crisis socioecológica no pueden ser pensadas como traspiés puntuales: son definitivas. Al menos en cualquier escala temporal que nos resulte antrópicamente manejable. Este dilema lo resumió a la perfección Andreu Escrivà: "El cambio climático implica una paradoja espeluznante: tomar acciones en tiempos humanos (¡de menos de una generación!) para evitar cambios a escala geológica. Nunca ninguna especie -ni sociedad- había tenido, de forma consciente, este poder y esta responsabilidad" (Escrivà, 2020, p.38) Si finalmente el cambio climático nos encamina hacia una trayectoria de Tierra invernadero, no habrá marcha atrás (Rockström, 2022). Sencillamente nuestro mundo se volverá sustancialmente invivible, tanto en el plano de la nuda vida biológica, como en el plano de una vida personal y social que, al menos desde nuestros parámetros actuales, merezca ese nombre.

Los plazos de acción para evitar consolidar la trayectoria Tierra Invernadero son muy ajustados. En 2021, según el sexto informe del IPCC, el presupuesto de carbono del que disponemos para no superar los 1,5º de aumento de temperatura de aquí a final de siglo es de 400 Gt. Para contar con un 66% de posibilidades para no pasar de 2º es de 1.150 GtCO2. Al ritmo actual de emisiones, 40 Gt anuales, el margen de maniobra para evitar los 1,5º lo habremos malgastado en 2030. Es decir, en menos una década habremos consumido el espacio de seguridad climática de todo un siglo. Al mismo ritmo, en 2045 podríamos dar también los 2º por perdidos (Olabe, 2022). De estos datos cabe inferir que a mediados de esta centuria habremos cruzado el Rubicón ecológico: o una sociedad reintegrada en los límites de la biosfera, que ha sentado las bases de la estabilización del sistema climático, o la descomposición catastrófica de la era industrial en una lucha competitiva entre sus diferentes partes por el control de recursos cada vez más escasos bajo los caprichos de una atmosfera caótica y hostil.

A lomos del tigre de los combustibles fósiles nos hemos convertido en la más influyente y a la vez más excedida fuerza planetaria: influimos en todos los procesos socionaturales del Sistema Tierra de un modo más intenso que la circulación atmosférica o la tectónica de placas. Pero no tenemos control efectivo sobre ninguno. Este es el sentido del concepto de Antropoceno, una categoría tan ideológicamente problemática como al

mismo tiempo acertada: el término capitaloceno, propuesto por Malm o Moore (Malm, 2020, Moore 2020), delimita mejor las responsabilidades y la génesis estructural del problema. Pero define peor sus efectos y desdibuja la discontinuidad esencial de nuestro mundo respecto al mundo de los siglos XIX y XX. En el siglo XXI hemos desatado algo que se parece mucho a un "mal mayor": hemos convertido La Tierra en una suerte de macro-efecto bumerán que amenaza con estrechar dramáticamente los campos de posibilidad de la vida humana hasta el punto de forzar nuestra propia desaparición.

3. El tema de nuestro tiempo como desafío político

¿Por qué no hemos sabido corregir el rumbo ecológico desastroso que ha tomado la revolución industrial? La cuestión es especialmente pertinente teniendo en cuenta la ingente cantidad de buen conocimiento científico que tenemos al respecto, al menos, desde los años setenta (Rich, 2020). Es evidente que la crisis ecológica presenta un perfil espacial y temporal para el que no estamos biológicamente bien preparados (Krznaric, 2020). Espontáneamente, nuestras estructuras cerebrales nos hacen primar la gratificación a corto plazo frente a la previsión a largo plazo. Este desequilibrio, que en el Paleolítico seguro que nos fue de mucha ayuda para prosperar, en el Antropoceno es un lastre desadaptativo.

En nuestra impotencia ecologista no juega un papel menor la influencia de doctrinas y mentalidades, que marcan nuestras decisiones colectivas y que conservan casi intactos su dominio cosmovisvo pese a ser cada vez más inconsistentes, desde la superstición tecnolátrica hasta la primacía de la economía neoclásica en los grandes centros de decisión política. A su vez, una parte creciente del ecologismo considera que la raíz última de la insostenibilidad debe buscarse en las premisas ontológicas y epistemológicas de la modernidad occidental, que habrían impuesto un dualismo entre naturaleza y cultura, susceptible de fomentar comportamientos cosificadores y depredadores respecto a la naturaleza, al mismo tiempo que promovería una fantasía del sujeto invulnerable, a la que sería especialmente receptiva el género masculino construido por el patriarcado. Para estas corrientes del ecologismo la sostenibilidad estaría supeditada a una suerte de giro ontológico que reestableciera la continuidad profunda entre naturaleza y ser humano provocada por la escisión moderna, aproximándonos al tipo rasgos antropológicos y cosmovisivos que aún perviven en algunos pueblos originarios.

Sin negar que estas aproximaciones puedan enriquecer los análisis socioecológicos o servir de inspiración para luchas ecosociales legítimas y necesarias, mi posición considera que el enigma histórico de la incompetencia ecologista de nuestro presente se explica mejor recurriendo al estudio de la fuerte carga inercial que imponen determinados rasgos institucionales de la sociedad moderna, asentados en lógicas que se reproducen de modo espontáneo y que estructuran y definen la vida colectiva, así como a la influencia de estas lógicas en el juego de la estratificación social. Esto es, los coágulos de intereses creados que esta "gramática sociológica" produce, y que se encarnan en los programas y los planes de nuestras élites para reforzar y expandir su fuente de poder.

Creo que es ingenuo (y ofrece soluciones demasiado sencillas) pensar que estamos hundiéndonos en el caos climático por un gran error conceptual u ontológico. Nuestro fracaso civilizatorio ante la emergencia climática se solapa, más bien, con la imposibilidad de haber logrado poner bajo control, al menos, dos de estas grandes fuerzas inerciales de la modernidad y la agenda de privilegios que cabalgan sobre ellas: la pulsión competitiva inclausurable que rige en el sistema internacional de Estados nación, donde las posibilidades de concertación cooperativa son muy frágiles, y la acumulación de capital como principio económico tautológico y totalitario que no solo crea una inmensa

bolsa de pobreza artificial y desigualdad como prerrequisito de la prosperidad, sino que es constitutivamente inestable y su desarrollo pone en peligro, recurrentemente, los principios básicos de la constitución antropológica humana (Polanyi, 1989). En otras palabras, nuestro fracaso civilizatorio se confunde con dos frustraciones históricas de amplio aliento: el proyecto ilustrado de un orden internacional federal basado en principios republicanos y los intentos socialistas de superación del capitalismo.

El Antropoceno es también una crisis de escalas. Enfrentamos fenómenos violentamente comunes que están muy por encima de las posibilidades "comunizadoras" de nuestras instituciones políticas fundamentales, los Estados nación. Marvin Harris, bajo la amenaza del holocausto nuclear de la Guerra Fría, afirmaba que uno de los grandes exámenes de la evolución cultural sería si la humanidad podría sobrevivir en un mundo políticamente dividido en Estados (Harris, 2004). Lo que es una reflexión válida para el caso del armamento nuclear, lo es más para la emergencia climática: una atmósfera caótica es un reto que no se deja abordar bien por la forma política Estado-nación que nació a grandes rasgos en la Paz de Westfalia. Los impactos climáticos desconocen fronteras al mismo tiempo que su mitigación exige importantes sacrificios. Por ello la tentación a no colaborar, a evitar esfuerzos y externalizar daños, siempre es alta. Lo que termina convirtiendo la emergencia climática en un típico dilema de teoría de juegos. Donde las lógicas particularistas y competitivas, que llevan a todos al desastre, tienen todo a favor para imponerse.

En cuanto a los problemas inherentes a nuestro régimen económico, insistir en la insostenibilidad consustancial del capitalismo es uno de los argumentos favoritos del ecologismo transformador. Especialmente por su dependencia de dinámicas expansivas. El ecologismo tiende a ver el capitalismo como un sistema sonámbulo que a la larga solo puede concebir el planeta como una cárcel que bloquea la autovalorización del valor. Pero más allá de su hipoteca productivista, una economía capitalista tiene más implicaciones ecocidas, todas ellas trágicas.

Por un lado, el monopolio del cálculo económico monetario en base a precios genera un sistema de información sobre la realidad del mundo y sus usos posibles extremadamente deformado, que nos lleva a cometer todo tipo de disparates. Fue el propio Stern, alguien poco sospechoso de connivencia con el ecologismo radical, quien consideró el cambio climático el mayor fallo del mercado de la historia. ¿Qué ecotasa podría equilibrar el hecho de que cada año de combustibles fósiles quemados suponen el gasto de casi un millón de años de biomasa solar geológicamente comprimida, y 10.000 años de calentamiento global natural?

El capitalismo también fomenta estructuralmente las externalidades ecológicamente dañinas y la búsqueda de ganancias rápidas: dos comportamientos empresariales que están en las antípodas del nuevo tipo de cultura productiva que necesitamos. Si a esto se le suma un mercando mundial donde se ha decidido que el capital circule libre e irresponsablemente, el resultado es una subasta a la baja de desregulación ambiental y laboral para abaratar costos bajo la amenaza permanente de la deslocalización. Además, el peso de las finanzas especulativas en la dirección económica global bloquea la asignación de inversiones estratégicas y prioritarias tan colosales como inabordables desde la banca privada. Lo que se llamaba en la vieja escuela marxista la "anarquía del mercado" impide procesos de planificación a largo plazo que hoy son apremiantes, como el uso sostenible de minerales estratégicos. Y por supuesto, como nos ha enseñado nuestra experiencia histórica reciente, habitar el capitalismo se parece a vivir en esos países del Cinturón de Fuego, como Japón o Chile, que esperan resignados un gran terremoto cada diez años, que a nosotros nos sacude en forma de cataclismo económico. Solo por su propensión convulsiva y su adicción a las crisis, la viabilidad del capitalismo en la era del

Antropoceno debería ser cuestionada. La transición ecológica es una tarea demasiado compleja y peligrosa, que exige una concatenación de éxitos técnicos, políticos y sociales bastante improbables, como para además añadirle turbulencias extras en forma de burbujas pinchadas, pánicos bancarios o episodios de sobreproducción.

Es de sobra admitido que, aunque en la teoría el socialismo real presentaba un modelo económico más favorable a la transición ecológica (su fuerte carácter planificativo, su compatibilidad teórica con un estado estacionario) en la práctica sus comportamientos han sido tan ecocidas, o más, que los de las economías capitalistas. Estas semejanzas no se pueden achacar solo a la ignorancia ecologista de sus élites dirigentes. Lo que nos enseña es que muchos rasgos civilizatorios modernos que el marxismo entendió como derivados de las relaciones de propiedad burguesas eran, realmente, rasgos inherentes a cierto nivel de complejidad social. Como afirma Hinkelammert, el carácter privativo del trabajo no se debe exclusivamente a la propiedad privada, sino a que el conocimiento humano es inherentemente limitado (lo que hace inevitables las instituciones del mercado y del Estado también en una sociedad socialista para poder coordinar satisfactoriamente el trabajo social) (Hinkelammert y Mora, 2014). Si se puede afirmar que el cambio climático es el síntoma de una enfermedad que se llama capitalismo no es porque el socialismo, al menos tal y como fue experimentado en el socialismo real, pudiera suponer una solución automática al problema. El tema de nuestro tiempo es, en parte, construir un tipo de economía que no será capitalista pero tampoco puede reproducir los compromisos productivistas que el socialismo real demostró.

Pero al ecologismo transformador del siglo XXI ya no le basta con enarbolar la bandera ecosocialista en un sentido abstracto. El auténtico reto de nuestra generación, el tema que delimita mejor nuestra tarea, ya no está en responder a la pregunta del por qué (la incompatibilidad de capitalismo y sostenibilidad) o del qué hacer (una economía ecosocialista democráticamente planificada). Está en contestar a la pregunta del cómo. Cómo influimos organizadamente en la evolución de nuestras sociedades para fomentar transformaciones que reintegren nuestra economía dentro de los límites planetarios al mismo tiempo que se solucionan, o al menos no se agravan, el resto de las grandes cuentas pendientes que la modernidad tiene con sus propias promesas incumplidas (la libertad política, la igualdad económica, la fraternidad cooperativa, la garantía de una vida personal capaz de desplegar todas sus capacidades).

En este sentido, en las últimas décadas el pensamiento ecologista ha conocido desarrollos desiguales. Se trata de un campo intelectual crecientemente exuberante, en el que tanto los marcos teóricos, los análisis empíricos de los peligros ecosociales, así como las interpretaciones explicativas de estos peligros, han ganado en calidad y sofisticación. Sus categorías y sus metodologías de investigación se consolidan. Las propuestas son cada vez más consistentes y sistemáticas, y organizan ya diferentes corrientes de pensamiento ecologista cada vez más definidas. El listado de diseños institucionales alternativos para un mundo sostenible es, a su vez, crecientemente rico y complejo. Hasta las narrativas utópicas ecologistas, que hasta hace poco era una rara avis, han conocido una explosión de creatividad en el último lustro. Sin embargo, la parte más débil del conjunto es la del pensamiento estratégico que posibilite intervenir políticamente en favor de convertir en realidad constatable el proyecto de una sociedad descarbonizada y reintegrada dentro de los límites del planeta.

Simplificando mucho, el debate estratégico ecologista hoy se divide, en primer lugar, en dos apuestas divergentes sobre la naturaleza del proceso de transición. Una de ellas proyecta un cambio social, casi forzoso, que supondrá una enmienda absoluta a las lógicas civilizatorias modernas. Para esta visión del futuro, esta transformación es mucho más probable que se dé en forma de colapso, esto es, de disfuncionalidad socioecológica

irreversible y repentina que simplificará radicalmente nuestras estructuras sociales (Santiago,Vindel y Rendueles, 2022), que bajo el viejo mito obrero de Le Grand Soir, de la revolución mesiánica, aunque ambas –revolución y colapso- son diferentes caras de la misma figura "metahistórica". La otra, más cercana a las lecciones de un materialismo histórico depurado de los excesos propagandísticos del marxismo más escolar, concibe el cambio ecologista de un modo mucho más gradual y ambivalente, más contradictorio, menos marcado por una supuesta ley de evolución histórica y más por el juego compositivo de un presente complejo y contradictorio con sus propias posibilidades latentes. Esto es, una mirada hacia la transición ecosocial en el que la innovación institucional ecologistas sea, como afirma Rendueles, "coherente con la realidad capitalista y por tanto imaginable desde ella" (Rendueles, 2016, p. 97).

Estas dos visiones contrapuestas de la transición ecológica como proceso de cambio sistémico contienen sus propios lineamientos políticos subliminales (en una dialéctica circular en la que siempre cuesta distinguir si el origen de la posición deriva del diagnóstico o de la apuesta política a priori). Las perspectivas que nos sitúan en el umbral de una disrupción material radical, que va a hacer tabula rasa con nuestra normalidad social, son mucho más propensas a diseñar estrategias notablemente rupturistas. Que, en coherencia con el desplazamiento del mito de la revolución al mito del colapso, ya no se enuncian en retóricas insurreccionales de la toma (o la destrucción) del poder, sino en retóricas del éxodo. De la desconexión adaptativa que va a posibilitar la proliferación exitosa de las lógicas de lo comunal frente a la ruina del entramado público-burocrático de unos Estados incapaces de mantener su actual nivel de complejidad social. En sentido inverso, las visiones de la transición como un proceso más continuista, que la entienden como un ejercicio de recombinación de elementos ya existentes en base a opciones de configuración social desaprovechadas, se alinean mejor con estrategias que asumen la posibilidad de sacar provecho transformador de las reglas de juego político y económico realmente existentes. Por supuesto, estos son dos esquemas ideales que, en la práctica, admiten muchas tonalidades intermedias en los discursos y las propuestas concretas de las fuerzas ecologistas.

Aunque en parte pueda superponerse, esta divisoria no se corresponde con el debate decrecimiento-Green New Deal tal y como ha sido tematizado en los espacios de pensamiento ecologista en los últimos años. En primer lugar, porque el debate decrecimiento-Green New Deal parte de una comparativa falaz entre términos de naturaleza distinta: el decrecimiento es esencialmente una meta regulativa, un objetivo, un fin (aunque con el paso del tiempo también está declinándose en un programa y en toda una serie de medidas políticas más definidas). De hecho, si por decrecimiento se entiende una reducción planificada de la presión material de la economía sobre la biosfera, desligando la consecución de nuestros objetivos sociales (cobertura de necesidades, justicia social, vida buena) del prerrequisito de la acumulación de capital, el decrecimiento es el núcleo ideológico básico de cualquier ecologismo transformador. El Green New Deal, por el contrario, es un instrumento, un medio, que busca aprovechar las oportunidades que ofrece el marco institucional de las democracias pluralistas y la capacidad de intervención económica de un Estado dirigido por un gobierno socialmente comprometido para realizar avances en materia de transición ecológica justa. De hecho, muchas de las figuras de cabecera del decrecimiento, cuando quieren hacer propuestas mínimamente pragmáticas, acaban defendiendo una suerte de Green New Deal radicalizado (Hickel, 2023, p. 36).

Sobre esta dicotomía estratégica respecto a la definición del campo de batalla de la ecología política se superpone o se cruza otra importante polémica en relación a los actores colectivos que toman partido en esta batalla y su constitución como sujetos

históricos. De nuevo, podemos recurrir a una simplificación arquetípica dual que en la práctica está llena de hibridaciones y matices.

A un lado, en una suerte de materialismo dialéctico con anabolizantes ecologistas, quienes defienden que la realidad material de la emergencia socioecológica lleva inscrita en sí misma una reacción política hacia la sostenibilidad. El margen de acción de lo político queda reducido a la introducción de una dosis de transparencia sobre lo social que decante las tendencias en curso hacia su resolución correcta. Por tanto, la tarea del ecologismo sería desvelar la verdad de la insostenibilidad, para que, usando una jerga hegeliana, esa especie en peligro de extinción en sí que somos la humanidad, nos convirtamos en una especie en peligro de extinción para sí. Lo que posibilitaría una reacción correctiva ante nuestro propio suicidio. El esquema es muy parecido al viejo dispositivo marxista de la clase obrera como "clase de la conciencia" extendiendo la idea de conciencia más allá de la explotación laboral para abarcar el conjunto de peligros ecológicos a los que estamos abocados. Curiosamente, estos planteamientos que se autoperciben como materialistas suelen terminar derivando en esquemas de intervención política exageradamente idealistas: fe superlativa en el poder de convicción de la verdad científica, necesidad de subsanar nuestro analfabetismo ecosocial, llamadas a acometer giros ontológicos, equiparaciones de la transición con fenómenos de conversión religiosa…Es preciso destacar que a día de hoy, la parte mayoritaria del ecologismo político se sitúa, de modo reflexivo o inconsciente, en estos planteamientos sobre el sujeto colectivo.

Al otro lado, una posición política de signo constructivista que asume, con Stuart Hall, que la política no traduce mayorías sociales, sino que las construye (Hall, 2018). Esto es, que en la gravedad material de la crisis ecológica no viene inscrita ningún tipo de respuesta prefijada, ni la sostenibilidad ni su contrario, ni ningún sujeto político colectivo ya prefigurado de antemano que tuviera que tomar conciencia de su papel en el cumplimiento de las leyes de la metahistoria. Para estas posiciones, el sujeto político ecologista con capacidad de incidencia política será el fruto de un proceso de articulación muy coyuntural de distintas demandas, identidades e intereses, que logre liderar la ecualización de su proyecto político particular con el interés general (hegemonía) a través de una disputa del sentido común.

En este caso, la paradoja materialismo-idealismo no se da de manera tan simétrica. Estas posiciones, en muchas ocasiones superficialmente criticadas como idealistas por la importancia que dan a la dimensión simbólica de los procesos sociales, no vacunan contra la tentación de un auténtico idealismo político (que cabría definir como la sobredimensión de la capacidad de la acción intencional humana para incidir en la historia de modo consciente obviando todas las fuerzas y las resistencias no conscientes y de largo alcance que condicionan su comportamiento). Pero, en general, la voluntad de atender a la contextura de lo social con una mirada oportunista y de alta resolución, para así localizar las ambivalencias políticamente más interesantes en el sentido común imperante y las situaciones de intervención más productivas, facilitan a esta posición una panorámica de los límites y las posibilidades de una época más realista y a la vez más creativa. Sin embargo, esta visión constructivista del sujeto político no solo es minoritaria en el ecologismo, sino que también está infrarreflexionada. Solo de modo muy reciente algunos discursos ecologistas comienzan a dotarse de este aparato teórico para armar sus desafíos estratégicos. En no pocas ocasiones su ejercicio deriva más de la puesta en escena de cierta sabiduría práctica acumulada por la experiencia que de un programa conceptualmente coherente o sistemático.

Como ocurre con otros proyectos transformadores este cruce de ejes de tensión estratégica (sobre la proyección del proceso de transición y sobre la constitución del

sujeto de cambio) después se complejiza, en los debates concretos, con disquisiciones diversas sobre la elección de una o de otra táctica, o sobre la lectura de una u otra situación. Con todo, lo más sorprendente de estos debates es que están teniendo lugar desde cierto adanismo histórico o cierta visión de túnel ideológica. Si el cambio climático, como afirma Naomi Klein, reabre necesariamente el debate estratégico sobre la superación del capitalismo (Klein, 2015), no hay mejor forma de enfrentarlo que promoviendo una evaluación lo más exhaustiva y rigurosa posible de la experiencia socialista. Al fin y al cabo, la humanidad acumula más de 170 años de experiencias diversas, con resultados más agrios que dulces, que buscaron políticamente inaugurar un régimen económico poscapitalista y pagaron además un altísimo precio humano por ello. Este inmenso legado, que es tan frondoso en lo teórico como iluminador en lo práctico, debería ser el suelo mínimo del debate ecologista contemporáneo.

Una dificultad añadida a los debates estratégicos del ecologismo político es que habitamos una realidad vertiginosamente dinámica, en la que si bien algunos rasgos epocales se mantienen estables otros mutan con bastante velocidad. Hace cuatro años Héctor Tejero y yo escribimos un libro con clara vocación de reflexión e intervención estratégica, *¿Qué hacer en caso de incendio?* (Tejero y Santiago, 2019), que si bien no ha envejecido del todo mal, también presenta ya algunos problemas de ajuste.

Entre los elementos que siguen presentando cierta consistencia como rasgos fuertes de época está la constatación de que las fuerzas transformadoras tenemos que enfrentar la emergencia ecológica y climática desde una correlación de fuerzas notablemente desfavorable. Al menos en Occidente, las fuerzas progresistas o de izquierdas, tanto en sus expresiones políticas como en las sindicales como en las asociativas, están universalmente afectadas por una pérdida de músculo militante muy notoria, que se correlaciona bien con la caída tendencial de su influencia política. Algo que, como señala Ignacio Sánchez Cuenca, es un fenómeno transversal que afecta a muchos países de modo bastante independiente a cómo se ha resuelto en su seno los debates que desvelan a la izquierda, que suelen apuntar o bien hacia cuestiones de clarificación ideológica-programática o bien a cuestiones de definición del modelo organizativo (Sánchez Cuenca, 2021). Un hecho que probablemente no sea más que un síntoma del grado de enraizamiento hegemónico del proyecto neoliberal, que en cuarenta años de aplicación ha logrado comprometer profundamente las bases antropológicas mismas que hacían posible el modelo de cambio social que la izquierda ha abanderado en los últimos dos siglos. Y cuyo axioma cero siempre ha sido supeditar las transformaciones posibles al ejercicio de una política de masas. Considero también que el llamado explícito del libro a hacer de una estrategia de signo constructivista el centro de la reflexión ecologista, una tarea que nosotros enfocamos desde la tradición neogramsciana, sigue siendo una postura necesaria para abrir rutas de intervención política más eficaces. Como lo sigue siendo reclamar una tercera vía entre el colapsismo y el tecnoutopismo, dos posiciones que, pese a estar en las antípodas respecto a sus expectativas de futuro, presentan una alta coincidencia en sus efectos despolitizadores

Sin embargo, en apenas cuatro años, ciertos fenómenos esenciales para la definición de una estrategia política ecologista exitosa han conocido cambios sustanciales. Algunos han sido para bien, otros han añadido nuevos obstáculos, y en otros casos el carácter de su impacto está aún en disputa.

Entre los primeros destaca la derrota, aunque fuera por la mínima, del negacionismo climático organizado en países tan importantes para el futuro del clima como EEUU o Brasil, una derrota que no solo ha sido electoral sino que también ha logrado impedir intentonas de involución democrática profundamente perturbadoras. Aunque esta no es una amenaza resuelta, sí que ha pasado a segundo plano.

Entre los nuevos rasgos de coyuntura que podríamos considerar ambivalentes, es importantísimo resaltar que hemos asistido a la completa ruina intelectual del proyecto neoliberal, que si bien ya estaba en decadencia desde la crisis del 2008, tuvo en la gestión política de la pandemia del covid19 su golpe de gracia. Un descrédito intelectual que no se ha quedado replegado en los departamentos universitarios o los think tanks, sino que ya se está traduciendo en cambios políticos de enorme relevancia que anuncian un retorno sólido de marcos de economía política atravesados por categorías como intervención, regulación, planificación, proteccionismo comercial o política industrial. Una nueva era macro-económica está naciendo. Una cuyos contornos se parecen superficialmente a aquella que las propuestas del Green New Deal del 2019 promovieron. Pero cuya definición final, como ha advertido lúcidamente Xan López (López, 2022), no tiene por qué suponer automáticamente una ganancia en términos de justicia social o retroceso de la primacía de la acumulación de capital.

Finalmente, entre los rasgos de coyuntura que suponen una nueva dificultad está el desplazamiento del sentido social de la descarbonización: en estos años hemos transitado del marco de preocupación climática que reinaba en 2019 a un marco que, en 2023, gravita alrededor de la idea de seguridad nacional. Con la invasión rusa de Ucrania, Europa ha tenido que enfrentarse al duro examen de su profunda vulnerabilidad energética. Esto ha supuesto un incentivo para el desarrollo de las renovables, pero al mismo tiempo un incentivo para el desarrollo de cualquier otra fuente de energía alternativa al petróleo y el gas ruso, incluyendo el retorno transitorio de la explotación de energías fósiles que el Acuerdo de París nos apremia a abandonar cuanto antes (un fenómeno cuyo símbolo más potente es el efecto deslegitimador de ver a una fuerza política como Los Verdes, socio del gobierno alemán, asumiendo el mal menor de regresar al carbón para capear los problemas energéticos sobrevenidos a causa de la guerra). Lo delicado es que este nuevo marco securitario se impone justo en el momento en el que la concentración de inversiones en el despliegue de energías renovables anticipa que nos encontramos en el umbral de un super-ciclo de expansión capitalista que, aunque con todas las hipotecas que son propias del funcionamiento de la economía capitalista (explotación laboral, procesos de acumulación por desposesión, conductas extractivistas) parece que puede alcanzar el ritmo y la magnitud que las evidencias científicas señalan como única posibilidad de evitar la catástrofe.

Ya de por sí era previsible que una penetración de renovables a la escala y a la velocidad que exige cumplir con los objetivos de París supondría una fuente de fricciones serias y políticamente explosivas. Especialmente en territorios que arrastran fuertes agravios históricos por su condición geográfica subalterna, espacios que en una economía capitalista ofrecen la ventaja comparativa de combinar suelos de bajo precio y escasa capacidad de resistencia organizada (Franquesa, 2023). Pero un marco de sentido centrado en la seguridad nacional y no en la crisis socioecológica (que, por ejemplo, normalizara en el debate público la preocupación por el clima, pero simultáneamente la inquietud por la pérdida de biodiversidad o cierto principio de precaución ante el impacto perjudicial de la minería o ante la escasez de recursos) facilitará además que algunos sectores del ecologismo transformador se alineen, voluntaria o involuntariamente, con discursos *nimby* que rechazan las instalaciones renovables a razón de sus diversos impactos (que en algunos casos son netamente perjudiciales, y se intensifican por las prácticas oligopolísticas y especulativas de las empresas promotoras, y en otros casos son más discutibles). Discursos cuyo efecto político agregado es frenar o retrasar la transición energética. Una alianza peligrosa porque, además de obstaculizar una tarea inaplazable, también refuerza, desde el argumentario ecologista, la legitimidad de los propuestas negacionistas de la extrema derecha para los territorios rurales, que son los que

concentrarán el grueso de estos nuevos conflictos socioambientales verdes. Una alianza que puede además fructificar en el terreno abonado de toda una serie de tensiones y contradicciones no resueltas en las nuevas relaciones ciudad-campo, asociadas a los imperativos de transformación ecológica del sistema agroalimentario. Y cuya capacidad de influencia nacional puede ser significativa, más allá de los territorios concretos, dado que en muchos sistemas políticos las zonas rurales están además electoralmente sobrerrepresentadas (Moriche, 2022).

Este rápido mapa de bolsillo de los debates estratégicos del ecologismo contemporáneo dibuja los contornos de toda una cadena de desafíos, tanto reflexivos como prácticos que, si no son exactamente continentes vírgenes, sí van a conocer una novedosa exploración, intensa y sistemática, en los próximos años a medida que la emergencia socioecológica demuestre sus méritos para alzarse como el tema de nuestro tiempo. Una indagación colectiva que nos arrojará sorpresas, descubrimientos y obstáculos imprevistos, y que marcará de modo creciente el compás de nuestra vida pública. Lo que parece indudable es que el tiempo del ecologismo político del siglo XX, centrado en divulgar los datos fundamentales de la gravedad de la crisis ecológica, o enunciar propuestas de transición ecológica abstractas, con un fuerte déficit de reflexión sobre las posibilidades de su aplicación en las condiciones políticas y antropológicas realmente existentes, ya ha pasado. El siglo XXI ya nos ha puesto más allá de estas preguntas. Entre la unánime constatación científica del rumbo catastrófico de la sociedad moderna y la enumeración de programas ideales de transición hay un hueco intelectual y político. Es el hueco del cómo hacerlo. Atender a este hueco, hacerse cargo de él, e intentar cubrirlo debería ser, por emplear el enfoque orteguiano, nuestro asunto generacional por excelencia, el tema de nuestro tiempo.

4. Sobre los contenidos de este número

Este número monográfico de la revista Pensamiento al margen, dedicado a la emergencia socioecológica como tema de nuestro tiempo, está estructurado en cuatro secciones.

En la primera de ellas se reúnen las respuestas de seis personas relevantes del ecologismo en España, tres mujeres y tres hombres de diferentes generaciones, y diferentes perfiles y compromisos científicos, profesionales y activistas, a un cuestionario común de cinco preguntas. Estas han versado sobre el balance histórico del ecologismo en España, los rasgos fundamentales de nuestra coyuntura actual, las proyecciones de futuro que manejan, la ya mencionada cuestión del cómo y por último una reflexión en clave generacional. Han respondido a este cuestionario Cristina Narbona, senadora del PSOE y ministra de Medio Ambiente de España entre 2004 y 2008, Jorge Riechmann, filósofo ecosocialista de referencia en lengua castellana, Yayo Herrero, antropóloga y destacada pensadora y activista ecofeminista, Joan Herrera, ex coordinador de ICV y ex director del Instituto de Diversificación y Ahorro Energético, Gemma Barricarte, arquitecta e impulsora del movimiento Fridays For Future y Martín Lallana, investigador ecosocial y militante de Anticapitalistas.

La segunda sección recopila abordajes diversos al tema conductor del número en un sentido académico más convencional. Desde la coordinación se ha procurado solicitar colaboraciones que pudiesen resultar relativamente novedosas en su enfoque o bien que abordaran algunos de los temas más polémicos de los debates ecologistas actuales.

Lo abre una exquisita reflexión de la filósofa Marina Garcés sobre el papel de la promesa en tiempos de colapso y la necesidad de rebelarnos contra la servidumbre adaptativa. El segundo texto del bloque es de Luis Arenas, profesor de filosofía de la Universidad de Valencia, que se pregunta lúcidamente si el redescubrimiento de la teoría

Gaia por parte del ecologismo político puede ofrecernos el tipo de "cosmograma" que necesitamos para enfrentar la crisis ecológica. Xan López, miembro del colectivo Contra el Diluvio continúa con un audaz e innovador análisis sobre el papel de los bancos centrales en la transición ecológica, iluminando un aspecto tan crucial para el futuro como poco analizado en el pensamiento ecologista (y la izquierda en general). El sociólogo Jorge Moruno desarrolla, en el artículo siguiente, el fundamento de una tesis profundamente rupturista para el sentido común del ecologismo: la crítica a la presunción de efectividad política de la verdad científica y la reivindicación de la creencia (también la creencia en la ciencia) como elemento indispensable de las políticas ecosociales transformadoras. En la misma línea de cuestionar algunos presupuestos muy asumidos por el ecologismo, el filósofo y sociólogo Cesar Rendueles y el historiador del arte Jaime Vindel, ambos investigadores del CSIC, en un texto en el que he podido colaborar con algunas ideas, desarrollan en su artículo una aguda crítica a un asunto tan cardinal como apenas tratado: los límites y las hipotecas que impone el holismo ontológico, que es una apuesta filosófica fundamental de buena parte del pensamiento ecologista, tanto a su potencia teórica como a su praxis política. Finalmente, la segunda sección la cierran tres textos que enfrentan tres de los asuntos más espinosos que el ecologismo actual debe abordar. Daniel López, científico titular del CSIC y experto en sistemas agroalimentarios, realiza un exhaustivo mapa de la complejidad de la transición ecológica en el terreno agrario y los obstáculos que el ecologismo encuentra para tejer alianzas políticas fecundas con el mundo rural. Sigrid Muñiz y Jaume Moya, integrantes del proyecto *Eudemon*, nos exponen los fundamentos de una de las experiencias más innovadoras de resolución de conflictos ecosociales vinculados a la implantación de energías renovables en los territorios. Finalmente, Pedro Glazt, integrante del Centro de Análisis Socioambiental de Chile (CASA) y ex asesor del Ministerio de Medio Ambiente del gobierno de Boric, y Carolina Palma, politóloga y coordinadora de la ONG FIMA, centrada en la justicia ambiental, nos ofrecen una aproximación a las dificultades de construcción de mayorías ecologistas transformadoras a partir de su conocimiento directo de uno de los casos de estudio más importantes de la historia reciente del ecologismo mundial: el reciente fracaso del proceso constituyente chileno, que poseía un marcado acento ecologista.

En la tercera sección del número hemos solicitado textos que pudieran introducir en el debate ecosocial un aspecto tan importante como subestimado: reflexividad sobre los procesos de construcción e implementación de políticas públicas ecologistas transformadoras, con el valor de estar escritos por los sujetos protagonistas de dichos cambios. Para ello, y con el fin de captar también la dimensión personal y subjetiva de dichos procesos, hemos optado por sugerir un registro que, aun siendo riguroso, fuera menos académico. Esta sección la componen textos que nos acercan a la trastienda de cuatro de las políticas públicas más avanzadas que ha conocido el Estado español en los últimos años, y cuya ejecución no ha estado exenta de fricciones y polémicas. Janet Sanz, teniente de alcalde de Barcelona y directora del Área de Ecología, Urbanismo, Infraestructuras y Movilidad, nos acerca al laureado pero muy discutido por parte de sus rivales políticos proyecto Superilla; en un caso similar en su instrumentalización por parte de la derecha, Inés Sabanés, exdiputada de Más Pais-EQUO y exconcejala de Movilidad y Medio Ambiente del Ayuntamiento de Madrid, nos acerca a las dificultades de implementación de una medida pionera y necesaria como el área de bajas emisiones de Madrid Central; Mikel Otero, activista ecosocial y diputado de EH Bildu, nos expone las bases de la estrategia energética de este partido, que en algunos de los municipios vascos en los que gobierna está experimentando con modelos de implantación de renovables muy interesantes (combinando la gran escala con participación y socialización de los beneficios); finalmente Héctor Tejero, diputado de Más Madrid y coordinador político en

el Congreso de Más País, nos ofrece un análisis político de cómo se logró introducir en el debate público nacional y convertir en proyecto piloto una de las medidas estrella de cualquier programa decrecentista: la jornada laboral de cuatro días.

El número lo cierran dos reseñas de dos libros que han tenido un enorme impacto en el debate ecologista reciente a nivel global. La primera, la firma la antropóloga Cristina de Benito, y versa sobre la etnografía de Anna Tsing, *La seta del fin del mundo*, un libro que va camino de convertirse en un clásico de un enfoque ecologista regenerativo. La segunda, cuya autoría corresponde a los jóvenes investigadores sobre decrecimiento Lucía Muñoz y Lorenzo Velotti, nos acerca a uno de los títulos que ha ayudado más a consolidar la madurez intelectual de la ideología decrecentista, *The Future is Degrowth*, de Matthias Schmelzer, Andrea Vetter y Aaron Vansintjan, publidado en Verso Books en el año 2022.

5. Referencias

Commoner, Barry (1973). *El círculo que se cierra*. Plaza y Janes.

Corriente Cálida (2023) Fósiles Socialsitas, en Corriente Cálida, n2. Disponible en: https://corrientecalida.com/fosiles-socialistas/

Escrivà, Andreu (2020) *¿Y ahora yo que hago? Como evitar la culpa climática y pasar a la acción*. Capitán Swing.

Fernández Liria, Carlos (1999) *El materialismo*. Síntesis.

Frank, Adam (2018) *Light of the Stars. Alien Worlds and the Fate of the Earth.* W. W. Norton & Company.

Franquesa, Jaume (2023) *Molinos y gigantes. La lucha por la dignidad, la soberanía energética y la transición ecológica*. Errata Naturae.

Hall, Stuart (2018) *El largo camino de la renovación. El thatcherismo y la crisis de la izquierda.* Lengua de Trapo.

Harris, Marvin (2004) *Nuestra especie*. Alianza.

Hickel, Jason (2023) *Menos es más. Cómo el decrecimiento salvará al mundo*. Capitán Swing.

Hinkelammert, Franz y Mora, Henry (2014) *Hacia una economía para la vida*. Filosofía.cu y Caminos.

Jonas, Hans (2015). *El principio de responsabilidad*. Herder.

Klein, Naomi (2015). *Esto lo cambia todo. El capitalismo contra el clima*. Paidós

Krznaric, Roman (2020). *The Good Ancestor: A Radical Prescription for Long-Term Thinking.* The Experiment

Leccardi, Carmen y Feixa, Carles (2011) "El concepto de generación en las teorías sobre la juventud", en *Última década*, nº34, págs. 11-32.

López, Xan (2022) "Socialdemocracia de guerra", en *Amalgama*. En línea. Disponible en: https://amalgama.ghost.io/socialdemocracia-de-guerra/

Malm, Andreas (2020) *Capital Fósil. El auge del vapor y las raíces del calentamiento global*. Capitán Swing.

Moore, James (2020) *El capitalismo en la trama de la vida*. Traficantes de Sueños.

Moriche, Jónatham F. (2022) "Hacia un nuevo acuerdo territorial para la España rural y campesina", en VVAA *La conquista del espacio*. Contra el Diluvio.

Olabe, Antxon (2022). *Necesidad de una política de La Tierra. Emergencia climática en tiempos de confrontación*. Galaxia Gutemberg

Ortega y Gasset, José (1988) *El tema de nuestro tiempo*. Espasa Calpe.

Polanyi, Karl (1989). *La gran transformación: crítica del liberalismo económico*. Ediciones La Piqueta.

Popper, Karl (2002) *La miseria del historicismo*. Alianza/Taurus.
Rendueles, César (2016) En bruto. Una defensa del materialismo histórico. Catarata.
Rich, Nathaniel (2020*). Perdiendo La Tierra. La década en que podríamos haber detenido el cambio climático*. Capitán Swing
Riechmann, Jorge (2016) Ética extramuros. UAM Ediciones.
Rockström, Joham (2022) "Puntos de inflexión y ciclos de retroalimentación", en Thunberg, Greta, *El libro del clima*. Lumen.
Sahlins, Marshall (1960). "Evolution Specific and General", en Sahlins, Marshal y Service, Elman (eds.), *Evolution of Culture.* University of Michigan.
Sánchez Cuenca, Ignacio (2021). *La situación actual y el futuro de la izquierda*. En línea. Disponible en: https://pasosalaizquierda.com/la-situacion-actual-y-el-futuro-de-la-izquierda/
Santiago, Emilio; Vindel, Jaime y Rendueles, César (2022) "Colapsismo: la cancelación ecologista del futuro". *Corriente cálida*, nº1, pp. 10-29.
Tejero, Héctor y Santiago, Emilio (2019) *¿Qué hacer en caso de incendio? Manifiesto por el Green New Deal*. Capitán Swing.
Tooze, Adam (2022) "Defining Polycrisis - From Crisis Pictures to the Crisis Matrix"*, Chartbook #130. E*n línea. Disponible en: https://adamtooze.substack.com/p/chartbook-130-defining-polycrisis
Toulmin, S. E. (1972). *Human understanding, vol. 1. The collective use and evolution of concepts*. Oxford University Press.
World Economic Forum (2023). *The Global Risks Report*. WEF

SECCIÓN 1: CUESTIONARIO

Pensamiento al margen. **Revista Digital de Ideas Políticas**. Número 18 (2023), pp. 24 - 49
ISSN: 2386-6098. www.pensamientoalmargen.com.

Perspectivas ecologistas sobre el tema de nuestro tiempo

Si algo merece el título de tema de nuestro tiempo es la novedad y los desafíos que nos imponen la extralimitación planetaria, la transición justa y los riesgos de que la humanidad fracase en esta empresa colectiva. Un asunto que, a su vez, tiene una marcada impronta generacional, tanto en la tensión sobre los efectos, las causas y las responsabilidades de los daños ecológicos como también en las diferentes perspectivas generacionales con las que el movimiento ecologista asume su papel histórico y los nuevos retos del siglo XXI.

Con el objetivo de profundizar en la riqueza y la pluralidad de estas perspectivas ecologistas, y poner en debate distintos enfoques y diagnósticos, se reúne en esta sección de la revista las respuestas de seis personas muy representativas del movimiento ecologista en España, que pertenecen a generaciones distintas y están comprometidos con militancias diferentes, a un cuestionario común de cinco preguntas. Son las que siguen:

1. ¿Qué balance realizas de la trayectoria histórica del ecologismo como movimiento transformador, en general pero particularmente en España? ¿Qué victorias, qué derrotas, que lecciones, que sorpresas destacarías de estas décadas de movilización y lucha en diversos frentes?

2. La situación socioecológica del presente es objetivamente propensa a diagnósticos muy pesimistas. También a otros menos desazonadores. ¿Cuáles serían, para ti, los dos-tres rasgos que caracterizan mejor nuestra coyuntura?

3. El futuro siempre está abierto, pero también se prefigura en base a las apuestas políticas que manejemos. ¿Cuáles son las proyecciones sobre la crisis y la transición ecológica que te parece más razonable esperar y qué riesgos enfrentan?

4. El qué debemos hacer ante la crisis ecológica, y las motivaciones (el por qué) son temas de creciente consenso. Parece que nuestro gran reto sigue siendo pensar en el cómo, en la capacidad de incidir. ¿Qué asuntos en juego identificas como aquello en lo que deberíamos concentrar esfuerzos colectivos en pos de una transición ecológica justa? ¿A través de qué medios?

5. Por último, nos gustaría que realizaras una breve reflexión, muy abierta, en clave generacional ecologista (puede basarse en la autocrítica, en la preocupación, en la pedagogía, en la duda, en cuestiones afectivas o emocionales…). En un diálogo con otras generaciones del ecologismo, más mayores o más jóvenes según el caso, ¿qué reflexión compartirías? ¿Dónde pondrías el acento para trenzar un saber compartido entre generaciones diferentes?

Para responder a este cuestionario, hemos contado con la colaboración de Cristina Narbona, senadora del PSOE y ministra de Medio Ambiente de España entre 2004 y 2008;

Jorge Riechmann, filósofo ecosocialista de referencia en lengua castellana, Yayo Herrero, antropóloga y destacada pensadora y activista ecofeminista; Joan Herrera, ex coordinador de ICV y ex director del Instituto de Diversificación y Ahorro Energético; Gemma Barricarte, arquitecta e impulsora del movimiento juvenil Fridays For Future y Martín Lallana, joven investigador ecosocial y militante de Anticapitalistas.

Cristina Narbona

1.

A finales de los años setenta descubrí la relación entre ecología y economía, y llegué a implicarme con un grupo ecologista en la lucha antinuclear. He seguido pues muy de cerca la actividad del movimiento ecologista, determinante durante los últimos cincuenta años en el cuestionamiento del paradigma economicista, tanto en España como en muchos otros países, primero en Estados Unidos y en Europa, y progresivamente en América Latina y en Asía.

La principal victoria ha sido la creciente concienciación sobre los efectos de toda forma de contaminación y en particular sobre el cambio climático, efectos que hoy conocen la mayoría de los jóvenes del planeta, que comprenden además sus graves consecuencias sociales y que se movilizan exigiendo respuestas. Buena parte de los partidos políticos han incorporado a su agenda estas cuestiones, e incluso se ha propiciado un mayor compromiso de las empresas frente a la creciente demanda de una mayor responsabilidad social corporativa.

A ello ha contribuido significativamente el avance del conocimiento científico y la progresiva evidencia de las consecuencias de los desequilibrios ambientales. Pero se ha avanzado demasiado poco, teniendo en cuenta la gravedad de los procesos en curso.

2.

Hay suficientes razones para el pesimismo, por la lentitud de la respuesta frente a la aceleración y la irreversibilidad de la degradación planetaria.Pero creo que no debemos dejarnos llevar por el pesimismo: existen elementos para la esperanza,que tenemos la responsabilidad de promover individual y colectivamente. Cada vez resulta más evidente que se puede garantizar más salud y bienestar así como una prosperidad duradera y justa, implantando un modo de producción y de consumo con menos contaminación, menor uso de recursos naturales y menor destrucción de ecosistemas. Toca ser activistas y poner en valor cada paso que se da en la buena dirección . Si hubiera que resumir la coyuntura en pocas palabras,diría: avance tecnológico y científico, resistencia al cambio y resurgir de peligrosas posiciones negacionistas en el ámbito de lo social y de lo ambiental.

3.

La guerra en Ucrania ha puesto de manifiesto dramáticamente la dependencia de la UE de los hidrocarburos rusos y la consiguiente urgencia de la transición energética, el principal vector de la transición ecológica. La tecnología permite ya el uso masivo de energías renovables a precios competitivos. Pero lamentablemente muchos gobiernos apuestan por prolongar la dependencia de los combustibles fósiles (no procedentes de Rusia), así como de la energía nuclear. Hay un riesgo cierto de no cumplir con los compromisos de descarbonizacion derivados del Acuerdo de Paris; tampoco se avanza lo

suficiente en otros desafíos, como la preservación de la biodiversidad terrestre y marina, todavía hoy algo menos visibles que el cambio climático.

4.

En efecto. El diagnóstico y las razones para actuar están ya muy consolidados. Donde se falla, por desgracia, es en la efectiva implementación de los acuerdos internacionales, y en la correspondiente legislación y medidas aprobadas a nivel nacional. Creo que es necesario avanzar en un enfoque "Aarhus" a escala internacional: garantizar el acceso a la información, a la participación y a la justicia en materia ambiental, con la implicación de la Corte Penal Internacional - de forma que se castiguen de forma contundente los delitos ecológicos-. Una ciudadanía global, mejor informada y conectada gracias a las nuevas tecnologías, puede ser determinante para el cambio de paradigma, sobre todo si además se cuenta con herramientas para que no queden impunes los incumplimientos de los numerosos acuerdos internacionales en materia ambiental.

5.

Creo que con las generaciones pioneras, así como con las venideras, es necesario un esfuerzo de identificación de las razones de la lentitud en la respuesta ante los desafíos ecológicos, sin eludir los posibles fallos del movimiento ecologista. Seguramente se ha hecho mucho más énfasis en la (ineludible) denuncia de los problemas y en su extraordinaria gravedad, que en la viabilidad de soluciones que garanticen bienestar y equidad social. Todavía una parte importante de la opinión pública considera al ecologismo como una rémora para la actividad económica y la creación de empleo, y resulta urgente visibilizar ejemplos concretos que desmientan esa opinión. Y eso es crucial para convencer a los ciudadanos en el ámbito urbano y todavía más en el medio rural: en España resulta mucho más difícil impulsar la transición ecológica en la agricultura, la ganadería… que en lo relativo a la industria o a la energía. Y por supuesto creo que el elemento más convincente es el vínculo entre medio ambiente y salud.

Jorge Riechmann

1.

En los años 1970 las cosas se veían venir. Así, por ejemplo, Bernard Charbonneau, en las páginas de prefacio que redacta en 1973 para su libro *El sistema y el caos* (una lúcida crítica de las sociedades industriales entregadas al crecimiento económico, que se identifica con el Progreso en mayúsculas), escribe en Francia: "Si prosigue el incremento acelerado de una población con producción acrecentada, llegará un momento en que lo que nos faltará no serán hierro o automóviles, sino los elementos mismos: el agua, el espacio, los minutos". Hoy esa previsión profética se ha materializado, por desgracia (y por eso decimos que nos hallamos en la Era de las Consecuencias): la continuación del crecimiento industrial nos ha conducido a la situación dantesca en que incluso los elementos más abundantes en la Tierra, como el agua o la arena (de cierta calidad), se vuelven escasos.

Los movimientos ecologistas han luchado durante más de medio siglo para evitar que sucediese lo que está sucediendo, para evitar que llegásemos donde ahora nos hallamos: el calentamiento global en camino de convertirse en hecatombe climática, el agotamiento de los recursos minerales (comenzando por el petróleo), la destrucción masiva de ecosistemas, suelo fértil, especies, poblaciones y seres vivos; la degradación, el

empobrecimiento y el envenenamiento de la biosfera. Estos movimientos han luchado no por "salvar el planeta" sino para preservar las opciones de vida buena (para los seres humanos y las demás criaturas), y para evitar el ecocidio.

"Obtenemos pequeñas victorias y grandes derrotas", declara Felipe Fuentelsaz, coordinador de agricultura de WWF-Adena, una de las "cinco grandes" entre las organizaciones ecologistas/ ambientalistas españolas (citado en Esther Sánchez, "El grito de Doñana", El País Semanal, 30 de octubre de 2022). Se está refiriendo a la desecación del Coto de Doñana (¡la "joya de la corona" de la protección de la naturaleza en España!) por culpa de la agricultura intensiva y el turismo, pero el diagnóstico valdría para más de medio siglo de esfuerzos ecologistas. Pequeñas y significativas victorias… que no deberían engañarnos respeto a la derrota grande del movimiento.

En nuestro país, y pensando en términos macrosociales, el movimiento logró éxitos en importantes luchas defensivas (conservación de valiosos espacios naturales, como el coto de Doñana que ahora se ve amenazado; paralización de una parte del desaforado programa nuclear de los años setenta; rechazo del Plan Hidrológico Nacional de Borrell y Aznar…), pero fracasó en su aspecto constructivo: avanzar hacia nuevas formas de vivir, producir y consumir. El cuestionamiento en serio del capitalismo –patriarcal, colonial, fosilista, ecocida–, una vez cerrada la ebullición emancipatoria que se dio al final del régimen franquista y durante la primera fase de la Transición, ha sido asunto sólo de franjas marginales de la sociedad española; y también resultó minoritario dentro de los movimientos ambientalistas y ecologistas.

Faltó, por lo general, una comprensión mejor del carácter sistémico de la dominación capitalista y de la potencia autoexpansiva de la acumulación de capital. No se percibió lo suficiente la necesidad de pensar –y construir– el ecologismo como un movimiento revolucionario. Se creyó que había ciertos espacios para avanzar dentro del capitalismo realmente existente, espacios que a la postre eran mucho más exiguos de lo que se percibía. Hablo de esto en primera persona: antes del decenio de 2010 yo también concedí demasiado crédito a las ilusiones renovables, yo también confié demasiado en la posibilidad de cambios dentro del marco de la sostenibilidad, yo también pensé que sindicatos como CCOO podrían ecologizarse significativamente por la vía de la transición justa y los Green Jobs dentro del capitalismo. Por eso me apena hoy la reincidencia en esta clase de ilusiones de brillante gente joven que apuesta por un Green New Deal para el que ahora todavía hay menos espacio ecológico (y político) que hace treinta años.

Pensando ahora en términos supranacionales (desde esa "conciencia de especie" que invocaban los movimientos ecologistas de los años 1970), diría que hubo dos errores teóricos capitales en aquel decenio, cuyas consecuencias se alargan hasta hoy mismo: por una parte, el rechazo indiscriminado de la *deep ecology*, con su cuestionamiento del marco antropocéntrico dominante en la concepción del mundo occidental y su insistencia en un cuestionamiento profundo de nuestros modos de vida. Y, en segundo lugar, la incomprensión de las cuestiones sobre economía, ecología y termodinámica que planteaba la bioeconomía de Nicholas Georgescu-Roegen, quien mostró que el carácter entrópico de las actividades de producción y consumo exigía pensar de otra manera, por ejemplo, las transiciones energéticas. En definitiva, ignorar (o incluso desacreditar) a Arne Naess y a Georgescu-Roegen fue una mala idea en los años 1970, cuyos desgraciados efectos estamos pagando todavía.

2.

Hace un tiempo, el ensayista estadounidense Mark Lilla escribió un texto en *The New Republic* (publicado en español en *Letras Libres*) sobre "nuestra era ilegible". En él decía

Lilla que "aunque no sirviera para nada más, la Guerra Fría hacía que nos concentráramos". Para mucha gente, ese enfrentamiento mundial ordenaba y simplificaba la realidad. Había dos bloques ideológicos claros, con sus propias cosmovisiones y proyectos de civilización. Hoy sin embargo nos encontraríamos huérfanos de sentido, desconcertados ante realidades opacas. Lilla afirma que "carecemos de conceptos adecuados o, incluso, del vocabulario apropiado para describir el mundo en que vivimos". Daniel Innerarity dice por su parte que los seres humanos de épocas anteriores vivían mucho peor que nosotros, "podían pasar hambre y sufrir la opresión, pero no estaban perplejos".

Bien: este diagnóstico, entonces, nos habla de una realidad tan compleja y fragmentada que roza lo ininteligible. Y sin embargo, los movimientos ecologistas —con su atención a los metabolismos ecosociales de nuestras colectividades— sí que tienen un "vocabulario apropiado para describir el mundo en que vivimos": un vocabulario que nos habla de metabolismo ecosocial, de aprovechamiento energético, de la excepcionalidad físico-química de los combustibles fósiles, de productivismo y extractivismo, de GEI (Gases de Efecto Invernadero) y calentamiento global, de ecosistemas y biodiversidad; y que no por ello descuida hablar también de financiarización, desigualdad social o geopolítica del petróleo.

Sin embargo, ese vocabulario adecuado, cuando se usa de manera veraz, no nos permite pintar un futuro brillante, sino más bien lo contrario. Nos remite a un presente y a un porvenir de sangre, sudor y lágrimas. Con lo cual —a nadie se le escapa— tenemos un problema político y comunicativo de primera magnitud.

La huella ecológica de la humanidad hoy supone 1'7 veces la biocapacidad del planeta Tierra. ¿Hay freno y marcha atrás en el *overshoot* ecológico? Nuestras sociedades, de forma mayoritaria, no contemplan otra opción que crecer (que crezca el PIB), y a continuación añaden el conjuro: "de forma sostenible". Tampoco las izquierdas (salvo excepciones minoritarias) se plantean otra cosa. Y sin embargo eso no es posible… No vamos a triunfar sobre las leyes de la física y la biología.

En los últimos años, dos procesos de largo alcance han ensombrecido todavía más las perspectivas de cualquier transición ecológica poscapitalista "buena": en primer lugar, la digitalización acelerada bajo la égida de un oligopolio de megaempresas privadas (GAFAM); en segundo lugar (y pensando aquí sobre todo en Europa) la militarización rampante asociada con la guerra en Ucrania (que ha reforzado el lamentable papel subalterno de la UE respecto al imperialismo de EEUU). ¿Alguien puede creer que, en un mundo dominado por la competencia salvaje entre potencias imperialistas, cada una buscando sobrepujar a las otras en fuerza militar y tecnocientífica para la dominación, podrá hacerse frente de verdad a la crisis ecológico-social?

3.

[Jorge Riechmann ha dejado la pregunta tres sin responder].

4.

Si —como creo— la cuestión de los límites biofísicos y la reinserción de los sistemas humanos en los sistemas naturales es el principal hilo conductor de la historia de los ecologismos, entonces las propuestas de decrecimiento desempeñan un papel central. De hecho, no hay que verlas como un invento francés en torno al cambio de siglo XX-XXI, sino como la actualización de tesis ecologistas enunciadas desde hace decenios.

La estructura de los conflictos ecosociales en torno a la implantación rápida y masiva de renovables de alta tecnología (aerogeneradores y placas fotovoltaicas) por una parte,

y la ganadería extensiva por otra, es análoga. Sus promotores (entre los que hallamos a una parte de los movimientos ecologistas) dan a entender que es posible una simple sustitución (de combustibles fósiles por renovables; de ganadería industrial por extensiva) para seguir viviendo más o menos como hasta ahora, sin descensos muy importantes en el consumo (de energía, de carne) y sin cuestionar el capitalismo. Pero como tal simple sustitución no es posible, estos promotores se ven por desgracia empujados hacia las posiciones negacionistas en sentido amplio (negacionismo de los límites biofísicos) que son mayoritarias en la sociedad. Y con ello se alejan de lo que tendría que ser una transición ecológica en serio (y no meras operaciones de maquillaje, ecoblanqueo y propaganda verdosa).

Se podría hacer una reflexión análoga sobre otras dimensiones de conflicto ecosocial: gestión del agua, hidrógeno "verde", combustibles sintéticos para aviación… En todos los casos, si comenzásemos por reconocer de entrada que no se puede prolongar la trayectoria expansiva, y que nos hace falta un decidido "menos y mejor" (decrecimiento poscapitalista), podríamos plantearnos trayectorias de cambio razonables que hoy no están a nuestro alcance.

Pero responder en serio a estas preguntas sobre transiciones ecosociales exigiría mucho más espacio del que permite esta encuesta. Me limito a algunas someras indicaciones: A) socializar algunos sectores básicos para cualquier transición ecológica real, sobre todo el oligopolio energético, los bancos y las demás empresas financieras. B) Renaturalizar zonas extensas de la superficie terrestre, al tiempo que dejamos bajo tierra la mayor parte de los combustibles fósiles aún existentes. C) Organizar una transición agroecológica en plazos breves, atreviéndonos a realizar una reforma agraria profunda y a reordenar las relaciones campo-ciudad. D) Asumir que cualquier transición ecológica real ha de ser fuertemente decrecentista en el uso de energía y materiales (y por ello debería ser capaz de organizar de forma igualitaria una contracción económica de emergencia) y que ello implica que nuestros modos de vida imperiales no pueden continuar. ¿Están a nuestro alcance estos cambios radicales, es decir: cabe concebir la construcción en tiempo y forma de un sujeto revolucionario que lleve adelante esta clase de transición ecológica ecosocialista descalza? Me temo que no, y que eso marca, ay, la tragedia de nuestro tiempo.

La Gran Desproporción (una de cuyas dimensiones es la brecha que media entre lo que somos capaces de hacer políticamente y lo que deberíamos hacer) nos remite a lo que en alguna ocasión he llamado una política de lo imposible. Un punto de arranque: esa Gran Desproporción se da en la propia condición humana. Lo formula el pintor Yves Berger con agudeza, en un breve libro (Tu turno) escrito como intercambio epistolar con su padre, John Berger: "Salí del cuerpo de mi madre, ella salió del cuerpo de la suya y así sucesivamente… Podemos mirarlo desde todos los puntos de vista, pero siempre hay algo demasiado grande para nosotros en la vida. Demasiado grande para poder pensarlo, poder verlo, poder escucharlo. Entonces, para poder tirar adelante desde el nacimiento hasta la muerte, todos tenemos que encontrar una manera de lidiar con este demasiado grande. Y lo menos que podemos decir es que no resulta fácil…"

Si nos abrimos a eso inconmensurable en la propia condición humana, eso hacia lo que apuntamos a veces con palabras como "misterio de existir", ¿lograríamos empezar a orientarnos hacia aquella clase de política que hoy se nos aparece como pura imposibilidad? Ésta sería la respuesta de John, el padre de Yves: "Si seguimos a Spinoza y suponemos que todo lo que existe es indivisible porque este todo constituye una totalidad, vemos la grandeza como algo que nos rodea, que nos incluye en lugar de enfrentarnos. Y éste es el misterio que el arte se esfuerza en presentarnos. (…) Admitimos y reconocemos el inmenso todo con nuestras acciones (gestos) de solidaridad y al

compartir algo. Tales acciones encarnan esperanza, que es tan grande (no por lo que promete, sino por su propia naturaleza) como el Big Bang, ¡hace 13.800 millones de años!"

Para Manuel Sacristán, Guillevic era "uno de los poetas comunistas menos leídos y mejores" del siglo XX. Y citó de memoria (en el coloquio que siguió a una importante conferencia suya en 1979) estos versos: Nous n´avons jamais dit/ Que vivre c´est facile (No hemos dicho nunca que vivir sea fácil)/ Et que c´est simple de s´aimer... (ni que sea sencillo amarse)/ Ce sera tellement autre chose (Pero será todo muy distinto)/ Alors. Nous espérons (Por lo tanto, esperamos). Seguía Sacristán aclarando: "Guillevic era del PCF, pero no es casual que el poeta importante, célebre y casi oficial del PCF fuera Aragon, con su progresismo, y no Guillevic, con su esperancismo, por así decirlo."

Esperanza no quiere decir que tengamos ninguna victoria garantizada (a esa clase de creencias las llamamos más bien optimismo): quiere decir que no vamos a dejar de luchar. Es lo que sugería también Mike Davis: "No creo que la esperanza sea una categoría científica. Y no creo que la gente luche o mantenga el rumbo por esperanza. (…) Escribo porque espero que las personas que lo lean no necesiten un montón de esperanza o buenos finales, sino que lean para saber contra qué pelear, y pelear incluso cuando la pelea parezca inútil."

5.

Visto de forma retrospectiva, el despliegue del paradigma del "desarrollo sostenible" habrá sido una de las mayores (y quizá la más fatídica) entre las operaciones de relaciones públicas en la historia humana. Por lo demás, ahora el adjetivo "regenerativo" ya va camino de convertirse en el nuevo "sostenible", tan vacuo y propagandístico como éste. Así, por ejemplo, se promocionaba una conferencia en la Facultad de CC. Económicas y Empresariales de la UAM, el 16 de noviembre de 2022: "La Economía Circular como nuevo modelo de crecimiento regenerativo: la creación de valor a través de los residuos". Igual que "sostenible"/ "sustentable", lo "regenerativo" es una noción importante cuyos orígenes se sitúan en el ecologismo, aunque por desgracia esté siendo recuperada y desvirtuada con rapidez por el Sistema (en el marco del "capitalismo verde").

Cuando aún era posible cambiar de rumbo, el "desarrollo sostenible" nos fijó sólidamente dentro de un marco de reforma capitalista (que por otra parte no tuvo lugar). Una buena parte del movimiento ecologista cayó (caímos) en esa trampa, sin advertir que, como ha escrito alguna vez George Monbiot, "es inútil e innecesario tratar de persuadir a la gente en la esquina opuesta. Al tratar de hacerlo, hemos destruido la eficacia de nuestros movimientos, comprometiéndonos sin cesar por miedo a alienar a los más antagónicos a nosotros". Y eso explica cómo hoy, en los movimientos de componente mayoritariamente juvenil radicalizados en torno a la cuestión del calentamiento global (Fridays for Future, Extinction Rebellion, Futuro Vegetal, etc), mucha gente identifica el ecologismo con un ambientalismo ramplón, reformista e integrado en el sistema.

Así, por ejemplo, Bilbo Bassaterra, seudónimo bajo el que trabaja un activista de Rebelión contra la Extinción y fundador de Futuro Vegetal, afirma (en unos tuits del 22 de diciembre de 2022) que "quien piense a estas alturas que el movimiento climático es un movimiento ecologista es que no está entendiendo nada". ¿Cómo es eso, Bilbo? Pues porque "estamos hablando de autogestión, de fin del modelo capitalista, de migraciones, de represión institucional, de soberanía energética y alimentaria, de distribución de la toma de decisiones... Lo de tener un planeta habitable me parece solo una condición para todo lo demás". Vaya, este joven describe justo lo que vengo llamando desde hace tiempo ecologismo consecuente, o aquello que Ecologistas en Acción reivindica como ecologismo social. Pero, como se ve, está manifestándose una desconexión generacional

notable. Si el ecologismo acaba identificándose con "la moda de los paneles solares y el kilómetro cero", una honrosa historia de seis decenios acabará de forma tristísima.

La conclusión de cualquier análisis realista de lo que está sucediendo en los ámbitos del clima, la energía y la biodiversidad sería: esto no va a acabar bien. Pero, frente a tan difícil panorama, quienes deseamos poder mirarnos al espejo cada mañana sin sentir demasiada vergüenza no debemos dejar de luchar. Eva García Sempere ha evocado en alguna ocasión los orígenes de su compromiso social en el seno del movimiento vecinal en Málaga, donde cristianos de base de la HOAC solían decir: "La esperanza no es ser, es hacer". Quizá incluso mejor: la esperanza no es estar (esperanzado), es hacer. Un ejemplo impresionante de esta actitud lo proporciona el pensador y dirigente indígena brasileño Ailton Krenak, al final de su breve libro La vida no es útil.

"Hace dos años que estoy viviendo en la margen izquierda de un río junto con otras familias de mi pueblo que, desde el punto de vista práctico, tenían que haber sido sacadas de aquí", explica Krenak. El valle del río Doce (al que los indígenas krenak prefieren llamar Watu, "nuestro abuelo") es el territorio ancestral de este pueblo amerindio, cuya ecología está desde hace años profundamente afectada por la actividad minera. El desastre tuvo lugar en diciembre de 2015: el río fue devastado por el colapso de un dique minero en el municipio de Mariana (Minas Gerais, en el sudeste de Brasil). Una más entre las tragedias del extractivismo… La presa, de la que era responsable la empresa Samarco –propiedad de la brasileña Vale y de la anglo-australiana BHP-Billiton–, contenía casi sesenta millones de metros cúbicos de residuos de minerales cargados con peligrosas sustancias contaminantes. El tsunami de lodo que se formó tras su ruptura mató a 19 personas, arrasó varias localidades y recorrió más de seiscientos kilómetros por el Río Doce hasta el océano Atlántico, devastando fauna y vegetación a su paso.

Antes de la rotura de la presa, los krenak vivían a orillas del río Doce (sagrado para ellos) gracias a la pesca; además se abastecían del agua del río para beber y regar sus huertos. Pero la contaminación masiva de sus tierras les privó de sus medios de subsistencia. Ahora ya no pueden pescar en el río que se volvió ocre: las 136 familias de esta tribu sobreviven gracias a la venta de artesanías y a medidas de emergencia tomadas tras la catástrofe, sobre todo para el abastecimiento de agua potable. Pero no han querido abandonar su tierra, a pesar de toda esta destrucción. Explica Ailton Krenak: "Los krenak no aceptamos ser retirados, quisimos quedarnos en el lugar del flagelo. 'Ah, pero ¡no tienen agua!'. ¿Y? 'Ah, pero ¡no hay comida!'. ¿Y? 'Oh, pero ¡ustedes pueden morir ahí!'. Sabemos que este lugar fue profundamente afectado, se convirtió en un abismo, pero estamos dentro de él y no vamos a irnos. Es una cuestión que incomoda, pero es necesario estar en esas condiciones para poder generar una respuesta en lena conciencia. Conciencia del cuerpo, de la mente, conciencia de ser lo que se es y elegir ir más allá de la experiencia de sobrevivencia. (…) Hemos de tener el coraje de estar radicalmente vivos, y no estar regateando la sobrevivencia. Si continuamos comiéndonos el planeta, todos vamos a sobrevivir sólo un día más. Lo que nos queda es vivir las experiencias, tanto del desastre como del silencio. A veces hasta queremos vivir la experiencia del silencio, pero no la del desastre, porque es muy dolorosa. Nosotros, los krenak, decidimos que estamos dentro del desastre, nadie tiene que venir a sacarnos de aquí, vamos a atravesar el desierto, hay que atravesarlo. ¿O es que cada vez que ves un desierto sales corriendo? Cuando aparezca un desierto, atraviésalo."

Nos toca atravesar el desierto con todo el coraje, la inteligencia, la compasión, la solidaridad y el buen humor de que seamos capaces.

Yayo Herrero

1.

El movimiento ecologista en España es diverso y tiene enfoques muy diferentes. Yo no he estudiado el movimiento en su conjunto por lo que voy a centrar la respuesta en el movimiento ecologista que conozco, del que formo parte y que se inscribe dentro de lo que llamamos ecologismo social. En el contexto del Estado español señalaría algunos de sus logros principales.

En primer lugar, es un movimiento que ha sabido autoconstruirse desde la articulación, diálogo y establecimiento de lazos intelectuales, activistas y afectivos. En unos decenios marcados por la incapacidad de muchos movimiento político-sociales para construir marcos de trabajo que les permitiesen sumar fuerzas, no me parece baladí. El ecologismo que yo conozco ha articulado a conservacionistas, el ecologismo político, anticapitalistas, movimientos urbanos y rurales, insulares y peninsulares… Y ha sabido establecer coordinaciones duraderas y respetuosas con otros ecologismos diversos.

En segundo lugar, ha sido un ecologismo que ha practicado una especie de pragmatismo utópico. A veces se dice que es un ecologismo de máximos e inflexible, pero la verdad es que, a la vez que intenta imaginar y proponer horizontes utópicos marcados por la contracción material de la economía, ha sido y es un ecologismo que disputa cada río, cada valle, cada artículo de una ley, cada disposición transitoria. Se ha sabido combinar la movilización con el uso de los instrumentos que proporciona el Derecho. Suelo decir que tenemos el mejor bufete de abogados y abogadas, y está formado por personas que trabajan sin esperar cobrar por su trabajo. Nos suelen decir en los tribunales que la calidad de las denuncias, de las litigaciones y los recursos es muy alta. Muchas veces en el terreno mediático se platea una especie de falso dilema, o se está en lo práctico y en lo que se cree posible, o están en lo utópico y en los programas de máximos. Creo que el movimiento ecologista ha sabido estar en lo práctico y podemos decir que una buena parte de la legislación ambiental y sensibilización es fruto de su trabajo y a la vez, no se olvida de a dónde deberíamos llegar.

En tercer lugar, es un movimiento que ha sabido formar a su militancia. A mí me enorgullece el hecho de que cada vez que hay que buscar a una persona experta en energía, biodiversidad, agroecología, contaminación, educación, gestión de residuos, conservación de la naturaleza, energías renovables o consumo consciente, transgénicos, entre otras cosas, quienes aparecen son compañeros y compañeras del movimiento. Muchas llegaron jóvenes a la organización y ha sido en el propio movimiento en donde mayoritariamente se han formado y aprendido. Es verdad que solo con datos no se reorienta el deseo, pero sin conocimiento tampoco. Los deseos son también conglomerados de conocimientos y emociones.

En cuarto lugar, es un movimiento que está sabiendo recibir a otras generaciones, sin imponerles las mismas formas de organizarse, abriendo con flexibilidad espacio para que quienes llegan nuevas se organicen sin tutelas y como quieran.

Si miramos el balance desde lo alto, se suele decir que el movimiento ecologista ha fracasado, porque no ha logrado detener o revertir las proyecciones que lanzaba, por ejemplo, el informe Meadows en 1972, pero, la verdad es que yo no me voy a autoflagelar por ello. Nos tocará, en todo caso, la parte alícuota de esa derrota pero la compartimos con muchos otros movimiento sociales, organizaciones políticas y, en general, gente organizada que tampoco está sabiendo cómo atajar un lento declive que ya genera un enorme sufrimiento social. los lazos rotos con la Tierra y entre personas.

Si hacemos el balance desde la concreción de los territorios y los cuerpos, yo diría que el balance es más bien positivo. No son pocas las luchas ganadas, las urbanizaciones locas paralizadas, los valles o ríos indultados, las plataformas que hemos puesto en

marcha y en la que muchas personas se han politizado. Para las pocas personas que somos, el balance y la capacidad de influencia es enorme. Recuerdo a un político y activista social que en una ocasión dijo que éramos el clavito del abanico en cualquier conflicto social.

2.

El primero de ellos es, obviamente, una situación complicada y grave en los términos que señalan los diferentes estudios y proyecciones que proyecta la comunidad científica. Fractura metabólica, innovación incontrolable de la autoorganización de la trama de la vida y empobrecimiento y precarización acelerada de una parte importante de la sociedad.

El segundo es la falta de consciencia y el ruido enorme alrededor de la comprensión sobre lo que nos está pasando que le pone la alfombra roja a los populismos de ultraderecha. Vivimos como dice Latour bajo una racionalidad que choca frontalmente contra la posibilidad de que todas vivamos decentemente, sin conciencia de ser ecodependientes.

El tercero es que tenemos no pocos movimientos y partidos que niegan que las personas quieran o puedan comprender, que han interiorizado la imposibilidad de construir horizontes deseados de emancipación en contextos de inevitable contracción material y establecen sin intentar el debate y deliberación necesario, qué es o no posible en función de análisis, datos o supuestos que a mí se me escapan y desconozco. También hay planteamientos que reniegan y se desentienden de la esfera de la política institucional que me parecen desenfocados, incoherentes con los propios diagnósticos que hacen.

Por último, asistimos al nacimiento de muchos focos de articulación y consciencia, distribuidos en el territorio, que en contextos políticas públicas favorables- y también de shocks – pueden conseguir torcer el rumbo de las cosas. Yo le veo mucho sentido a trabajar ahí desde enfoques público comunitarios.

3.

En el plano ecológico, me remito a las proyecciones de diversos estudios que tienen que ver con la crisis ecosocial. Casi ninguna es buena. Lo que más me preocupa es que no se comprenda la naturaleza de la crisis, cuáles son sus causas, cuáles son las fracturas, porque entonces, las líneas que deben orientar los cambios hacia una transición ecológica justa no se entienden y no son deseables.

Me parece un problema esa enorme reducción de la política a la disputa mediática, que me parece importante, pero no condición suficiente. Sin organización por debajo, en contextos de ruido, confusión y fakes es difícil abrirse paso. Pero me parece fundamental que en las instituciones públicas estén personas que intenten realizar cambios.

Ojalá no, pero en el plano de la política institucional, tal y como están las cosas, temo que tengamos que pasar la travesía de tener gobiernos de ultraderecha y podamos ver un importante deterioro de los servicios públicos y los sistemas de protección social.

Si es así, tendremos que ver cómo articularnos desde esa situación. Los movimientos sociales no son fuertes, pero sin ellos, nunca se han dado transformaciones grandes.

4.

La experiencia de coordinar el grupo de trabajo de Transición Ecológica Justa de Sumar me ha resultado muy reveladora. Han intervenido casi doscientas personas y una parte mayoritaria de ellas no eran ecologistas o no estaban relacionadas con el conocimiento de la crisis ecosocial. Lo más relevante ha sido encontrar una definición de la Transición Ecológica Justa, que fue definida como “el proceso compartido, planificado y deseado de

reorganización de la vida en común, que tiene por finalidad la garantía de condiciones dignas de existencia para todas las personas y comunidades, con plena consciencia de que ese derecho ha de ser satisfecho en un planeta con límites ya superados, que compartimos con el resto del mundo vivo y que estamos obligados a conservar para las generaciones más jóvenes y las que aún no han nacido." Me parece relevante porque une la agenda social con la ecológica y no separa la transición energética o ecológica de la justicia y la emancipación.

A partir de ahí se articularos los objetivos (1. Garantizar que todas las personas y comunidades puedan disfrutar de una vida segura y digna compatible con la restauración y preservación de sus entornos sociales, naturales y territoriales; 2 Reducir la huella ecológica del sistema económico para compatibilizar la cobertura de las necesidades sociales con las biocapacidades del país y globales, y el abordaje del cambio climático; 3 Adaptar el universo del trabajo y empleo a las circunstancias de la crisis ecosocial y al servicio de la Transición Ecológica Justa; 4 Desplegar procesos que acometan las situaciones de contingencia y urgencia derivadas de los efectos de la crisis ecológica y climática; 5 Detener los principales procesos de destrucción ecológica, restaurar y favorecer la resiliencia de los ecosistemas clave del país y proteger la vida animal; 6 Transitar hacia modelos territoriales justos y sostenibles que generen nuevas relaciones de cooperación entre los mundos urbanos, rurales y naturales; 7 Invertir en investigación y tecnociencia orientada a resolver los retos que plantea una Transición Ecológica Justa; y 8 Construir un soporte económico y financiero que haga viable la Transición Ecológica Justa).

En cuanto al cómo, nos atrevimos proponer un esbozo de gobernanza de la Transición Ecológica Justa (TEJ) para los próximos 10 años (1. Creación de una Agencia Especial para la Transición Ecológica Justa y de un Observatorio del Avance de la TEJ. (2024); 2. Realización de una gran campaña de información y sensibilización sobre la Transición Ecológica Justa (2024-2025) que conduzca a la firma de un Pacto Social para la TEJ que podría ser sometido a refrendo público (2026) y formulación de una Estrategia de Desarrollo de Competencias Ciudadanas para la TEJ (2025-2034); 3. Desarrollo una planificación política y económica que establezca límites globales en el techo ambiental, asegure condiciones de vida dignas e igualitarias y establezca compromisos con la protección de la biodiversidad y la restauración de los ecosistemas. (2024-2027); 4. Estudio y establecimiento de objetivos para la adaptación de los sectores económicos a la TEJ, establecimiento de instancias para la participación y cogestión en la evolución del modelo productivo; 5. Establecimiento de objetivos de TEJ concretos, medibles y evaluables para todos ámbitos de gobierno en las diferentes escalas del estado, acompañado de un plan de financiación y asignación de recursos que lo hagan viable; 6. Reformar con criterios ecológicos y sociales el Sistema de Contabilidad Nacional de modo que permita que los sistemas de medición adopción de un enfoque ecointegrador (2024-2027); y 7. Asignar recursos materiales, humanos y económicos al proceso de TEJ.

5.

Tengo cincuenta y siete años. Cuando llegué al ecologismo, yo era de las generaciones jóvenes y debatíamos con "nuestros mayores". Muchos de ellos habían participado en la lucha antifranquista, habían estado en la cárcel, les habían torturado y algunos habían incluso perdido compañeros de militancia. Recuerdo algunos debates sobre el uso de la violencia o la confrontación…

Aprendimos mucho de ellos – la mayor parte eran hombres – y discutimos mucho con ellos. Nos abrimos paso con su ayuda y a veces confrontando.

Ahora llegan nuevas formas de entender el ecologismo y la organización. A mí me encanta que sea así. Yo estoy superorgullosa de ir detrás de las generaciones más jóvenes en una pancarta. Intento autovigilarme para apoyar y aprender de ellos y ellas – ahora sí que hay muchas mujeres. En mi experiencia, en lo que yo vivo, el encuentro ha sido respetuoso. La gente más joven tiene muchos motivos para estar muy enfadada con la gente adulta pero también saben que justamente nosotros y nosotras hemos sido quienes hemos invertido vida para que hubiésemos llegado aquí de otra forma. A las ecologistas más mayores nos toca no ir de listas, facilitar el paso y confiar y, también, en la medida que podamos proteger y cuidar. No parece que vengan tiempos fáciles para el activismo ecologista. Quizás el activismo de las personas más jóvenes vaya a ser más parecido a lo que vivieron las personas de las que nosotros aprendimos.

Joan Herrera

1.

Somos un país cuya expresiones ambientales y ecologistas han venido de la mano de la reflexión y la acción a partir de los movimientos concretos en la defensa del territorio. Los movimientos contra vertederos ilegales, contra la instalación y proliferación de centrales nucleares, o para evitar una urbanización depredadora en un paraje natural, han sido las expresiones de articulación del ecologismo social en la mayor parte de nuestro territorio. Así, el ecologismo social y su traducción en repercusión política se asocia al futuro de un territorio. El origen del ecologismo se vincula mas a movimientos conservacionista, si bien ya a finales de los 70 empezaron a emerger expresiones más ecopolítica. Hoy, la mayor parte del ecologismo social aglutina ambas visiones. Si viene la expresión ecologista se inició en la protección de determinados entornos, y se volcó en la lucha contra la proliferación de nucleares, es cierto que la implicación a favor de ciudades más habitables, con menos ruido y contaminación han formado parte de la maduración delo ecologismo. Aún nos quedan asignaturas pendientes, rara vez se ha traducido en una visión y en una misión en políticas públicas, no encarando de forma clara los necesarios cambios en la movilidad, siendo este una de las grandes asignaturas pendientes del país.

Es cierto que las grandes organizaciones han sido capaces, en función de su estrategia, y de la capacidad de incidencia en el gobierno de turno, de marcar algo las agendas de la política institucional. Según todos los estudios de opinión pública, la ciudadanía en España cuenta con una fuerte sensibilización ambiental, contando con un porcentaje relativamente pequeño de negacionistas climáticos. En la encuesta del CIS tras el verano tórrido vivido, la preocupación por el medio ambiente aparecía por primera vez como el quinto factor de preocupación entre los españoles y españolas. Pero también es cierto que la ecología y las políticas a ella asociada rara vez han sido el factor determinante en la opción de voto en cada una de las contiendas electorales.

Así, las victorias vienen de la mano de conquistas en el territorio. La última y más relevante, la ILP por la protección del mar menor en Murcia, dotando por primera vez de protección jurídica a un activo ambiental. Pero la lección ha sido no poder marcar una agenda ambiental propia, que influyese en la acción institucional y en el voto de forma más decisiva.

2.

Creo que el rasgo que define nuestra coyuntura es asunción de la realidad (el cambio climático ha llegado y nos va a afectar de pleno) y una actitud que se concentra en el

binomio de impotencia-inacción (ante la imposibilidad de evitarlo y menos aún de revertirlo). La asunción significa que es por todos asumido que el cambio climático va a tener un extraordinario impacto en la vida en general, y en la vida de cada uno en particular. Forma parte de la conversación ya no sólo de personas que se definen como ecologistas, sino de la conversación del bar o de la sobremesa con tus suegros. Pero a esa preocupación se le suma una impotencia que puede ir seguida de inacción. La dimensión global del reto, y el diagnóstico conforme no hay una agenda internacional comprometida para hacer frente se traduce en ese binomio de "impotencia-inacción". Esa es una actitud que influye en lo que pensamos en la acción institucional (¿por qué mi país tiene que hacer esfuerzos si en la otra punta del planeta economías más potentes no van a hacer lo mismo?) y también en la conducta individual (¿Por qué comprometerme si mi vecino no lo hace?).

Hay un tercer componente, creo que más presente entre las generaciones más jóvenes, que es la ecoansidedad. Pero esa es una actitud generalizada exclusivamente entre los sectores más comprometidos que se combina con el intento de intentar vivir ignorando el problema.

La cuestión es que la asunción del problema, sumada a la impotencia, se puede consolidar en un marco de inacción.

Es sobre este escenario donde desde el ecologismo debemos pensar como actuar. A mi entender no se trata de profundizar tanto en el relato (fundamentado) en el que el colapso es posible. Si este es difícilmente evitable la respuesta colectiva va a acabar siendo "vivamos intensamente mientras podamos". Es por tanto clave un relato acompañado de acción, que centre las ventaja del hacer, y ponga acento más en lo mejor que vamos a vivir (más tiempo, mejor salud, mejor medio) que en la necesidad de vivir con menos (siendo también cierto). Cierto es que la agenda del decrecimiento debe estar en lo que se debe hacer, pero es una cuestión de acentos. Si ponemos el acento principalmente en ello difícilmente ganaremos la batalla cultural.

3.

El principal reto a mi entender está en desarrollar una agenda de transformación ambiental potente y atractiva al margen de la agenda global en la lucha contra el cambio climático. Si traslado dicha reflexión no es porque crea que la agenda global no sea trascendente (es la más trascendente) sino porque es donde veo menos posibilidades de éxito.

Así, creo que en España y en el conjunto de la UE deberíamos ser capaces de desarrollar una agenda y propuesta de acción ambiental que haga del ecologismo un escenario de oportunidad.

Así, para traducir esto, deberíamos hacer una propuesta que conectase con batallas culturales como el vivir mejor y con más calma; con una mejor salud, así como con apuestas vinculadas a la economía doméstica y general, como la necesidad de una energía renovable pero también más barata.

Así, sobre el papel de la propuesta concreta el principal reto en España está en cuatro elementos que sitúo sin orden de prelación. El primero en la descarbonización de la movilidad, el segundo reto en la descarbonización de nuestro sector doméstico en sus consumos térmicos, el tercer reto en un desarrollo de las renovables que se pueda hacer de forma descentralizada y con pacto en el territorio y el cuarto con la protección de la biodiversidad y las otras vidas con las que compartimos nuestro territorio.

Pero estos retos, así, soltados uno a uno, significan un cambio de hábitos y de marcos culturales gigantescos. El primero de ellos, la descarbonización de la movilidad, necesita de un cambio en la cultura del coche, pasando de la concepción de la movilidad individual

y de propiedad, a la cultura del transporte colectivo, y cuando sea necesario un uso individual, vinculado a la cultura del servicio. Eso se traduce en una estrategia de país, una conversión de la industria del automóvil pensada en vender propiedades en una industria orientada a la provisión de vehículos eléctrico compartidos, y en una mejora del transporte público. Si pensamos en el transporte de mercancías, ello se traduce en un gran plan de acompañamiento al sector, para garantizar un futuro laboral en el transporte de mercancías por ferrocarril, y políticas activas para evitar el "cierre país" por parte del sector del transporte, uno de los sectores más vulnerables y con mayor capacidad de parar la agenda de transformación ambiental que necesitamos. Y por último ello se traduce en una batalla cultural de primer orden cuando pensamos en la vida en nuestras ciudades, en la necesidad en que el espacio público no esté ocupada por el vehículo privado.

El segundo reto, la descarbonización de los usos térmicos, necesita de una política "industrial" activa, que permita expulsar el gas y el gasoil a la hora de dar respuesta a nuestras necesidades térmicas. Ese es un cambio titánico, pero debería ser una "misión país" para conseguir en una década protagonizar un auténtico cambio en los consumos residenciales y en gran medida industriales. Dicha acción debería dar respuesta a las necesidades de calor, y a su vez preparándonos para las necesidades de frio en una estrategia de adaptación al cambio climático.

El tercer reto va asociado al desarrollo de las renovables y las necesidades de flexibilidad de nuestros consumos energéticos. En el desarrollo de renovables, debemos protagonizar un pacto con el territorio, construyendo un modelo que garantice las compensaciones hacia las personas que habitan en él. No podemos dejarlo a un modelo de "business as usual" sino que debemos construir un marco para la mediación y la compensación, para la generación de oportunidades. En lo que se refiere a la flexibilidad, debemos construir un marco retributivo y de señales de precios que permita la adaptación del consumo a los momentos de mayor generación de energía de origen renovable, más barata, pero también menos gestionable que el modelo fósil del que venimos. Este, que parece un elemento muy técnico es determinante. A estas alturas, más importante que la generación es la gestión de la demanda y la flexibilidad que permita desplazar consumos hacia los momentos de generación renovable no gestionable, y para ello es determinante la electrificación de la movilidad, pero especialmente, la electrificación de los consumos térmicos.

El último de los retos, y quizás el más importante, está en la necesidad de una apuesta decidida por la protección de la biodiversidad. Una biodiversidad asociada al vivir mejor, en armonía con las otras vidas con las que compartimos el territorio, no sólo con el paisaje, sino con la vida que habita este paisaje. Debemos desarrollar una agenda que garantice la vida en un territorio al que le va a afectar de forma drástica el cambio climático. Es necesaria una política de agua que garantice la vida. Es imprescindible la protección de los espacios de reserva de biodiversidad. Todo ello con propuestas bien concretas que identifiquen los espacios a preservar y proteger en cada uno de nuestros territorios. Hay que identificar aquellos espacios más alejados de las urbes, pero a su vez, hay que proteger los espacios ubicados en zonas urbanas que aportan biodiversidad, definiendo, asociado al vivir mejor, estrategias de biodiversidad urbana potentes y ambiciosas. Así, el concepto de "infraestructura verde", asociado a espacios de biodiversidad y de soberanía alimentaria, debe formar parte de los bienes y espacios a proteger y a potenciar.

Por último, en la agenda a compartir debe haber una máxima: la negativa absoluta al crecimiento de infraestructuras grises que signifiquen un aumento de emisiones de GEI's. Deberíamos ser capaces de crear amplios consensos para que todas aquellas propuestas que reproducen modelos de incremento de emisiones fuesen rechazadas y no contempladas. Este parece un objetivo obvio, pero lo cierto es que lamentablemente en

parte de nuestro territorio esta agenda continua teniendo un poder extraordinario. El debate de los presupuestos en Catalunya ha girado en torno a la ampliación del aeropuerto, la ampliación del 4º Cinturón, una gran infraestructura viaria, y el Hard Rock, un gran Casino. Deberíamos ser capaces de crear el marco y la hegemonía cultural para que propuestas de este calibre no fuesen ni planteables en un escenario de emergencia climática.

4.

Cuando hablamos de cómo lo hacemos está seguramente uno de los elementos clave. Hasta hace un par de décadas la agenda ambiental o verde era de unos pocos. Ahora son muchos los actores que se reclaman a favor de la transición ecológica y energética. En este contexto lo primero que tenemos que hacer es reivindicar nuestra agenda y nuestras propuesta. Hace años que lo decíamos, y aunque muchos hayan llegado tarde, aquello que proponen en algunos casos se parece mucho a lo que reivindicábamos. En dichas posiciones hay sin lugar a dudas un análisis certero de lo que está pasando, buenas intenciones, aunque también hay algo de "green washing". A su vez, los colores del verde son variados y distintos. Verdes intensos y trasformadores, verdes edulcorados, e incluso intensidades de verde "dólar" que intentan reproducir los esquemas de ganancias que antes se producían con un modelo capitalista, extractivista y energívoro. Pero ante este panorama la pregunta es qué hacer con los nuevos compañeros de viaje. Mi opinión es que debemos tender la mano. Debemos crear marcos lo más transversales posibles que nos ayuden a cambiar la agenda. Una propuesta de pacificación del tránsito, establecer mecanismos de peaje en el acceso a las ciudades, cambiar la cultura de la propiedad en el vehículo de combustión, difícilmente la podremos hacer solos. Necesitamos de mayorías más transversales para ganar la batalla cultural.

Esta ampliación de mayorías se debe traducir en propuesta y agenda compartida con otros actores, que ayuden a marcar la agenda de instituciones y empresas.

El segundo ingrediente del cómo es a mi entender una propuesta meditada, pensada y propositiva de transición justa. No podremos hacer todo lo pendiente si aquellos sectores sociales que pueden verse damnificados o se pueden sentir perjudicados por el escenario de transición no se sienten acompañados. Lo intentaré ilustrar con un ejemplo. Hoy, el 20% de la contaminación en nuestras ciudades viene del reparto de mercancías de última milla, porcentaje que se está incrementando con el e-comerce. Las furgonetas de reparto dependen normalmente de colectivos altamente vulnerables, en muchos casos autónomos dependientes, que apenas llegan a final de mes y sin capacidad de adquirir una furgoneta eléctrica. El sector es fácilmente electrificable en lo tecnológico. Pero no tiene sentido que continuemos dando ayudas a todo aquel que se quiere comprar un vehículo eléctrico (independientemente de la renta que tenga o el uso que haga del vehículo) y que no intensifiquemos las ayudas para aquellos que tienen menos recursos y hacen un uso más intensivo del vehículo. Este ejemplo es bastante ilustrativo, pero debería escalarse y tener una traducción para todos aquellos sectores que se deben transformar en un futuro no muy lejano si queremos protagonizar esa transición ambiental y energética decidida, donde podríamos enumerar el sector del transporte en general, el sector de la construcción (basculando de la construcción a la rehabilitación); el sector del automóvil (de la construcción del vehículo y la venta del producto, a la construcción del vehículo al suministro del vehículo compartido); etc…

5.

Digamos que en la lucha ecologista nos hemos ido pasando relevos. Yo creo que gran parte de mi conocimiento en lo energético viene de lo que aprendí de Ladislao Martínez. Y de espacios compartidos con generaciones anteriores. En mi caso con un grupo informal que organizaba Domingo Jiménez Beltrán. De las largas conversaciones con Joaquín Nieto. Seguramente hoy nos falten más espacios de encuentro.

El ecologismo en España viene de lejos. Pero sin lugar a dudas, el tema es como conseguimos que nuestros anhelos y sueños, y sobre todo nuestro diagnóstico se convierta en hegemonía para que no sea discutible.

Es cierto que nuestro discurso está algo mejor. No formamos parte del rincón sino de la centralidad. Pero nuestra agenda no es tan obvia ni evidente. Fenómenos políticos como el de Trump o Bolsonaro son expresiones que la negación de la realidad puede llevar a políticas involucionistas.

Creo que podemos aprender mucho las unas de los otros. Llevamos mucho tiempo proponiendo, diagnosticando, reivindicando. Quizás necesitemos de un espacio de encuentro, de un decálogo de transformación de acción, y de un reconocimiento de los diferentes actores que hemos trabajado desde el ecologismo social y político, para volvernos a encontrar y definir propuesta.

Hoy, las ideas y propuestas por las que hemos luchado son más fuertes. Pero quizás necesitamos más que nunca de unos "Estados generales del ecologismo"

Gemma Barricarte

1.

Esta pregunta es bonita porque permite pensar el ecologismo como un laboratorio social de experiencias que nos ayuden a evaluar, reajustar, reconfigurar hipótesis estratégicas. En mi experiencia, concretamente con la referencia del anarquismo y la confederación constituida por Ecologistas en Acción, una de las victorias que ha tenido es la de producir un corpus de conocimiento lo suficientemente accesible como para poder trasladar aprendizajes sobre la crisis ecosocial. No sólo eso, sino que también ha construido sus propias referencias y su propia historia intelectual a través de figuras como las de Ramón Fernández Durán. Ha escrito su historia, o parte de ella, y eso ha permitido que personas como yo hayamos querido en algún momento formar parte de ella. Acceder y conectar con ese afecto individual a través de una organización no es tan fácil. Muchas personas jóvenes se han incorporado a este mundo gracias a esos conocimientos abiertos, sus informes, sus publicaciones y la construcción de esa constelación casi familiar. Ha tenido una labor pedagógica fundamental. Por otro lado, no tengo un conocimiento preciso y detallado sobre la historia del movimiento ecologista español, pero ha sido sin duda una referencia para los nuevos movimientos surgidos en el último lustro. Puede que otra de sus victorias haya tenido origen en la lucha antinuclear consiguiendo un sentido común antinuclear bastante extendido.

Por otro lado, ante la evidente brecha y falta de relevo generacional que atravesaba al ecologismo, la renovación de organizaciones ecologistas politizadas y movimientos jóvenes ha sido inaudito. Sin embargo, como resultado histórico parece que seguimos viviendo una derrota porque las consecuencias ecológicas del capitalismo siguen dándose cada vez de forma más intensificada y no ha habido una reducción de emisiones inminente o una reconversión industrial o energética notable. Quizás, históricamente le ha faltado reflexionar sobre los medios de comunicación de masas—en tanto que necesitaba construir un sentido común—o le ha faltado el Estado—en tanto que necesitaba una

intervención donde sólo un Estado puede intervenir. En el marco de los movimientos sociales, quizás también un diálogo estratégico con el movimiento feminista, animalista y sindicalista. Sobre todo, creo que le ha faltado entender su lucha mucho más como una lucha política—es decir, con miradas estratégicas mucho más amplias y transversalizadas—y menos como una lucha medioambiental–sectorial.

En los tiempos recientes creo que abrir la veda de la desobediencia civil es muy importante porque permite impugnar una normalidad socialmente, desnaturalizarla, y ante una situación donde ya hay asentada una percepción de que la crisis ecosocial ya empieza a rozarnos la piel (calor, incendios, sequías extremas, pandemias, …) es favorable plantear esta fórmula política de manera paralela a otras. Juntas y desde diversos frentes ayudan a retroalimentarse y construir narrativas compartidas de la realidad.

No me gustaría, sin embargo, que el modo dialéctico se asentase únicamente en la fórmula de la denuncia: esto debería derivar necesariamente en cambios palpables que ayuden a sanar y curar el clima de desconfianza política instaurado, por un lado, y que ayuden a mejorar la situación de precariedad social por el otro. Necesitamos más modos afirmativos (constructivos, propositivos, concretables, realistas, aterrizables) de hacer política. Desnaturalizar la normalidad y mostrar que sí hay alternativas de una vida mejor aún en el Antropoceno.

2.

Siendo telegráfica, creo que los principales rasgos son:

- *La complejidad del problema*: donde hay una interrelación de diversas crisis que retroalimentan otras y donde no hay una causalidad lineal. Esto tiene implicaciones en cuanto que los frentes de incidencia política se complejizan, pero es positivo en el sentido de que permite ampliar muchos frentes y ampliar la resiliencia de la lucha política en la multiplicidad de batallas abiertas. Por otro lado, será inevitable la colaboración técnica de los espacios especializados. Se necesitan técnicos y técnicas en diversos frentes que puedan afrontar el cómo en la burocracia y economía política vigente.
- *La debilidad política y la escala global*: dos problemas que dificultan la incidencia emancipadora. A más debilidad menos capacidad de incidencia, y a mayor escala más difícil es organizar movimientos articulados.
- La *velocidad* de los cambios que requerimos en un momento donde la política de masas ya no funciona: tensa las cuerdas hasta extremos en un sistema con una inercia histórica enorme. Las aceleraciones políticas son necesarias pero el marco de la hipótesis revolucionaria se ve cada vez más improbable. ¿Cómo acelerar procesos hoy?

3.

Pienso que la realidad seguirá siendo una amalgama híbrida y compleja de diferentes paradigmas (neoliberal, keynesiano, fascista, libertario, emancipador…), pero, a medio plazo, el paradigma global hegemónico será el neoliberal con algunas políticas socialdemócratas en un sentido paliativo (el leviatán climático). ¿Es posible impugnar el capitalismo a corto plazo? ¿Bajo qué alternativa? Me imagino algo lento, con ciertos puntos de aceleración y posibles estallidos sociales no necesariamente revolucionarios (conforme las presiones sociales y económicas aumenten) que el capitalismo tratará de gestionar mientras se estrechan los nichos ecológicos y se da un decrecimiento energético y material inevitable. ¿Cómo se resolverán las incoherencias entre un Green New Deal global (que según cómo se plantee a nivel material tendrá un evidente desajuste con la realidad material) y la realidad material en ciernes? ¿Un nuevo ciclo capitalista será capaz

de prolongarlo? ¿Qué pasará cuando crucemos el umbral climático del Acuerdo de París (siendo probable que así sea)? Y si lo cruzamos: ¿qué confianza quedará en las instituciones políticas partiendo de este clima de desconfianza? ¿Creemos en el desacoplamiento de las emisiones a nivel global sin un decrecimiento considerable? ¿A quién pertenece la atmósfera y el clima? ¿Quién será el soberano planetario que tenga la capacidad de imponer un estado de excepción? ¿Dónde está el límite de emisiones a partir del cual los conflictos internacionales hagan que esta problemática sea tal? El papel de los Estados, las organizaciones internacionales (contando con las instituciones capitalistas) y las organizaciones interestatales con capacidad militar será crucial porque ante todo hay un problema global cuando hablamos de crisis ecológica. En general, los acuerdos globales y el cumplimiento o no de los compromisos de emisiones en algún momento creo que desatarán conflictos internacionales conforme el cambio climático avance y cause más estragos. El papel de los principales Estados emisores como China, EEUU y la UE (sin ser un Estado, pero funcionando bajo directivas comunes) es crucial. Hay quienes sostienen que, ante esto, se producirá una adaptación de la política en la deriva de gestionar unos escenarios cada vez más difíciles. Quizás aquí también aparece el debate de la geoingeniería y aparecerá con más intensidad. Y si habrá algún país o alguna entidad dispuesta a realizar algo de tan alto calado no sé si se terminará materializando despertando alguna suerte de fuerte pelea internacional: ¿se atreverá un país como, por ejemplo, EEUU o China a implantar soluciones de geoingeniería duras? ¿Cómo han de afrontarlo los espacios políticos y organizados?

En cuanto a la dimensión local, lo que ocurra depende del trabajo que desde los espacios emancipadores (institucionales o no) sean capaces de hacer y de la seguridad económica y social los Estados de bienestar sean capaces de garantizar. Los riesgos de no afrontar los problemas de desigualdad y de construir un sentido común transversal y amplio de miras (y fuera de identidades improductivas) en torno a un cambio de formas de vida pueden derivar en una extrema derecha recogiendo rédito del descontento.

4.

La mitigación ha de ser global mientras nos adaptamos localmente. Creo que es importante que sea abordado desde una transversalidad que la complejidad requiere, y la justicia climática ha de ser central. Pero sin embargo no debemos dejar de incidir especialmente en cuestiones estratégicas, porque el cambio climático no es un problema únicamente ético. En los Estados capitalistas la ética no forma parte de las principales decisiones estratégicas. Una mitigación drástica me parece absolutamente prioritaria, a riesgo de que sea polémico. Evitar una situación peor a nivel climático creo que es muy importante para no hacer más difícil el resto. Aunque hay espacios de la adaptación que pueden influir en la mitigación no tendríamos que perder ese foco. Por otro lado, como doble incidencia en la adaptación y la mitigación, el sector energético y agroindustrial es fundamental. Quizás más el energético por el despliegue actual y la oportunidad que supone. Lo laboral/sindical también me parece un espacio de incidencia fundamental por lo mismo: aborda varios focos.

Por otro lado, la alianza me parece que es el principal concepto desde el cual operar políticamente. Sería interesante alguna forma de internacional climática con objetivos simples, claros y que adelante estos debates y construya músculo político, con toda la humildad con la que se pueda plantear dada la poca fuerza organizativa que existe en los espacios emancipadores. Identificar espacios que ya existen que son estratégicos y ponerlos en diálogo y establecer objetivos mínimos comunes es una forma de hacerlo. Articular espacios emancipadores de forma transversal (espacios de corte más

socialdemócrata, espacios sindicales, izquierdas diversas y espacios no necesariamente dedicados a la organización política, etc) es fundamental. Sobre todo, asentar una mirada política sobre la crisis ecológica, y política no quiere decir necesariamente una comunicación política de un perfil muy politizado, entiendo la política en un sentido amplio. En cierto sentido ya se ha comenzado a hacer en España, pero hay que encontrar el momento de trascender la lógica de "el menos malo" y adelantar posiciones. Cómo asegurar límites de emisiones claros y vinculantes me parece un reto difícil, pero si se consiguiera manteniendo niveles de bienestar, permitiría asentar una lógica diferente. Susan Buck-Morss decía que la existencia del socialismo permitía desnaturalizar el estado de las cosas y el mismo capitalismo: creo que esa sensación desnaturalizadora aparecerá y funcionará como revulsivo si se consigue paliar la desigualdad al mismo tiempo que se reducen las emisiones. Es cuestión de hacer la esperanza posible.

Por otro lado, construir fuerza organizativa no puede significar no anticipar debates y prepararse. Practicar políticas desde la afirmación creo que es un camino que no se debe abandonar porque permite expandir y transversalizar la política a otros ámbitos desde la práctica del construir, proponer y formular (más allá de las ecoaldeas y el municipalismo libertario). El trabajo de los movimientos climáticos y sociales consistirá en la organización de la acción política y la resistencia por un lado y en construir una plétora de sujetos climáticos por el otro (no creo en la existencia de un solo sujeto político).

En resumen, creo que hay dos frentes principales: en la mitigación global habrá de haber una pelea política a mayor escala muy bien organizada y que tenga claros sus frentes estratégicos (corporaciones fósiles, Estados, organizaciones internacionales… ¿?), serán rompehielos ideológicos y tratarán de cuestionar la normalidad mientras llevan a cabo la desobediencia (ya llevamos un tiempo viéndolo). En el ámbito de la adaptación (donde las ciudades son un importante ámbito de incidencia) los retos son los de construir comunidad, conservar los tesoros socioecológicos que tenemos, mejorar la habitabilidad y reducir la desigualdad. Los riesgos que esto entraña creo que son principalmente los de una deriva hobbesiana, fascista y negacionista. Por eso me parece fundamental romper con una identidad y repliegue reactivo desde los espacios políticos de izquierda: hay que aceptar la diversidad identitaria e ideológica de forma amplia, de otra manera no habrá alianza política amplia y compleja posible.

5.

En la primera pregunta ya he respondido una parte de esta, pero en cierto modo me siento heredera de su tradición. A ecologistas en acción le debo mi politización y el profundo amor, felicidad y fascinación que me sigue provocando a día de hoy esta casa loca y fascinante que cohabitamos que es la Tierra. Mi politización la ha producido la fascinación, y no perderla me parece crucial porque es lo que en buena medida nos da aliento.

Por otro lado, creo que debería haber un replanteamiento más serio de las formas de hacer política en el seno interno del debate ecologista: es un ámbito absolutamente copado por hombres blancos de mediana edad con una forma de practicar la política muy determinada y un privilegio que no les permite ver otras realidades. Dudo que entiendan los problemas de salud mental mayoritarios en nuestro país, dudo que entiendan los modos de subjetividad y politización joven, dudo que entiendan muchas cosas ni que les dejen espacio, ni que les interese. La forma de ocupar el espacio político dice mucho de quién lo hace. Eso merece una seria reflexión: qué implica, en qué deriva y qué implicaciones estratégicas y propiamente políticas tiene. Esto no debería ir en detrimento de lo que es estratégico, pero merece una pensada.

Martín Lallana

1.

Esta es una pregunta que siempre me cuesta bastante abordar. Si expresas un balance negativo puede dar la impresión de estar menospreciando los enormes esfuerzos de cientos de personas, que han de ser reconocidas y tienen unas trayectorias militantes más que admirables. Sin embargo, resulta también complicado realizar un balance positivo en términos generales. Encontrar vigencia y actualidad a las conferencias de Manuel Sacristán a finales de los años 70 e inicios de los 80 no es algo positivo. Leer libros como *"Hacia la reconversión ecológica del transporte en España"*, de Antonio Estevan y Alfonso Sanz en 1996 y encontrar valiosísimas propuestas que hoy en día siguen bastante lejos del rumbo por el que avanza la movilidad, no es algo positivo. No es positivo porque todo aquello ya era urgente en ese momento, y que se mantenga la vigencia nos obliga a ser prudentes a la hora de realizar balances. Eso, sin embargo, no debe impedirnos reconocer la importancia de las genealogías, y valorar como se merece la riquísima herencia que nos precede.

De hecho, creo que nos hace falta un ejercicio importante de memoria en este ámbito. Hace poco me sorprendí a mí mismo descubriendo la historia de la lucha contra varios proyectos de centrales nucleares en el valle del Ebro, ¡con reuniones multitudinarias en mi pueblo! No tenía ni idea de aquello. Al igual que no tenía ni idea de los conflictos socioambientales en los que se involucraron diversas asociaciones vecinales de Zaragoza a finales del franquismo e inicios de la transición. Unos conflictos en los que se enlazaban aspectos de contaminación e impactos sobre la salud de la industria con aspectos de libertades civiles, generando un polo de radicalización en el que se involucraron diferentes organizaciones políticas. El adanismo, creernos que estamos inventado la rueda, es un muy mal compañero de viaje para cualquier movimiento. Y en este caso creo que debemos ser mucho más conscientes de lo que nos precede.

En todos esos conflictos se dieron victorias, sin lugar a dudas. Por ejemplo, la oposición a las centrales nucleares en el Ebro fue una de las consignas recogidas durante el impulso del soberanismo aragonés de la transición. Que yo no me haya criado a cuarenta kilómetros de una gran central nuclear es una victoria que debo reconocer. Al igual que las múltiples victorias que han preservado espacios naturales, limitado los impactos nocivos de la contaminación o puesto freno a la especulación en diversos ámbitos. Pero, al igual que ocurre en otras esferas, una gran victoria no se logra a partir de una suma de pequeñas victorias, lamentablemente. Desde la Exposición Universal de Sevilla y los Juegos Olímpicos de Barcelona en 1992 se han producido la mitad de las emisiones de CO2 que nos conducen endemoniadamente hacia el caos climático. Debemos mirar al pasado sin fustigarnos, pero sin autocomplacencia.

Esto en ningún caso quiere decir que una falta de victoria, en el sentido fuerte de la palabra, por parte del movimiento ecologista en España sea responsabilidad de las personas que se han dejado la piel a lo largo de las últimas décadas. Esto sería terriblemente injusto. Debemos ser muy conscientes de cuál es el suelo que les ha tocado pisar a quienes nos preceden. Oscar Carpintero suele mencionar la denominación de la economía española como el "dragón europeo" en la segunda mitad del siglo XX. Un dragón europeo sobre los flujos de energía, los flujos de materiales y la huella ecológica. A esto se le une un clima de época en el que se produce un cierre sobre los grandes proyectos de sociedad alternativa, donde se va instaurando lo que ahora llamamos realismo capitalista. Cuando hablas con las personas que tuvieron una militancia política

activa en los años 90 suelen referirse a ese periodo como una travesía por el desierto. Y más allá de algunas pequeñas flores, es terriblemente complicado lograr que en el desierto florezca una transformación radical de la sociedad. A mi me resulta especialmente útil la lectura de algunas novelas de Chirbes para captar la textura de un clima de época marcado por las vacas gordas, la especulación y el urbanismo.

En este sentido, el ecologismo creo que ha logrado funcionar bien como muro de contención, como resistencia ante diferentes expresiones de la barbarie. Y esto ha cristalizado en un repertorio de herramientas que resultan bastante útiles en ese ámbito, pero quizás no tanto en otros. Utilizar las normativas de la Unión Europea para denunciar en los juzgados las malas prácticas de la agroindustria en un territorio puede ser una barricada necesaria a defender, pero más vale que lleguen los refuerzos desde otro sitio, porque de lo contrario esa posición está condenada a caer. Es aquí donde creo que todavía queda bastante camino por recorrer, en la capacidad de plantear seriamente grandes proyectos transformadores alternativos, que apunten hacia un horizonte de sociedad radicalmente diferente. Cerrar los pozos ilegales de Doñana es importante, pero más vale que nos estrujemos la cabeza para dar los pasos que nos conduzcan hacia una reforma agraria agroecológica a gran escala, que cuestione la propiedad agraria, desplace la centralidad del cultivo de cereal para la ganadería, recupere las leguminosas, reduzca la dependencia hacia el regadío, los combustibles fósiles y los fertilizantes químicos, y adapte el conjunto del territorio hacia el estrés hídrico y elevadas temperaturas que vamos a tener que afrontar en las próximas décadas. No tiene porque haber una ruptura entre lo primero y lo segundo, pero es obvio que necesitamos un repertorio de herramientas más amplio para lograrlo.

Esta necesidad, además, se refuerza en el momento en el que el terreno sobre el que pisamos es mucho más confuso y pantanoso, marcado por el capitalismo verde. Un momento en el que el presidente del fondo de inversión que domina las grandes empresas petroleras expresa su compromiso ambiental y frente al cambio climático. En un momento así, no basta con enunciar el problema y apuntar hacia las soluciones. En un momento así creo que el movimiento ecologista debe armarse con la mejor herencia teórica y práctica de la transformación política radical.

2.

Creo firmemente que debemos comprender la crisis ecológica como una expresión de la crisis del modelo de acumulación capitalista. No se trata de un fenómeno que simplemente se suma a otros procesos violentos de este sistema. Las causas no se encuentran en una serie de malas decisiones tomadas por unos malos gobernantes, unos empresarios avariciosos y unos consumidores irresponsables. Los retos globales a los que nos enfrentamos son demasiado grandes, demasiado peligrosos y demasiado urgentes como para aproximarnos a ellos con una endeble y ridícula crítica moral. La caída en la tasa de beneficio en los años 70 exige la ampliación de la explotación del trabajo humano y el expolio de la naturaleza que en última instancia conduce hacia la implantación del neoliberalismo y la globalización, lo cual explica que en los últimos 30 años se hayan producido la mitad de las emisiones de gases de efecto invernadero de la modernidad. No es un despiste, y no podía evitarse sin desafiar al capital.

Como decimos, no hay una cosa llamada crisis ecológica que se suma a otra cosa llamada desigualdad social, a otra llamada explotación laboral y a otra llamada opresión de género. La combinación única de todas ellas es la forma en la que aparece la actual crisis del capitalismo global ante nosotras. Esto debe ser comprendido como el resultado del proceso histórico que nos ha conducido hasta este punto, no como una realidad que

viene dada de forma estática. Han existido previamente situaciones puntuales y localizadas de ruptura de los ciclos de regeneración natural bajo otras formas de organización social. A lo que nos enfrentamos actualmente, sin embargo, es al resultado específico de los procesos guiados durante los últimos dos siglos por la acumulación de capital, como la revolución industrial hacia fuentes energéticas fósiles, el imperialismo o la globalización. Su expresión y su superación, por tanto, será inseparable de los mismos.

A partir de esta base, creo que los otros dos elementos que deben acompañar la caracterización de la situación: una evidente situación de extralimitación ecológica, y una enorme desigualdad, tanto sobre el uso de recursos naturales como sobre las consecuencias de la crisis ecológica. Sin embargo, esto, que es lo más visible rascando un mínimo, no debe confundir el sentido de la causalidad.

Sobre la primera cuestión, a mí me resulta especialmente útil la conceptualización que realiza Joaquim Sempere al hablar de una triple fractura metabólica: (1) el paso de una matriz energética renovables a una fósil, (2) la ruptura del ciclo biológico de producción alimentaria por la introducción masiva de fertilizantes químicos, y (3) el expolio mineral del subsuelo con el riesgo asociado de un agotamiento de los recursos. Es esta triple fractura la que provoca una irreconciliable continuidad del actual modo de producción basado en la reproducción ampliada del capital con respecto a los límites ecológicos del planeta. Al mismo tiempo, analizarlo así ayuda a establecer unos objetivos específicos para cualquier proyecto transformador que persiga reintegrar la actividad económica de la sociedad en los ciclos de regeneración de los ecosistemas que sostienen la vida.

Sobre la segunda cuestión, resulta bastante evidente que esa triple fractura metabólica no se ha producido y profundizado en todas las partes del mundo por igual. Y es justamente en aquellos países del Norte global, del centro del sistema-mundo, donde se hace un uso de recursos naturales considerablemente superior al resto. Por ejemplo, en el caso del consumo de energía asociada al transporte por carretera: 50% de la población mundial con menos ingresos consume el 10%, mientras que el 10% con más ingresos consume el 45%. Y ese mismo embudo lo vemos repetido una y otra vez en casi cualquier parámetro que se encuentra detrás de la situación de extralimitación ecológica. Me parecen bastante útiles algunos conceptos que introduce Jason Hickel, como el de "colonización atmosférica", o el de la atmósfera como un bien común, para referirse a la responsabilidad desigual sobre las emisiones de carbono que nos conducen hacia el caos climático. Esta enorme desigualdad debe ser el punto de partida sobre cualquier acción que busque remediar y revertir la situación. Sin redistribución no habrá transición posible. Pero, como decía: no debemos olvidar el sentido de la causalidad. Al igual que las recesiones económicas recurrentes bajo el capitalismo no son producto de la baja demanda, bajos salarios y elevada desigualdad, la crisis ecológica tampoco tiene su causa sobre dicha desigualdad.

3.

Hacer proyecciones siempre implica un enorme grado de incertidumbre. En este contexto, más todavía. Y por eso debemos tener cierta cautela y humildad a la hora de hacerlo. Si hubiera un elemento común en todas las proyecciones sobre el futuro que vayamos a hacer yo creo que ese sería el de la inestabilidad y la turbulencia. Tenemos pocas certezas sobre el futuro, pero podemos afirmar con cierto grado de seguridad que no nos adentramos en unas décadas de calma chicha. Eso por sí mismo, obviamente, no determina nada, pero creo que sí que condiciona el tablero sobre el que nos movemos. Esta inestabilidad y turbulencia nos zarandea desde el ámbito ecológico, con cada vez más frecuencia e

intensidad de fenómenos climáticos extremos, con un agotamiento progresivo de determinados recursos naturales y con una acelerada pérdida de biodiversidad. Pero también nos zarandea desde un capitalismo global que no consigue arrancar, con unas tasas de beneficio estancadas, con el capital huyendo a la seguridad del rentismo que encuentra en las finanzas y con una deuda económica situada en unos niveles históricos.

Así que nos movemos entre la urgencia, la gravedad de la situación y la turbulencia. En este sentido debemos ser conscientes de que gran parte de la crisis ecológica se muestra ante nuestros ojos a través de una expresión no-ambiental. Por tanto, las posibilidades de politización, radicalización y avances en la capacidad de llevar a cabo grandes transformaciones se darán también a través dichas expresiones no-ambientales. Aquí hablamos de fenómenos como la inflación, como el cierre de algunos sectores industriales o como la inaccesibilidad a la vivienda por la entrada de fondos de inversión especulativos en el mercado del alquiler. Un aumento de la virulencia de la crisis ecológica seguramente venga asociado a un aumento de la virulencia sobre sus expresiones no-ambientales, que obviamente tienen un impacto fuertemente desigual sobre el conjunto de la población.

Todo esto conduce a plantear que no hay ninguna senda de transición ecológica que vaya a discurrir sin sobresaltos, por un camino recto, llano y sin baches. Por un lado, las soluciones verdes que plantea el capital buscan reflotar la inversión productiva, reduciendo el riesgo de las inversiones mediante una creciente participación estatal. Esto encontrará unos límites evidentes que, si bien puede dar resultados temporal y territorialmente acotados, en ningún caso resuelve las causas de la crisis ecológica a la que nos enfrentamos ni la situación de extralimitación subyacente. Por otro lado, aquellos proyectos políticos que orienten la actuación de las instituciones en un sentido diferente, marcadamente redistributivo, de justicia social y ecológico, es muy probable que encuentren serios problemas para llevar a cabo el programa de reformas planteado. En aquellos momentos de bonanza económica, el margen existente para un amplio programa de reformas sociales puede llegar a ser amplio, dentro de la estrecha jaula de la gestión del Estado capitalista. Sin embargo, no nos adentramos en unas décadas de bonanza, como hemos señalado. Eso implica que hablar de redistribución en términos reales probablemente deba ir de la mano de hablar de mayor o menor grado de ruptura.

Es en esa tercera apuesta política, de un ecosocialismo que asuma la necesidad de ruptura, donde yo me encuentro más representado. Esto no debe ser entendido como un rechazo frontal y absoluto a cualquier tipo de relación con la institución. Más bien se refiere a la insuficiencia de basar el conjunto de la apuesta política en ese único ámbito. En el presente inmediato estamos viendo cómo estar en el gobierno no te permite garantizar el derecho a una vivienda digna, entre otras muchas cosas ¿pensamos que nos va a permitir llevar a cabo todas las profundas transformaciones estructurales que son necesarias para remediar la crisis ecológica? Creo que resulta ingenuo hacerlo. Y justamente porque debemos tomarnos muy en serio la urgencia y gravedad de la crisis ecológica, debemos poner nuestros esfuerzos para adentrarnos en estas décadas turbulentas en una mejor posición social, política y organizativa. Fundamentalmente, fortaleciendo los espacios de auto-organización de la clase trabajadora, con independencia respecto al Estado. Por el camino, desde luego, debemos ser conscientes de la situación de derrota y debilidad histórica de la que partimos. Existe, por tanto, el riesgo de fracasar y no ser capaces de intervenir con la fuerza necesaria en los momentos adecuados, sin duda. Pero no hay un punto final en el que se constante que todo lo malo que podía ocurrir ocurrió, no hay un "fin de la historia" por la crisis ecológica. En ese sentido, el fortalecimiento de la clase trabajadora puede darse en un escenario

acumulativo, con saltos y giros bruscos, asegurando que los esfuerzos nunca van a ser en vano.

4.

Creo resulta honesto hablar de mejoras inmediatas en la vida de las clases populares al mismo tiempo que asumimos la gravedad de la situación y los límites biofísicos del planeta. El margen es enorme. No le encuentro utilidad política a plantear los retos del presente como un giro ético, moral y psicosocial a partir del cual aceptemos y abracemos un empobrecimiento colectivo. Reducir el uso de recursos naturales es urgente, más todavía en un país del Norte global como es el estado español. Y ese giro ético, moral y psicosocial deberá realizarse. Pero aquí de nuevo es importantísimo tener claro cuál es el sentido de la causalidad. ¿Va a producirse una transición ecológica justa como consecuencia de una toma masiva de conciencia? Seguramente no. ¿Es necesaria esa toma de conciencia para llevar a cabo las enormes transformaciones de una forma justa y democrática? Sin duda. ¿Cómo se acompasan ambos procesos? Ahí creo que la respuesta pasa por las luchas específicas por mejoras inmediatas en la vida de las clases populares. Es en los procesos de lucha colectiva, donde se involucran amplias capas de población que actualmente no están movilizadas, donde pueden ocurrir saltos de escala en el factor subjetivo de la revolución.

El margen en este sentido es enorme porque la desafección hacia lo que este sistema nos ofrece es cada vez mayor. Se ha hablado mucho de la ruptura del pacto social y el pacto generacional, que ya nadie nos ofrece un futuro de mejoras contínuas, que vamos a vivir peor que nuestros padres. "¡Virgencita, virgencita que me quede como estoy!" podría ser perfectamente el leitmotiv de nuestra época. Bajo esta atmósfera anímica, presentar como victorias históricas algunas reformas que únicamente son parches, o salir a la esfera pública proclamando que hemos vivido por encima de nuestras posibilidades y debemos empobrecernos quizás no vayan a conducirnos a ningún buen puerto. ¿Es eso lo mejor que podemos ofrecer? Yo creo sinceramente que no, que tenemos margen de mucho más. Debemos trabajar sobre esa desafección y ese estado de ánimo general para ofrecer una alternativa que supere esa atmósfera, no que la refuerce.

En un caso concreto: debemos partir de una realidad marcada por unos "trabajos de mierda" para construir discursos de transformación política en el que logramos unos trabajos cargados de sentido y utilidad social hacia nuestro entorno. En términos generales, creo que hay tres elementos clave que deben articular esta proyección de futuros deseables, con mejoras inmediatas: (1) Formas colectivas de satisfacer las necesidades, (2) redistribución y valorización de los cuidados de la vida, y (3) liberación de tiempo libre para tener vidas más vivibles. En el primero de ellos, hablamos por ejemplo de transformaciones radicales en el campo de la movilidad. Que nuestra participación en la sociedad no dependa de poseer un coche privado. Con todas las ampliaciones y mejoras de infraestructuras que sean necesarias para ello. Esto supone una mejora inmediata sobre la vida diaria. En el segundo de ellos, hablamos por ejemplo de ofrecer un futuro en el que puedas apuntarte a un programa de cuidado forestal y trabajar durante varios meses al año en las tareas de prevención de incendios. O en uno de los múltiples empleos en residencias públicas de mayores, comedores comunitarios, o centros de compostaje que suministrarán fertilizantes orgánicos para la reforma agrícola que se acaba de llevar a cabo. Esto también supone una mejora inmediata. En el tercero de ellos, hablamos obviamente de una reducción de la jornada laboral, pero también podríamos hablar del tiempo liberado por la colectivización de tareas.

Para que tengan una potencia de transformación política, no basta con enunciar estas demandas, obviamente. Tampoco tienen la misma potencia planteadas en un momento abstracto, frente a la que tienen lanzadas en una coyuntura específica que puede favorecer que tengan un recorrido mucho mayor. En cualquier caso, debemos ser conscientes de las advertencias anteriores: el margen de acción contando únicamente con la institución es bastante limitado. Un reciente artículo académico destacaba cómo llevar a cabo una reducción de la jornada laboral sin ruptura con la acumulación capitalista requeriría una gobernanza que asegure la tasa de ganancia del sector privado y la estabilidad macroeconómica. Un conocido instituto de un importante sindicato estatal presentaba hace poco un informe cuyo objetivo principal es el de "contribuir a que los cambios en el sector de la automoción no sean traumáticos ni para empresarios ni trabajadores". ¿Vamos a asegurar la tasa de ganancia del sector privado y contribuir a que los cambios en el sector de la automoción no sean traumáticos para los empresarios? ¿Es acaso compatible esto con las transformaciones estructurales que consideramos necesarias? Si la respuesta es negativa, debemos armarnos con herramientas que nos permitan ir más allá.

5.

En primer lugar, creo que las generaciones más jóvenes tenemos una importante tarea de sentarnos a conocer con calma una parte importante de lo que nos antecede. Hace unos meses expresaba que hay veces en las que me sale gritar: ¡dejemos de escribir cosas nuevas y sentémonos a leer con calma todas las elaboraciones de los años 70 y 80! Porque lo que nos encontramos ahí es tremendamente valioso. Y porque lo de tener que descubrir cómo funciona el mundo en cada generación es algo demasiado cansado. Si queremos tener tiempo para transformar el mundo, más vale que nos apoyemos en la herencia que nos precede y le demos vigencia a sus aprendizajes aplicándolos con entusiasmo sobre el presente.

En segundo lugar, creo que hay que abandonar cierta tendencia hacia un ombliguismo ecologista. Una dinámica en la que parece que únicamente tiene interés para el ecologismo aquello que habla de recursos naturales, emisiones, energía y biodiversidad. Las causas de la situación no están ahí, así que debemos ampliar mucho más el foco. Del mismo modo, referido a la tradición política ecosocialista en la que yo me inscribo: creo que se ha perdido demasiado tiempo tratando de buscar las nociones ecológicas de Marx y se le ha dedicado demasiado poco tiempo a aplicar los conceptos centrales de la teoría marxista a la crisis ecológica. Cuestiones fundamentales como la crítica de la economía política, la teoría marxista de las crisis, la teoría de la reproducción social, las teorías del estado, la planificación democrática de la economía, el programa de transición, o el partido y la estrategia. Afortunadamente hay excepciones, muy valiosas, pero es una tendencia que me preocupa y todavía no termino de comprender por qué se ha dado, aunque tengo mis sospechas. No quisiera pecar de soberbia, y es posible que se me escapen obras y autores en las que sí se enlazó adecuadamente todo ello, pero a día de hoy lo detecto como una importante ausencia.

En tercer lugar, muchas veces tengo la impresión de que le dedicamos demasiado tiempo a hablar del "¿qué?" y demasiado poco a hablar del "¿cómo?". Y nos embarcamos en discusiones eternas sobre el diagnóstico sin apenas dedicarle tiempo a los pasos inmediatos que deberían darse y en los que pueden coincidir múltiples caminos. Creo que esto hasta cierto punto es una muestra de impotencia, incluso de resignación. O, en el peor de los casos, de haber asumido que no hay "¿cómo?" posible. Ante esto no podemos más que revelarnos e impugnarlo. Creo que el ecologismo debe ser sobre todo una

filosofía de la praxis. Para eso debemos recuperar e interrogar viejas y nuevas preguntas con la impaciencia militante que nos impone la crisis ecológica. Sacudir, estrujar y exprimir apasionadamente a la teoría para que sea radicalmente fértil, buscando inflexiblemente la estrategia política que más lejos nos permita llegar. Aquí creo que todavía tenemos mucho trabajo por hacer, y que el diálogo intergeneracional es fundamental para ello.

Por último, transmitiría una suerte de exoneración de la responsabilidad. No creo que pueda afirmarse con seriedad aquello de "este es el planeta que nos han legado las generaciones anteriores". Eso es equivalente a asumir a la humanidad como la responsable de la crisis ecológica. Si partimos de una comprensión histórica de las relaciones sociales, sabemos que da igual que en 1972 hubiera algunos informes científicos que dijeran lo mismo que vemos ahora. En política revolucionaria lo que necesitamos es conciencia, organización y acción de masas. Eso no es algo con lo que se contara en su momento en un sentido ecosocial. Quizás en estos momentos nos aproximamos a unos niveles masivos de conciencia sobre el problema. Eso no basta, no es suficiente, pero sí es una condición necesaria sobre la que podemos encontrar un terreno más fértil. Quizás en estos momentos empieza a haber margen para la política revolucionaria de masas en un sentido ecosocialista. A partir de ello, lo haremos lo mejor que podamos, al igual que lo hicieron quienes nos preceden.

SECCIÓN 2: ARTÍCULOS

Pensamiento al margen. **Revista Digital de Ideas Políticas**. Número 18 (2023), pp. 51 - 64
ISSN: 2386-6098. www.pensamientoalmargen.com.

Colapso y promesa

Marina Garcés
Universitat Oberta de Catalunya

Recibido: 15/04/23 / Aceptado: 20/05/23

Resumen: En un tiempo histórico dominado por los escenarios de no-futuro, ¿qué fuerza puede tener una promesa? Cuando la incertidumbre es la única certeza y el tiempo está dominado por la inminencia de la catástrofe, ¿qué sentido puede tener la creación de un vínculo y de un compromiso que se sostenga en el tiempo a través de la palabra dada? Esta pregunta nos remonta al tiempo común de Occidente y a su fundación: la palabra de Dios es la promesa de salvación, el pacto con el Estado se basa en la promesa de seguridad y la legitimación del capitalismo se vende como una promesa ilimitada de prosperidad. ¿Podemos leer la actual crisis de civilización como una crisis, también, de esta triple dimensión de la promesa de Occidente? ¿Y qué consecuencias tiene para la imaginación política y para la relación de nuestro presente con el futuro?

Palabras clave: Colapso, promesa, imaginación, soberanía, futuro.

Collapse and promise

Abstract: In a historical time dominated by non-future scenarios, what force can a promise have? When uncertainty is the only certainty and time is dominated by the imminence of catastrophe, what sense can there be in creating a bond and a commitment that is sustained over time through the word given? This question takes us back to the common time of the West and its foundation: he word of God is the promise of salvation, the covenant with the state is based on the promise of security and the legitimization of capitalism is sold as an unlimited promise of prosperity. Can we read the current crisis of civilization as a crisis, too, of this triple dimension of the promise of the West? And what are the implications for the political imagination and for the relationship of our present to the future?

Keywords: Collapse, promise, imagination, sovereignty, future.

¿Qué promesas se pueden hacer en tiempos de colapso? Ésta es una pregunta que cualquier interlocutor de hoy entiende. Entiende que nuestro tiempo está caracterizado por el conflicto entre compromisos y expectativas, entre proyectos y su viabilidad, entre los mundos que conocemos y su evolución posible. Es un conflicto que pone en crisis la relación entre pensamiento y acción, entre el sujeto y su voluntad. Sin embargo, la pregunta implica la relación entre dos términos, colapso y promesa, que están cargados de sentido histórico, cultural y político y que, por ello mismo y aunque parezcan evidentes, no lo son. En ellos se cruzan los sentidos con los que experimentamos hoy la incertidumbre y la manera como afecta a la facultad de imaginar mundos posibles.

La incertidumbre se ha convertido, hoy, en la única certeza. Aprender a gestionarla y a dominarla parece ser la vía para organizar y valorizar las propias posibilidades de vida. Para sobrevivir en la incertidumbre, aprender se reduce a aprender a responder a lo inesperado de forma eficaz y rápida sin fracasar. ¿De qué tipo de aprendizaje se trata? Aparentemente libre e imaginativo, es la base de una nueva forma de subordinación: la servidumbre adaptativa. Cuando la dominación toma la forma de una llamada incansable a la creatividad, incluso a la cooperación, ¿cómo articular hoy los lenguajes teóricos y prácticos de la emancipación? La paradoja de nuestro tiempo es que la imaginación colapsa bajo una doble exigencia: por un lado, la de no dejar nunca de producir respuestas e imágenes nuevas acerca de nosotros mismos. Es la presión de una productividad ilimitada como forma de vida y como argumento de promesa. Por otro lado, la tensión de tener que sostener esa desmesura bajo el horizonte de una incertidumbre radical: la de no saber hasta cuándo será mínimamente sostenible el mundo y las formas de vida que conocemos hasta ahora.

Bajo la amenaza de un final irreversible, responder a lo incierto es la única manera de poder seguir jugando y disponer de una vida más en el mercado de las oportunidades. Producir novedad es, entonces, la mejor manera de reiterar lo existente y de asegurar su reproducción, mientras se va degradando o destruyendo. Esta es la paradoja del capitalismo actual, que utiliza las herramientas clásicas de la obediencia para segregar y reprimir pero no para estabilizar derechos, acoger vidas ni dejar crecer proyectos. Es un capitalismo disruptivo que fortalece y reproduce su orden desde la lógica de la emergencia y de la excepción. Esto explica que muchas veces las voces de la crítica se desplacen hacia un repertorio de posiciones que tienden al conservadurismo y a la necesidad de asegurar continuidades más que elementos de cambio y de transformación.

Promesas, promesas

En un tiempo histórico dominado por los escenarios de no-futuro, ¿qué fuerza puede tener una promesa? Si pensamos en la palabra de los políticos, poca. Sus programas y sus aparatos de propaganda usan la promesa como una retórica que combina el engaño, la seducción y la pedagogía de la frustración. Están dichas para que sepamos y aceptemos, votándolos, que pueden no cumplirlas. O que lo más seguro es que no lo hagan. La lección de la política no sólo es la impotencia, es algo peor: prometiendo en falso, nos enseña que la palabra no vale nada.

Si pensamos en la economía, ya sea en sus predicciones o en la mercadotecnia de la inversión y de la especulación, tampoco podemos tener muchas esperanzas de que sus promesas sean garantía ni de estabilidad, ni de seguridad ni de prosperidad. Prometer réditos o ganancias es invitar al riesgo y a la ruleta de la incertidumbre, hecha para que pocos ganen y muchos pierdan.

Si pensamos en los sistemas que en las sociedades del bienestar se han atribuido la garantía de los derechos fundamentales y del bienestar común (salud, educación, justicia),

sus promesas son hoy un andamio que sostiene un edificio cada vez más inseguro. Quien entra en él no puede saber cómo va a salir, con qué conocimientos y capacidades, con qué relación con la enfermedad y la salud, con qué resoluciones acerca del daño y su reparación.

Por lo que respecta, pues, a los pilares de las sociedades modernas y a su horizonte de valores y de aspiraciones, podemos decir que la promesa como compromiso colectivo y como expectativa común de algo mejor está en crisis. No es que no sepamos imaginar futuros y con ello las promesas de emancipación, justicia o dignidad se hayan vuelto más y más impensables. Yo diría, más bien, que todos los futuros que somos hoy capaces de imaginar, que son muchos y no muy lejanos, no se parecen en nada a aquellos que nos habían prometido o que nos habíamos prometido construir. La distancia entre las promesas del pasado y las evidencias del presente se abre como un abismo poblado de amenazas. Lo significativo es que esta amenaza somos, básicamente, nosotros: es decir, los humanos como sujetos de una acción histórica decepcionante y de una acción presente amenazante.

La desconfianza en lo humano no es nueva: de ella han nacido dioses y destinos, leyes superiores que organizan el tiempo y su sentido, ruedas de la suerte o castigos supraterrenales. La desconfianza en lo humano puso la promesa en boca de Dios o en manos de la historia. Hoy, está en manos de la tecnología y de sus escenarios más allá de lo humano.

Promesa y profecía

Nuestro presente no funciona como una promesa sino como una profecía. No se compromete con el futuro y sus posibilidades, sino que anuncia los modos de su final. Cuando los hechos adquieren el valor de predicciones o incluso de profecías, sólo pueden ser acatados o negados. Acelerados o retrasados. La imaginación crítica queda bloqueada.

La imaginación colapsa cuando cualquier límite con el que la mente se relaciona pasa a ser entendido como un final: ya sea un final como catástrofe, ya sea un final proyectado como solución o como salvación. Un sí o no, un todo o nada que reintroduce la dicotomía excluyente y un principio de no contradicción convertida ahora en el destino de todo lo que puede llegar a ocurrirle a la humanidad. Desde el problema más concreto hasta la visión general del estado del mundo, o nos estamos condenando o nos estamos salvando. Parece la única disyuntiva pensable. Bajo esta ley, no hay otro sentido de la experiencia posible.

Diversas tendencias teóricas y prácticas se derivan actualmente de este estrecho margen para la imaginación. De forma paradigmática, podemos señalar tres: el negacionismo (climático, sanitario, etc), que niega la existencia de los problemas existentes y de las ciencias que los diagnosticas, el aceleracionismo, que apuesta por un salto adelante que resuelva por sí mismas las contradicciones de la realidad actual, o el solucionismo, que reduce su perspectiva sobre el mundo a problemas técnicos que puedan encontrar soluciones eficientes y rápidas. En los tres casos, lo que encontramos es el colapso de la imaginación porque en todas ellas gobierna un mismo código, basado en la dicotomía afirmación / negación de lo que hay.

Para que la imaginación no colapse, el colapso tiene que poder ser pensado, vivido, atravesado, cuestionado y revertido. La cuestión que se pone en el centro, entonces, es: ¿cómo distinguir entre el colapso, como hecho o conjunto de hechos que tienen que ver con el presente de la producción y sus efectos sobre los ecosistemas y las relaciones sociales, y el colapso como lógica que lo impregna todo y que cancela la posibilidad misma de la imaginación? La tarea crítica, en este caso del pensamiento capaz de separar

y discernir entre nociones y sus ámbitos de aplicación, debe ocuparse urgentemente de elaborar esta distinción.

La clave está en la relación con el tiempo: el colapso como acontecimiento o conjunto de acontecimientos históricos que afectan a nuestra relación con los recursos y los modos de producción y consumo actuales, tiene lugar en el tiempo. Es un presente del mundo, que enlaza con una historia pasada, sus ideas, sus vencedores y sus víctimas, así como con sus promesas incumplidas. Apunta, de forma concreta, a unos futuros posibles que, porque los podemos imaginar, también los podemos cambiar o, por lo menos, intervenir en ellos.

El colapso como lógica que se impone sobre el sentido de todo acontecimiento posible ocurre, en cambio, no en el tiempo sino contra el tiempo. Es lo que en el ensayo Nueva ilustración radical (Anagrama, 2017) definí como condición póstuma. La condición póstuma es una experiencia del límite en la que lo que es puesto fuera de sus propios límites es el tiempo mismo. No se trata, por supuesto, del tiempo abstracto o del tiempo de la física. Lo que está amenazado es el tiempo de lo vivible. Es decir, el tiempo que se abre cuando podemos participar e intervenir en la transformación y la disputa por nuestras condiciones de vida. La condición póstuma es una nueva captura de la narración del futuro que lo arranca de la historicidad del presente y lo somete a la amenaza inminente de un final que funciona como un chantaje permanente sobre cualquier acción o decisión. Se rompe, así, el nexo ético y político de la acción.

Emergencia y excepcionalidad

La imaginación como promesa no solo ha colapsado ante la complejidad de las grandes catástrofes globales y la impotencia de no saber cómo responder a ellos. Colapsa también día a día ante la violencia que los seres humanos nos infligimos a nosotros mismos y a nuestro entorno. En este sentido, resulta interesante el abordaje que se está haciendo desde América Latina a las posibles lecturas de un presente roto, profundamente dañado, pero que en ningún caso se alza como imagen de un fin del mundo para todos. Daniel Inclán, desde México, analiza la violencia desde la idea de una guerra contra la historia. Escribe: "Como parte del mandato, la violencia cumple una función deshistorizante de los procesos comunicativos, sea por su eterna reiteración o por su letalidad, que hace imposible las articulaciones y las operaciones para ubicarla en una temporalidad colectiva." (Inclán, 2015, p.14)

Deshistorizar implica también despolitizar la experiencia. Hacer imposible cualquier temporalidad colectiva nos instala en la inmediatez amenazante de una excepcionalidad permanente que hace de la violencia y de la arbitrariedad las únicas formas de gobierno de la crisis, ya sea la crisis económica, sanitaria, climática o las distintas críticas políticas que estallan como burbujas, también, en distintos lugares del mundo. La excepcionalidad permanente es la forma política de la catástrofe del tiempo y en ella, la única condición del sujeto es ser más o menos víctima, resultar más o menos afectado, según temporalidades que estallan y se individualizan. El colapso de la imaginación es el estallido del tiempo en presentes y futuros de consumo rápido y privatizado.

Frente a ello, la emancipación no es un estado de beatitud ni un horizonte de salvación. Es una relación antagónica con los límites de la dominación. La condición para empezar a subvertirlos es aprender a percibirlos. Albert Camus asociaba la rebelión a la percepción de un límite hasta entonces no evidente, a partir del cual la dignidad colectiva quedaba puesta en cuestión. Gilles Deleuze, en la misma línea, apuntaba al cambio de sensibilidad que se produce cuando, en un estado de normalidad, emerge un sentido de lo intolerable que hasta entonces no percibíamos. La tradición ilustrada, hasta

Marx, ha asociado esta posibilidad del límite a un ejercicio de la conciencia: conocer para actuar, concienciarse para transformar. En ambos casos, la relación entre lo visible y lo factible pasa por la percepción de un limite de lo posible. Actualmente esta proporción en la que lo posible se confronta con lo vivible ha estallado. Podríamos decir que todo lo que podemos llegar a saber no basta para lo que precisamos hacer y que a la vez lo desborda. Somos aprendices de una realidad que se nos impone como incierta y al mismo tiempo irreversible. Es así como el presente y el futuro colapsan en un estado de cosas en el que se vuelve imposible imaginar nada más que el propio agotamiento de lo que hay.

La fantasía utópica

Los hechos se confunden con predicciones porque en el estado de hechos presente ya está incorporada su agotamiento o su imposibilidad. Describir el estado de cosas presente implica la narración de su catástrofe inminente. No hace falta proyectar o predecir. No hay nada que prometer. El presente del mundo arrastra una sombra apocalíptica de la que sólo podemos escapar recurriendo a la fantasía utópica, a un mundo fuera del tiempo y del espacio. La pregunta crítica es si hemos pasado de la falacia naturalista, que confundía el ser con el deber ser, a la falacia catastrofista, que confunde lo que hay con su imposibilidad de seguir siendo. Cuando los hechos adquieren la condición de profecías, la historia recupera una condición neorreligiosa, que se explica bajo un horizonte dicotómico: o condena o salvación.

¿Cómo separar la realidad de la devastación ecológica, social y psíquica de su incorporación en un relato convertido en ley? ¿Cómo distinguir críticamente entre la irreversibilidad de los hechos y la irreversibilidad de la historia? Los hechos no son neutrales. Ni siquiera el neopositivismo de los datos puede convencernos de esta pretensión. Por eso vuelve a ser necesario encontrar los modos de hablar de los hechos, darles nombres, contexto, temporalidades comprensibles y evoluciones imaginables. Si hablamos de cambio climático, estamos hablando de injusticia global. Si hablamos de agotamiento de recursos, estamos hablando de extractivismo. Si hablamos de contaminación, estamos hablando de lobbies y de intereses particulares. Y así, podemos desplazar el lenguaje del fin del mundo al de la historia de la lucha entre mundos.

Aunque parezca una paradoja, para poder hablar de los hechos en vez de que ellos hablen por nosotros, hace falta mucha imaginación. No se trata de fantasía, de utopismo o de fabulación. La imaginación es la facultad de los límites: una actividad sensible y mental que nos permite relacionarnos de forma activa con los límites de lo que vemos, sabemos o pensamos. Por eso podemos decir que la imaginación es una facultad crítica. La crítica es el arte de los límites, del examen y del discernimiento cauteloso acerca de las producciones humanas y de sus condiciones de posibilidad. La imaginación es la relación viva con ellos. La inquietante virtud de la imaginación es enlazar, sin unirlo, aquello que el pensamiento separa: lo sensible y lo inteligible, lo interior y lo exterior, lo presente y lo ausente, lo que es y lo que no es, lo posible y lo imposible... y las distintas dimensiones del tiempo.

Por lo menos en Occidente, la relación con la imaginación ha sido ambivalente. Temida y despreciada por la aspiración a una verdad eterna y transparente, al mismo tiempo ha sido ensalzada por la sensibilidad estética y, actualmente, por el productivismo cognitivo y su apología de la creatividad. Ni la subordinación de la imaginación a criterios más altos de verdad ni su reducción a fábrica de imágenes nos permiten entrar en relación con la dimensión crítica de la imaginación y su particular manera de elaborar el sentido y el valor de los hechos.

Una promesa más que humana

Junto con la política, la economía y los derechos fundamentales, el otro eje vertebrador de los imaginarios modernos han sido la ciencia y sus desarrollos tecnológicos. Desde la revolución científica e industrial, desarrollar el conocimiento y sus aplicaciones ha sido sinónimo de prometer progreso, bienestar, información e incluso más justicia e igualdad. Uno de los presupuestos de lo que llamamos Ilustración es esta relación inequívoca entre el conocimiento (ciencia, educación, cultura...) y sus promesas (libertad, prosperidad, democracia...).

Mientras que este presupuesto está siendo hoy cuestionado por la experiencia directa de la incertidumbre, tanto histórica (¿qué podemos esperar?) como epistemológica (¿qué podemos saber?), su lógica se ha trasladado al ámbito de la innovación tecnológica. Lo que no puede hacer la educación, lo hará la tecnología, lo que no puede hacer la ciencia, lo hará la innovación, lo que no puede hacer la información, lo hará la comunicación. Es un desplazamiento hacia una promesa impersonal y más allá de lo humano, que no renueva la confianza en el compromiso y el vínculo, sino todo lo contrario: es una promesa que que no declara nadie sino que está en la lógica misma de las cosas tal como se nos presentan y nos invitan a formar parte, acríticamente, de sus universos prometidos. Lo que los humanos no hemos sabido prometernos, que lo hagan "las máquinas". Así, éstas se convierten en depositarias de nuestros anhelos y de nuestras expectativas, de nuestros deseos y, también, de nuestros miedos. Es un horizonte de salvación al que no queremos renunciar pero que no nos atrevemos a sostener por nosotros mismos.

"Las máquinas" son ese otro humano que condensa todas nuestras esperanzas y todas nuestras amenazas: desde la promesa de volar de los artefectos con los que jugaba Leonardo da Vinci, hasta la promesa de liberarse del trabajo con la automatización y o la de alcanzar todos los conocimientos posibles con la digitalización. Pero del mismo modo concentran también todo el arsenal de amenazas imaginables: exceso de poder, control, suplantación del trabajo humano, despersonalización, invasión de la privacidad... hasta llegar a los escenarios distópicos en el que las máquinas vendrían no sólo a desplazar sino a dominar y sustituir la agencia propiamente humana.

Actualmente, esta tensión entre el miedo y la esperanza, entre la promesa y la amenaza, se concentra de manera especialmente intensa en la Inteligencia Artificial. La invocamos con temor y con veneración, sin saber muy bien de qué hablamos y sin decidir si va ser lo que va a salvar a la humanidad de sí misma, como si se tratara de ese Dios que nos había muerto o nos había abandonado, o si va ser el monstruo que finalmente nos derrotará, mentalmente mediante sus algoritmos y físicamente con el colapso ambiental y energético en el que está contribuyendo de forma exponencial.

Explica la experta en IA Helga Nowotny que lo que nos hace confiar en la IA y apostar por ella como si nos jugáramos nuestro futuro como especie y como civilización, es por su capacidad de predicción. Como ella señala, se trata de una capacidad paradójica, pues lo que hace es acercar el futuro al presente hasta el punto de hacerlos coincidir. Los algoritmos predictivos no analizan relaciones de causalidad, sino patrones probabilísticos a partir de la lectura de una cantidad impensable de datos del pasado. Actualizan, pues, un pasado que no cuestionan y lo convierten en la descripción de un futuro que, porque proviene de la legitimidad que damos a la ciencia, se convierte, fácilmente, en el único posible. Por lo tanto, el algoritmo se dota del poder performativo de lo que antes llamábamos una "profecía autocumplida". Derivando un futuro a partir de un pasado, condiciona de manera incuestionable nuestros comportamientos y decisiones en el presente. La IA no promete: pero en ella proyectamos la promesa de una relación segura con la incertidumbre de lo que todavía no ha ocurrido, de lo que porque no ha sido podría

ser todavía de otra manera. Lo que paradójico es que esta promesa no la hace la máquina, lo que hace la máquina es predecir sin prometer. Es un Dios sin voz, un poder vacío, sin vínculo y sin compromiso.

El instrumento de la imaginación

La filósofa Gayatri Spivak utiliza a menudo la expresión "the instrument of othering" para referirse a la imaginación. Esta sería, entonces, el instrumento de la extrañeza. Prefiero interpretar el sentido de este "othering" como extrañeza que como alteridad. La alteridad remite a la dualidad mismo-otro, y por lo tanto al marco semántico y político de la identidad. La extrañeza en cambio, nos sitúa en otra geografía de los límites: entre lo que nos resulta familiar y lo que nos es ajeno, entre lo reconocible y lo inquietante, entre lo que sabemos y lo que no dominamos del todo. La extrañeza no establece un corte limpio, nos obliga a mirar mejor, a preguntar de nuevo. Puede partir de la curiosidad o de la incomodidad, mezcla el deseo con el temor. Por todo ello, no hay percepción de la extrañeza que no nos haga sentir, también, extraños. Así como reconocer la alteridad del otro puede ser una fuente de afirmación de nuestra identidad, la aparición de lo extraño nos hace sentir los límites de nuestro propio marco de recepción. Por eso, la experiencia de lo extraño moviliza la imaginación.

Spivak se refiere a la imaginación como un instrumento. Si la lupa permite precisar la visión o la balanza medir el peso, la imaginación desvela lo normal como extraño. Desencaja las inercias del reconocimiento, sus saberes y sus rutinas ya aceptadas o impuestas, y las expone a lo que se les escapa. "Tiene un sabor extraño", decimos de un alimento que no acabamos de situar mientras lo sentimos aún en nuestra boca y las neuronas de nuestro cerebro se mueven en busca de algo a lo que asociarlo. Mientras, imaginamos que hemos ingerido algo que podría hacernos daño, y nos asalta el miedo, o que hemos descubierto un sabor nuevo, y nos despierta la curiosidad. Del mismo modo, cuando llega a nosotros un rostro que no tiene la expresión o las proporciones esperadas, una idea que no es inmediatamente aceptable o una práctica que rompe los hábitos de nuestro cuerpo y muestra su timidez o su incomodidad, nos convertimos por un momento en esa lengua que, entre el deseo y el pánico, persiste en saborear lo ya ingerido sin poder dar marcha atrás. Esa lengua es el instrumento de la imaginación. El sabor extraño es aquello que todavía no se ha decidido si es una promesa o una amenaza.

La imaginación capturada

George Orwell *imaginó la imaginación* como uno de esos animales que en cautiverio dejan de reproducirse y mueren. Siglos antes, Santa Teresa de Jesús se refería a ella como una lagartijilla juguetona o como una de esas mariposas nocturnas que se cuelan entre las rejas de las ventanas cuando menos las esperamos. En ambas imágenes hay rejas, cautiverio, pero de signo inverso: para Orwell la imaginación es lo que languidece encarcelada, para Santa Teresa es la imaginación lo que viene a desordenar, con su juego, las estancias de nuestras prisiones domésticas o domesticadas. En realidad no son imágenes opuestas, porque las dos entienden que la relación de la imaginación con el límite (la reja) es precisamente la de poderlo sortear. Cuando la clausura se hace total muere.

Orwell, como desarrollan sus ficciones, se refería a las configuraciones totalitarias del poder, sus formas de gobierno y sus lenguajes. Santa Teresa, a las casas, palacios y monasterios donde el poder religioso y político de su tiempo se blindaba para que no pudiera entrar nada inesperado, nada que desordenara el espíritu. Santa Teresa fundó una

red de conventos cuyas puertas no cerraban bien. Ay de la casa donde no pueda colarse una lagartija. O ay de la lagartija que ya no pueda escapar.

Bajo el dominio de un orden de dominación basado en la incertidumbre, parecería que ya no hay cárcel, ni reja, ni casa ni cautiverio, sino solamente una intemperie climáticamente peligrosa en la que buscar efímeros refugios o poderosos instrumentos para una aventura permanente. Parecería que en lo incierto la imaginación crece y que en situación de peligro la creatividad aumenta. Esto es lo que vende y promueve el programa cognitivo y económico del capitalismo actual, desde la educación básica hasta el *management* global. Podríamos discutir acerca de cuánta imaginación necesitamos hoy para sobrevivir en estas aguas y quizá entraríamos en un debate terminológico (y político) acerca de qué es imaginación, qué es fantasía, qué es creatividad o en qué consiste una promesa. Pero si lo analizamos con detenimiento, lo que encontraremos es una captura de la imaginación bajo dos formas: su sumisión a la totalidad y su proliferación en lo ilimitado de la producción. La primera es la imaginación apocalíptica, que ya sólo puede proyectarse en la idea de un final. La segunda es la imaginación disruptiva, una forma de creatividad que sólo trabaja para valorizar la incertidumbre.

La imaginación es apocalíptica cuando cualquier límite que podamos imaginar adquiere el sentido de un final, se impone lo que en otros contextos he llamado el *dogma apocalíptico*. Bajo este dogma, el colapso de la civilización no sólo es imaginable sino que se presenta como incuestionable. Los acontecimientos históricos adquieren la condición de profecías y las profecías, se refieran a lo que se refieran, sólo anuncian el fin del mundo. La promesa se convierte en amenaza. Con este salto de nivel y de registro, lo histórico se convierte en destino, los hechos en oráculos y el futuro en una condena de la que pasamos a ser víctimas en vez de sujetos.

La famosa cita de que es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo se ha repetido tanto que ya ni siquiera sabemos a quién atribuirla. Pero, ¿de verdad es tan obvia? ¿A qué mundo se refiere esta sentencia? ¿Y quién es el sujeto de esa imaginación? La relación entre nosotros y el mundo que subyace a esta frase se enuncia como una totalidad (todos nosotros imaginamos el fin del mundo entero) pero no cuestiona su propio punto de vista. ¿Quién habla en esta frase y en nombre de quién? La imaginación de los mundos posibles, de aquellos que han sido destruidos por el actual, así como de los que podríamos generar más allá de los actuales límites, queda ahogada bajo una sola figura de la totalidad: el mundo extinguiéndose.

No sólo acabamos de vivir una pandemia global que no ha cambiado los modos de producir, consumir y trabajar, sino que estamos entrando en la misma normalidad que habíamos dejado atrás pero con mucha más conciencia de su imposibilidad (una palabra más justa que la ambigua "sostenibilidad"). El gobierno austríaco anunció un plan para preparar a su población para un *blackout* absoluto que deje a toda Europa a oscuras antes de 2025. Es un ejemplo entre muchos. Parafraseando la cita anterior, podríamos decir que es más fácil imaginar el *blackout* que las medidas para evitarlo. Desde el punto de vista de la educación de la población, desde los más pequeños hasta el diseño de los comportamientos sociales, esto implica que se nos enseña antes a asumir la irreversibilidad del daño que a no producirlo. Así, la imaginación como práctica social y colectiva que dibuja los contornos de los mundos posibles, queda sometida a una única posibilidad: o todo o nada. O condena o salvación. O el mundo que ya conocemos o su agotamiento final. Ya no nos limitamos a imaginar los colapsos concretos. Bajo esta tiranía de la totalidad, lo que colapsa es la imaginación misma. Es el animal en cautiverio que, en la metáfora de Orwell, muere de falta de vida y de esterilidad.

La otra cara de esta imaginación sometida a la totalidad de su colapso es la imaginación como producción ilimitada de respuestas creativas a situaciones inciertas. Es

una imaginación disruptiva: crea novedad sin relaciones de causalidad ni de continuidad. La creatividad y la innovación forman parte hoy de un paradigma que no sólo necesita producir novedad sino hacerlo en un cambio constante de marco o de sistema de referencias. Por eso la he llamado imaginación disruptiva. La imaginación, como facultad de percibir y transgredir los límites de lo posible, se encuentra entonces atrapada en un funcionamiento perverso respecto a sí misma. En vez de ser un arte de los límites, se convierte producción ilimitada de imágenes para una realidad desencajada.

Se pueden encontrar muchos ejemplos en los que esta relación entre imaginación y disrupción funciona de manera deliberada. En el campo de la pedagogía no sólo es evidente sino explícita: el alumno más virtuoso, hoy, es aquél que se prepara con éxito para un futuro del que, literalmente, se dice que no sabemos nada. Vemos a menudo titulares de periódico que anuncian que un alto tanto por ciento de los puestos de trabajo y profesiones del futuro próximo todavía no existen y ni siquiera podemos imaginarlos. Aunque no sepamos quién y cómo calcula aquello de lo que se afirma que no sabemos nada, el mensaje cala y funciona: el estudiante que ya somos todos a lo largo de la vida, no puede saber entonces con qué finalidad estudia y sólo le queda prepararse, así, para adaptarse mejor a una realidad social imprevisible. Prepararse para un futuro del que no sabemos nada significa, a un nivel más profundo y con consecuencias políticas, aceptar que no tendremos nada que ver en la construcción o creación de ese futuro. Si no, quizá sabríamos algo acerca, por lo menos, de sus posibilidades cumplidas o incumplidas. Lo que parece una invitación a la libertad es una condena a la servidumbre o, más concretamente, a una *servidumbre adaptativa*. Del mismo modo, los procesos de migración hoy no son sólo un viaje peligroso, que puede conducir a llegar o no llegar, sino la incorporación, muchas veces de por vida, a un sistema de gestión continua del dentro/fuera, del estar y del no estar que sitúa a la persona migrante en la necesidad permanente y también ilimitada de estar gestionando su propia existencia en relación a regulaciones, legislaciones.

La servidumbre adaptativa es la antítesis del entrenamiento hacia lo extraño que proponía Spivak. En una actualidad caracterizada por la disrupción permanente, no hay margen para experimentar lo extraño. Lo extraño emerge, precisamente, allí donde hay una relación posible entre lo que sabemos y lo que no sabemos. ¿Qué hay entre el saber y el no-saber? Precisamente, el trabajo de la imaginación. La imaginación es el enlace vivo entre lo que hay y lo que no hay, lo conocido y lo desconocido, lo cierto y lo incierto. Entrenar lo extraño es, entonces, retomar el trabajo de la imaginación como un arte de los límites que nos devuelve la capacidad de dar forma a los mundos en disputa. No queremos un *blackout*. Pero tampoco defender simplemente lo existente. Para no ser siervos de la incertidumbre, necesitamos convertirnos en aprendices de lo extraño.

La promesa soberana

La crisis civilizatoria de Occidente y de sus imaginarios de futuro es, también, la crisis de la estructura de la promesa. No sólo el pensamiento emancipatorio funciona desde ella, también las estructuras de poder se han alzado desde la autoridad de la palabra que promete. El cuerpo político y religioso de Occidente se había construido en torno a la palabra de la promesa, bajo tres figuras: la promesa de salvación, la promesa de protección y la promesa de prosperidad.

La promesa de salvación es la palabra de Dios. Adopta diversas formas, que con el paso de los siglos se irán laicizando hasta llegar, como hemos visto, a la encarnación de la razón predictiva en la tecnología digital. Pero antes de llegar ahí, el Dios bíblico promete descendencia, promete una tierra a su pueblo, promete rehacer el camino del

exilio... en definitiva, de forma más o menos concreta, todas sus promesas tienen como trasfondo la promesa de salvación como base para una alianza. Podríamos preguntarnos: si Dios es Dios y lo puede todo, ¿por qué necesita prometer? Si es omnipotente, puede hacer lo que quiera y sin espera: salvar o condenar, hacer vivir o destruir, escoger a sus beneficiados y excluir a los demás seres, arrasar la creación entera o volver a hacerla. ¿Por qué la promesa? ¿Cuál es su fuerza? En todos los casos en que la palabra de Dios promete, o incluso pudiendo entender que toda palabra divina puede ser interpretada como una promesa, lo que hace es instituir un vínculo y un tiempo común. El horizonte de salvación organiza la acción colectiva y su sentido, en este caso a través de la sumisión y la obediencia a una soberanía: la del Señor y su palabra. Todas las infidelidades de las criaturas inestables e impacientes que son los humanos ponen en peligro la promesa y hacen tambalear la alianza. Se trata, por lo tanto, de un tiempo común organizado bajo la condicionalidad del poder y bajo la sombra de la amenaza.

El Estado, como cuerpo político que asegura la existencia de sus miembros y de sus territorios, desde el Imperio romano hasta hoy, adopta la misma estructura, aunque en vez de prometer salvación promete protección. El Estado, antes de que Hobbes llegara a teorizarlo de forma explícita y sin atenuantes, demarca la línea entre la paz y la guerra, entre la seguridad y la desprotección. Ser ciudadano es poder gozar de esta promesa, aunque como toda promesa no siempre pueda ser plenamente cumplida y exija admitir sus imperfecciones y sus rectificaciones. Como en el caso de la promesa divina de salvación, el Estado como promesa de protección también se sostiene sobre una demanda de fidelidad y sobre una amenaza. En este caso, se trata de la fidelidad y obediencia del súbdito respecto la ley, bajo la amenaza de la muerte social (destierro, reclusión o, incluso, pena capital en caso de deserción o violación de secretos de estado, por ejemplo). Si el vínculo que instaura el Dios bíblico es una alianza, el que impone el Estado es un pacto. Ni en un caso ni en el otro no es una alianza ni un pacto entre iguales, sino entre el pueblo (o la humanidad, en versión cristiana) y su señor o soberano.

Finalmente, con el desarrollo del capitalismo y del protagonismo del individuo, la promesa que organiza el tiempo común y su horizonte de expectativas toma una última figura, que es la de la promesa de prosperidad. Podríamos hablar también de progreso o de éxito, así como de otros términos que junto con todos estos han venido a indicar lo que denominan, retomando a Weber, el "nuevo espíritu del capitalismo". Se trata de aquellas estructuras narrativas y valores que legitiman un sistema de vida que no justificaría, por sí mismo ni por lo que ofrece a cada cuál, el vínculo ni la adhesión a él. El capitalismo es un sistema de explotación a través del trabajo que sólo excepcionalmente ha creado condiciones para una mayor igualdad y justicia. La promesa que sostiene el tiempo común del capitalismo no es ni la salvación ni la protección: es la promesa de que todo, incluso uno mismo, puede ser una promesa. Paradójicamente, la promesa de prosperidad no se materializa tanto en logros concretos, sino en el hecho de seguir viviendo y trabajando en relación a una promesa: aunque no sea así (todavía), siempre podemos vivir mejor. La condicionalidad de la salvación o de la protección se traslada a un condicional permanentemente desplazado: siempre podremos vivir mejor, si... si estudiamos, si trabajamos mucho, si invertimos bien, si tenemos las relaciones adecuadas, etc etc. Bajo el capitalismo, la promesa soberana es una promesa ilimitada que se encarna y se disputa en el destino de cada vida individual y, al mismo tiempo, en el cuerpo común de la globalización.

Promesa, predicción y colapso

La promesa tecnológica pretende reunir las tres figuras anteriores en una única y total: salvación, protección y prosperidad, sin que nadie declare ni sostenga la promesa. Incluso bajo el capitalismo, a pesar de la complejidad y la impersonalidad de la racionalidad económica y de la financiarización, todavía podemos atribuir un sujeto a la estructura de la promesa (la burguesía, la banca, las grandes corporaciones, etc). Por eso puede haber conflicto y antagonismo, lucha y negociación. Pero, ¿quién promete, qué y a quién, cuando todas las mediaciones humanas se trasladan en "manos" de lo que llamamos Inteligencia Artificial, es decir, de una red infinita de algoritmos adheridos, muchas veces de forma imperceptible, a nuestros saberes, relaciones, afectos, profesiones y decisiones?

El desplazamiento de la promesa como vínculo a la predicción como base de toda relación tiene como consecuencia, según la socióloga Elena Esposito, el retorno a las prácticas adivinatorias de tipo ancestrales. Lo más puntero de la tecnología nos devuelve a lo más antiguo de la cultura: la necesidad de dominar la incertidumbre. La incertidumbre, cuando no puede ser interpretada, se acerca al caos. Lo irreversible puede ser tanto el orden como el desorden, la ley férrea del destino o la imposibilidad de desentrañar el sentido y la causalidad de ningún acontecimiento: el caos es el accidente permanente. Cuando no hay orientación, la incertidumbre es vivida como una irreversibilidad sin control. La capacidad de predicción de la IA es, pues, la promesa de una nueva herramienta de control que ya no es el de poder planificar futuros abiertos y alternativos, incluso en disputa entre ellos, sino el control de saber, sin margen de error, qué va a suceder. No sólo volvemos a las prácticas adivinatorias, si no a un nuevo determinismo.

En este momento, el sentido final de esta adivinación y de este determinismo alimenta un mismo tipo de irreversibilidad: la irreversibilidad de la catástrofe. Dicho de otro modo, de los escenarios, a diferentes escalas, de colapso. El análisis predictivo se aplica a muchos comportamientos, desde la evolución de una proteína a los hábitos y deseos de consumo de cada uno de nosotros en tiempo real. En estos casos, cada predicción tiene su propósito y, sobre todo, su utilidad inmediata e instrumental. El problema empieza con la predicción de comportamientos a gran escala, incluso los que tienen que hacer funcionar energéticamente a la propia Inteligencia Artificial: desde el punto de vista de la predicción, la catástrofe es el horizonte inevitable. Es nuestro tiempo común.

Prometer lo extraño

Lo extraño no se puede programar, pero sí que se pueden prometer cosas extrañas y a los extraños. La extrañeza siempre es el efecto de un encuentro con algo que desborda o distorsiona lo sabido, lo esperado o lo reconocido. Más arriba invocábamos lo inquietante de un sabor extraño y nos convertíamos en lengua que tantea los márgenes de su peligro o de su descubrimiento. La lengua como músculo de la imaginación: saborear podría ser una buena imagen de referencia para situarnos de forma encarnada y práctica en una relación de aprendizaje en la que la imaginación crítica nos permita aprender a leer los límites de nuestro presente sin someternos a ellos.

Imaginar no es fabular. La fantasía trabaja con la ausencia de límites, la imaginación con la posibilidad de relacionarnos libremente con ellos. Si el mundo es un contorno, si llamamos mundo a lo que es finito y universo a lo que es infinito, imaginar el mundo implica poder reconocer sus límites como algo que se integra y no se impone sobre nuestras vidas. La humanidad ha imaginado muchas formas posibles para el mundo, para el mundo-tierra, pero también para los mundos de cada cual. La palabra mundo proviene de aquello que en latín se indicaba como limpio y ordenado, hasta el punto de que

significaba también la cajita o joyero donde guardar las pertenencias más valiosas. Imaginar el mundo puede ser una invitación a jugar a las cajitas: los más pequeños guardan sus tesoros a partir de lo que encuentran, como piezas rotas, piedras, chapas o cualquier otro rastro de los mundos de otros. Pensar en estas cajitas desmiente de la tentación de que puede haber mundos exclusivamente propios o mundos absolutamente abstractos. Siempre estamos en el mundo de otros, intentando ordenar algún escombro que de tan extraño puede acabar resultando familiar.

Si siempre estamos en los mundos de otros es porque también vivimos siempre en tiempos que no son solo nuestros. La actualidad ha creado la ficción de que hay un tiempo para los que viven en el presente y que es suyo, mientras que otros o todavía no han llegado (los niños y más jóvenes) o ya lo están perdiendo (los mayores). La expresión coloquial "en mis tiempos" señala precisamente esa aspiración a apropiarse del sentido de un determinado momento, normalmente relacionado con la etapa vital de más productividad. ¿Quién vive en un su tiempo? Aprender a leer las letras y los escombros de otros tiempos nos enseña, precisamente, que la temporalidad es un ejercicio de la imaginación que nos invita a vivir los tiempos que atravesamos como tiempos compartidos entre extraños. Desde ahí, tanto el sentido de la memoria y sus combates como el de la promesa y sus proyectos se abren en múltiples direcciones. Sus límites ya no son los que separan un antes y un después, o el después respecto al final absoluto, sino los puentes entre-tiempos.

Si el mundo no es solo nuestro ni los tiempos nos pertenecen, todo lo que sabemos acerca de ellos no es más que un acercamiento parcial y deficitario a su sentido. Aprender a leer es aprender a poner en relación viva lo que sabemos y lo que no sabemos. Si no, no habría lectura, como no habría recorrido, como no se abrirían espacios en blanco ni surgirían de ellos las preguntas. Nuestra cultura se ha construido sobre el miedo a la ignorancia y desde el castigo social como condena a ella. El analfabetismo ha sido una de las formas de esta exclusión y de este miedo. Pero la ignorancia en sí no existe. Siempre es algún tipo de expulsión respecto a lo que se ha legitimado como saber. En realidad, como no se ha dejado de repetir en las sabidurías de todas las culturas conocidas, también la occidental, saber es aprender a no saber. Donde lo que sabemos y lo que no sabemos se encuentran y no se dejan separar por el filo de ningún bisturí, ahí está lo extraño como materia prima de la imaginación y como condición de cualquier aprendizaje.

Desobedecer el Apocalipsis

Negar el estado de cosas presente en el mundo es tan engañoso como prometer soluciones rápidas o efectivas, ya sea por la vía política o por la vía tecnocientífica. Por eso afirmábamos que el negacionismo y el solucionismo son las dos caras de una misma obediencia. Desobedecer el Apocalipsis es desobedecer, a la vez, estos dos mandatos. Para ello, como se ha planteado en este artículo, es preciso liberar a la imaginación de su captura bajo el paradigma de lo ilimitado y elaborar, con herramientas actuales, la posibilidad de una imaginación crítica como potencia de lo extraño, como promesa de lo extraño.

Esto significa, tras todo lo que hemos presentado, desvelar lo normal como extraño y desvelar lo irreversible como histórico. Volver a imaginar el mundo, el tiempo y el saber como algo que sólo existe si lo compartimos desde sus límites posibles. Lo extraño no existe por sí mismo: es la manera como podemos desplazar el sentido de lo que vemos y liberarlo tanto de su obviedad como de su irreversibilidad. Para ello, como hemos visto, hay que aprender (de nuevo) a leer, es decir, a interpretar y nombrar los hechos, contra la literalidad de lo dado y sus datos.

Cuando la incertidumbre se ha convertido en la normalidad y la irreversibilidad del colapso de las actuales formas de vida es la única certeza, lo extraño es poder seguir viviendo. Qué extraño se vuelve el mundo actual cuando lo vemos desde la posibilidad y el compromiso de seguir haciendo de este lugar un espacio y un tiempo para lo vivible. Tan extraño, que sólo puede comprometernos a volvernos también extraños entre los extraños, a encontrarnos en esta nueva noche de los tiempos en torno a la convicción irreparable de vivir contra lo irreversible.

El contratiempo de la promesa

La crisis civilizatoria de Occidente no ha empezado hoy. En la Europa desgarrada de después de la Segunda Guerra Mundial, se ensayó lo que podía ser un pensamiento del después de la catástrofe que se ha prolongado tras otros "accidentes," como Chernóbil, y que nos recuerdan que la catástrofe ya hace mucho tiempo que empezó. Hannah Arendt resumía en una expresión lo que había sucedido: se había hecho real y concreto el "todo es posible" del fascismo en todas sus formas y había tomado el poder. Hemos vivido, durante unas décadas, de la ilusión de que le habíamos puesto límites (éticos, políticos, sociales...), mientras el "todo es posible" tomaba otros rostros en otros lugares del planeta, para beneficio de los propios europeos y de sus aliados globales. Hoy el "todo es posible" vuelve a tener descaradamente el poder y no necesita llevar uniforme. Viste "logos" de colores que todos *clicamos* en nuestros teléfonos móviles para acceder a nuestra carta personal de promesas incumplidas.

En ese momento, se vislumbró la posibilidad de pronunciar una promesa sin soberano, sin Dios, sin Estado y sin capitalismo, capaz de devolver a la palabra su fuerza más simple: la de crear un vínculo y un compromiso con un igual o entre iguales. "Yo te prometo" o "nosotros prometemos", dice Paul Ricoeur que es una declaración que desafía el tiempo porque inventa, para otros, un compromiso que quizá no podrá ser realizado. La promesa, entonces, no dice "todo es posible" sino todo lo contrario: se compromete a algo que sabemos que puede no cumplirse, sin que por ello la declaración deje de ser verdadera. La promesa más sincera incluye la posibilidad de su fracaso.

De nuevo, Hannah Arendt retoma esta cuestión y añade que la promesa no sólo desafía el tiempo, porque nos vincula y compromete a través de sus imprevistos, sino que es un desafío a la incertidumbre como ley (el caos) y como argumento del poder. No la niega, como pretende hacerlo la razón predictiva (adivinatoria o algorítmica), sino que lanza en ella una flecha que atraviesa el tiempo y enlaza pasados, presentes y futuros que se derrumbarían bajo la tiranía tanto de la inmediatez como del destino único y fatal. Enlazar temporalidades es pensar y vivir a contratiempo del tiempo único de la soberanía y de la destrucción.

Hoy no hacemos promesas, tenemos proyectos. No nos hacemos promesas, compartimos proyectos: proyectos políticos, proyectos empresariales, proyectos culturales, de vida, familiares, de pareja. Incluso un hijo es un proyecto. Padecemos la metástasis del proyecto en todas las dimensiones de la vida. Explicaba muy bien Paul Ricoeur que la promesa y el proyecto, a pesar de que ambos vinculan presente y futuro a través de la intención y de la acción, responden sin embargo a lógicas muy distintas. Mientras que el proyecto es una acción futura que depende de mí y que está en mis manos, la promesa es en sí misma ya una acción que me pone frente al otro para declararle "aquí estoy". Prometer es ponerse delante, exponerse, por lo tanto. En esta desnudez de la palabra, se anudan la convicción y la fragilidad del vínculo: como compromiso, la promesa es irreversible. Una vez ha sido declarada, el vínculo que establece ya ha tenido lugar. Lo prometido es deuda, dice el lenguaje popular, apelando precisamente a esa

deuda que tiene que ver no con la carencia sino con el don, no con lo que no se tiene sino con lo que ya ha sido dado: la palabra.

La promesa no sólo imagina futuros. También permite mirar atrás. Según Nietzsche, es la memoria de la voluntad y el asunto más difícil e importante que la naturaleza le ha encomendado a este extraño ser que somos los humanos. Pero no tiene marcha atrás. Es una irreversibilidad que, con la palabra, se alza contra la irreversibilidad de los dioses, los señores, el dinero o "las máquinas". Su tiempo también es un tiempo común en el que no todo es posible pero tampoco nada está sentenciado para siempre. Wadji Mouawad ha explorado esta irreversibilidad de la promesa en su tetralogía *La sangre de las promesas*, compuesta por las conocidas piezas de teatro *Litoral, Incendios, Bosques y Cielos*. A través de ellas, de sus personajes y de su renovado sentido de la tragedia, enlaza el tiempo desgarrado de las guerras europeas con el presente incendiado de Medio Oriente y con el futuro sin futuro de las generaciones nacidas en la globalización. Las promesas que vinculan las acciones de sus personajes no sólo orientan su futuro, sino que sobre todo permiten interrogarse, en medio de la herida histórica, por el punto de partida de nuestras historias: ¿de qué promesas somos hijos? Con la fuerza de la sangre derramada y de la sangre que sigue latiendo en las venas de quienes viven y nacen en este mundo sin mundo, la terrible Nawal de *Incendios* nos deja con esta sentencia: "Ningún epitafio para quienes no mantengan sus promesas".

Referencias

Arendt, Hannah (2016). *La condición humana*. Paidós

Boltanski, Luc y Chiapello, Ève (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*, Akal

Esposito, Elena (2022) *Artificial Communication. How Algorithms Produce Social Intelligence*. The MIT Press

Inclán, Daniel (2015), "Abyecciones: violencia y capitalismo en el s.XXI" Revista Nómadas nº43, Colombia, pp.13-27

Mouawad, Wadji (2017). *La sang de les promeses*. Periscopi.

Nietzsche, Friedrich (1997). Genealogía de la moral. Alianza.

Nowotny, Helga (2022). *La fe en la inteligencia artificial*. Galaxia Gutenberg

Ricoeur, Paul (2010). *Sí mismo como otro*. Siglo XXI.

Pensamiento al margen. **Revista Digital de Ideas Políticas**. Número 18 (2023), pp. 65 - 71
ISSN: 2386-6098. www.pensamientoalmargen.com.

¿Es Gaia el cosmograma que necesitamos?

Luis Arenas[1]
Universidad de Valencia

Recibido: 25/05/2023 / Aceptado: 28/05/2023

Resumen: Tres serán las tesis que se pretenden defender en lo que sigue. La primera es que la verdadera filosofía primera de la modernidad no debe considerarse ni a la metafísica ni a la teoría del conocimiento. La verdadera prima philosophia del mundo moderno ha sido un determinado modo de comprender la naturaleza y al ser humano en relación con ella, a saber, la naturaleza entendida como natura formaliter spectata (Kant). Para una naturaleza así comprendida (digamos, more moderno) la vida siempre ha constituido un quebradero de cabeza.

La segunda tesis apunta a que la tarea que tenemos por delante para hacer frente al cambio climático es colosal precisamente porque no implica solo ser capaz de transformar este o aquel aspecto de nuestro modelo civilizatorio (superar el capitalismo, poner el complejo científico-técnico al servicio de las necesidades esenciales de la humanidad, redefinir los imaginarios y los horizontes de deseabilidad individuales y colectivos, anclar la moral en una ética menos raciocentrada y menos antropocéntrica que las éticas modernas, etc.) sino llevar a cabo todo eso a la vez. Es, pues, la completa reconstrucción de un nuevo "cosmograma" (en el sentido que le dan al término John Tresch y Bruno Latour) lo que está en juego.

Por último, la tercera tesis que se propondrá es que si es cierto que a cada cosmovisión la acompaña una metáfora que pretende recoger lo fundamental de su sentido (la metáfora del organismo en el caso de la cosmovisión teleológica aristotélica o la metáfora del reloj en el de la cosmovisión newtoniana), una de las tareas que las humanidades ecológicas tienen aún por delante es la de inventar una metáfora para ver el mundo y vernos a nosotros mismos bajo esa nueva cosmovisión por venir. Se discutirá la propuesta de que la metáfora de Gaia constituya una metáfora adecuada para el reto que tenemos por delante.

Palabras clave: Cosmovisión, cosmograma, mecanicismo, teoría Gaia..

Is Gaia the cosmogram we need?

Abstract: I will defend three theses in this article. First one: The prima philosophia of modernity was not metaphysics nor theory of knowledge, but philosophy of nature (a certain way of understanding nature as natura formaliter spectata, according Kant). Given that kind of understanding of nature, life has always been something inexplicable for the modern world.

The second thesis suggests that the task ahead of us to face climate change is a huge one because it does not imply only being able to transform one aspect of our civilizational model or other (overcoming capitalism, putting the scientific-technical complex at the service of human essential needs, redefining individual and collective imaginaries and frames of desirability,

[1] luis.arenas@uv.es

anchoring morality in an ethic less rationally centered and less anthropocentric than modern ethics, etc.) but to carry out all of this at the same time. It is, then, the complete reconstruction of a new "cosmogram" (in the sense given to the term by John Tresch and Bruno Latour) that is at stake. Finally, the third thesis that will be proposed is that one of the tasks that the ecological humanities still have ahead of them is to invent a metaphor to see the world and ourselves under that new worldview to come. It will be discussed whether "Gaia metaphor" is an adequate metaphor for that challenge to face.

Keywords: Worldview, cosmogram, mechanism, Gaia theory.

La verdadera vida está ausente
dijo Rimbaud
La verdadera vida está ahí
contestó Wrongo
(Jorge Riechmann, *Rengo Wrongo*)

1.

¿Hay algo que vincule la concepción homogénea y descualificada del espacio absoluto newtoniano con el *felicific calculus* del utilitarismo benthamiano? ¿Existe algún nexo entre la concepción de los animales-máquina defendida por Descartes y la ley la de oferta y la demanda de la economía política clásica? ¿Qué hilo secreto une a la distinción entre cualidades primarias y secundarias de Locke con las semillas modificadas genéticamente de Monsanto? ¿Qué invisible conexión liga quizá la geometría analítica cartesiana con el Modulor lecorbuseriano?

Obviamente una respuesta inmediata a esas atropelladas y aparentemente heterogéneas preguntas sería la de que todos esos filosofemas constituyen momentos estelares del proyecto científico y cultural de la modernidad. Pero por debajo de esa respuesta obvia valdría la pena destacar una menos inmediata y acaso más profunda: la *desconocida raíz común* que hay entre ellas radica a mi juicio en una única y compartida comprensión de la naturaleza como una pura extensión geométrica descualificada de la que nosotros, los humanos, apenas contingentemente somos parte. Para simplificar podemos llamar a esta concepción, la concepción mecanicista de la naturaleza o, para hacer justicia a su verdadero muñidor, la concepción cartesiano-newtoniana de la naturaleza.

Lo que pretendo compartir en estas páginas no será en el fondo otra cosa que un intento apresurado de mostrar la íntima correspondencia que a mi juicio existe entre el fondo de ideas generales al que apuntaban los filosofemas mencionados al inicio bajo su aparente heterogeneidad. Se trata de ideas de origen diverso, procedentes de campos categoriales heterogéneos (ciencia, economía, filosofía, ética, etc.) aunque de convergencia inequívoca y que, si estoy en lo cierto, permiten comprender aspectos muy heterogéneos de nuestra concepción moderna del mundo como partes de una totalidad íntimamente indisociable. En qué medida esa concepción moderna del mundo —que desborda consideraciones estrictamente científicas o económicas o políticas o morales para integrarlas todas ellas en un programa civilizatorio común— tiene una estrecha

conexión con nuestra actual crisis ecológica es el asunto al que estas páginas quieren apuntar.

Así que podría resumir la primera tesis implícita que se defenderá en lo que sigue bajo la siguiente fórmula: comprenderemos adecuadamente qué ha supuesto la modernidad como proyecto civilizatorio cuando entendamos en qué sentido para la modernidad la filosofía primera no debe considerarse ni la metafísica (como pretendió la tradición racionalista que arranca con Descartes) ni la teoría del conocimiento (como pretendió la que se reconoce deudora del idealismo trascendental kantiano). La verdadera *prima philosophia* del mundo moderno sería un determinado modo de comprender la naturaleza y al ser humano en relación con ella. O dicho en otros términos: la filosofía de la naturaleza entendida como *natura formaliter spectata* (Kant), esto es, como la conformidad de todos los objetos de la experiencia a leyes universales —esa concepción que se gesta con Galileo, Descartes y Newton— es la auténtica *prima philosophia* del mundo moderno.

Para esa naturaleza comprendida *more moderno* la vida siempre ha constituido un quebradero de cabeza. No hay prueba más contundente de ello que este texto de *Historia general de la naturaleza y teoría del cielo* de Kant:

> Me parece que aquí se puede decir en cierta manera sin temeridad: dadme materia y os construiré con ella un mundo, es decir, dadme materia y os mostraré cómo un mundo ha de nacer de ella […] En cambio, ¿podemos jactarnos de esta ventaja respecto de las más humildes plantas o insectos? ¿Podemos decir: dadme materia y os mostraré cómo se produce una oruga? ¿No quedamos paralizados desde el primer paso, por ignorar la naturaleza íntima del objeto y las complicadas diversidades que encierra? No debe, pues, extrañar a nadie si me atrevo a decir que la formación de todos los cuerpos siderales, la causa de sus movimientos, en fin, el origen de toda la actual constitución del universo podrá ser comprendido con mayor facilidad que el nacimiento de una sola hierba o el de una oruga explicado exacta y completamente por meras causas mecánicas (Kant, 1755[1946], 33-34; AA I, 229-230).

La *teoría del cielo* es un texto de juventud, pero la perplejidad de Kant permanece incólume a lo largo de su vida y aún en una obra tan tardía como la *Crítica del juicio* le oiremos decir lo siguiente:

> Resulta absurdo siquiera esperar que alguna vez pueda surgir un Newton capaz de hacer comprensible tan siquiera la producción de un hierbajo con arreglo a leyes ordenadas sin propósito alguno (Kant, 1790[2003], *KU*, B 337-338; tr. p. 382).

Ese Newton impensable para Kant nacería 19 años después de que se escribieran estas palabras y se llamaba Charles Darwin. Pero ni la teoría de la evolución, ni la revolución que supuso la introducción del segundo principio de la termodinámica (que impuso severas restricciones al primer principio, el de la conservación de la energía, piedra de bóveda del mundo mecanicista del XVII), ni la fantasmagórica imagen que de la naturaleza nos ofrece la mecánica cuántica o la teoría de la relatividad parece que hayan hecho mella en una cosmovisión que todavía hoy está dominada por la concepción mecanicista newtoniana de la naturaleza.

Es como si más de siglo y medio después de Darwin, Clausius, Einstein, Gödel y Bohr la imagen del mundo aún dominante no se hubiera tomado la molestia de sacar las consecuencias (ontológicas, epistémicas, políticas, económicas, estéticas y morales) de la

ciencia postnewtoniana y todo lo que ello implica de transformación de nuestra imagen de la naturaleza.

2.

Richard DeWitt en un libro titulado *Cosmovisiones. Una introducción a la Historia y a la Filosofía de la Ciencia* ha definido una cosmovisión como "un sistema de creencias interconectadas de modo parecido a como lo están las piezas de un rompecabezas. Es decir, una cosmovisión no es meramente una colección de creencias separadas, independientes, no relacionadas, sino un *sistema* de creencias entrelazadas, interrelacionadas, interconectadas" (DeWitt, 2013, 7). En su recorrido histórico DeWitt se detiene en las dos grandes cosmovisiones que a su juicio se han enfrentado en Occidente: la cosmovisión aristotélica y la newtoniana y analiza pormenorizadamente el proceso de ascenso de la cosmovisión aristotélica y su posterior crisis allá por el siglo XVII como resultado de su incapacidad para hacerse cargo de la nueva información que los científicos y astrónomos venían reuniendo desde mitad del siglo XVI.

Pues bien, del mismo modo que hubo un tiempo (allá por el año 1570) en que la cosmología aristotélica empezó a manifestar su incapacidad para comprender el mundo que empezaba a mostrarse ante sus ojos, quizá ha llegado el tiempo de reconocer hoy la incapacidad y la impotencia que manifiesta esa otra cosmovisión mecanicista —aún dominante al menos en el sentido común de nuestra civilización— para poder dar cuenta de los problemas ecológicos y medioambientales que enfrentamos.

La imagen del mundo heredada de la modernidad cartesiano-newtoniana ya no es hoy viable. Pero en muchos y profundos sentidos aún seguimos presos de esa cosmovisión. Parte de la desorientación y el desconcierto en que parece estar instalada nuestra civilización tiene que ver con ese "fondo gastado de la modernidad". Somos como los hombres y mujeres del año 1600: conscientes de la crisis de la imagen del mundo que nos constituía como civilización pero incapaces aún de ofrecer una cosmovisión alternativa que sustituya a esa naturaleza entendida como pura extensión geométrica descualificada y que con ello supere las implicaciones y conexiones que de ella se derivan de ese modo de entender el mundo físico con el mundo económico y el mundo moral.

Y de aquí se deriva la segunda tesis que querría sugerir: la tarea que tenemos por delante para hacer frente al cambio climático es colosal. Sin duda. Pero lo es sobre todo porque no implica solo ser capaz de transformar este o aquel aspecto de nuestro modelo civilizatorio (superar el capitalismo, poner el complejo científico-técnico al servicio de las necesidades esenciales de la humanidad, redefinir los imaginarios y los horizontes de deseabilidad individuales y colectivos, anclar la moral en una ética menos raciocentrada y menos antropocéntrica que las éticas modernas, etc.) sino llevar a cabo *todo eso a la vez*. En una palabra: es la completa reconstrucción de un nuevo "cosmograma" lo que está en juego.

"Cosmograma" es el término que John Tresch y Bruno Latour han empleado en ocasiones para ponerle nombre a algo parecido a lo que Heidegger denominó cuaternidad: "un plan que incorpora relaciones entre humanos, Dios y la naturaleza" (Tresch, 2005, 67), es decir, un inventario de todo lo que existe y ha existido y un modo de resituar las preocupaciones e intereses de los individuos en un marco más amplio que el individuo, el grupo social, la nación o el presente. En ese sentido, dice Tresch, "los cosmogramas implican una ecología" (Tresch, 2005, 75). Mi impresión es que la tarea que las humanidades ecológicas tienen por delante consiste en colaborar activamente en la búsqueda de un nuevo cosmograma diferente al que abren la *Nueva Atlántida*, de Bacon,

los Principia mathematica de Newton o la *Mecánica celeste* de Laplace, entre otros. Latour, de un modo muy sutil a mi juicio, lo declara abiertamente: "cuando hay conflictos no solamente está en riesgo la cultura. Puede que también esté en juego el cosmos" (Latour, 2014, 47). El conflicto ecosocial en el que estamos insertos tal vez exigiría antes que nada sustituir el cosmograma que nos ha traído hasta aquí. La sospecha es, pues, que la tarea es superar una cosmovisión o un cosmograma y no solo un sistema económico. Pero abandonar un cosmograma —en ese sentido de una distribución de papeles y funciones en agentes humanos y no humanos que una cultura particular reúne en formas de vida práctica (cf. Latour, 2012, 114)— no es tarea fácil. Inercias de todo tipo conspiran en su contra: en algún sentido poner en crisis una cosmovisión o un cosmograma tiene que ver con dejar de ser lo que fuimos. Y eso, como una vez señaló Manuel Sacristán, de darse se parecerá más a una conversión religiosa que a un mero cambio de creencias.

Wilhelm Dilthey, a quien debemos el tratamiento más sistemático de la idea de *Weltanschauung* o cosmovisión, se refería con ese término a una estructura psíquica común compartida por una sociedad, que articula nuestra manera de enfrentarnos al mundo, nuestra manera de comprender la naturaleza del ser y de dar sentido a la vida (Dilthey, 1974). Una cosmovisión no se agota, pues, en los límites de una o varias teorías científicas. La cosmovisión, por su carácter holístico u omnicomprensivo, integra no solo una descripción científica del mundo sino también una apuesta por el significado y el sentido de ese mundo y de la vida humana en él. Y, por supuesto, esa apuesta por el significado abre (y al mismo tiempo cierra) un determinado horizonte de valores éticos, estéticos, políticos o religiosos posibles "que luchan entre sí por el dominio del alma" (Dilthey, 1974, 47).

El esfuerzo que exigiría un cambio de cosmovisión o un nuevo cosmograma como el que requiere el desafío que enfrentamos como civilización es titánico. La crisis de la conciencia europea en el tránsito del aristotelismo al paradigma mecanicista que inaugura la modernidad es una buena prueba de ese esfuerzo hercúleo y sus consecuencias. Movilizó transformaciones epistémicas, ontológicas, morales, políticas, estéticas y religiosas de tal calado que no es exagerado decir que a finales del siglo XVII los hombres y mujeres de esa época vivían en un mundo radicalmente diferente del que vio nacer a los nacidos apenas 100 años antes.

Quizá la aguda consciencia que hoy tenemos de estar sumidos en una profunda crisis de civilización —conciencia que acompaña a cualquiera que tenga hoy la mirada puesta en lo que nos ocurre— sea un signo de que esa transición ya ha comenzado y que a nosotros, como a los hombres y mujeres de 1600, nos está tocando vivir ese mundo en crisis del que hablaba Gramsci en que "lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no acaba de nacer".

3.

Y con ello cierro con la tercera tesis que me gustaría proponer: si es cierto como sugiere DeWitt que a cada cosmovisión la acompaña una metáfora que pretende recoger lo fundamental de su sentido (la metáfora del organismo en el caso de la cosmovisión teleológica aristotélica o la metáfora del reloj en el de la cosmovisión newtoniana), tenemos aún por delante la tarea de inventar una metáfora para ver el mundo y vernos a nosotros mismos bajo esa nueva cosmovisión por venir.

Algunos han propuesto que esa metáfora podría ser la de Gaia, la madre tierra, ya sea interpretada en su sentido fuerte como un superorganismo autorregulado que incluye bajo sí a toda la vida en el planeta (Gaia orgánica) o en su sentido débil, como un sistema interactivo cuyos componentes son seres vivos y que tiende a la autorregulación de sus

parámetros (temperatura, acidez/alcalinidad, composición de gases, etc.) (lo que se conoce como la Gaia cibernética).

Como hipótesis científica, la hipótesis Gaia está lejos de haber ganado unanimidad entre la comunidad científica a pesar de la incuestionable competencia de sus proponentes (desde sus primeros promotores como James Lovelock o Lynn Margulis a sus actuales defensores como Stephan Harding o Carlos de Castro). Pero más allá del debate científico, quizá lo que haya que entender es que Gaia, antes que una teoría científica, es el nombre del cosmograma que algunos sugieren como salida al callejón civilizatorio en que nos encontramos (cf. Riechmann, 2022).

He de confesar que tengo mis reservas, no en relación a sus potencialidades científicas, que me siento incapaz de valorar —aunque creo que la incompatibilidad de su versión fuerte con el programa neodarwiniano no le augura un buen futuro científico—, pero sí en cuanto a que como *cosmograma* tenga el *potencial narrativo* suficiente como para incorporar a amplias porciones de la población a la lucha por un modo diferente de habitar la Tierra. Si la hipótesis Gaia es correcta, los humanos tenemos la batalla perdida y no deberíamos preocuparnos mucho por cambiar el rumbo: ya se encargará Gaia —de hecho quizá ya se está encargando— de expulsarnos de su cuerpo como el *virus* que somos. Como señala Lynn Margulis: "No podemos acabar con la naturaleza; solo representamos una amenaza para nosotros mismos" (Margulis, 2002, 151). Por ello sustituir un antropocentrismo por un *gaiacentrismo* —incluso si como hipótesis científica fuera correcta— quizá no sea una metáfora demasiado útil en relación con el desafío ecológico que tenemos por delante. Una cosa es cobrar consciencia de la codependencia ecológica que tenemos como especie con otras especies y con la naturaleza en su conjunto y otra muy distinta es convertir a este complejo conglomerado de átomos y partículas que somos y del que, a pesar de todo, ha acabado por brotar el milagro de la consciencia en poco más que en un puñado de células de un organismo superior llamado Gaia. Lo primero es imprescindible para corregir la profunda ceguera que la modernidad mantuvo y mantiene con respecto a las condiciones y límites materiales en que ha de desarrollarse la vida humana sobre este planeta. Cobrar consciencia de nuestra ecodependencia es resituar, por decirlo con Scheler, "el puesto del hombre en el cosmos", algo que en último término no nos saca del antropocentrismo sino que nos resitúa en una versión más inteligente del mismo. Sin embargo, cederle a Gaia la centralidad de nuestros intereses y nuestras preocupaciones sospecho que pueda ser visto como poco más que otorgar una pátina amable a un nuevo Moloch que sigue exigiendo sacrificios. Sospecho que sobre la base de un cosmograma así, las esperanzas de poder arengar los ánimos de nuestros contemporáneos para los esfuerzos que tenemos por delante volverán la tarea aún más improbable.

4. Referencias bibliográficas

DeWitt, R. (2013), *Cosmovisiones. Una introducción a la Historia y a la Filosofía de la Ciencia*. Buridán

Dilthey, W. (1974), *Teorías de las concepciones del mundo*. Revista de Occidente.

Kant, I. (1755 [1946]), *Historia general de la naturaleza y teoría del cielo*. Laturo.

Kant, I. (1790[2003]), *Crítica del discernimiento,* Machado Libros.

Latour, B. (2012), *Cogitamus: seis cartas sobre las humanidades científicas*. Paidós.

Latour, B. (2014), "¿El cosmos de quién? ¿Qué cosmopolítica? Comentarios sobre los términos de paz de Ulrich Beck", *Revista Pléyade* 14, Julio-Diciembre, pp. 43-59.

Margulis, L. (2002), *Planeta simbiótico. Un nuevo punto de vista sobre la evolución*. Debate.

Riechmann, J. (2022), *Simbioética. Homo sapiens en el entramado de la vida (elementos para una ética ecologista y animalista en el seno de una Nueva Cultura de la Tierra gaiana).* Plaza y Valdés.

Tresch, J. (2005), "Cosmogram", en M. Ohanian y J. Royoux (comps.), *Cosmograms*. Lukas and Stemberg.

Pensamiento al margen. **Revista Digital de Ideas Políticas**. Número 18 (2023), pp. 72 - 81
ISSN: 2386-6098. www.pensamientoalmargen.com.

Creer en la ciencia

Jorge Moruno
Sociólogo y diputado de Más Madrid

Recibido: 01/05/2023 / Aceptado: 23/05/2023

Resumen: en este artículo se busca profundizar en algunos elementos fundamentales que explican la construcción de posiciones políticas y que ningún tipo de proyecto, especialmente aquel que tiene que ver con la trasformación ecológica de la sociedad, puede permitirse no tener en cuenta. El razonamiento fundamental es el siguiente: la ciencia, los hechos y las evidencias, por sí mismas, no se convierten en un apoyo político en favor de tomar las medidas necesarias. Por ese motivo, resulta pertinente desgranar lo que entendemos por el funcionamiento de la mecánica humana, de cara a poner en cuestión los planteamientos que insisten en separar la emoción y la razón, creencia y raciocionio, verdad y política. Plantearse la dimensión política de la ecología implica también asumir dimensiones que, en ocasiones, son descartadas en un primer momento.

Palabras clave: creencia, deseo, imágenes, discurso, ficción, hechos.

Believe in science

Abstract: this paper seeks to delve into some fundamental elements that explain the construction of political positions and that no project, especially one that has to do with the ecological transformation of society, can afford not to take into account. The fundamental reasoning is the following: science, facts and evidence, by themselves, do not become a political support in favor of taking the necessary measures. For this reason, it is pertinent to unpack what we understand by the functioning of human mechanics, in order to question the approaches that insist on separating emotion and reason, belief and reasoning, truth and politics. Considering the political dimension of ecology also implies assuming dimensions that are sometimes discarded at first.
Keywords: belief, desire, images, discourse, fiction, facts.

1. Hacer política con los hechos

El ecologismo tiene por delante un enorme reto. Un desafío que no tiene tanto que ver con mostrar la evidencia científica de sus previsiones, como con articularse en propuesta y proyecto político. En este artículo me gustaría centrarme en aquellos elementos que, de manera frecuente, son denostados como algo superficial o colateral, cuando en realidad son el núcleo de la política a la hora de abordar cómo transitar hacia una sociedad adaptada a los límites biofísicos del planeta, a saber, la creencia, el deseo, los imaginarios y lo discursivo. Para contextualizar el enfoque en el que me quiero centrar voy a partir de unas declaraciones de quien en su día fue secretaria ejecutiva de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, Christiana Figueres. En una entrevista venía a expresar lo siguiente: "Necesitamos eliminar el verbo creer. No se puede creer en el cambio climático. Si no 'crees' en la gravedad o en que la tierra es redonda, todavía te afecta. O entiendes la ciencia del clima o no, pero no hay creer, eso no es religión" (Figueres, 2019).

En mi opinión, estas declaraciones condensan todo lo que no debe hacerse a la hora de abordar políticamente la cuestión ecológica. Que haya un exterior que me afecte, el cambio climático en este caso, no quiere decir que responda a las reglas de mi intelecto, o que lo vaya a descifrar en un sentido que se oponga al mismo. El hecho de conocer algo y su funcionamiento no se traduce mecánicamente en contar con la capacidad o la predisposición para oponerse a ello; saber que algo es de una determinada manera no implica necesariamente adoptar una posición al respecto, ni una impugnación de dicho mecanismo. Alguien podría argumentar que eso da exactamente igual y que poco importa lo que uno crea porque, por ejemplo, si uno se tira desde lo alto de un edificio la ley de la gravedad le afecta igual al margen de lo que quiera creer o dejar de creer. Pero eso tampoco nos dice mucho.

Claro que saltar por la ventana y caerte al vacío es un hecho objetivo (en un contexto donde opera la ley de la gravedad) pero, de un mismo hecho, puede haber razonamientos, explicaciones y posiciones diferentes. Si saltas por la ventana te caes, pero esa misma experiencia puede ser atribuida a otras razones distintas a la ley de la gravedad. Antes de Newton la gente ya experimentaba esa caída, pero lo asociaba a otra cosa diferente a la ley de la gravedad. Un terremoto puede ser asociado a la ira de Dios y no a un efecto geológico, e incluso la caída de un meteorito podría ser objeto de discusión. Y claro que si cruzas la calle a lo loco te puede atropellar un coche que te hace daño, nadie niega que el encuentro de la máquina chocando con el cuerpo provoque dolor, pero precisamente para minimizar ese riesgo existe todo un código simbólico para que, a priori, cruces donde todos entendemos que tienes que cruzar y los coches se tienen que parar.

Se puede pensar que todo este planteamiento implica negar la existencia de que haya hechos objetivos, o que dar a entender que los hechos dependen del punto de vista subjetivo de cada uno es ya de por sí algo reaccionario porque se opone a la ciencia. Pero asumir la mera existencia de ese planteamiento ya quiere decir que se está reconociendo la posibilidad de que existan posiciones reaccionarias y, por lo tanto, para combatirlo es necesario generar la creencia de que existen hechos objetivos y que estos se asocien a la ciencia. Como afirmaba Spinoza:

> Todo cuanto es en la naturaleza (*res naturalis*) puede concebirse adecuadamente, tanto si existe como si no existe; así pues, ni el origen de las cosas que son, ni su persistencia en el ser, no pueden seguirse de su esencia. Porque necesitan el mismo poder para continuar siendo que necesitaron para empezar a ser (Spinoza, 2010, p.180).

"La gente ya no cree en los hechos", se lamentaba Chomsky (Chomsky, 2018). Esa creencia es lo que define la batalla política. Esto no significa caer en un relativismo que omite la existencia de hechos, al contrario, implica tomárselos realmente en serio. Estos existen, qué duda cabe, pero no nos dicen nada por sí mismos fuera del sentido que adoptan, de ahí que una crisis, como una pandemia, siempre sea una disputa por el sentido que le damos, porque sólo hay hechos en un ecosistema: "Si voy por la calle con una jeringa intentando vacunar a la gente me tomarán por un criminal. Si la vida pública está desgarrada por gente que considera que, diga lo que diga, este no es su mundo, los hechos no sirven para nada" (Bruno Latour, 2019a).

Las imágenes son representaciones de la realidad que nos afectan según sea nuestra predisposición a ello. Solemos adoptar posiciones y sacar conclusiones de acuerdo con las imágenes que tenemos para comprender el mundo y la vida social. Las imágenes que tenemos nos afectan y, por lo tanto, producen un efecto. Eso es lo que hace posible que se defiendan posturas inconcebibles e irracionales a ojos de quien no las comparte, por una razón: se persigue lo que se defiende porque se defiende lo que se persigue.

Adoptar una posición de este tipo también sirve para evitar lecturas que comprenden la existencia de posturas reaccionarias como fruto de la ignorancia o la falta de educación. El fascismo se cura viajando y leyendo o que la clave radica en la educación, son algunas de las razones esgrimidas a la hora de comprender los fenómenos reaccionarios y sus soluciones. Se entiende que el problema radica en la existencia de una ausencia y una falta, ya sea de información, de cultura o educación, que produce la ignorancia y se solventa con el acceso al saber. Al igual que el esclavo de Platón, tendríamos que salir de la Caverna y alcanzar a ver el bien para hacer el bien, lo que en la ulterior versión cristiana se traduce en la conversión de San Pablo al caerse del caballo camino de Damasco, o en la "toma de conciencia" propia de una parte del marxismo.

Salir de la ignorancia significaría, en esta lógica, desmitificar la realidad aparente para mostrar que, tras las apariencias, se esconde lo que realmente "es". Las apariencias, así entendidas, serían encubridoras y falsas porque nos nutren de imágenes que distorsionan la realidad en donde realmente se ubica la verdad. Sin embargo, podemos observar que el grado de educación en una sociedad no es un antídoto a la existencia de posiciones excluyentes, y tampoco se diluyen por leer y viajar más. Siendo importante la lectura y la educación, qué duda cabe, lo problemático es buscar la causalidad de las posiciones antidemocráticas y negacionistas en una ausencia y falta de educación. Como si contar con más educación hiciese más difícil o imposible sucumbir a las pasiones más tristes y excluyentes. Heidegger, posiblemente el filósofo más importante del siglo XX, cuando le preguntaron cómo podía seguir a alguien tan inculto como Hitler, respondió que la cultura no importaba y había que fijarse en sus maravillosas manos.

En este sentido resulta muy acertada la apreciación que hace Latour a este respecto, cuando recuerda que "no sirve de nada indignarse porque la gente cree en hechos alternativos cuando ellos viven, en efecto, en mundos alternativos" (Latour, 2019b, p. 43). No se trataría tanto de una falla o un defecto de pensamiento, por muy incongruente que nos pueda parecer, como el hecho de que se comparte un mismo sustrato cultural y una misma identificación que da sentido a la vida.

La reacción antidemocrática que azota al mundo se impulsa a través de una premisa pseudo-democrática, a saber, postula que todas las opiniones son igual de válidas, lo cual se traduce en oscurantismo y negacionismo. Si todas las opiniones son igual de válidas por el mero hecho ser opiniones, la opinión que pueda tener la señora Ayuso sobre la contaminación es homologable a la que pueda tener la directora de la Organización Mundial de la Salud. Eso es precisamente lo que está sucediendo con el avance de las lógicas conspirativas. Platón le dedicó mucho espacio en varios de sus diálogos a

diferenciar entre lo que es una opinión y el conocimiento. En su *Teeteto*, explica que la opinión deriva de la percepción y eso impide que se pueda acceder al conocimiento, ni siquiera en los casos en los que esa opinión sea verdadera, dado que, aquello que tiene de verdadero la opinión es fruto de la creencia y surge de ser considerada como verdadera (Platón, 2008).

Este es precisamente el campo de fuerzas en donde se juega la política: el litigio en torno a lo que somos capaces de creer como verdadero y justo no tiene que ver con el conocimiento, ni con la objetividad. En efecto, que alguien sea conocedor del poco peligro que suponen las turbulencias de un avión, no impide que esa misma persona, a pesar de saberlo, sienta miedo cada vez que se producen. Solo en el supuesto de que esa información sea capaz de formarse como una imagen más fuerte y desplace a la que produce el miedo, es posible que su cuerpo deje de relacionar turbulencia a miedo. Y, al contrario, uno puede negarse a saber algo porque lo imagina de una forma diferente y eso ancla una creencia por muchas evidencias contrarias que existan: ¿cuánta gente está convencida de que la evolución de un cáncer depende de la actitud que se adopta?

Que haya algo exterior que nos afecte independientemente de cómo se imagine, el cambio climático, no nos dice nada sobre la manera que tenemos de comprenderlo, a qué lo achacamos y en qué estructura de sentido lo incluimos. El motivo por el cual se puede aceptar como válida una postura, no estriba tanto en el contenido de esa postura, el qué, como en el valor que se le atribuye al quién y lo que representa, puesto que nuestras inclinaciones vienen precedidas por el deseo y algo siempre nos va a parecer bien mientras coincida con nuestro deseo. La razón de la realidad no es equiparable a la realidad de la razón, de lo contrario viviríamos una existencia propia de un mundo sin afectos ni contingencia.

Entonces ¿en qué se diferencia una opinión de un hecho científico? En que la primera solo se sustenta sobre la percepción y la segunda viene avalada por la comprobación de un método aceptado por la comunidad científica. Un método, recordemos, que es producido y consensuando con la práctica y el error, es decir, que el método es más bien fruto de una práctica y no una plantilla aplicada a la realidad. Siendo esto así ¿es la comprobación científica, su veracidad, lo que automáticamente lo convierte en una verdad social? No, de hecho, lo consigue únicamente cuando logra que la percepción vincule a la verdad con la demostración científica, es decir, aquello que hace posible afirmar socialmente que una cosa es una opinión insustancial y lo otro una verdad comprobada, no es la propia ciencia, sino la asociación de imágenes que logran relacionar la verdad con la veracidad. En el momento que esa asociación entre verdad y veracidad es desplazada por otra forma de imaginar, tiene lugar la verdad emancipada de toda veracidad.

Los seres humanos accedemos a la realidad a través de la experiencia simbólica y los afectos, o lo que es lo mismo, nuestra conciencia de la realidad es incompleta porque siempre queda algo ausente, un resto que no se puede simbolizar. La ilusión por enfrentar los hechos/datos/estadísticas/evidencias a los imaginarios, siempre acaba tropezando con que los hechos de la realidad están compuestos de ficciones y fenómenos, salvo que los datos consigan convertirse en imaginarios. Como expresa Latour, hay quienes "siguen creyendo que los hechos se sostienen solos, sin mundo compartido, sin instituciones, sin vida pública, y que bastaría con llevar al pobre pueblo a un aula a la antigua, con tablero negro y tareas en el pupitre, para que al fin triunfe la razón" (Latour, 2019b, p. 43) Ahondar en la falsedad de una verdad creída como tal no la derrumba, dado que, como bien nos recuerda Proust, "los hechos no penetran en el mundo donde viven nuestras creencias, y como no les dieron vida no las pueden matar" (Proust, 2017a, p.198)

Resulta necesario tomar en consideración la recomendación que nos hace el profesor Jesús Martín-Barbero, y atrevernos a mirar con los ojos de otros, no para compartir lo expresado sino para comprender la razón que motiva su expresión (Martín Barbero, 2017). Examinar, no tanto la maldad de lo malo en tanto que dispositivo de maldad, como lograr observar los procesos y las mediaciones, esto es, la manera en la que algo es visto por otros y por lo tanto es concebido y utilizado. En qué medida eso se convierte en un soporte y en la melodía sobre la que construir historias de vida dentro de una cosmovisión general. ¿De qué manera les resulta útil esos mimbres simbólicos a quienes lo utilizan, qué despierta y moviliza?

2. El discurso es mucho más que palabras

Asociamos el discurso con el relato y el relato con la invención partidista que describe un punto de vista de la realidad más o menos sesgado y funcional a unos intereses concretos o de parte, pero que, en ningún caso, se corresponde con eso que suele considerarse como la "realidad objetiva". Sin embargo, paradójicamente, no podemos acceder a la realidad si no es a través del discurso, dado que es el vehículo que nos permite interpretar y producir el modo en el que comprendemos y nos posicionamos en la realidad.

Teniendo en cuenta que la realidad es por definición una realidad en conflicto, podemos afirmar que el conflicto es una cualidad fundante e inherente al discurso, o lo que es lo mismo, el discurso es el síntoma de que existe el poder, cuando el poder, como sabemos, es una relación que se expresa en todas las facetas de nuestra vida colectiva. Si todo significado de la realidad derivase de una explicación objetiva elevada a partir de los hechos desnudos, desaparecería la política porque desaparece toda mediación y solo existiría una dimensión exenta de cultura, a saber, desaparecería aquello que nos diferencia del resto de animales.

Somos incapaces de conocer todo lo existente al mismo tiempo y puesto que estamos condenados a la limitación humana para imaginar a la vez todas las formas (Proust, 2017b, p.122), solo podemos acceder a la realidad de manera incompleta y parcial a través del discurso. Si se pudiera conocer todo al mismo tiempo no existiría el poder, ni tampoco las diferentes formas de sentir lo mismo o, dicho de otro modo, no seríamos humanos. En la *Apología*, Sócrates se declara como el más sabio porque, a diferencia de quienes le acusan, es consciente de saber que no puede saberlo todo (Platon, 2016, p.48). Precisamente porque la realidad siempre está sujeta al conflicto y somos incapaces de conocerlo todo, el discurso delimita la frontera entre lo que es y lo que no es. Concebir que una cosa es el discurso y otra muy distinta son las "cosas como son", también es discurso.

No existe tal cosa como algo en sí y por sí mismo desvinculado de las conexiones que le dan una expresión, pues lo mismo puede variar en el tiempo. El dolor, recordaba Jünger, como criterio es inmutable, variable es, en cambio, el modo y manera como el ser humano se enfrenta a él (Jünger, 2003, p.13). Lo material no es necesariamente lo tangible. Si existe algo material, corpóreo, es la capacidad que tenemos de sentir y el conflicto estriba en la pugna por la orientación de lo que se siente. El discurso es la disputa por el sentido de lo que se siente y también es la constitución misma del sentimiento; se encarga de fijar el sentido que toma el deseo, el anhelo, la voluntad y las aspiraciones. Podemos sentir cosas que no existen como si lo hicieran, gracias a la imagen que nuestro cuerpo genera a partir de ellas.

Esto no es ninguna lectura posmoderna, al contrario, significa la base de la política, pero no la de ahora sino la de cualquier época. Por ejemplo, Aristóteles comenzaba su *Política* explicando que "solo el hombre, entre los animales, posee la palabra y esta sirve

para manifestar lo conveniente y lo dañino, así como lo justo y lo injusto". Y dado que la justicia es algo social, "la discusión es solo sobre el concepto de lo justo. Por eso unos opinan que lo justo es benevolencia; otros, que lo justo es eso mismo: que mande el más fuerte" (Aristóteles, 2018, p.62 - 63).

La política, el conflicto que tiene lugar dentro de la vida pasional colectiva, es fundamentalmente la definición de lo que es justo en sociedad, y lo que es considerado como justo viene derivado de los valores y las aspiraciones sobre cómo se cree que debe funcionar la sociedad. Sabemos con Hobbes, que no hay ninguna evidencia científica y ningún criterio objetivo que pueda oponerse a la fuerza del poder político (Hobbes, 2002). Con esto no hacemos tanto una valoración ética de dicha afirmación como verificar de qué manera funciona la mecánica afectiva en el ser humano. Esa servidumbre pasional a la que estamos sometidos todos los seres humanos, lejos de corresponderse con una exageración contemporánea de la dimensión emocional en detrimento de la racional nos indica políticamente la necesidad de presentar cualquier postura o posición.

La verdad no existe fuera de las relaciones de poder que le dan sentido y siempre es necesario que exista un marco categorial que permite que las cosas sean. Como recordaba Foucault, "el poder no está afuera del discurso. El poder no es ni la fuente ni el origen del discurso. El poder es algo que funciona a través del discurso porque es, él mismo, un elemento en un dispositivo estratégico de relaciones de poder" (Foucault, 1999, p.59). Se insiste en desvincular a los afectos de la racionalidad, al pensamiento del cuerpo, dando a entender que la existencia conlleva la ausencia del otro, como si fueran como el agua y el aceite cuando en realidad son como la sal y la pimienta, es decir, que la racionalidad es un modo afectivo y el pensamiento es una imagen proyectada desde el cuerpo. Esto no significa caer en un relativismo que omite la existencia de hechos, qué duda cabe que existen, pero no nos dicen nada por sí mismos fuera del sentido que adoptan, de ahí que una crisis, como una pandemia, siempre sea una disputa por el sentido que les damos.

El discurso abarca todo aquello que tiene relación con cómo siente el cuerpo. Así pues, el discurso es fruto del conflicto que se ocupa de lo sensible o, dicho de otra manera, de producir aquello que sentimos fijando las posiciones que consideramos como verdad. Hobbes, en su *Leviatán*, explicaba que los hombres se enfrentan a la razón siempre que la razón está en contra de ellos, de ahí que lo bueno y lo malo sea perpetuamente disputado por la pluma y la espada. En la única verdad donde se coincide, afirma, es en aquella que no afecta al poder y su litigio, por lo que se deduce que, si la doctrina donde se establece que los tres ángulos de un triángulo son iguales a dos ángulos rectos tuviera que enfrentarse al ejercicio del poder, se hubiesen "quemado todos los libros de geometría" (Hobbes, 2002, p.120).

La palabra mediación puede dar a entender que se trata de un mecanismo que simplemente media entre dos puntos constituidos, pero, por el camino, en ese mismo instante de mediación, es donde se desvirtúa la realidad que originariamente es neutra. Lo cierto es que la mediación, que siempre es un paso previo e inconsciente a la existencia de eso que llamamos realidad, es aquello que nos induce a pensar gracias a que nuestro cuerpo la siente, y dado que no existe tal cosa como una neutralidad de los sentimientos, nuestra perspectiva está condicionada por el contexto social, nuestra capa biográfica, de experiencias y de recuerdos. La mediación se convierte en la condición que hace posible la experiencia, toda vez que, como recuerda Lacan, no se puede verificar nada en la experiencia si no han sabido dar a las cosas un alcance significativo (Stavrakakis, 2010). Así pues, no va primero la experiencia y luego el significado que atribuimos a las cosas, sino que para que podamos acceder a la experiencia tenemos que pasar por la mediación que la significa.

La imagen que se aparenta no es neutral, es decir, no se trata de que los distintos actores políticos, sean o no partidos, pugnen por capturar la misma imagen. Se trata de forjar una idea asociada a un imaginario deseable que genera un reconocimiento. El ser humano se mueve a través de imaginarios y esto no es una superficialidad, o una artimaña, más bien es un elemento inherente a la condición humana: hacemos lo que imaginamos. Las imágenes son representaciones de la realidad que nos afectan según sea nuestra predisposición a ello. Solemos adoptar posiciones y sacar conclusiones de acuerdo con las imágenes que tenemos para comprender el mundo y la vida social. Cuando alguien piensa en una persona que pone una bomba para matar a otra persona, automáticamente salta un resorte de empatía humana, pero la creación de imágenes hace de los mismos hechos relaciones imaginarias, y, por lo tanto, predisposiciones del cuerpo distintas: muy pocos consideran un terrorista a quien le puso una bomba a Hitler en la cervecería de Múnich, de la que se libró por 13 minutos, más bien se lo considera un héroe.

Por lo tanto, las ideas en tanto que ideas no nos afectan, únicamente lo hacen a través de las imágenes asociadas a ellas. De ahí que cuestiones de importancia objetiva y científicamente comprobadas, como es el caso del cambio climático, no obtenga una respuesta a la altura del reto planteado porque carecemos de imágenes que nos permitan "hacernos una idea". Toda causa política lucha por hacerse sensible y visible, es decir, pugna por difundir su punto de vista con el resto para que todos comprendan y compartan las razones que lo motivan. No es necesario que el otro al que se quiere llegar experimente la misma situación que aquel que la denuncia, dicho con un ejemplo, no hace falta ser mantero para "hacerse la idea" –contar con imágenes-, de lo que supone vivir de determinado modo. Pero ahí donde uno ve a una persona que se busca la vida, otro puede ver a una persona que se salta la ley y debe ser perseguido por ello; distintas formas de verse afectado por un mismo hecho. Así pues, la mentira no se combate con la verdad, ni se debe soñar con que "la gente despierte" y "reaccione", ni tampoco esperar a que llegue el día en el que todo "estalle". Un imaginario creado solo se desplaza por la creación de otro imaginario más fuerte. No hay que alertar, hay que crear. No hay, nunca lo hubo, un plano de la emoción y un plano de la razón: pensamos con el cuerpo y nos emocionamos con la razón.

3. Buscar la ficción

Leo una frase en una noticia con la que no puedo más que estar en desacuerdo políticamente. Entiendo -y comparto- la necesidad de transmitir la idea (y la certeza) de que no hay alternativa y debemos afrontar los límites biofísicos del planeta, que chocan frontalmente con el modo de producción y consumo capitalista. En eso no hay por mi parte ninguna objeción, el problema aparece cuando se expone la idea de que solo hay dos formas de empobrecernos, por las buenas o por las malas.

No se me ocurre peor marco político para tratar de convencer a alguien que decirle que apoye una hipótesis en la que va a vivir peor. Difícilmente se puedan ganar apoyos en esa dirección, al contrario, es más factible que abone el terreno para la extensión de un cinismo acomodado en la idea de que si no se puede hacer nada lo que toca es disfrutar del momento y, en todo caso, fortificar las zonas de riqueza para evitar que entren pobres y expoliar los recursos para garantizar durante más tiempo la viabilidad de esas zonas de riqueza, en las que automáticamente la mayoría querrá inclinarse en pensar que otro no, pero ellos sí que podrán disfrutarla.

Para evitar confusiones: no trato de argumentar que lo que toca es callarse los efectos perjudiciales de la crisis climática, sino simplemente critico que se presente esa otra alternativa vital como algo peor a lo que ya se vive puesto que, como nos recuerda Platón

en sus *Leyes*, "nadie, en efecto, querría de grado dejarse persuadir a hacer aquello que no viene acompañado de mayor cantidad de placer que de dolor" (Platon, 2014, p.165).

Con esto lo que vengo a decir es que presentar una alternativa política como algo doloroso para quienes tienen que apoyarla, nunca beneficia a los intereses que pretende alcanzar dicha alternativa, al contrario, supone un peso en lugar de una dimensión aspiracional donde a uno le gustaría verse inmerso. Pero hay algo añadido a esto, y no es otra cosa que esa alternativa tiene que fundarse necesariamente sobre la base de que se va a vivir mejor y seremos más ricos. ¿Pero eso no sería manipular, o directamente engañar? No, para nada. Lo importante aquí es la comprensión social que se hace de la riqueza y los baremos que la miden, es decir, utilizar una noción diferente a la riqueza entendida como capital, que es la que impera. Riqueza también puede ser disfrutar de más tiempo libre, de una mejor salud, de respirar un aire más limpio, de trabajar menos, comer mejor, poder cultivar la amistad, etc., y de todo aquello que una sociedad ecologista puede ofrecer a la humanidad. Asumir como propio el criterio de riqueza que se pretende abolir en última instancia es una derrota premeditada, porque bajo esos criterios solo se puede ser más pobres y nadie quiere ser pobre: en la política, recuerda Aristóteles, "los hombres no han formado una comunidad sólo para vivir, sino para vivir bien" (Aristóteles, 2018, p.159). Lo contrario sería como renunciar a la disputa política o, lo que es lo mismo, sería como renunciar a todo aquello que uno aspira a conseguir porque sin lograr una traducción política todo es inviable.

De ahí que sea fundamental tomarnos en serio la dimensión estética, de los afectos, de la apariencia y de todo aquello que convierte algo en deseable y dejar de verlo como algo secundario, superficial o superfluo cuando es un elemento basal de la condición humana. Maquiavelo, al igual que antes Platón, expresa muy bien la importancia de ofrecer y proyectar una dimensión deseable cuando, en el epígrafe "el pueblo muchas veces desea su ruina" de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, afirma lo siguiente: "Es más fácil convencer cuando en lo que se presenta al pueblo se ve ganancia aunque esconda en sí una pérdida y, al contrario, es difícil que elija algo con apariencia de vileza o de pérdida, aunque oculte en su seno salvación y ganancia" (Maquiavelo, 2012, p.163).

La vida es una ficción. La ficción, lejos de ser una invención arbitraria de la mente, es el escenario contextual en donde se conectan los acontecimientos que tienen lugar, y tienen lugar porque existe una ficción que permite dotarlos y entrelazarlos de sentido. La ficción es el motor de la acción, la construcción de un escenario afectivo, un significado, un ecosistema donde se forja lo comprendido, el mundo compartido, las aspiraciones y los anhelos. El objeto de la ficción es la comprensión de la realidad a través de la construcción de una cadena lógica de razonamientos que dan sentido a la "libertad", a lo que se endiente por "el otro" y por "uno mismo". Las ficciones también ordenan la sociedad; en la Grecia de Pericles las relaciones sociales venían determinadas por las relaciones mantenidas entre el grado de los cuerpos de hombres (calientes) y mujeres (fríos). El grado explicaba los roles asignados, los espacios, las jerarquías, el estatus y la vestimenta, es decir, el grado del cuerpo definía las relaciones de visibilidad, de poder y su reparto.

La ficción como contexto es algo presente el día a día y estructura nuestra forma de vida. La realidad no puede nunca superar a la ficción pues, para poder ser, necesita convertirse en una ficción: el mundo de las apariencias es el único real, en palabras de Nietzsche (2004). La verdad efectiva de la cosa, lo verdadero de la verdad, es justamente la realidad de la apariencia como fundamento de la existencia. Porque no vale solo con la veracidad, hace falta dotarse de una verdad más fuerte, o dotar a la verdad de más fuerza: "Si la verdad ha de triunfar en el conflicto con las fuerzas, primero tiene que convertirse

ella misma en una fuerza, y nombrar como representante suyo en el mundo de las apariencias a un impulso; porque los impulsos son las únicas fuerzas motrices en el mundo sensible" (Schiller, 2018, p.39).

Explicaba la filósofa Judith Butler, que cuando ciertas categorías "garantizan una existencia social reconocible y perdurable, la aceptación de esas categorías, aun si operan al servicio del sometimiento, suele ser preferible a la ausencia total de existencia social" (Butler, 2017, p.31). Dicho de otra manera, en ausencia de otra forma de existencia, lo que hay es lo único que puede haber y ser aceptado; de poco sirve denunciar sus efectos nocivos si nos seguimos moviendo dentro del mismo imaginario dominante. La crítica se hace impermeable cuando no se elabora desde otro paradigma distinto, esto es, desde otra racionalidad apoyada en otra ética y otros valores que organizan y dan sentido a la existencia social.

Para desmontar el orden de la desigualdad hay que ofrecer una existencia reconocible, especialmente a los más perjudicados por el modelo imperante que, precisamente por serlo, pueden abrazar con más fuerza la creencia -y la esperanza- que relaciona al trabajo duro con el éxito: "cuando uno tiene su propio ¿por qué? de la vida se adviene a casi todo ¿cómo?" (Nietzsche, 2004, p. 35). Los seres humanos somos aspiracionales, siempre intentamos alejar de nosotros aquello que nos entristece e intentamos abrazar aquello que nos calma o nos alegra, de ahí que los libros de autoayuda tomasen fuerza en medio de la gran depresión del 29 del pasado siglo.

Para finalizar, considero que es importante resaltar que los caminos de la intervención política son inescrutables, es decir, que la manera de introducir una temática y convertirla en algo central para la preocupación de las personas no siempre sigue una lógica, ni tiene que ver con la pedagogía sino con el modo de interpretar e interiorizar algunos de sus aspectos. Comenta Lordon, en su libro *Los afectos de la política* (2017), un ejemplo que sirve para ilustrar cómo un mismo elemento puede provocar sobre la misma persona indiferencia o indignación dependiendo del modo en que es imaginado y contextualizado.

En una entrevista de un periodista que versa sobre la privacidad, el entrevistado responde impasible cuando se le exponen los métodos, la tecnología, las implicaciones sociales y el impacto en la convivencia que tienen violar la intimidad de las personas. Ahora bien, esa misma persona a la que parece que todo este tema le da exactamente igual, de repente salta como un muelle escandalizado en el momento que el entrevistador le comenta que el gobierno podría entrar a su ordenador y ver sus fotos íntimas. La misma cuestión, enmarcada y enfocada de forma diferente genera afectos dispares en la misma persona. Este ejemplo puede ser interesante para pensar cómo articular políticamente la cuestión ecológica. Una posible forma de hacerlo, por ejemplo, en las ciudades, es asociar la política ecológica a cuestiones que generan todavía más consenso entre la ciudadanía, como la salud. Es posible que haya más gente que pueda empatizar con una serie de medidas si, además de enfatizar los motivos ecológicos, se destaca también el impacto positivo en la salud, porque este está todavía más asentado en el sentido común.

De ahí, desde esa defensa por una vida mejor, se puede articular una política que vincule al ecologismo con algo aspiracional que aumenta la riqueza, aunque sea otra diferente. Disfrutar de más tiempo libre, de más autonomía, de menos estrés, de una ciudad verde y caminable, etc., son elementos computables en otra noción de riqueza distinta a la riqueza entendida como capital. Además, incluso dentro de los mismos parámetros de la riqueza capitalista, vivir mejor puede ser la mejor premisa económica: vivir mejor desincentiva la precariedad e incentiva el desplazamiento a sectores económicos que generan más riqueza. Pero el ahorro y el aumento de renta disponible no solo se da en los hogares, ya que las inversiones en vivir mejor tienen un retorno mayor de lo invertido en las arcas públicas. Garantizar una mayor tranquilidad y calidad de vida

a toda la población impacta positivamente en la economía porque se adoptan mejores hábitos alimenticios, se respira menos humo, se hace más deporte, se reduce el estrés, la ansiedad y se tiene mejor salud. Todo esto ahorra dinero, impulsa la transición verde de la economía y mejora la productividad liberando tiempo: vivir mejor no es solo más justo, también es más eficaz. La democracia descansa, en última instancia, sobre la desprivatización del acceso a un tiempo libre y seguro. Solo así pueden entenderse las vacaciones pagadas, la jubilación, los permisos de maternidad, las bajas por enfermedad y tantos otros ejemplos. Dado que vivimos en una sociedad mediada por el trabajo y sus productos a través del dinero, otro paso más en la misma senda de la desprivatización del tiempo pasa por garantizar el acceso al ingreso monetario al margen de la realización de un trabajo o, mejor dicho, obtener un ingreso de forma independiente a la venta o no de la capacidad de trabajo en el mercado.

A fin de cuentas, es el propio capitalismo impulsado por la lucha de clases, por el conflicto sobre el tiempo, lo que hace posible pensar una forma de riqueza basada en el tiempo libre y no ya sobre un enorme cúmulo de mercancías producidas por el tiempo de trabajo humano. Esto no significa que no haya que hacer nada, solo significa que se modifica lo que sustenta y explica la riqueza en la sociedad. Mientras tanto, y para ir dando pasos en la transformación de la noción de riqueza, vamos desprivatizando el tiempo bajo la riqueza capitalista.

4. Referencias

Aristóteles (2018). *Política*. Alianza.

Butler, Judith (2017). *Mecanismos psíquicos del poder*. Cátedra.

Chomsky, Noam (2018). Entrevista en El País. Disponible en: https://elpais.com/cultura/2018/03/06/babelia/1520352987_936609.html

Figueres, Christiana (2019). Tweet. Disponible en: https://twitter.com/CFigueres/status/1106659732394147840

Foucault, Michel (1999). *Estética, ética y hermenéutica*. *Obras esenciales, Volumen III*. Paidós.

Hobbes, Thomas (2002). *Del ciudadano y Leviatán*. Tecnos.

Jünger, Ernst (2003). *Sobre el dolor*. Tusquets.

Latour, Bruno (2019a). Entrevista en El País. Disponible en: https://elpais.com/elpais/2019/03/29/ideas/1553888812_652680.html

Latour, Bruno (2019b). *Dónde aterrizar. Cómo orientarse en política*. Taurus.

Lordon, Frédéric (2017). *Los afectos de la política*. Prensas Universidad de Zaragoza.

Maquiavelo, Nicolás (2012). *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Alianza.

Martin-Barbero, Jesús (2017). *Ver con los otros. Comunicación intercultural*. Fondo de Cultura Económica.

Nietzsche, Friedrich (2004). *El crepúsculo de los ídolos.* Alianza.

Platón (2016). *Apología de Sócrates*. Alianza.

Platón (2014). *Las leyes*. Alianza.

Platón (2008). *Teeteto*. Anthropos.

Proust, Marcel (2017a). *En busca del tiempo perdido 1. Por el camino de Swann*. Alianza.

Proust, Marcel (2017b). *En busca del tiempo perdido 2. A la sombra de las muchachas en flor*. Alianza.

Schiller, Friedrich (2018). *Cartas sobre la educación estética de la humanidad*. Acantilado.

Spinoza (2010). *Tratado teológico-político. Tratado político*. Tecnos.

Stavrakakis, Yannis (2010). *Psicoanálisis, teoría, política*. Fondo de Cultura Económica.

Pensamiento al margen. **Revista Digital de Ideas Políticas**. Número 18 (2023), pp. 82 - 92
ISSN: 2386-6098. www.pensamientoalmargen.com.

Cómo asaltar un banco central[1].

Xan López
Contra el Diluvio y Corriente Cálida

Recibido: 13/04/2023 / Aceptado: 20/05/2023

Resumen: En los últimos cuarenta años los bancos centrales han ganado un peso enorme en las economías capitalistas. Al mismo tiempo, su forma de actuar y las justificaciones ideológicas para esas actuaciones han sufrido transformaciones muy profundas. Este texto intenta recorrer la transformación de los bancos centrales desde la época del keynesianismo clásico, pasando por el neoliberalismo y monetarismo, hasta llegar a nuestra situación presente de crisis permanente y financiación monetaria en la sombra. Al hacerlo se busca un objetivo doble. Por una parte, criticar y profundizar más allá de los relatos más simplistas sobre el papel de los bancos centrales en la economía. Por otra parte, tratar de identificar las contradicciones y ventanas de intervención política en esta coyuntura, en la que se abre por primera vez en décadas una posibilidad real de transformación de la sociedad.

Palabras clave: banco central, financiación monetaria en la sombra, derisking, política fiscal, política monetaria.

How to assault a central bank.

Abstract: In the last forty years, central banks have gained enormous importance in all capitalist economies. At the same time, their actions and the ideological justifications for those actions have undergone profound transformations. This essay attempts to trace the transformation of central banks from the era of classical Keynesianism, through neoliberalism and monetarism, to our present situation of permanent crisis and shadow monetary financing. In doing so, the aim is twofold. On the one hand, to criticize and move beyond the most simplistic accounts of the role of central banks in the economy. On the other hand, to try to identify the contradictions and windows of opportunity for political intervention at this conjuncture, when for the first time in decades a real possibility of societal transformation is opening up.

Keywords: central bank, shadow monetary financing, derisking, fiscal policy, monetary policy.

[1] Este texto no habría sido posible, claro, sin el trabajo de todas las personas que aparecen en las referencias, entre muchas otras. Me gustaría, sin embargo, señalar especialmente a Daniela Gabor, Benjamin Braun y Jens van 't Klooster, cuyo trabajo para desentrañar y popularizar el funcionamiento real de los bancos centrales en los últimos años considero fundamental. También me gustaría mencionar a mi amigo Héctor Tejero. Este texto existe en buena medida por las conversaciones, notas y mensajes que hemos tenido sobre este y otros muchos temas desde hace ya mucho tiempo.

Sumario: 1. La curiosa ceguera a la centralidad de los bancos centrales. 2. Cómo los bancos centrales alcanzaron su centralidad: del keynesianismo al neoliberalismo 3. La financiación monetaria en la sombra: ¿los primeros pasos del post-neoliberalismo o neoliberalismo por otros medios? 4. El límite de los mandatos de los bancos centrales y una posible resolución democrática. 5. El caso europeo: un nuevo y triple mandato para el Banco Central Europeo.

> "… the primary role of mainstream economics in our society is to provide an apologetics for a criminally oppressive, unsustainable, and unjust social order"
>
> Rudd, Jeremy B. (2021). Why Do We Think That Inflation Expectations Matter for Inflation? (And Should We?). Finance and Economics Discussion Series 2021-062. Washington: Board of Governors of the Federal Reserve System.

1. La curiosa ceguera a la centralidad de los bancos centrales.

Robert Brenner es uno de los historiadores vivos más importantes. La mayoría de intelectuales pueden aspirar a contribuir con una gran intervención en el debate especializado, de esos que generan a su alrededor una escuela de pensamiento y un proyecto de investigación colectivo. Brenner ha conseguido hacer esto en dos ocasiones, primero con sus estudios sobre los orígenes del capitalismo (Brenner, 1976) y después con los referidos a las contradicciones y la larga crisis del capitalismo contemporáneo (Brenner, 2006). La influencia de sus tesis sobre la rentabilidad decreciente del capitalismo desde finales de los años 60 es tan gigantesca, de hecho, que como dice Tim Barker (Barker, 2023) en numerosas ocasiones basta una vaga referencia a la autoridad de su nombre para rechazar de forma apodíctica la posibilidad de reformas o cambios en el capitalismo, que solo serían posibles se una época de bonanza y rentabilidad creciente.

Es por esto que parte de la izquierda (fundamentalmente marxista, aunque no solo) leyó con cierta extrañeza un texto de Brenner de 2020 (Brenner, 2020) en el que el historiador parecía tener lagunas o faltas de precisión considerables sobre un tema tan central como el papel y funcionamiento de los bancos centrales en las economías capitalistas contemporáneas. En el texto, un análisis y valoración de las primeras reacciones del gobierno de Estados Unidos a la pandemia del COVID-19, se entremezclan problemas en la gran narrativa general y problemas aparentemente de matiz, pero que posiblemente indican turbulencias subterráneas en el modelo mental utilizado en el análisis. Como ejemplo del primer grupo podemos señalar la descripción insistente y en un tono de incredulidad enfurecida del funcionamiento cotidiano de los bancos centrales como prestamistas de última instancia, algo que se entiende como responsabilidad exclusiva y definitoria de estos bancos desde hace al menos 150 años (Bagehot, 1873). Como ejemplo del segundo, la aseveración que prácticamente abre el ensayo de que la Reserva Federal (el banco central de Estados Unidos) se ha dedicado durante casi un siglo a prestar dinero al gobierno, algo que es histórica, estricta y sustancialmente falso o muy debatible. Algo que es, de hecho, uno de los problemas fundamentales del régimen macro-financiero en el que vivimos actualmente.

Esto puede parecer una anécdota sin importancia, una cuestión menor en la obra de una figura que como decimos es central por partida doble en una gran tradición teórica y política. Ni buscamos ni podemos desprestigiar a Brenner, o insinuar que esto pueda de alguna manera invalidar todas sus afirmaciones. Sí pensamos que es indicativo de un problema generalizado en la izquierda, en la que en ocasiones conviven incómodamente la búsqueda del rigor y las tendencias económicas inexorables con cierta falta de interés en los mecanismos fundamentales del capitalismo tal y como existe hoy en día. Más concretamente, y el tema que nos ocupará en este texto, nos preocupa la falta de centralidad de los bancos centrales en el análisis, y su papel en las gigantescas transformaciones económicas de las últimas décadas. Sin un conocimiento relativamente profundo de estos temas nuestros análisis serán sesgados, nuestras propuestas impotentes, y nuestra capacidad de intervenir a favor de una transición ecológica justa será mucho menos eficaz de lo que debería serlo.

2. Cómo los bancos centrales alcanzaron su centralidad: del keynesianismo al neoliberalismo.

Para entender qué es específico de la presente coyuntura macroeconómica primero necesitamos hacer una breve periodización de las últimas décadas, poniendo el papel de los bancos centrales en el centro de nuestro análisis. Para ello seguiremos los pasos de Daniela Gabor (Gabor, 2021), una de las economistas en activo más importantes en este campo. Atendiendo a la cantidad de deuda soberana en posesión del banco central, en comparación con la deuda total del gobierno central, podemos distinguir tres épocas fundamentales en la relación entre los bancos centrales y sus gobiernos: a) una época keynesiana, de financiación monetaria o supremacía fiscal (1946-1979) b) una época neoliberal, monetarista y de independencia de los bancos centrales (1980-2008) c) y una nuestra época actual de independencia formal de los bancos centrales pero de gran involucración en los mercados de deuda soberana a través de mecanismos de mercado, que Gabor llama de financiación monetaria en la sombra (“shadow monetary financing”). Expliquemos brevemente las dos primeras, mientras las problematizamos ligeramente, como preámbulo a una explicación algo más detallada de nuestra situación presente.

La época keynesiana, la llamada edad dorada del capitalismo o treinta gloriosos, se aproxima en cierta manera a la idea platónica de un banco central subordinado o los objetivos fiscales de un gobierno. El objetivo fundamental del banco central en este arreglo institucional consistía en facilitar la financiación de las políticas públicas del gobierno, tanto industriales como de gasto social permanente o contra-cíclico. Los mecanismos fundamentales para ello eran en primer lugar la compra directa de bonos del tesoro, deuda pública, para garantizar que sus intereses (y por lo tanto los costes asociados para el gobierno) se mantuviesen dentro de unos límites razonables, definidos políticamente; en segundo lugar, la gestión de las políticas de crédito, ya fuese con préstamos directos al gobierno o mediante el disciplinamiento del sector privado a la hora de crear y asignar el crédito. Aquí había por tanto una jerarquía de autoridad que partía del gobierno y la política fiscal, continuaba a través del banco central y la política monetaria, y terminaba en el sector privado. El poder infraestructural, un término de Michael Mann utilizado por Benjamin Braun (2020), y que designa la capacidad de alcanzar unos objetivos dados de forma no explícitamente coercitiva, estaba firmemente anclado en el Estado y sus políticas fiscales, de ahí la designación de esta época como de supremacía fiscal.

Como decíamos antes, ésta es una descripción simplificada, un modelo ideal. La realidad es que dentro del sistema Bretton Woods existían diferencias sustanciales en la

relación entre bancos centrales y gobierno. En un extremo estaría el Bundesbank alemán, que por razones de aritmética política de la segunda posguerra y diversos traumas históricos ("banco central dependiente = (hiper)inflación") tuvo una relación de notable independencia con su gobierno. En el medio estarían el Banco de Inglaterra y la Reserva Federal de Estados Unidos, con una relación incómoda con su papel teóricamente subordinado, el cual se resistían a aceptar, normalizar y teorizar. En el extremo contrario podrían estar los bancos centrales de Francia o Italia, mucho más disciplinados y activos a la hora de dirigir la asignación de crédito para las políticas públicas. Daniela Gabor llega a sostener que la actitud de resistencia (y eventual victoria) ante la supremacía fiscal del gobierno era de hecho la norma y no la excepción en la mayoría de los bancos centrales, y que la imagen de tres décadas de pesadilla fiscal keynesiana fue más un mito, una argucia retórica, creado a posteriori por teóricos monetaristas como Milton Friedman para justificar la demolición de aquella realidad institucional (Gabor, 2021).

El agotamiento de las políticas industriales como fórmula de crecimiento sostenido, las crisis inflacionarias y energéticas y las consecuentes crisis de credibilidad política, generaron las condiciones de posibilidad para que esas contradicciones en el modelo keynesiano estallasen y se produjese una verdadera revolución pasiva consistente en romper buena parte de las promesas institucionales adquiridas en las décadas anteriores (Bartel, 2022). En comparativamente pocos años se produjo una inversión casi completa de la dirección causal en el poder infraestructural sobre la sociedad. Los mercados financieros pasaron de ser pequeños y disciplinados a crecer hasta dimensiones gigantescas y tener la legitimidad y la capacidad de disciplinar a los Estados: la financiarización de la economía cambió el centro de gravedad del régimen de acumulación del sector industrial al sector financiero (Krippner, 2012). También se resolvió la disputa sobre la subordinación de la política monetaria a la política fiscal. La nueva ortodoxia exigía una separación estricta entre ambas, y daba como mandato principal al banco central la estabilidad de precios y el control de la inflación, que debían conseguirse fundamentalmente mediante la manipulación de los tipos de interés y no la compra de deuda pública (ya en 1988 el porcentaje de deuda pública en posesión del Banco de Inglaterra era 0%, lugar del que no se movería hasta la Gran Crisis Financiera de 2007-2008) (Gabor, 2021).

Después de unos años de ajustes brutales, se sucedieron un par de décadas de volatilidad macroeconómica relativamente menor, sobre todo en comparación con la década de los setenta. El relato oficial asoció esta proeza a una serie de cambios en las políticas macroeconómicas, otorgando un lugar privilegiado a la nueva independencia de los bancos centrales y su nueva orientación en el control de la inflación (Bernanke, 2004). La realidad es que seguramente los años de la Gran Moderación tuviesen una explicación mucho más compleja basada en múltiples factores, entre ellos y sin ánimo de ser exhaustivos: los efectos inesperados sobre la flexibilidad de los déficits públicos en Estados Unidos del llamado shock Volcker (Bartel, op.cit.); la caída del bloque socialista y su efecto material y desmoralizador en el movimiento obrero y sindical, que unido al disciplinamiento interno en muchos países occidentales evitó de facto las llamadas espirales salarios-precios (Barker, 2023); la globalización y deslocalización de parte de los procesos productivos, con el consiguiente abaratamiento de la mano de obra (o "aumento de la competitividad") y su profundo efecto deflacionario (Rogoff, 2003); la sucesión de burbujas especulativas asociadas a la financiarización de la economía, y su gestión relativamente exitosa (hasta 2008) en parte basada en una rebaja tendencial de los tipos de interés hasta niveles muy bajos.

La transición a un modelo de financiación basado en los mercados monetarios y la gigantesca expansión del sistema financiero facilitó una época de relativa estabilidad y

de redistribución global de la riqueza en favor de los más ricos y parte de la población de ciertos países emergentes, pero en contra de las clases medias occidentales y los más pobres a nivel mundial (Lakner y Milanovic, 2013). También facilitó una intensificación igualmente gigantesca del riesgo sistémico, que acabó llevando al desmoronamiento del sistema financiero mundial con el estallido inicial de las hipotecas *subprime* en Estados Unidos (Tooze, 2018). Debido al papel central de la deuda soberana en estos mercados financieros, que explicaremos a continuación, y al derrumbe de la capacidad de gestión privada de la misma por culpa de la crisis, los Estados y sobre todo sus bancos centrales se vieron obligados a partir de ese momento a volver a hacerse cargo de manera agresiva de estos activos, poniendo fin a la edad de oro del monetarismo y volviendo superficialmente a una suerte de nueva financiación monetaria basada en la compra activa de deuda. En cualquier caso, en estos años ocurrió un movimiento profundo y en apariencia irreversible en el centro de ese poder infraestructural, que ahora residía en unos mercados en relación simbiótica con los bancos centrales, que disfrutaban de una independencia formal pero también sustancial (aunque en último término siempre relativa) de sus Estados.

3. La financiación monetaria en la sombra: ¿los primeros pasos del post-neoliberalismo o neoliberalismo por otros medios?

La deuda soberana juega un papel central en la economía contemporánea, gracias a su papel y percepción como "activo seguro". Según Benoît Cœuré (2016), sus dos funciones principales son las de un depósito de valor de bajo riesgo, y la de medio de cambio que utilizar como colateral en las transacciones financieras. En ambos casos estas funciones son críticas en un sistema económico que ha pasado a depender del mercado y de los agentes privados como mecanismos fundamentales de financiación y asignación de crédito a nivel mundial, en profundo contraste con las décadas de la supremacía fiscal.

La función de la deuda soberana como depósito de valor es imprescindible para los inversores a largo plazo como los fondos de pensiones, aseguradoras o fondos de inversión, que los necesitan para cumplir con sus requisitos de liquidez y solvencia. La influencia y tamaño de estos vehículos de inversión es enorme. Los dos fondos de inversión más grandes del mundo, BlackRock y Vanguard, gestionaban en 2021 unos 20 billones de dólares y eran "accionistas universales", siendo los accionistas mayoritarios de la mayor parte de empresas del S&P 500 (Braun y Buller, 2021). Esto ha llevado a algunos a hablar incluso de una nueva estructura política del capitalismo, la del *asset manager capitalism*, en la que estos fondos tendrían ya la capacidad de imponer reorganizaciones de la lógica y legalidad capitalista como el *derisking*, en la que la movilización de sus enormes volúmenes de inversión estaría condicionada a la eliminación del riesgo financiero por parte de los Estados (Tooze, 2022). Esta realidad aumenta la demanda de la deuda soberana (especialmente la de países como Estados Unidos), a la vez que la convierte en elemento crítico de la infraestructura financiera mundial.

La función como medio de cambio, como colateral en las transacciones financieras, es como mínimo igual de importante. Los bancos comerciales y los fondos de inversión necesitan una manera de recibir y efectuar préstamos que sea rápida, segura y que minimice los riesgos asociados a la volatilidad y los posibles impagos (Giovannini, A, 2014). Para ello utilizan de forma preferente los bonos de deuda soberana, el activo de mayor calidad y liquidez del mundo. Estas transacciones se realizan mayoritariamente en los llamados *repo markets* (mercados repo, del inglés *repurchase agreement*, acuerdo de recompra), en los que estos bonos se consignan como garantía del préstamo con la

promesa futura de volver a comprarlos a corto plazo por un precio superior al de su venta (lo que genera el beneficio para el prestamista). Estos mercados son, de nuevo, un elemento crítico de la infraestructura financiera mundial, con más de 12 billones de dólares en activos estimados en 2017 - Committee on the Global Financial System, 2017- (hoy en día alrededor de 15 billones - The Macro Compass,2022-) y un flujo diario de transacciones de unos 3 o 4 billones.

Los mercados repo son fundamentales para entender la Gran Crisis Financiera de 2007-2008. Todo el mundo sabe que la crisis comienza de alguna manera con los fallos en cascada de los valores respaldados por hipotecas, otra forma de activo seguro de menor calidad (mucha menor calidad, como ahora sabemos) pero enormemente popular durante la burbuja inmobiliaria. Lo que es menos conocido es que la velocidad del derrumbe financiero no se debe al deterioro de estos valores y su impacto en la solvencia de los bancos y fondos. El derrumbe es infinitamente más rápido porque ante las primeras señales de estrés el acceso a los mercados repo de las instituciones afectadas se evapora, lo que les lleva a crisis de liquidez inmediatas y la bancarrota efectiva en cuestión de días. Como dice Adam Tooze, la Gran Crisis Financiera es una crisis de liquidez (Tooze, 2018).

La amenaza de cataclismo económico obliga a los bancos centrales y a los poderes legislativos a intervenir. Más allá de los rescates directos de empresas en quiebra, que no es el tema específico de este texto, el objetivo de los bancos centrales es doble. En primer lugar, se busca garantizar y reactivar la liquidez en los mercados, asegurando, comprando y vendiendo los activos que sean necesarios hasta que el flujo de capital vuelva a ponerse en marcha. Esto es lo que Gabor llama una intervención "prudencial", o de creador/garantizador de mercado de último recurso (Market Maker of Last Resort, en inglés). En segundo lugar, la intervención en los mercados de bonos ayuda a reactivar la economía y generar confianza en una situación en la que los tipos de interés, como en todas las grandes crisis, suelen estar ya cercanos a cero. Estas compras adicionales, conocidas como Quantitative Easing (QE), supuestamente permiten a los vendedores comerciales de esos bonos utilizar el nuevo dinero creado en inversiones productivas, aunque la efectividad de esta estrategia es motivo de disputa.

En cualquier caso, estos objetivos hacen que en la práctica los bancos centrales pasen a ser poseedores de enormes cantidades de bonos de deuda pública, hasta llegar a unos porcentajes en relación al PIB nacional que no se veían desde los años sesenta del siglo pasado (Gabor, 2021). Es innegable que un efecto colateral de esto es que, de facto, los bancos centrales están reduciendo los intereses a pagar en esa deuda y por lo tanto facilitando la financiación de los Estados emisores. Es por esto que teóricos como Brenner pueden sugerir que existe de nuevo, en la práctica, una suerte de financiación monetaria, aunque él avance la hipótesis todavía más fuerte de que esto ha sido así y sin interrupciones durante un siglo (Brenner, 2020). Sin embargo, esto ignora el profundísimo cambio que el neoliberalismo ha causado en el funcionamiento y orientación de los bancos centrales. Puede que como decimos un efecto colateral de sus intervenciones sea una suerte de financiación monetaria indirecta, pero el objetivo estratégico de esas intervenciones es en primer lugar la garantización de unas condiciones aceptables de financiación en los mercados financieros. Se mantiene la independencia de los objetivos fiscales, la supremacía monetaria, el control de la inflación y (ahora también) la estabilidad financiera como paradigmas fundamentales. Debido al nuevo peso adquirido a la hora de garantizar la liquidez de los "bancos en la sombra" (los mercados de crédito fuera de la regulación de los bancos tradicionales, como el mercado repo), podemos llamar a este nuevo paradigma como financiación monetaria en la sombra.

4. El límite de los mandatos de los bancos centrales y una posible resolución democrática.

La preciada independencia de los bancos centrales se sustenta sobre una concepción enormemente limitada de sus mandatos. Sus poderes son amplios y pueden actuar sin supervisión directa de los poderes públicos y democráticos, pero los límites y la justificación de sus intervenciones son, sobre el papel, estrechos. El Banco Central Europeo, el banco central neoliberal por excelencia, tiene como único mandato la estabilidad de precios, estando la financiación monetaria explícitamente prohibida en su tratado fundacional para evitar la mutualización "federal" de deuda sin consentimiento de los estados miembro de la Unión. La Reserva Federal de Estados Unidos tiene un doble mandato más amplio producto de otra época, de estabilidad de precios y pleno empleo, pero carece por ejemplo de ninguna justificación explícita para garantizar la estabilidad del sistema financiero mundial, labor que cumple *de facto* al controlar la moneda de reserva mundial y que debe justificar por el impacto en la economía nacional estadounidense de cualquier volatilidad excesiva.

Las sucesivas crisis de los últimos quince años (la Gran Crisis Financiera, la crisis de la eurozona, el COVID-19, la invasión de Ucrania, los efectos cada vez más intensos de la crisis climática, etcétera) obligan a los bancos centrales a intervenciones cada vez más agresivas, permanentes, y que requieren interpretaciones cada vez más generosas (o inverosímiles) de sus mandatos. Quizás el caso más extremo sea de nuevo el del BCE, que debido a la estrechez de su tratado fundacional y al inmovilismo del entramado intergubernamental de la Unión Europea y la eurozona se ve permanentemente cuestionado a nivel legal por sus actuaciones, llegando a perder algunos casos sonados como el del 5 de mayo de 2020 en la corte constitucional alemana por su programa de compra de bonos de deuda soberana llamado Public Sector Purchase Programme (PSPP), puesto en marcha a consecuencia de la Gran Crisis Financiera. Esta situación genera lo que Jens van 't Klooster llama una "brecha de autorización" (Klooster, J. V., 2021), en la que los bancos centrales se ven obligados a elegir entre diferentes soluciones con consecuencias profundas para la sociedad y que por lo tanto serán, inevitablemente, controvertidas y cuestionadas tanto a nivel legal como político. Esto pone en peligro su concepción como implementadores técnicos y "apolíticos" de un mandato teóricamente limitado. Toda su legitimidad e independencia se basa en la teoría de que la decisión política, como dice Klooster, está en la redacción de su mandato, pero no en su implementación práctica.

Las brechas de autorización en el mandato de los bancos centrales seguramente no hagan más que aumentar. La pandemia, la guerra o la crisis climática producen y producirán volatilidad económica potencialmente devastadora, ante la que los bancos centrales han demostrado una y otra vez que deben actuar para preservar en la medida de la posible la estabilidad de precios y financiera que permite el funcionamiento más elemental de la economía. La amenaza más grave, a medio y largo plazo, seguramente sea la del cambio climático. De nuevo la brecha de autorización permite un amplio abanico de posibles respuestas, una vez que los bancos centrales admiten explícitamente que deben incorporar ese problema dentro de sus análisis (Menon, R. 2022). Entre las opciones que se han valorado están la discriminación o la eliminación de los programas de financiación (TLTRO, TBF, etcétera) de empresas responsables de grandes cantidades de emisiones de gases de efecto invernadero, la discriminación de los activos según su sostenibilidad, el endurecimiento de los requisitos de capital según lo "sucia" que sea una empresa, etcétera. Cualquiera de ellas, en un primer momento, estará sujeta a críticas y

cuestionamientos legales, ya que una consecuencia de elegir cualquiera de estas soluciones, u otras similares, es la de elegir ganadores y perdedores en la economía.

Si el problema reside en una limitación del mandato de los bancos centrales, la solución obvia consiste en una reelaboración del mismo por parte de los poderes democráticos que les dan legitimidad. Es posible que al igual que en otras esferas de la sociedad el abandono progresivo de la "despolitización" de la economía que vivimos (despolitización de su apariencia, lo que implica una profunda politización de su contenido –López, 2022a-), la mayor intervención pública explícita en la misma, nos lleve ya inevitablemente a una "polarización" y repolitización de una esfera tradicionalmente tecnocrática como la de los bancos centrales. La única solución efectiva, por lo tanto, será una repolitización progresista, que evite y bloquee un giro reaccionario de una institución hasta ahora vista como relativamente neutral (o al menos con un equilibrio funcional de fuerzas políticas), como ha ocurrido por ejemplo en la Corte Suprema de Estados Unidos.

5. El caso europeo: un nuevo y triple mandato para el Banco Central Europeo.

Cerremos este texto con una propuesta concreta de reforma para el mandato del BCE. Elegimos el banco central de Europa por dos motivos. El primero, como ya hemos sugerido, porque es de entre los grandes bancos centrales el que arrastra el mandato más recalcitrantemente neoliberal y, por lo tanto, con más necesidad de reforma. Segundo, porque escribimos desde Europa, por lo que es ahí donde (muy modestamente) podemos tener algún tipo de impacto a nivel político real. Nuestra propuesta, más allá de esto, se basa en dos consideraciones. La primera, que escribimos y actuamos en una situación que es objetivamente propicia para cambios políticos profundos. Como hemos visto en los últimos años la inestabilidad creciente y las evidentes limitaciones de los arreglos institucionales existentes generan suficiente presión como para forzar medidas de emergencia que desbordan repetidamente los límites de lo hasta entonces aceptable políticamente. La segunda consideración es que a pesar de esa situación objetiva favorable escribimos y actuamos desde una correlación de fuerzas desfavorable para las fuerzas progresistas. La consecuencia inmediata de esto es que en repetidas ocasiones la única manera de conseguir victorias reales consiste en forjar coaliciones inestables con elementos centristas e incluso conservadores, lo que lleva a hitos legislativos importantes, pero con numerosas limitaciones, aristas y contradicciones. La trayectoria legislativa del presente Gobierno de Coalición en España es un ejemplo perfecto de esto, como también lo puede ser la batería de leyes económicas y climáticas aprobadas recientemente en Estados Unidos y la Unión Europea, y su marcado carácter de connivencia con los poderes financieros y militares (López, 2022b).

Por lo tanto, nuestra propuesta para el BCE pasa por extender su mandato a un triple mandato que contemple a) la estabilidad de precios (y por lo tanto su independencia) b) el pleno empleo (como resumen limitado pero efectivo del objetivo de justicia social) y c) la transición ecológica (como resumen de su participación activa en la descarbonización de la economía y la sostenibilidad medioambiental). Esta extensión actualizaría las preocupaciones del banco central a los desafíos contemporáneos, cerraría sus brechas de autorización, y acabaría con el mito de la separación absoluta entre políticas monetarias y fiscales, que es explotado una y otra vez a nivel legal por las fuerzas reaccionarias en Europa (Braun, Gabor y Lemoine, 2020). También, al mantener la centralidad de la estabilidad de precios y su independencia operativa (revisada), sería una concesión al interés por conservar parte del statu quo institucional, que todavía moviliza a buena parte de la base social progresista realmente existente.

Una revisión total del mandato del BCE requeriría un nuevo Tratado de la Unión Europea, un proceso muy complejo y costoso, por muy necesario que sea. Sin renunciar a ello, sin embargo, podemos ofrecer otras maneras de actualizar el mandato dentro de las estructuras legales ya existentes, tal y como sugiere Jens van 't Klooster (Klooster , op.cit.). Estas opciones más limitadas pasan por la interpretación explícita por parte de la Unión Europea de ciertos pasajes ambiguos en el mandato del BCE, que referencian la necesidad de promover, siempre que no vaya en contra de la estabilidad de precios, los principios establecidos en el Artículo 3 del TUE, resumidos en un desarrollo económico basado en un "crecimiento económico equilibrado y en la estabilidad de los precios, en una economía social de mercado altamente competitiva, tendente al pleno empleo y al progreso social, y en un nivel elevado de protección y mejora de la calidad del medio ambiente". Dado que el mandato del BCE no especifica quién debe interpretar de qué manera y en qué orden esos objetivos secundarios (que no duales), las instituciones de la UE pueden, de hecho, arrogarse el derecho a hacerlo. También, si lo desean, pueden enmendar ciertos pasajes del mandato del BCE a través del procedimiento legislativo normal de la Unión (Klooster, op.cit.).

Estos pequeños pasos, aunque modestos, requerirían sin duda mayorías considerables en el Parlamento de la UE y su Consejo, es decir, en los gobiernos de los diferentes estados miembros. Requerirían, por lo tanto, un proceso sustancial de movilización y concienciación social, que consiga ponerlo en el centro de la agenda pública, que obligue a algunas fuerzas políticas a asumirlo como parte de su programa, y que prepare el terreno para su implementación cuando la situación lo permita o lo requiera. También deban, seguramente, concebirse como momentos de un programa mucho más ambicioso de reforma estructural, que contemple propuestas a futuro de mayor calado. Algunas de ellas podrían ser un nuevo diseño del sistema financiero que contemple el traspaso a los poderes públicos de la gestión de los depósitos bancarios (eliminando el privilegio privado de su gestión que todavía disfrutan los bancos comerciales, obsoleto en la práctica por su dependencia total de los poderes públicos) (Omarova, 2020), o el avance hacia la socialización progresiva de la capacidad de inversión, al menos en ciertos sectores, de nuevo justificada por la urgencia de la crisis y la dependencia efectiva del sector privado de los poderes públicos (Hockett y Omarova, 2018). Esta visión a más largo plazo ayudará a dar sentido a los momentos anteriores, más humildes y parciales, como también ayudará a construir el músculo popular y progresista de la alianza política necesaria para hacer realidad estas propuestas iniciales. Sea como fuere, y como decíamos al principio, nada de esto será posible sin una comprensión más concreta y profunda de la arquitectura económica y financiera en la que vivimos, ya sea para reformarla o revolucionarla. Este texto solo busca aportar su pequeño grano de arena para este objetivo, indispensable en cualquier transición ecológica con justicia social, misión ya irrenunciable de cualquier proyecto emancipador en este siglo.

Referencias

Bagehot, W. (1873). *Lombard Street: A Description of the Money Market*. Henry S. King & Co.

Barker, T. (2023a). "Some questions about political capitalism: Response to Riley & Brenner's 'Seven Theses'", en New Left Review, nº140-141.

Barker, T. (2023b). Empathy, Economics and Social Classes. Disponible en: https://ourtime.substack.com/p/empathy-economics-and-social-classes

Bartel, F. (2022). *The Triumph of Broken Promises*. Harvard University Press.

Bernanke, Ben S. (2004). The Great Moderation. *Remarks at the meetings of the Eastern Economic Association. Washington, DC, February 20, 2004*.

Braun B. (2020). "Central banking and the infrastructural power of finance: the case of ECB support for repo and securitization markets", en Socio-Economic Review, Volume 18, Issue 2, April 2020, Pages 395–418.

Braun, B.; Gabor, D.; Lemoine, B. (2020). "Enlarging the ECB mandate for the common good and the planet". https://www.socialeurope.eu/enlarging-the-ecb-mandate-for-the-common-good-and-the-planet

Braun, B.; Buller. A. (2021). *Titans: Tracing the rise and the politics of asset manager capitalism*. Phenomenal World.

Brenner, R. (1976). *Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe*. Past and Present.

Brenner, R. (2006). *The economics of global turbulence: the advanced capitalist economies from Long Boom to Long Downturn, 1945–2005*. Verso.

Brenner, R. (2020). "Escalating plunder", New Left Review, nº123.

Cœuré, B. (2016). Sovereign debt in the euro area - too safe or too risky? *Keynote address by Mr Benoît Cœuré, Member of the Executive Board of the European Central Bank, at Harvard University's Minda de Gunzburg Center for European Studies, Cambridge, Massachusetts, 3 November 2016.*

Gabor, D. (2021). Revolution without revolutionaries: Interrogating the return of monetary financing. *Report, Finanzwende and Heinrich-Böll-Foundation, Berlin, published in the course of Transformative Responses to the crisis*.

Committee on the Global Financial System. (2017). "Repo market functioning". *CGFS Papers No 59, Bank for International Settlements*.

Giovannini, A. (2014). "Risk-free assets in financial markets", BIS Paper No. 72m.

Hockett, R. C., & Omarova, S. T. (2017). Private wealth and public goods: A case for a national investment authority. *J. Corp. L.*, *43*, 437.

Klooster, J. V. (2021). The ECB's conundrum and 21st-century monetary policy: How European monetary policy can be green, social, and democratic. *Transformative Responses to the crisis.*

Krippner, Greta R. (2012). *Capitalizing on Crisis. The Political Origins of the Rise of Finance*. Harvard University Press.

Lakner, C; Milanovic, B. (2013). "Global Income Distribution: From the Fall of the Berlin Wall to the Great Recession", Policy Research Working Paper, No. 6719. World Bank, Washington, DC.

López, X. (2022a). Las políticas de la despolitización. Disponible en: https://amalgama.ghost.io/las-politicas-de-la-despolitizacion/

López, X. (2022b). El complejo industrial verde. Disponible en: https://amalgama.ghost.io/el-complejo-industrial-verde/

Menon, R. (2022). Gearing up for climate action - the road ahead for the Network for Greening the Financial System. *Opening address (virtual) by Mr Ravi Menon, Managing Director of the Monetary Authority of Singapore and Chair of the Network for Greening the Financial System, at the Green Swan Conference 2022, 31 May 2022.*

Omarova, S. T. (2020). "The People's Ledger: How to Democratize Money and Finance the Economy", Cornell Legal Studies Research Paper No. 20-45.

Rogoff, K. (2003). Globalization and Global Disinflation. *Paper prepared for the Federal Reserve Bank of Kansas City conference on "Monetary Policy and Uncertainty: Adapting to a Changing Economy", Jackson Hole, WY, August 29, 2003.*

The Macro Compass. (2022). The World's Most Important Market. Disponible en: https://themacrocompass.substack.com/p/repo-market

Tooze, A. (2018). *Crashed: How a Decade of Financial Crises Changed the World*. Viking.

Tooze, A. (2022). Chartbook #82: The rise of asset manager capitalism and the financial crisis of 2008. Disponible en: https://adamtooze.substack.com/p/chartbook-82-the-rise-of-asset-manager

Pensamiento al margen. **Revista Digital de Ideas Políticas**. Número 18 (2023), pp. 93 - 111
ISSN: 2386-6098. www.pensamientoalmargen.com.

Ecologismo y holismo. Implicaciones teóricas y prácticas de una ontología monista[1].

César Rendueles
Instituto de Filosofía del CSIC
Jaime Vindel
Instituto de Historia del CSIC
Emilio Santiago Muíño
Instituto de Lengua, Literatura y Antropología del CSIC

Recibido: 14/04/2023 / Aceptado: 23/05/2023

Resumen: el pensamiento ecologista es profundamente deudor de un marco ontológico monista, que en su propia tradición ha recibido el nombre de holismo. En este artículo se rastrea la genealogía de este fuerte compromiso teórico, así como los problemas epistemológicos y políticos que plantea. Entre los primeros, una sociologización de la naturaleza que sin embargo no tiene en cuenta el tipo de dilemas epistemológicos que son propios de las ciencias sociales. Entre los segundos, un concepto de crisis ecológica fuertemente marcado por la noción de "efecto dominó" que, entre otras implicaciones, contribuye a consolidar nociones muy simplistas del cambio social. Finalmente, se ofrecen algunas propuestas para avanzar hacia un pensamiento ecologista ontológicamente más modesto, y de signo pluralista, que incorpore la categoría de discontinuidad para pensar los procesos de relación tanto entre naturaleza sociedad como entre diferentes fenómenos sociales.

Palabras clave: holismo, monismo, ecologismo, pluralismo, discontinuidad.

Environmentalism and holism. Theoretical and practical implications of a monistic ontology.

Abstract: environmentalist thought is deeply indebted to a monistic ontological framework, which in its own tradition has received the name of holism. This paper traces the genealogy of this strong theoretical commitment, as well as the epistemological and political issues it raises. Among the former, a sociologization of nature which, however, does not take into account the kind of epistemological dilemmas that are proper to the social sciences. Among the latter, a concept of ecological crisis strongly marked by the notion of "domino effect" which, among other

[1] Este texto es producto de las siguientes ayudas y proyectos de investigación, financiados por el Ministerio de Ciencia e Innovación, la Agencia Estatal de Investigación, el CSIC, el Fondo Social Europeo y los Fondos Europeos para la Investigación: RYC2018-024943-I, PIE 202010E005, PID2019-109252RB-I00, PID2019-107757-RB-100, PID2019-104078GB-I00/ AEI/10.133039/501100011033 y PID2020-113272RA-I00.

implications, contributes to consolidate very simplistic notions of social change. Finally, some proposals are offered to move towards an ontologically more modest and pluralistic ecological thinking, which incorporates the category of discontinuity to think about the processes of relationship both between nature and society as well as between different social phenomena.

Keywords: holism, monism, environmentalism, pluralism, discontinuity

Sumario: 1. Introducción. 2. Atomismo y holismo en las ciencias naturales y en el mundo social. 3. Holismo ecologista y ciencia natural romántica 4. Ecologismo holista y teoría de sistemas 5. El lado problemático del holismo ecologista 6. Todo está unido con "algo": por un ecologismo que incorpore las discontinuidades.

1. Introducción

Según Marina Garcés, la imagen de un mundo unificado ha dominado los sueños de progreso, desarrollo y pacificación del mundo occidental (Garcés, 2013). Quizá el ecologismo sea la última vuelta de tuerca de esta fantasía utópica que imagina un mundo atravesado por categorías diversas, pero en las que siempre desempeña un papel importante la idea de totalidad: de la biosfera a la civilización industrial pasando por el uso constante de la noción de sistema. Como cualquier otra corriente de pensamiento político, el ecologismo organiza sus materiales intelectuales en base a arquitecturas conceptuales que se derivan de premisas filosóficas poco explicitadas y, así, está repleto de usufructos teóricos implícitos: premisas de carácter ontológico, epistemológico o ético que desempeñan el papel de axiomas. Se trata de presupuestos altamente abstractos que funcionan como principios autoevidentes: no hace falta demostrarlos ya que estamos arrojados a ellos *in media res*. Estos principios funcionan adheridos a los paquetes teórico-filosóficos de los grandes autores de referencia, condicionando el modo de percibir los fenómenos estudiados, de interpretarlos, de reflexionar sobre ellos y de operar en la realidad a partir de dicho conocimiento. Estos subtextos filosóficos no se muestran transparentes, ni son objeto de reflexividad, ni forman parte de la agenda de las cuestiones en juego, sino que operan por detrás de la capa principal del discurso como un bajo conceptual que, sin embargo, cumple una tarea fundamental de soporte y de argamasa del conjunto de los argumentos y posiciones.

Más concretamente, el ecologismo comparte con diversos discursos políticos un subtexto ontológico que se corresponde, a grandes rasgos, con un monismo totalizador, es decir, la idea de que a) existe un solo principio como fundamento de todo lo existente que b) se expresa en una totalidad compacta, de modo que "todo está relacionado con todo". En este texto proponemos, en primer lugar, una genealogía tentativa de este subtexto ontológico monista –a menudo reivindicado desde la tradición ecologista en términos de "holismo" –, y que constituye uno de los pilares de su racionalidad analítica, así como una de las fuentes de lo que se considera su correcto desempeño político. Posteriormente, se señalan todo un conjunto de dilemas y aporías de la teoría y la práctica ecologista en los que estas premisas ontológicas pueden estar ejerciendo cierta influencia. Finalmente, se proponen algunas líneas para desarrollar un pensamiento ecologista declinado en una gramática ontológica diferente –un subtexto de carácter pluralista– que esquive los riesgos intelectuales y políticos de las totalizaciones sustancializadoras.

2. Atomismo y holismo en las ciencias naturales y en el mundo social

En términos muy generales, las ciencias naturales modernas son básicamente atomísticas o mereológicas. El holismo desempeñó un papel central en la ciencia natural pregalileana, ha tenido fugaces reapariciones en propuestas científicas heterodoxas y ha generado paradigmas más consistentes, como la teoría de sistemas, pero la prevalencia del atomismo en ese dominio del conocimiento humano parece indudable. Lo realmente importante es que el atomismo no es tanto una elección epistemológica como una consecuencia inercial del fuerte peso que tiene la formalización matemática en la arquitectura teórica de la ciencia natural moderna y en sus dimensiones pragmáticas (lo que Randall Collins (2009) llamó la "ciencia del descubrimiento rápido").

Muy a grandes rasgos, las teorías de las ciencias naturales funcionan de un modo similar al de las fórmulas bien formadas de un lenguaje lógico en el que el valor de verdad de las oraciones es una función de los valores de verdad de sus componentes. Eso implica que dichos elementos teóricos respeten un criterio de identidad que no se base en nociones intensionales equívocas, es decir, relacionadas con el significado o las propiedades que usualmente se les atribuye. Así lo explicaba Dummett (1990, p. 193):

> Al menos esto no lo discute nadie seriamente: un lenguaje que posee una sintaxis de la clase que Frege diseñó para su lenguaje formalizado es adecuado para la formulación de cualquier teoría de las matemáticas o de la ciencia natural. Las disputas nacen sólo con respecto a las formas de la construcción de oraciones importantes para otros propósitos. La sintaxis de Frege se basa en la idea fundamental de que la construcción de una oración se desarrolla en dos etapas: primero construimos las formas más simples de la oración y luego, por medio de dispositivos repetibles de composición de oraciones, construimos las oraciones complejas a partir de aquellas.

Entre esos "otros propósitos" que menciona Dummett están, por supuesto, las ciencias sociales y humanas o la filosofía. También en este ámbito existe una amplia tradición de propuestas teóricas y filosóficas atomísticas que, mayoritaria aunque no exclusivamente, se identifican con las distintas versiones del individualismo metodológico, ontológico o semántico (Elster, 1993; Watkins, 1968). Sin embargo, en ciencias sociales y filosofía, el individualismo no es ni por lo más remoto consensual y convive con una amplísima gama de posiciones teóricas, vinculadas a prácticas científicas concretas y perfectamente respetables, que consideran que los fenómenos agregados –grupos, normas, procesos…– son irreductibles sin pérdida a interacciones individuales. Precisamente el holismo es una posición metodológica y teórica que entiende ciertos fenómenos agregados especiales –una sociedad, la humanidad en su conjunto, la racionalidad…– como totalidades expresivas caracterizadas por alguna clase de principio rector cuya influencia se deja sentir en las distintas partes del todo.

La manifestación más extendida de este colectivismo extremo es, seguramente, la comprensión teleológica de la historia, muy incrustada tanto en teorías sociales y filosóficas sofisticadas como en la visión cotidiana del cambio social a través de la noción de progreso, es decir, la idea de que la humanidad en su conjunto, como un todo coherente, tiene un destino compartido (Racionero, 1997). Desde esta perspectiva, muy hegemónica y duradera, la historia posee una direccionalidad que consiste en el despliegue paulatino de los atributos más propios de la humanidad: el conocimiento, la racionalidad política, la virtud moral, el aumento de la capacidad productiva, la excelencia cultural… El cambio histórico sería, así, un proceso estructurado por un principio unificador que criba los hechos de suyo relevantes y descarta los insignificantes. De forma que los hechos históricos contingentes pueden ser catalogados en función de su contribución a ese

proceso evolutivo y, por tanto, recuperados para un relato general. Esta comprensión de la historia presupone un sujeto universal y colectivo, es decir una totalidad –la humanidad, una nación, el Reino de Dios, el Espíritu…– que se autodespliega y que no se corresponde ni con los sujetos empíricos ni es completamente abstracta, pues su autodesarrollo se plasma en ciertas manifestaciones políticas, sociales o culturales y no en otras. La direccionalidad histórica tiene una evidente dimensión legitimatoria, en la medida en que permite reconciliar los sucesos negativos como el precio a pagar por el avance histórico. Sin embargo, aunque la idea de destino se ha expresado tradicionalmente en términos de progreso, no es imprescindible que sea así. La lógica de una teleología de decadencia, o de estabilidad, es exactamente la misma.

Como veremos a continuación, estos imaginarios teleológicos han dejado su huella en las cosmovisiones ecologistas de los dos últimos siglos. Un ejemplo significativo entre las muchas voces relevantes del ecologismo social que se han modulado en estos parámetros es una obra tan influyente como la de Murray Bookchin (2022). Aunque cuestionara la conversión del holismo en un "medioambientalismo kitsch", a la hora de formular los parámetros conceptuales de su "ecología de la libertad" Bookchin retomaba los axiomas teóricos de la dialéctica hegeliana para proponer una suerte de teleología organicista que bifurcaba la historia de la humanidad a partir de dos trayectorias dadas como alternativas totalizantes e inevitables. Anticipando las presuposiciones que analizaremos a continuación en diversos discursos ecologistas contemporáneos, el sociólogo norteamericano señalaba a principios de los años ochenta que la gravedad de la crisis ecológica nos sitúa ante la disyuntiva crítica y trágica

> […] entre un mundo armonizado con una sensibilidad ecológica basada en un compromiso rico con la comunidad, la ayuda mutua y las nuevas tecnologías, por un lado, y el pronóstico aterrador de algún tipo de desastre termonuclear, por el otro. Se diría que nuestro mundo o bien es sometido a transformaciones revolucionarias, de carácter tan ambicioso como para que la humanidad transforme totalmente sus relaciones sociales y su concepción misma de la vida, o bien sufrirá un apocalipsis que bien podría suponer el final de la presencia humana sobre el planeta (Bookchin, 2022, pp. 39-40).

Pese a que este tipo de afirmaciones puedan haber sido útiles para activar la voz de alarma sobre la gravedad de la crisis ecosocial, también resultan engañosas a la hora de abordarla políticamente, en la medida en que se basan en una dialéctica del todo o nada que no incorpora las lecciones de los procesos históricos reales de transformación acontecidos durante los dos últimos siglos. Pese a sus contradicciones ecológicas, estos arrojan un balance indispensable para afrontar desde una posición teórica y práctica los retos implicados por una transición ecosocial que se haga cargo de las limitaciones y potencialidades (sociales, económicas, culturales y tecnológicas) del momento actual. Las páginas que siguen proponen un desmontaje teórico de esos andamiajes holísticos que, sin despreciar la interconexión de los fenómenos ecosistémicos, no se supedita a teleologías organicistas como la propuesta por Bookchin. Pese a que estas cosmovisiones, de una fuerte impronta romántica, posean un componente estético seductor para la imaginación de formas menos alienantes de relación con la naturaleza, pueden resultar tremendamente frustrantes a la hora de comprender y enfrentar los conflictos ecopolíticos del presente.

3. Holismo ecologista y ciencia natural romántica

Las tensiones conceptuales entre el atomismo y el colectivismo en la epistemología de las ciencias naturales y sociales, así como en el campo de la historia, tienen un correlato importante en el ecologismo. El ecologismo es un campo discursivo muy rico pero difuso y lleno de ambigüedades, vinculado a un proyecto político ideológicamente heterogéneo que incluye contribuciones de las ciencias sociales y las humanidades pero que, muy distintivamente, también da mucho peso a los aportes de las ciencias naturales. Esta coexistencia de tesis sociofilosóficas y un amplio bagaje empírico procedente de las ciencias naturales –un ámbito epistemológico señeramente atomista– arrojan al holismo ecologista a una concupiscencia conceptual muy peculiar y llena de tensiones.

La formación de esta amalgama ontológica ecologista se remonta a la filosofía romántica de la naturaleza (*Naturphilosophie*), una aproximación heterodoxa a las ciencias naturales que se asentó sobre sedimentaciones culturales muy antiguas, de índole místico-religiosa, y cuyo núcleo es la creencia "en la indisoluble unidad del universo" (Schneider citado por Cirlot, 2016, p. 39). Esto es, en la existencia de una lógica de integración superior que hace que el universo no sea una pluralidad desmembrada y caótica, sino un cosmos, un orden que en última instancia remite a un principio trascendente unitario, una clave central ontológica de carácter espiritual (Eliade, 1972). La rebelión de la sensibilidad romántica contra la mecanización, la cosificación, la cuantificación, la estandarización y la fragmentación impuestas ya desde finales del XVIII por el capitalismo industrial emergente encontró en el sentimiento de unidad de la naturaleza un vector de resistencia y una fuente de tonificación ideológica. En fechas tan tempranas como 1815, el romántico Ernst Moritz Arndt escribía "cuando uno ve la naturaleza desde la necesaria conectividad e interrelación entre las cosas, entonces todas las cosas pasan a tener la misma importancia (…) todas conforman una única unicidad" (Moritz Arndt citado por Biehl y Staudenmaier, 2019, p.18).

Las palabras de Moritz son un ejemplo entre muchos de un sustrato cultural que fue sedimentándose en el clima de época e influyó decisivamente en autores como Ernst Haeckel, pionero del pensamiento ecologista, quien desarrolló su obra en el último tercio del siglo XIX. Haeckel, además de ser el naturalista que acuñó por primera vez el término "ecología", fue también impulsor de una doctrina filosófica monista. Su teoría postulaba que "todos los fenómenos son la manifestación de una sustancia única y fundamental" (Haeckel citado por Oviedo Salazar, 2017, p.7) y admitía "la unidad esencial de la naturaleza inorgánica y de la orgánica, siendo esta última producto de la evolución lenta de la primera" (Haekel, 1983, p.14). Además de difundir el darwinismo en Alemania, Haeckel acuñó todo un paquete terminológico de enorme trascendencia, como la teoría de la recapitulación, que a partir de las nociones de ontogenia y filogenia reinterpretaba desde una perspectiva monista la historia natural de las especies y que fue empleada para fundamentar cosmovisiones racistas. Haeckel fundaría la Liga Monista, una oscura organización que, amparándose en el argumentario científico evolucionista, buscaba impulsar una suerte de nueva religión que justificara presupuestos sociales como la práctica masiva de la eugenesia y cuya influencia en la conformación de los imaginarios de los años treinta es indudable. De hecho, Haeckel se uniría al final de su vida a la organización secreta y ocultista Sociedad Thule, con responsabilidad directa en la gestación del nazismo.

Otro antecesor intelectual políticamente oscuro con el que el ecologismo se siente en deuda filosófica es Jan Christiaan Smuts, general boer que ejerció el cargo de primer ministro de la Unión Sudafricana durante la primera mitad del siglo XX. Andrew Dobson lo cita en su antología del pensamiento verde como uno de los ascendentes que explican

la génesis de un pensamiento ecologista específico y sistemático (Dobson, 1999). Además de su labor de estadista imperialista a favor del Imperio Británico, Smuts desarrolló toda una carrera académica centrada en la defensa de una filosofía holística capaz de englobar el conjunto de los fenómenos del universo. Para Smuts, la totalidad tenía siempre preminencia ontológica sobre las partes y expresaba algo más que su mera agregación. Nos hablaba de una internalidad trascendente, de una sustancia compartida entre partes que las desbordaba en un elemento u orden superior. Este esquema ha conocido más tarde en el ecologismo un enorme desarrollo y se podría resumir en la premisa de que el todo es mayor que la suma de sus partes (Smuts citado por Dobson, 1999, p. 282).

4. Ecologismo holista y teoría de sistemas

La influencia holística de la ciencia natural romántica, a pesar de las repugnantes opciones ideológicas de algunos de sus defensores ecologistas, ha tenido rendimientos cognoscitivos valiosos. Al fin y al cabo, el núcleo de las ciencias ecológicas, cuya impronta en el ecologismo político es definitoria, es la existencia de interconexiones entre los organismos vivos y los ambientes que no se pueden comprender aisladamente, sino que provocan dinámicas emergentes con efectos sistémicos. Una predisposición perceptiva al carácter unitario de lo real facilitó detectar las complejas interacciones que se dan en los ecosistemas y que escapan a los enfoques más fragmentarios. Esto es, en palabras del ecólogo catalán Ramón Margalef, la ecología se dedica a un objeto de estudio que, por usar una vieja dupla filosófica, tiene más que ver con la *síntesis* que con el *análisis* (Margalef, 1998, p.2). Y el monismo no deja de ser la apuesta por el carácter absolutamente sintético de lo real, aunque esto no niegue su pluralidad y las interrelaciones entre los diversos fenómenos.

Por su parte, el físico austríaco Fritjof Capra, autor del libro *El tao de la Física*, y responsable de la popularización del concepto de "trama de la vida", ha desarrollado toda una serie de trabajos ecologistas en los que el enfoque holístico cumple el papel de hilo conductor categorial. Dividiendo de modo esquemático la historia de la humanidad entre las eras de las sociedades "orgánicas" (hasta el surgimiento de la modernidad en el siglo XVI) y la sociedad "mecánica" actual, Capra considera que el gran error epistemológico de la modernidad ha sido desviarse de una imagen del universo como un "todo indivisible y dinámico cuyas partes están esencialmente interrelacionadas y pueden ser comprendidas sólo como modelos de un proceso cósmico" (Capra citado por Dobwon, 1999, pp. 50-53). Es interesante señalar que Capra introduce en su argumento, simultáneamente, dos proposiciones ontológicas como si fueran la misma, pero que en nuestra opinión convendría desligar. Por un lado, la primacía ontológica de las relaciones, siendo las interconexiones las que definen los elementos y no a la inversa. Esto alinea a Capra con un campo intelectual que podemos categorizar simplificadamente como el giro relacional en ontología, y que ha demostrado ser una operación teórica fecunda para evitar los errores propios del esencialismo, aunque ambigua en sus resultados empíricos cuando se ha intentado trasladar a las ciencias sociales. Por otro lado —y esto es lo que nos resulta cuestionable— la presuposición de que todas las relaciones están entrelazadas entre sí hasta conformar un todo unitario: "Así es como la física moderna revela la unidad básica del universo" (Dobwon, 1999, p. 53).

Otro de los padres fundadores del ecologismo social moderno, Barry Commoner, definió como primera ley de la ecología que "todo está relacionado con todo lo demás" (Commoner, 1973, pp. 33-36). Esta abigarrada interconexión de todo con todo provocaba que los ecosistemas tuvieran propiedades emergentes, únicamente accesibles gracias a enfoques como la cibernética de Norbert Wiener. Para el ecosocialista norteamericano, el

carácter amplificador de la red ecológica implicaba "que una pequeña perturbación en un lugar puede producir efectos muy grandes, remotos y retardados" (Commoner, 1973, p.38). La exacerbación de esas interconexiones reticulares llevaba a Commoner a presumir la posibilidad de que esas perturbaciones generaran un "trágico derrumbamiento en el sistema", instituyendo un imaginario que atraviesa los postulados básicos de la mirada ecologista contemporánea en torno al colapso de la civilización industrial. Más recientemente, el periodista Georges Monbiot ha recogido el testigo de Commoner al reflexionar sobre el modo en que la integración sistémica impulsada por la globalización neoliberal aumenta exponencialmente los riesgos de colapso, en la medida en que reduce la modularidad y la fragmentación de los diversos fenómenos geográficamente localizados que componen el ecosistema terrestre (Monbiot, 2023). Asumiendo que la financiarización neoliberal habría alcanzado a la propia naturaleza, convertida así en un activo especulativo, este tipo de imaginarios tienden a proyectar sobre cualquier acontecimiento socioecológico los efectos en cadena de una eventual caída de Wall Street. En contraste con esa presuposición, tal vez sería más provechoso reflexionar sobre la resiliencia que el sistema financiero ha mostrado, en complicidad con las instituciones políticas nacionales y supranacionales, para generar cortafuegos que eviten la propagación de las crisis.

La predominancia de la idea de sistema en el pensamiento ecologista resulta también muy esclarecedora de cómo el subtexto ontológico holista condiciona sus presupuestos teóricos. En los años cuarenta Ludwig von Bertalanffy sienta las bases de la teoría de sistemas. Este planteamiento rompe con la visión lineal y monocausal propia del mecanicismo decimonónico para aplicar sobre los procesos ecosistémicos una suerte de holismo relacional, por el cual dichos procesos no son comprensibles a partir de las partes que lo conforman sin atender a sus relaciones de conjunto y a como estas se influyen recurrentemente a lo largo del tiempo.

A grandes rasgos, los sistemas se pueden clasificar en dos tipos: lineales, con relaciones de causalidad bien definidas y regularidad repetitiva, lo que los hace predecibles en el tiempo (como los sistemas de la física y la ingeniería), y no lineales (como los sistemas biológicos, sociales o económicos). Estos últimos, que son los que interesan al ecologismo político, no tienen bien definidas las relaciones de causa-efecto, se caracterizan por presentar retroalimentación y su evolución en el tiempo es casi imposible de predecir, pues el comportamiento del sistema está marcado por su propia trayectoria (tiene historia) y además lo conforman interacciones entre organismos (cuerpos vivos) que presentan capacidades cognitivas e intencionales, como memoria, interpretación selectiva, comportamiento predictivo y respuestas adaptativas abiertas (tienen agencias). Aunque esas agencias se den de modo diferenciado en las diversas especies (no tratamos, en ese sentido, de negar la especificidad de la agencia humana), se trata de rasgos que hoy la biología atribuye hasta a los organismos vivos más simples, como las bacterias (Lyon, 2007).

Este matiz es muy importante, pues las fronteras de los sistemas no lineales se corresponden con lo que en lógica se denomina contextos no-extensionales, en buena medida asociados a los fenómenos intencionales. Las frases subordinadas que hacen referencia a ciertos estados psicológicos –a menudo introducidas por expresiones como decir, oír, opinar, estar convencido, concluir, conocer, saber, parecer que, alegrarse, lamentar, aprobar, censurar, esperar, temer, etc.– tienen condiciones de verdad peculiares diferentes de las de la ciencia natural estándar. Si las células "toman decisiones", en un sentido no mentalista de "tomar decisiones", eso significa que las teorías que tomen en consideración esa realidad estarán afectadas en algún grado por las mismas condiciones teóricas peculiares de las ciencias sociales que estudian esos estados psicológicos y que

de ningún modo tienen el mismo estatus epistemológico que la física o la química. Es decir, el estudio de los sistemas no lineales inyecta, por así decirlo, algún grado de "sociología" y "psicología" en la naturaleza, aumentando nuestra comprensión de procesos extremadamente complejos. Los sistemas no lineales, por tanto, son dinámicos, auto-coordinados, marcados por bucles de refuerzo o de estabilización, flexibles, adaptativos, evolutivos y con propiedades emergentes (Bardi, 2014, p. 51). El precio a pagar de esta sociologización de la naturaleza es un cierto nivel de indeterminación y ambivalencia teórica.

El enfoque sistémico ha sido absolutamente determinante en el desarrollo del pensamiento y la práctica ecologista contemporánea. El más famoso de los estudios que se enmarcan en esta perspectiva, el *Informe de Los límites del Crecimiento* que el Club de Roma encargó a un equipo del MIT liderado por Donnella y Denis Meadows (sobre la base previa del trabajo de Jay Forrester) fue publicado en 1972, hace justo cincuenta y un años. Supuso un hito en la historia científica del siglo XX, y se trata sin duda de uno de los libros seminales del ecologismo moderno (Meadows et al. 1972). En el siglo XXI, ese esfuerzo titánico de concertación científica que supone el IPCC, la institución que ha hecho un trabajo más importante por apuntalar y legitimar la necesidad de una acción climática decidida, basa el grueso de sus elaboraciones en investigaciones que simulan modelos sobre el sistema climático.

Al margen de las diferencias importantes entre sistemas lineales y no lineales, que el ecologismo político no siempre respeta escrupulosamente (dotando a los sistemas no lineales de características más propias de sistemas lineales), la apuesta ontológica fuerte compartida por la mayoría de las diferentes corrientes que hacen uso de la categoría "sistema" es que este concepto no es una construcción analítica, esto es, un recurso de investigación más o menos útil pero cuyo carácter ficcional es innegable. En realidad, los sistemas son herramientas teórico-heurísticas compatibles con distintas opciones ontológicas. Sin embargo, la teoría de sistemas (y su traslación al ecologismo político), con frecuencia proyecta la idea de que, aunque los modelos dinámicos con los que opera son siempre y necesariamente sometidos a simplificaciones extremas, estos remitirían a regiones de la realidad que, independientemente de nuestra interpretación o voluntad, poseerían sustancialidad sistémica o, por decirlo de otro modo, una cualidad holística de integración unitaria. Es decir, en lugar de entender la "sociologización" de la naturaleza como una fuente de indeterminación, se usa como un mecanismo de simplificación conceptual.

Lo fundamental de esta trayectoria es que, a pesar de enriquecimientos, discusiones y matices, la cosmovisión del holismo natural ha pervivido en el desarrollo de las ciencias ecológicas posteriores y en la configuración intelectual del ecologismo político, cristalizada entre otras herramientas conceptuales en las nociones de biosfera, ecosistema, dinámica de sistemas o civilización industrial. La investigación científica de las últimas décadas, en el ámbito de las ciencias de la Tierra, ha ido matizando y complejizando este subtexto ontológico monista al constatar toda una serie de fenómenos ecosistémicos que se alejan de esta apuesta por el carácter unitario de la naturaleza y sus consecuencias de tipo totalizantes (armonía, equilibrio, orden superior, y su reverso, extrema sensibilidad a las modificaciones y los cambios).

Así, Margalef, en las primeras páginas de su libro *Ecología*, puntualizaba que en él "la palabra ecosistema no se usa como unidad concreta, sino como nivel de organización", y que la tarea de "deslindar unidades" escapaba, de momento, a su propósito (Margalef, 1998, p. 2). Aun así, este autor ponía siempre el acento en que "en el estudio de los sistemas interesa más el conocimiento de las relaciones entre los elementos interactuantes que la naturaleza exacta de esos elementos, los cuales son estudiados por alguna otra

ciencia" (Margalef citado por Armenteras et al, 2018, p.85). En la misma línea, una revisión reciente del problema del grado de unidad de los ecosistemas (Armenteras et al. 2018) expone la ambigüedad del concepto de "ecosistema", admitiendo que la historia de la ecología está cruzada por un debate sobre si "los ecosistemas son unos supra-organismos tangibles o más bien unas herramientas conceptuales para estudiar el flujo de energía, materiales e información en sistemas ecológicos" (Ibíd., p. 83). Debate que hace referencia tanto a su delimitación (dónde termina un ecosistema y empieza otro), ya que los ecosistemas presentan una "intangibilidad relativa" frente a otras unidades de organización biológica (Schizas, D., y Stamou. G, 2010), como a su funcionamiento, que remite al grado de estabilización interna que se les presupone. Sobre el primero aspecto, algunos autores son partidarios de entender que los ecosistemas son unidades reconocibles autocontenidas y que tienen una correlación espacial (Tansley, Odum). Otros, por el contrario, piensan que se trata de sistemas abiertos o ensamblajes que solo se pueden delimitar arbitrariamente (Noss, De Leo y Levin). Así, algunos ecólogos plantean que la definición de ecosistema debe estar libre de cualquier supuesto de direccionalidad (no son ni estables, ni equilibrados, ni complejos por principio), mientras que otros consideran que existe siempre una presuposición de parámetros constantes que marcan una pauta definidora.

Toda esta rica gama de matices y observaciones ha quedado esencialmente fuera del uso de la noción de ecosistema en el lenguaje común. La recepción popular del concepto de ecosistema no ha ido pareja a su complejización científica, siendo mucho más propicia a presentar expresiones holísticas. En el lenguaje común "ecosistema" suele asociarse a unidades con cierta organicidad, lo que termina representando la biosfera como una suerte de "unidad de unidades", una macrounidad. Esto ha afectado también al activismo ecologista, donde el concepto de ecosistema se asocia a ideas de raíz holística como "organismo, organización, fragilidad", que luego se elevan a una concepción fundamentalmente totalizada y sustancializada de la naturaleza.

La predominancia de un subtexto ontológico de carácter monista en el ecologismo no ha sido baladí ni poco productiva en términos intelectuales y políticos. Ha resultado, de hecho, fundamental en el desempeño del ecologismo como actor que busca una reorganización intencional de la realidad social en pos de la viabilidad material en el tiempo de las sociedades industriales. En primer lugar, aunque sea obvio recordarlo, porque las dinámicas de destrucción ecológica a escala sistémica, incluso global, existen. Que la acumulación de emisiones de gases de efecto invernadero provocada por la quema de combustibles fósiles está alterando el funcionamiento de la atmósfera no es un recurso retórico producto de una exageración ontológica: es un fenómeno tan real como peligroso que interpela al conjunto de sociedades del planeta. Cuando un proceso concreto de contaminación o de agotamiento de recursos, se piensa como conectado con todos los demás y susceptible de afectar a la totalidad, la necesidad de hacerse cargo de él y corregirlo gana en intensidad. En otras palabras, el acento holístico que ha forjado la praxis preventiva ecologista ha facilitado mucho el maridaje entre una visión ecológica del mundo y la aplicación de un fuerte principio de precaución. Una actitud teórica que por defecto resulta útil en un contexto histórico en el que el desarrollo de la ciencia ecológica es inseparable de la conciencia de estar produciendo una crisis ecológica nítidamente autodestructiva que nos exige un grado superior de prudencia. Sin embargo, este subtexto ontológico, también empuja al ecologismo a toda una serie de callejones teóricos y prácticos sin salida, que analizamos en el siguiente epígrafe del artículo.

5. El lado problemático del holismo ecologista

Nuestra tesis es que el subtexto ontológico monista del ecologismo, pese a los rasgos positivos que señalábamos, facilita también toda una serie de espasmos teóricos que suelen derivar en errores estratégicos y políticos. Los exponemos de modo sintético a continuación:

5.1 Una teoría de la crisis marcada por la idea de efecto dominó

El marxismo conoció su propia versión del efecto dominó en dos modulaciones diferentes. La que dejó una huella más duradera fue la polémica del primer tercio del siglo XX sobre la teoría de la crisis y el derrumbe histórico del capitalismo. Aunque después de los fuertes debates generados alrededor de los planteamientos de Rosa Luxemburg y Henryk Grossmann este asunto perdió centralidad, la inclinación a pensar que las crisis capitalistas debían entenderse como síntomas de su agotamiento histórico ha seguido siendo un mitologema difuso de los imaginarios marxistas. Metáforas muy parecidas son utilizadas constantemente en la literatura ecologista, especialmente en sus versiones colapsistas. Para esas sensibilidades, cualquier eventualidad o coyuntura puede ser el inicio de toda una serie de fallos en cascada que se propagarán por el conjunto de la civilización industrial, haciéndola inviable.

Pero si algo define la historia del capitalismo es su extrema resiliencia, su virtuosismo para hacer productivas las crisis. Resulta mucho más plausible interpretar estas como momentos de reconfiguración de una formación social esencialmente dinámica e inestable, con alta capacidad de adaptación y mutación, que como síntomas de su agotamiento histórico. Como señaló Gramsci, las élites económicas y sociales a menudo consiguen afrontar exitosamente las crisis mediante "revoluciones pasivas", intervenciones políticas radicales y profundas dirigidas a preservar al menos una parte del sistema de estratificación vigente. De esta constatación cabe inferir que el ecologismo ajustaría mejor sus instrumentos analíticos al curso previsible de los acontecimientos conceptualizando la crisis ecológica no como el preludio del colapso unitario de la civilización industrial, sino como una serie plural de turbulencias materiales superpuestas, pero no integradas en una lógica única. Esas turbulencias pueden ser gestionadas mediante la intensificación de la violencia y la desigualdad o dar lugar a alternativas evolutivas muy diferentes, en una sucesión de coyunturas que sin duda están marcadas por fuertes compromisos estructurales, pero que no aparecen definidas por ningún *telos* que predetermine un desenlace final.

5.2 Una subestimación de los retos transicionales

La segunda modulación de la idea de efecto dominó en el marxismo fue una concepción contagiosa de la revolución social, capaz de extenderse rápidamente por geografías políticas diferentes a partir de un punto de ruptura inicial. Una tentación intelectual y política antigua (cuya génesis probable fue la experiencia de 1848) que conoció momentos puntuales de reafirmación al calor de las diferentes victorias revolucionarias del siglo XX.

Los vasos comunicantes entre este esquema del cambio histórico y las concepciones políticas del ecologismo moderno ayudan a explicar los déficits de este último respecto a los problemas de la transición hacia un orden socioeconómico nuevo. Un campo de reflexión política y teórica que la tradición socialista adquirió de modo forzado (obligada a intervenir sobre los hechos consumados del cambio revolucionario) y al que el ecologismo se mantiene relativamente impermeable. En este último, todos los retos transicionales relacionados con la política de alianzas, la coexistencia de lo nuevo y lo

viejo, los dilemas de justicia transicional y las resistencias al cambio tienden a estar subestimados por una noción multiplicativa del cambio histórico. Reforzado por la fantasía de una expansión viral de una conciencia ecologista amparada por la verdad científica, este imaginario representa una suerte de atajo histórico que dificulta pensar de manera más afinada cuestiones relativas a la táctica y la estrategia ecosocialistas, así como los límites y eventuales retrocesos que han de ser considerados como parte inevitable de cualquier proceso de transformación real. Lo que el conocimiento histórico nos enseña es que los proyectos transformadores ganan en sensibilidad y precisión estratégica cuando rebajan el alcance de estas reacciones en cascada, y ponen entre paréntesis los marcos categoriales que las estimulan. Porque los "efecto dominó", positivos y negativos, cuando existen son siempre parciales. Y afectan a regiones circunscritas de los sistemas sociales o naturales, casi nunca a la totalidad (y cuando afectan a esta lo hacen de modo desigual y localizado).

5.3 Un maniqueísmo político

Los presupuestos ontológicos monistas u holísticos facilitan, paradójicamente, estructurar un mapa mental maniqueo entre todo/nada, dentro/fuera, sostenible/ insostenible que acaba derivando en una suerte de lenguaje binario poco sensible a las hibridaciones, los mestizajes y las ambigüedades inherentes a la experiencia social y sus cambios. En algunos casos, el hecho de que la unidad presupuesta se demuestre empíricamente falaz puede reforzar la premisa de partida, expulsando aquello que la contradice. La consecuencia práctica de esta disposición interpretativa es la proliferación de análisis basados en esencialismos paralizantes organizados dicotómicamente. Una tendencia muy común en la tradición socialista (de la que fueron arquetipos los debates sobre revolución/reforma y comunismo/ socialdemocracia) y que en nuestro contexto el ecologismo reproduce, con unos paralelismos impresionantes, en muchas de las discusiones hoy abiertas, como la de decrecimiento/ Green New Deal.

Esto es particularmente notorio en relación a cuestiones como el Estado, en torno al cual el ecologismo (y particularmente sus perspectivas colapsistas) carece de una teoría que le permita entender *también* el cambio social en términos de alianzas plurales, hegemonía, guerra de posiciones y estrategias de intervención gradual en el medio plazo.

5.4 Una predisposición al reduccionismo

El subtexto ontológico del holismo refuerza las tendencias, ya notablemente estudiadas por la antropología, la sociología y los estudios de ciencia y tecnología, a que el pensamiento ecologista realice saltos en falso entre lo biofísico y lo social. Los ejemplos son abundantes: desde las teorías colapsistas que preconizan una suerte de ley de rendimientos decrecientes de la complejidad social provocada por la caída de la tasa de retorno energético, hasta quienes se aproximan a un libro como *Los límites del crecimiento* como si sus escenarios fueran antes pronósticos que juegos heurísticos. Todo ello encuentra un terreno abonado por una cosmovisión que, en su doctrina unitaria, borra las diferencias entre sistemas naturales y sistemas sociales, formando todos ellos parte de un mismo entramado, desequilibrado en el caso del ecologismo en pos de un naturalismo proclive a diversas formas de determinismo y mecanicismo. Lo problemático de este tic teórico es algo de lo que la historia intelectual del marxismo ortodoxo da buena prueba cambiando los términos, pero manteniendo las lógicas: nos referimos a esos saltos fallidos entre lo económico y el resto de esferas sociales que terminaron generando un cuerpo intelectual de marcado carácter economicista. Aunque admita usos más estimulantes, en esos esquemas teóricos el concepto de totalidad ha mostrado una fuerte dependencia con el mecanicismo de la metáfora base-superestructura (Arboleda, 2020, pp. 179.-180).

El problema de este tipo de planteamientos es que promueven lecturas de la realidad unifactoriales y excesivamente simplistas. Que potencian una actitud ante la predicción futura excesivamente osada, una tendencia en la que el ecologismo incurre con frecuencia aventurándose en pronósticos que suelen ser refutados por los hechos. Por otra parte, fomentan dispositivos de atribución causales que si bien pueden tener fertilidad categorial (como ocurre con conceptos como migraciones o guerras climáticas), también dificultan el acceso a la complejidad de las situaciones sociales en las que interviene el proyecto ecologista. Un aspecto que, como han analizado antropólogos como Barnes y Dove (2015), puede derivar en lecturas que subestiman, entre otros aspectos, la dimensión redistributiva que atraviesa los conflictos ecológicos

5.5 Una creencia en la verdad científica como dispositivo de revelación

La cosmovisión unitaria del holismo influye en otro de los rasgos más problemáticos de las estrategias del ecologismo moderno: la apelación a la toma de conciencia sobre la verdad científica como elemento que posee en sí mismo efectos políticos transformadores. Si la dinámica de los sistemas biofísicos y sociales se derrama en cascada por la totalidad de sus interrelaciones, entonces basta con hacer pedagogía sobre la dimensión catastrófica de la crisis ecosocial para que este conocimiento anule la carga inercial de la historia heredada, con todos sus bucles de refuerzo de las prácticas insostenibles que nos han conducido hasta aquí. Se trata de una tesis extremadamente ingenua que se enfrenta a un amplísimo corpus de estudios de psicología empírica que subrayan la escasa capacidad que tiene la cognición racional para impulsar la acción práctica, precedido a su vez por una tradición filosófica aún más amplia que ha sabido entender que, en palabras de Pascal (1982, p. 162), "el corazón tiene sus razones que la razón no conoce". Como señaló Jacques Rancière, con frecuencia no es la falta de conciencia la que impide la rebeldía política, sino la ausencia de los medios prácticos para tornarla efectiva (Rancière, 2010). Un informe reciente del Instituto Elcano advierte de que, en realidad, un porcentaje elevadísimo de la población española es consciente de los riesgos implicados por el calentamiento global, al que se atribuye además un origen antropogénico (Lázaro et al. 2019). Parece por tanto que la parálisis social frente a la crisis ecológica responde a una trayectoria histórica que se sitúa más allá del conocimiento o desconocimiento de la verdad.

Por otra parte, el ecologismo de la verdad obvia las contradicciones señaladas por Rancière a propósito del "dispositivo crítico" de una parte de la teoría y la política contemporáneas, oscilante entre la toma de conciencia (a la que se atribuyen efectos mágicos sobre el desarrollo de los procesos históricos) y la generación de culpabilidad: "se trata siempre de mostrar al espectador lo que no sabe ver, y de avergonzarlo de lo que no quiere ver" (Rancière, 2010, p. 34). Así constituido, el dispositivo crítico se auto-legitima en la afirmación de una verdad cuya validez científica se encuentra paradójicamente más en disputa de lo que se quiere hacer ver, como ocurre con las potencialidades de la transición energética, un asunto científicamente mucho más controvertido de lo que algunas corrientes del ecologismo presuponen. Al margen de sus inclinaciones moralizantes, el problema de fondo del ecologismo de la verdad es que bloquea la posibilidad de trazar desde una perspectiva ecologista una teoría más afinada y políticamente productiva de la subjetividad neoliberal, que analice cómo se generan culturalmente los afectos y los comportamientos sociales y aspire a canalizarlos en un sentido emancipador.

5.6 Una tentación permanente a caer en el teleologismo histórico

El subtexto holístico también alimenta una cosmovisión compartida por el ecologismo colapsista y cierto marxismo: la idea según la cual hay un sentido inscrito en la materialidad de la historia que se revelará mediante un acontecimiento mesiánico disruptivo, capaz de partir el tiempo en dos inaugurando una era cualitativamente distinta. Así, cuando un ecologista colapsista entiende que el colapso es parte de una ley histórica inscrita en la materialidad de la *physis* (algo que sucede, por ejemplo, cuando se leen de manera reduccionista las aportaciones de la economía ecológica en torno a la ley de la entropía), se está aplicando ese marco monista y teleológico, con la diferencia de que en vez de funcionar el centro del todo como un vértice ascendente (según sucedía en las versiones del marxismo para las que la historia natural y la historia humana estaban conectadas en un mismo proceso evolutivo potencialmente encaminado hacia formas superiores de existencia), lo hace como un sumidero o agujero negro que impondrá antes o después, pero de modo lineal, inexorable e irreversible, la desorganización, la desestructuración y la destrucción del conjunto de la totalidad socioambiental. El paso necesario de la vida social hacia estadios de complejidad inferior se deriva de esta premisa cosmológica. Es una especie de teodicea al revés que no deja de entender la historia como el despliegue de un sentido inscrito en los propios acontecimientos y no dependiente, por tanto, de la organización de los hechos que propone el intérprete.

5.7 Una aspiración utópica a una sociedad armónica y conciliada

Los movimientos revolucionarios aglutinados en torno a la I Internacional (el anarquismo, el comunismo) compartieron la creencia en la unidad posible de lo social como fundamento de una capacidad de institucionalizar formas de sociabilidad con un nivel de comunión de intereses históricamente nuevo. Esto suponía superar el Estado entendido como un conglomerado institucional que rompía y violentaba el flujo unitario del hacer social. Por otra parte, se estimaba que la libre y no mediada asociación de productores que resultaría de la revolución podía ser ensayada por instituciones alternativas como las asambleas o los consejos, que contenían el germen pre-figurativo de la armonía social que seguiría a la disolución de las estructuras estatales.

El ecologismo, como buena parte de los movimientos sociales contemporáneos, participa en alguna medida de esta fe holística en la comunión social a través del valor que otorga a procedimientos de democracia directa, así como en su sospecha permanente de la institucionalidad, la burocracia y el Estado como entidades inherentemente opresivas por su carácter separado o escindido. De hecho, el ecologismo lo hace con mayor intensidad en la medida en que imagina una sociedad altamente descentralizada (biorregional) como objetivo final de su tarea política. Para la mayor parte del ecologismo la descentralización, la descongestión y la simplificación de las sociedades de masas actuales es necesaria por tres motivos: reduciría los impactos ecológicos vinculados a la producción a gran escala y el transporte a larga distancia, comprometería a los sujetos políticos con el cuidado de su entorno y sería una fuente de alegría y felicidad al reforestar los vínculos comunitarios. Esta utopía ecologista recibe un aporte constante de energía imaginaria procedente del presupuesto no explicitado según el cual las millones de comunidades descentralizadas que conformarían una sociedad sostenible participarían de una armonía holística emanada de un principio unificador subyacente. De esa manera la descentralización no incurriría en una proliferación de conflictos y tensiones derivados de asuntos comunes mediados por múltiples focos de poder.

Esta tentación ideológica a solapar micropolítica y política acumula experiencias interesantes, tras casi dos siglos de experimentación socialista, en el socialismo utópico, en el anarquismo y en ciertas corrientes del marxismo heterodoxo. Sin embargo, aunque

todo balance de un legado así es injusto, no parece del todo infundado concluir que estas apuestas han presentado problemas crónicos de subestimación de la influencia que las escalas amplias de lo social (los Estados, las sociedades de masas, las relaciones internacionales) tienen en el curso histórico, algo que se reproduce en las versiones más simplistas de la teoría decrecentista. Si esta pulsión constitutiva del ecologismo hacia lo pequeño se ve además envuelta en imaginarios que refuerzan mitos antipolíticos de armonía social holística, el ecologismo encuentra dificultades para elaborar propuestas solventes en campos como la economía internacional, el Estado o la geopolítica.

5.8 Una mística que hipostatiza la naturaleza como un ente sagrado

La mayor parte del ecologismo acepta que la sociedad de impacto ambiental cero es imposible en un mundo regido por las leyes de la entropía. Pero en la medida en que en ocasiones enuncia su crítica como si este impacto ambiental cero fuera posible, proyecta también en el discurso un esquema de comunión armónica entre ser humano y biosfera de tintes holísticos. En este sentido, hay una modulación monista muy significativa en el ecologismo que supone una de las señas de identidad ideológica más específica de algunas de sus vertientes: el holismo organicista como fundamento de una mística de la Naturaleza, de la que se espera un tipo de relación con la biosfera socialmente análoga a la que mantenían las comunidades tradicionales con lo sagrado. Por un lado, se sustancializan así los miles de procesos biogeoquímicos interconectados de la biosfera en una totalidad compacta y unitaria, otorgando a esta totalidad el carácter de una realidad *saturada de ser*, con propiedades trascendentales y leyes que gobiernan por sí mismas. Por otro, se destaca la fragilidad de esa totalidad dado su alto nivel de interconexión. Aunque esta cosmovisión solo es respaldada teóricamente por un número limitado de autores (los ecologistas profundos, los partidarios de la Gaia orgánica, algunas ecosofías basadas en cosmovisiones ancestrales), resulta sin embargo un imaginario que por su carácter difuso posee gran ascendencia sobre los discursos ecologistas.

Como hemos explicado, no se trata de un imaginario y un afecto estériles. Su productividad ideológica es muy alta, a veces para bien y a veces para mal. La creencia en una Naturaleza orgánicamente unitaria a la que debemos respeto y temor puede ser un punto de partida eficaz para el trabajo político de reducción del impacto de la actividad humana sobre el conjunto de la biosfera y para la aplicación a nuestros desarrollos tecnológicos de un principio de precaución fuerte. El lado negativo de esta hipóstasis sacralizante es que, asumida con coherencia, puede llevar a la inoperancia política, puesto que no hay realidad humana que no sea invasiva en algún grado respecto a una naturaleza entendida como totalidad compacta. Esta contradicción emerge hoy, por ejemplo, en los debates ecologistas sobre la instalación de energías renovables, donde al ecologismo le cuesta encontrar un baremo que permita sopesar en términos de preferencia la elección entre mitigar los impactos climáticos o provocar otros en la biodiversidad local o el paisaje.

Finalmente, esta hipóstasis sacralizante contribuye a consolidar una jerarquía de prioridades en la que, a la hora de intervenir en los contextos de conflicto trágico entre el cuidado ecosistémico y los intereses sociales creados, el sufrimiento humano se deprecia, pierde valor. Esto dificulta la capacidad del ecologismo para convertirse en un espacio político extenso capaz de canalizar las demandas de amplias mayorías sociales.

6. Todo está unido con "algo": por un ecologismo que incorpore las discontinuidades

Entre la idea de totalidad unitaria que abarca con dominación jerárquica el conjunto de las relaciones socionaturales y una visión atomística y positivista en la cual las relaciones son siempre una pura contingencia sin efectos de estructuración a escala más amplia, hay un campo inmenso para concepciones ontológicas más templadas. Entre el Cosmos y el Caos está el espacio del mundo en marcha, repleto de procesos de totalización con efectos sistémicos, pero también de des-totalización, de fragmentación, de disolución.

En el fondo, se trata de un viejo debate que se remonta a las tensiones entre el idealismo holista, con fuertes conexiones con los proyectos románticos de ciencia "disidente", y un materialismo ambicioso, respetuoso de los aportes de las ciencias positivas pero capaz de desarrollar un marco reflexivo no reduccionista. En el marxismo español, Manuel Sacristán exploró este territorio con su idea de las totalidades concretas: "ante todo los individuos vivientes, y las particulares formaciones históricas, las «situaciones concretas» de que habla Lenin, es decir, los presentes históricos localmente determinados" (Sacristán, 1964). No la "totalidad" sino totalidades plurales, que además no están prefijadas en abstracto sino constituidas históricamente a partir del entrelazamiento de lo concreto y lo específico en cada momento.

Por su parte, desde una posición teórica completamente diferente pero parcialmente confluente, Donna Haraway lleva un tiempo intentando superar las aporías que el holismo organicista introduce en el pensamiento ecologista. "Nadie vive en todas partes, todo el mundo vive en algún lugar. Nada está conectado a todo, todo está conectado a algo" (Haraway, 2019, p.61). Con estas palabras resume Haraway su postura "tentacular" contra las ontologías de las "unicidades supremas". Esta autora cuestiona la utilidad de la filosofía ecologista holista afirmando que "a pesar de que, quizás en última instancia, todo está conectado entre sí, la especificidad y la proximidad de las conexiones es importante: con quiénes y de qué manera estamos conectados" (Van Dooren citado por Haraway, 2019, p. 259).

Haraway reconoce la deuda intelectual con la obra del filósofo y antropólogo Bruno Latour, quién dedicó los últimos años de su vida a construir un pensamiento capaz de afrontar el desafío que supone la irrupción de la crisis ecológica, pero aplicando precauciones ontológicas y epistemológicas anti-holísticas. Para Latour, el marco todo-partes es tramposo porque, a diferencia de lo que suele implicar esa lógica, el todo siempre es inferior a las partes que lo componen (Latour, 2019). Esto es, cualquier todo siempre se deja mucho fuera (algo que Latour extiende a la crítica marxista del capitalismo), y no hay nada más peligroso que dar por apresuradamente "unificado aquello que primero debe ser compuesto" (Latour, 2019, p. 160). Para Latour, no conviene hablar de un orden superior, ni confundir la figura de la conexión con la figura de la totalidad. La unidad en la Naturaleza y en la Sociedad es siempre parcial y se encuentra previamente entretejida en procesos de agencia recursiva.

Este esfuerzo es especialmente notable en los intentos de Latour de hacerse cargo de la teoría Gaia de Lovelock y Margulis, cuya influencia en el movimiento ecologista es de momento mucho más estética que conceptual, pero cuya recepción está activando la reflexión explicita sobre los subtextos ontológicos que le sirven de sustrato conceptual al pensamiento ecologista. Cuando Latour reivindica a Gaia siempre lo hace señalando que "Gaia no es un organismo", que no se encuentra dotada de intencionalidad (ibíd., p.156). Sin embargo, el ecologismo social de inspiración holística se mantiene mucho más cerca de la idea de Gaia como un único y gigantesco agente coordinador. El planeta Tierra aparece, así, como un organismo viviente, reemplazando a la noción de Gaia como el

resultado autorregulatorio emergente e involuntario de un proceso coevolutivo antiteleológico.

Lo interesante de la recepción organicista de Gaia como fenómeno por la cultura popular ecologista es que, indudablemente, la visión de la Tierra como un súper-organismo conlleva una percepción de la crisis ecológica mucho más totalizadora. También unas coordenadas de solución más disruptivas respecto a la dinámica civilizatoria moderna. Gaia orgánica sienta las bases para una posición ecologista en la que los efectos interpretativos del holismo ontológico se presentan con notable intensidad.

La complejidad de los debates socioecológicos tiene que ver con el hecho de que las relaciones socionaturales conocen, simultáneamente, procesos de conexión y desconexión, de continuidad y discontinuidad, que no se pueden prefijar porque están en juego, (re)produciéndose constantemente. Es un error obviar que los altos precios del gas producen retroalimentaciones sistémicas, como escasez de fertilizantes que afectan a la agricultura industrial: típica desconexión abusiva del economista convencional que solo ve fragmentos sin relaciones. Pero también lo es decretar que de los altos precios del gas que estamos conociendo, donde se mezclan límites geológicos y coyunturas políticas como la invasión rusa de Ucrania, pueda derivarse el colapso de las sociedades europeas: típico error del ecologismo colapsista, que solo ve totalidades sistémicas perfectamente integradas bajo una lógica subterránea que lo abarca y explica todo. En la línea de lo apuntado por Sacristán, el holismo organicista es un prisma que difumina sistemáticamente rupturas esenciales para una correcta aprehensión de los procesos materiales en su concreción espacio-temporal y corporal específica. Porque el mundo real, aunque conoce importantes dinámicas de concatenación de relaciones que se afectan entre sí, es mucho más pluralista que monista. Cada conexión singular acarrea necesariamente un número inmenso y simultáneo de desconexiones.

Ahora que el ecologismo empieza a reflexionar sobre los subtextos ontológicos que le han acompañado sigilosamente en su aventura intelectual y política, puede ser interesante apostar por una posición pluralista más humilde incluso que la de Haraway-Latour: no basada tanto en una metafísica de las relaciones y las hibridaciones como en un ejercicio de descarte y de búsqueda del punto medio entre diferentes pulsiones sustancializadoras. En el fondo, las tensiones naturalistas entre holismo y fragmentación son una réplica de las tensiones irresolubles entre estructura y agencia en el campo de la acción humana: un resultado perfectamente esperable una vez que se apuesta por una sociologización de la naturaleza a través de la noción de sistema. Esta posición pluralista incorporaría la idea de discontinuidad al mismo nivel que el ecologismo convencional maneja la idea de conexión, y procuraría respetar la irreductibilidad parcial (la "autonomía relativa", en la jerga marxista) de las distintas esferas con las que categorizamos la realidad socionatural. Su corolario necesario es un eclecticismo metodológico dispuesto a poner en juego instrumentos de conocimiento distintos en función de contextos de intervención diferentes.

Recapitulando los argumentos expuestos al inicio de este artículo, podríamos preguntarnos cuál es la relación entre la importancia concedida por Haeckel al organicismo (la interconexión de los elementos que componen los diversos ecosistemas), al monismo (la crítica del dualismo y la defensa de la unidad de la naturaleza) y al holismo (la recomposición de los fenómenos ecosistémicos en una entidad espiritual superior) como fundamentos de la ciencia ecológica y las dificultades que muestran algunas variantes del ecologismo contemporáneo a la hora de encajar en sus análisis las discontinuidades y especificidades que afectan a la organización del metabolismo socioambiental por las diferentes culturas y comunidades humanas.

Como ha destacado Andreas Malm, la relación entre naturaleza y sociedad responde a una continuidad ontológica (todo es naturaleza: desde un ecosistema intocado del Amazonas hasta los componentes de un ordenador de sobremesa) y a una discontinuidad cualitativa (o de las propiedades) que describe los elementos singulares de ese pliegue de la naturaleza que llamamos sociedad (Malm, 2018). Los subsistemas sociales no se sitúan al margen del sistema físico, pero tampoco se explican como emanaciones de él. La sociedad forma parte de la physis, pero eso no implica negar sus cualidades distintivas. Esa especificidad de lo social es el aspecto que los discursos ecologistas tienden a minusvalorar. El problema reside no solo en que afirmar que todo está conectado con todo puede no decirnos nada sobre de qué modo concreto lo está, sino en que simplemente en muchas ocasiones esa conexión no resulta evidente. En ese sentido, a los imaginarios ecologistas es aplicable lo señalado por Terry Eagleton a propósito del materialismo dialéctico de Friedrich Engels: "No está claro qué pensar sobre la afirmación de que todo está relacionado con todo lo demás. Parece haber poco en común entre el Pentágono y un arrebato repentino de celos, más allá del hecho de que ninguno de los dos sabe montar en bicicleta" (Eagleton, 2017, pp. 17-21). Del mismo modo, la descripción del ciclo del nitrógeno no ayuda por sí misma a explicar los procedimientos y las relaciones de poder que operan en una asamblea vecinal o en el Congreso de los Diputados, del mismo modo que la segunda ley de la termodinámica no aclara nuestras preferencias artísticas o deportivas.

Lo curioso es que el paradigma monista del naturalismo decimonónico haya sido leído de manera tan parcial por el ecologismo del siglo XX. El primero de ellos no necesariamente contraponía los males implicados por la sociedad industrial a las bondades holísticas de la naturaleza. De hecho, la energía (o, para ser más precisos, el nuevo concepto de energía alumbrado por la confluencia entre la ciencia termodinámica, la máquina de vapor y los combustibles fósiles) aparecía en los escritos de Hackel como un elemento unificador de ambos dominios: la energía era el nuevo éter de los tiempos. Al tornarse consciente de que ese entusiasmo energético tenía como reverso fenómenos catastróficos como la creciente contaminación de los ecosistemas, el ecologismo ha conservado la comprensión organicista de la naturaleza excluyendo de ella la esfera de lo social. Se trata de una suerte de monismo amputado, que contrasta con el modo en que la imaginación ecológica del siglo XIX, lejos de excluir los sistemas de organización social, identificó en estos (desde las ciudades a las redes imperiales, pasando por la burocracia administrativa o las estructuras de los poderes públicos) una fuente de inspiración para su modo de concebir la naturaleza (Macduffie, 2014).

Así, si la ciudad se constituyó durante la época victoriana en una suerte de prototipo ecosistémico que concentró las ilusiones (y, también, los temores) respecto a las consecuencias del progreso moderno, versiones más recientes de los imaginarios holísticos y orgánicos como la ecología profunda tienden a ignorar la relevancia de la polis para cualquier proyecto político que aspire a conjugar los equilibrios ecosistémicos y la justicia socioambiental. La propuesta ecologista de una ampliación extramuros de la política tiende a minusvalorar la especificidad de los conflictos intramuros. El holismo se convierte así a menudo en un pretexto para la fuga. Como subrayó David Harvey, la perdurabilidad de una imagen romántica de la naturaleza (asociada primero con una cosmovisión conservacionista de los espacios naturales, las especies vivientes y los hábitats, y redefinida de modo más sofisticado recientemente en torno a teorías como la Gaia orgánica) genera la contradicción por la cual el holismo de ese tipo de sensibilidades se detiene en el umbral que demarca el tránsito hacia los elementos distintivos de la vida social, fortaleciendo la dualidad entre naturaleza y sociedad (Harvey, 2018, p. 504).

Si la ecología política ha aceptado la necesidad de incorporar las lecciones de la física termodinámica a los análisis económicos (tal y como propone la economía ecológica), el holismo post-antropocéntrico de ciertos discursos ecologistas contemporáneos parece dejar al margen de su crítica la especificidad de los conflictos económicos, políticos y sociales. Frente a ello, la propuesta que defendemos en este artículo consiste en reintegrar lo social en el pensamiento ecologista sin reproducir los lugares comunes de los imaginarios románticos, subrayando tanto las líneas de continuidad como las fracturas que atraviesan la relación naturaleza-sociedad.

Referencias

Arboleda, M. (2020). *Planetary Mine. Territories of Extraction under Late Capitalism*. Verso.

Armenteras, D. et al. (2016). Revisión del concepto de ecosistema como "unidad de la naturaleza" 80 años después de su formulación, en *Ecosistemas, 25*(1), 83-89. https://doi.org/10.7818/ECOS.2016.25-1.12

Bardi, U. (2014). *Los límites del crecimiento retomados*. La Catarata.

Barnes J. y Dove M. (2015). *Climate Cultures. Anthropological Perspectives on Climate Change.* Yale University Press.

Biehl J. y Staudenmaier P. (2019). *Ecofascismo. Lecciones sobre la experiencia alemana*. Virus.

Bookchin M (2022). *Ecología de la libertad. Surgimiento y disolución de la jerarquía*. Capitán Swing [1982].

Collins, R. (2009). *Sociología de las filosofías. Una teoría global del cambio intelectual*. Hacer.

Cirlot, E. (2016). *Diccionario de símbolos.* Siruela.

Commoner, B. (1973). *El círculo que se cierra*. Plaza y Janés.

Dobson, A. (1999). *Pensamiento verde: una antología*. Trotta.

Dummett, M. (1990). *La verdad y otros enigmas*. FCE.

Eagleton, T (2017). *Materialismo*. Península.

Eliade, M. (1972). *El mito del eterno retorno*. Alianza Editorial.

Elster, J. (1993). *Tuercas y tornillos*. Gedisa, 1993

Garcés, M. (2013). *Un mundo común*. Barcelona: Bellaterra.

Haeckel, E. (1983). *El monismo como nexo entre religión y ciencia. Profesión de fe de un naturalista*. Universidad Central.

Haraway, D. (2019). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Consonni.

Harvey, D. (2018). *Justicia, naturaleza y la geografía de la diferencia*. Traficantes de Sueños.

Lázaro, L. et al. (2019). *Los españoles ante el cambio climático* [En línea]. Real Instituto Elcano. Disponible en: https://www.realinstitutoelcano.org/encuestas/los-espanoles-ante-el-cambio-climatico/

Lyon P. (2007). From quorum to cooperation: lessons from bacterial sociality for evolutionary theory. *Stud. Hist. Phil. Biol. and Biomed. Sci. 38*: 820-833

Malm, A. (2018). *The Progress of This Storm. Nature and Society in a Warming World*. Verso.

Margalef, R. (1998). *Ecología*. Ediciones Omega.

Macduffie, A. (2014). *Victorian Literature, Energy and the Ecological Imagination*. Cambridge University Press.

Meadows D. et al. (1972). *The Limits to Growth*. Universe Books.

Mombiot, G (2023). *Regénesis. Alimentar al mundo sin devorar al planeta*. Capitán Swing.

New Daggett, C. (2019). *The Birth of Energy. Fossil Fuels, Thermodynamics and the Politics of Work*. Duke University Press.

Oviedo Salazar, M. (2017). "El monismo de Ernst Haeckel como base teórica de sus ilustraciones científicas". *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, vol. 56, núm. 145-

Pardo, J.L. (2001). *Estructuralismo y ciencias humanas*. Akal.

Pascal, B. (1984). *Pensamientos*. Orbis.

Racionero, Q. (1997). "Postmodernidad e historia" en *Anales del Seminario de Metafísica*, 31.

Rancière, J. (2010). *El espectador emancipado*. Manantial.

Sacristán, Manuel (1964). "La tarea de Engels en el "anti-Düring (Prólogo)", en Engels, F., *El anti-Düring. La subversión de la ciencia por el señor Eugene Dühring*. Grijalbo.

Schizas, D., Stamou. G. (2010) "Beyond identity crisis: The challenge of recontextualizing ecosystem delimitation", en *Ecological Modelling 221*: 1630- 1635

Smith C. (1998). *The Science of Energy. A Cultural History of Energy Physics in Victorian Britain*. Athlone Press.

Watkins, W. N. (1968), "Methodological Individualism and Social Tendencies", en M. Brodbeck (ed.), *Readings in the Philosophy of the Social Sciences*. Macmillan.

Pensamiento al margen. **Revista Digital de Ideas Políticas**. Número 18 (2023), pp. 112 - 132
ISSN: 2386-6098. www.pensamientoalmargen.com.

Transición ecosocial y mundo agrario. Brechas, puentes y horizontes comunes.

Daniel López-García
PhD Agroecología; Instituto de Economía, Geografía y Demografía, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Recibido: 28/03/2023 / Aceptado: 19/05/2023

Resumen: El sistema alimentario es un recién llegado a los debates sobre la transición ecosocial, y la reflexión sobre el modelo agrícola es periférica al pensamiento ecologista. Sin embargo, sus impactos sobre la crisis socio-ecológica global son cada vez más patentes, al igual que se incrementan los riesgos de crisis de abastecimiento alimentario por el cambio global. El actual modelo agrario mayoritario, orientado a producir comida barata, genera incrementos de renta para las explotaciones más grandes y capitalizadas en modelos de agricultura empresarial. A su vez, genera descensos en la renta y endeudamiento de las explotaciones de mediano y pequeño tamaño, degradación general de las condiciones de vida en el medio rural, y degradación de los ecosistemas. En el artículo se describen, primero, las principales problemáticas socio-ecológicas que atraviesan el sector agrario español, y más tarde se plantean distintas propuestas de acción desde una perspectiva de transición socio-ecológica – agroecológica. Un sistema alimentario sostenible debe desmercantilizar, reducir y localizar la escala de producción de cara a permitir una mayor autonomía -en términos biofísicos – de la producción y de los sistemas alimentarios locales. Para avanzar hacia ello es necesario activar alianzas amplias, en especial con el sector de la agricultura familiar y de los movimientos sociales afines a la transición socio-ecológica.

Palabras clave: sistema alimentario, agricultura, transición ecosocial, agroecología, España.

Ecosocial transition and agrarian world. Gaps, bridges and common horizons.

Abstract: The food system is a newcomer to the ecosocial transition debates, and reflection on the agricultural model is peripheral on environmentalist thought. However, its impacts on the global socio-ecological crisis are becoming increasingly apparent, as are the risks of food supply crises due to global change. The current mainstream agricultural model, oriented to generate cheap food, generates income increases for the largest and most capitalised farms - in corporate farming models. In turn, it generates declining incomes and indebtedness for small and medium-sized farms, general degradation of rural livelihoods, and degradation of ecosystems. The article first describes the main socio-ecological problems affecting the Spanish agricultural sector, and then sets out different proposals for action from a socio-ecological - agroecological - transition perspective. A sustainable food system must decommodify, reduce and localise the scale of production in order to allow for greater autonomy - in biophysical terms - of production and local

food systems. To move towards this, it is necessary to activate broad alliances, in particular between the family farming sector and social movements that support the socio-ecological transition.

Keywords: agri-food system, agriculture, social-ecological transition, agroecology, Spain.

Sumario: 1. ¿La agricultura es parte del pasado o del futuro? 2. Un renovado interés por la alimentación 3. Las problemáticas que atraviesan nuestro sector agrario y nuestro medio rural 4. Hacia una agenda de transición socio-ecológica en el sistema agroalimentario 5. A modo de conclusiones

1. ¿La agricultura es parte del pasado o del futuro?

Los debates sobre la cuestión agraria se quedaron en el siglo XX. Fueron enterrados por una revolución verde que prometió librarnos del hambre y de las inclemencias meteorológicas a través de la industrialización y mercantilización de la alimentación. También por la decidida apuesta del socialismo real por la descampesinización, la industrialización agroalimentaria y las economías de escala. Tanto las derechas como las izquierdas compartieron la visión del campesinado como freno al desarrollo de las fuerzas productivas (Badal 2014). La idea del campesinado ha quedado recluida, en el Norte global, en una imagen de pasado remoto y desconectado de nuestro presente. El pasado campesino de la sociedad europea se tacha como "una parte de la historia como quien traza una raya sobre una cuenta saldada" (Berger 2006). Con la urbanización de la población se han vuelto invisibles los procesos a través de los cuales se producen los alimentos y quienes los producen.

No en vano los alimentos baratos resultan clave para sostener las economías terciarizadas y financiarizadas[1], y han sido señalados – junto con la energía, los recursos minerales y la fuerza de trabajo – como uno de *los cuatro baratos* que sostienen los procesos de acumulación capitalista (Moore 2018). Comida barata significa más degradación social y ecológica en el mundo rural, y peor alimentación para toda la sociedad. Pero sin alimentos baratos las cosas no funcionarían tal y como las conocemos. El "milagro" de la comida barata está protegido y reproducido por un fuerte y complejo entramado económico, cultural, político y legal, cada vez más concentrado en menos corporaciones globales, y que ha sido denominado el *Régimen Alimentario Corporativo* (McMichael 2016). Con el Acuerdo de Agricultura de la Organización Mundial del Comercio de 1994 la mercantilización de la alimentación adquirió carácter legal. Las crisis recientes, como la financiera de 2008 o la más reciente policrisis (COVID, guerra en Ucrania y cambio climático) se han resuelto en consonancia, con un reajuste de los presupuestos públicos, las políticas y las normativas orientadas a reforzar la rentabilidad de las grandes corporaciones. En la cadena agroalimentaria este proceso también se ha dado, y las sucesivas crisis alimentarias se saldan con nuevos reajustes que expulsan a los operadores más pequeños, al más puro estilo de la *doctrina del shock.* Reajustes que refuerzan los modelos más intensivos y nocivos en lo socio-ecológico (Klein 2010; Rivera et al. 2021).

Hoy la agricultura ya no es el principal sector económico en las comarcas rurales, que ocupan el 89% del territorio y un 29,07% de la población española (Molinero y Alario 2022). Las crisis del medio rural vienen unidas a la crisis de la agricultura familiar, ya que esta pérdida de empleo no ha sido compensada desde otros sectores económicos, y la

[1] Aun en 1950 la alimentación representaba más del 50% del gasto familiar en España.

agricultura sigue siendo clave para sostener la economía rural - turismo, servicios a la producción, agroindustria, etc. - (Camarero 2009; Molinero y Alario 2022). Una crisis tan larga que no parece crisis, sino ajuste estructural. Como dijera Alonso (1990) hace ya tres décadas las políticas europeas de desarrollo rural, construidas en torno al concepto de *multifuncionalidad* de la actividad agraria, han significado *desagrarización*. Y también despoblación, degradación socioecológica y descapitalización del medio rural, ya que la producción agraria evoluciona a gran velocidad hacia un modelo de grandes empresas desligadas del territorio. *Una agricultura sin agricultores* que aplica lógicas financieras – especulativas - a la producción de alimentos (ECVC 2023).

2. Un renovado interés por la alimentación

En los últimos años el debate científico y político sobre la alimentación ha ganado especial relevancia según se visibiliza su relación con algunos de los principales límites planetarios: la biodiversidad, el agotamiento de recursos fósiles y minerales y de las masas de agua dulce, o el cambio en los usos del suelo (Steffen et al. 2015). El IPCC (2019; 2023) ya planteó hace años que un tercio de las emisiones globales de Gases de Efecto Invernadero (GEI) encuentran su origen en el sistema agroalimentario. El Informe de la Evaluación Global sobre Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos también identifica al sistema agroalimentario como la principal causa de degradación a escala planetaria (IPBES 2019). La alimentación (industrial) se sitúa en el número uno de las causas de enfermedades no transmisibles a nivel global, con la consiguiente degradación de la calidad de vida de las personas - especialmente las de menos ingresos -, y gastos sanitarios anuales de muchos billones de dólares (IPES-Food 2017; Comisión Europea 2020a; Comisión Europea 2020b). El régimen de comida barata también comporta desaparición de empleo agrario en porcentajes de dos cifras cada diez años en la Unión Europea y degradación de las condiciones de vida de las personas trabajadoras en toda la cadena agroalimentaria. Y por tanto despoblación y degradación de estructuras socioeconómicas, infraestructuras tradicionales, patrimonio y cultura en nuestro medio rural (Moore 2018; Guzmán et al. 2022; EUROSTAT 2022). Todo esto en la era de los 'foodies', las 'superfoods', las hamburguesas vegetales, y los huertos y vermicomposteras en los balcones de las ciudades.

El cambio climático se expresa hoy en un claro descenso de los rendimientos en las producciones agrarias, que se suma a importantes disfunciones en el sistema agroalimentario globalizado en relación con la crisis de 2008, la pandemia de COVID-19 o la guerra en Ucrania. Muchas voces hemos llamado a impulsar la relocalización y diversificación de los sistemas agroalimentarios. También a impulsar una decidida transición (agroecológica) hacia la sostenibilidad fuerte, tanto para mitigar estos riesgos como para adaptarnos a sus consecuencias (Carrascosa-García et al. 2022). Desde estas voces, en general ligadas a discursos que alertan del peligro de colapso planetario generalizado (en lo ecológico, lo social, los cuidados, lo energético, etc.), hemos sido capaces de hacer pocas propuestas concretas acerca de cómo evitar este colapso en el sistema agroalimentario. Y las propuestas han sido de índole muy abstracta, o muy local o parcial, o no se han traducido en acciones o impactos concretos (López-García et al. 2018; Aguilera y Rivera 2022). Otras voces, incluidas algunas de las principales instituciones globales, pretenden compaginar la sostenibilidad agroalimentaria con el crecimiento económico, y han puesto el foco en la relocalización, y crecientemente la agroecología (FAO 2018; Willett et al. 2015; HLPE 2020; Comisión Europea 2020a,b). Pero también en lo alimentario resulta difícil cuadrar el círculo entre crecimiento y sostenibilidad. Por su parte, el discurso más común desde las instituciones españolas es

más conservador y distante respecto a eventuales cambios de modelo agroalimentario, y converge con las principales empresas y organizaciones agrarias en torno a la máxima de que "no hay sostenibilidad sin rentabilidad"[2].

Hoy sabemos que es posible alimentar al mundo a través de la agroecología (De Schutter 2011; Aguilera y Rivera-Ferre 2022) pero, sobre todo, que no podemos seguir alimentándonos con modelos agroalimentarios nocivos en lo social y lo ecológico. Sin embargo, la alimentación y el medio rural resultan actualmente periféricos en los debates ecologistas, más centrados en los problemas relacionados con la generación y el consumo de energía exosomática. La alimentación y el medio rural se ubican en muchas narrativas ambientalistas en forma de pasados nostálgicos (campesinos) o futuros utópicos. Las utopías oscilan entre una ruralidad comunitaria e idílica y un futuro tecnooptimista de carnes sintéticas, proteínas alternativas, huertos verticales y *rewilding*. Ambas utopías imaginan un medio rural vacío, al servicio de las necesidades urbanas. Las iniciativas alimentarias alternativas existentes en el presente son de muy pequeña escala, débiles, aisladas y a menudo precarias -los grupos de consumo, los huertos comunitarios, la compra pública sostenible, los obradores y centros de distribución colectivos. Estas iniciativas son sostenidas con gran esfuerzo por los activistas de las clases medias urbanas y por las precarias redes de agricultores/as de enfoque agroecológico, a menudo neorrurales. Sin embargo, las potentes dinámicas globales que están transformando el territorio rural y el sistema agroalimentario encuentran pocas resistencias en su avance. Los dogmas de fe neoliberales, como aquellos que igualan digitalización con sostenibilidad, o tecnología con eficiencia, se encarnan con poco esfuerzo en políticas públicas neoliberales altamente destructivas.

3. Las problemáticas que atraviesan nuestro sector agrario y nuestro medio rural

En el presente apartado encaro un listado no exhaustivo, si bien con pretensión de resultar significativo, de tensiones que atraviesan nuestro sector agrario y nuestro medio rural. Si bien éstos son ámbitos esencialmente distintos, las problemáticas que los atraviesan están estrechamente entrelazadas. Así, y tal y como se ha apuntado brevemente en el apartado anterior, las dinámicas de intensificación agraria desencadenan otras dinámicas en el territorio y las comunidades rurales, que a su vez vuelven a incidir en el desarrollo agrario. El sector agrario eleva sus rentas medias y la actividad agraria genera importantes dinámicas de inversión y capitalización, pero de ello solo se benefician perfiles muy definidos: las empresas agrarias con capacidad de inversión. En el camino, muchos otros segmentos de la cadena alimentaria ven empeorar su situación.

3.1 La actividad agraria como sector económico... ¿estratégico?

La reconversión del sector agrario implementada desde el Plan de Estabilización de 1959 acabó con la agricultura campesina y, más tarde, está acabando con la agricultura familiar. La población activa agraria española ha pasado de ser un 50% del total en 1945 al 3,8% en 2022. Desde 1975 se han perdido cerca de 1,8 millones de ocupados en el sector agrario (INE 2023). La media de edad del sector agrario se situaba en 2020 en 61,4 años, con un 41,3% de los titulares de explotación por encima de los 65 años (INE 2022). Con el tránsito desde las formas campesinas hacia la agricultura familiar, y más tarde hacia la agricultura empresarial, la agricultura industrial permitió un gran abaratamiento de la comida para las incipientes poblaciones urbanas, pero vació de gente los pueblos y

[2]Agronegocios, 2022. Planas: la sostenibilidad solo será posible si existe rentabilidad para los productores agrarios. 08/12/2022. <https://www.agronegocios.es/agronegocios/internacional/planas-la-sostenibilidad-solo-sera-posible-si-existe-rentabilidad-para-los-productores-agrarios/> Consultado el 04/04/2023.

degradó los ecosistemas. 3.100.000 personas trasladaron su residencia de entornos rurales a urbanos en la década de 1.960 (INE 2020) La actividad agraria solo emplea hoy al 4,5% de la población ocupada española, aunque supone una proporción mucho mayor del empleo rural directo (17,3%), y mucho mayor en cuanto a empleo indirecto (por ejemplo, en servicios a la producción como talleres mecánicos, proveedores de insumos o banca rural, o en agroindustria), especialmente en las comarcas más despobladas. A su vez, con el paso de modelos de agricultura familiar a agricultura empresarial la agricultura se desvincula del territorio y ha pasado a ser empleo por cuenta ajena, mayormente desempeñado por población extranjera (Molinero y Alario 2022).

El sector agrario también ha perdido peso en la economía en general, del 7,6% al 3,1% del P.I.B. entre 1980 y 2016. Su capacidad de generar empleo estable y actividad económica en el medio rural se ha reducido al internacionalizarse y mercantilizarse la cadena alimentaria, reduciendo el valor de los reempleos (productos agrarios que actúan como materia prima en la cadena agroalimentaria) e incrementando las importaciones. Especial mención merecen los piensos producidos en los trópicos para alimentar monogástricos (cerdo, pollo y otras aves) en granjas industriales, que han sustituido a los pastos para alimentar pequeños rumiantes (ovejas y cabras de ganadería extensiva) clave en los ecosistemas y la dieta mediterránea (Parajua 2022). Son la agroindustria, y especialmente la distribución minorista (grandes superficies), quienes se han llevado el valor añadido y han ganado en empleo (precario). En 2016 los servicios (incluyendo servicios a la producción y al consumo) concentraban el 51% del empleo en el sistema agroalimentario (Parajua 2022). No en vano, son sectores fuertes de la economía: Mercadona fue la primera empresa española en facturación en 2020 y 2021, y las cinco principales empresas de distribución alimentaria detallista concentran cerca del 60% del mercado español. En el caso de la industria alimentaria, representa el 2,34 % del VAB nacional y el 14,91 % del conjunto de la industria española. Aunque hay miles de pequeñas empresas de industria alimentaria, destacan un pequeño puñado de grandes empresas, especialmente en el sector cárnico, que son quienes dominan los mercados y concentran las ayudas públicas (García 2019). La reciente normativa para regular el poder de negociación en la cadena alimentaria (BOE 2021, 2022) trata de asegurar, por ejemplo, que el sector primario se vea obligado a vender por debajo de costes. Pero el mercado está tan concentrado que a menudo la única alternativa es no vender.

La intensificación ha impulsado la pérdida de renta y más tarde el abandono de la actividad por parte de la agricultura familiar. Esta presión sobre las explotaciones agrarias ha impulsado a las que han resistido y se han capitalizado a incrementar la presión sobre los recursos naturales y a abandonar prácticas de manejo agrario orientadas a mantener la productividad de los agroecosistemas: La consiguiente intensificación ha redoblado la degradación ecológica y social en el medio rural (Guzmán et al. 2022). El impulso del regadío en las vegas históricas se ha saldado con la sustitución de cultivos hortofrutícolas –que generan empleo y renta– por cultivos extensivos subvencionados: maíz, cereales, alfalfa. Los secanos históricos puestos en regadío –olivo, viña, almendro, y recientemente pistacho – han reducido el empleo al mecanizarse la cosecha, y han reducido los precios percibidos en origen, eliminando así muchas explotaciones y empleo (López-García 2022a). Las medidas que se impulsan desde las políticas agrarias para imponer prácticas sostenibles - bienestar animal, la reducción de la contaminación de acuíferos con fertilizantes o pesticidas, eficiencia del riego, etc.) - requieren gran inversión, lo que nuevamente presiona al abandono a las explotaciones de menor tamaño y menos capitalizadas. La concentración de la distribución alimentaria minorista también presiona a la intensificación y al crecimiento de escala en las explotaciones (González de Molina 2020; González de Molina et al. 2021; Guzmán et al. 2022).

3.2 La (in)sostenibilidad social en el mundo rural

La pérdida de empleo y renta en el sector agrario no ha impactado por igual a todos los grupos sociales en el mundo rural. La Guerra Civil multiplicó la desigualdad en el medio rural. Esto hizo que fuesen las familias con menos tierras - que a menudo coincidieron con las perdedoras en la Guerra – las primeras que emigraron. Después fueron las mujeres, y más tarde el campo se vació de jóvenes en general. Las explotaciones de agricultura extensiva (los cereales y los cultivos leñosos como el olivar, la viña o el almendro, etc.) se gestionan hoy desde empresas agrarias con sede social en las grandes áreas metropolitanas, o por autónomos residentes en las capitales comarcales o (crecientemente) provinciales, que a menudo tienen el campo como segunda actividad (Camarero 2009; Carricondo y Peiteado 2010). El empleo agrario por cuenta ajena hoy lo cubre la fuerza de trabajo extranjera, a menudo itinerante, con condiciones laborales y de vida profundamente precarias. Los niños y niñas que hoy salvan del cierre a los Centros Rurales Agrupados - las escuelas de las comarcas con menor densidad de población – son en muchos casos descendientes de personas extranjeras migrantes. Se asientan en pueblos porque el coste de la vivienda es menor, a la espera de conseguir un trabajo estable y bien remunerado que les permita residir en entornos (urbanos) que ofrezcan mejores oportunidades laborales.

El paso a la agricultura comercial y mecanizada supuso un salto cualitativo en la subordinación de la mujer en las comunidades rurales, ya que en general no se les permitió subir al tractor. Las mujeres que se quedaron en los pueblos se convirtieron en lo que Camarero (2009) denomina la "generación soporte": mujeres de mediana edad que cuidan de sus mayores (y de sus maridos) y de su descendencia, a través de una "triple jornada" laboral: como trabajo invisible y no remunerado en la explotación agraria familiar, como trabajo invisible y no remunerado en el trabajo doméstico y de cuidados, y como trabajo precario remunerado en el sector servicios rural -a menudo vinculado a los cuidados. Muchas de estas mujeres no tuvieron acceso carnet de conducir, y el deficiente sistema de transporte público en el medio rural convierte el pueblo en una prisión (Camarero 2009). Las personas jóvenes también encuentran numerosas dificultades para desarrollar su proyecto vital en el medio rural (Camarero 2009). La escasa densidad de población limita las opciones de interacción social, especialmente para perfiles sociales no normativos, como pueden ser los colectivos LGTBIQ+. El acceso a vivienda resulta difícil, especialmente para las rentas agrarias, cuando los precios inmobiliarios se establecen en base a la capacidad de compra de perfiles urbanos, ya sea como inversión especulativa, como segunda residencia, o como inversión en equipamiento de turismo rural.

Las condiciones de vida de la fuerza de trabajo por cuenta ajena en el sector agrario son en general muy precarias. El convenio regulador de las condiciones laborales en el sector muestra salarios mínimos muy cercanos al Salario Mínimo Interprofesional. La regulación laboral tiene una orientación de excepcionalidad que reconoce y a la vez reproduce la elevada precariedad del sector. A su vez, alrededor de 200.000 peones agrícolas eran extranjeros en 2020, un 26% del total del empleo agrario español (Muñoz Rico 2022). Si consideramos la combinación entre los caracteres excepcionales de las regulaciones laboral agraria y de extranjería obtenemos un cóctel explosivo de precariedad y vulnerabilidad (López-García y Varela Mateos 2008). El modelo de contingentes de contratación en origen de trabajadores/as extranjeros/as para campañas temporales, que al final de la campaña son devueltos a sus países de origen, supera los 60.000 contratos anuales. Este modelo se basa en una legislación de carácter aún más excepcional, negando numerosos derechos laborales (Molinero Gerbeau 2020). Por

último, una gran parte del trabajo por cuenta ajena (al menos 20.000 empleos anuales), tanto fijo como temporal, se da aun en condiciones de irregularidad y, por tanto, de una gran indefensión de las personas trabajadoras (Muñoz Rico 2022). Las ingentes inversiones públicas en investigación y transferencia, y en la creación y mantenimiento de infraestructuras para la exportación de productos agrícolas, hacen posible así el modelo extractivista de economías de enclave (los "milagros" de Almería, Huelva o Murcia), que genera degradación ambiental, y en general malas condiciones de vida para la población (Gadea et al. 2015).

El régimen de racismo -que penetra la propia legislación laboral y de extranjería, y permea al resto de las instituciones- rodea a las comunidades de personas trabajadoras de un ambiente de terror que se conecta con la denominada "necropolítica" del trabajo. En este régimen de terror el derecho de los patronos o administraciones locales a decidir sobre la muerte de las personas trabajadoras racializadas adquiere carácter normativo, al ser consideradas objetos de trabajo sin derechos (Mbembe y Meintjies 2003). Las muertes en el Estrecho de Gibraltar, o las noticias de los últimos años sobre violaciones de trabajadoras o incendios en los poblados chabolistas de los enclaves de agricultura bajo plástico para la exportación ilustran esta realidad (Martín Díaz 2012). En la práctica, la presión que el sistema agroalimentario global ejerce sobre la agricultura familiar es transmitida a la fuerza de trabajo extranjera, el único eslabón aún más débil en la cadena alimentaria. El conflicto en torno al reparto de márgenes y riqueza en la cadena agroalimentario se contiene, así, en esta guerra entre pobres.

3.3 Las representaciones de lo agrario en el debate político

Las demandas que transmiten los actores formales del sector agrario, por ejemplo, en manifestaciones como las del 30 de marzo de 2022, son relativamente unitarias: proteger precios en origen justos y remuneradores, mantener las subvenciones a la producción, o proteger las producciones locales de importaciones de países con menores exigencias ambientales - la denominada 'reciprocidad' (Fernández 2022). En torno a estas demandas, que a mi parecer son plenamente razonables y justas, se construyen otros mensajes que responden a otros intereses y necesidades, como aquellas que promueven más intensificación y más tecnología. Los discursos reproducidos en el debate público se unifican en torno a los intereses de las grandes corporaciones en la cadena alimentaria (Ploeg 2020), que son los verdaderos beneficiados de la comida barata. Y estas representaciones del sector agrario son un apoyo central de las políticas públicas intensificadoras.

La agenda intensificadora se expresa en diversos mantras -innovación, eficiencia, crecimiento – de los que derivan políticas concretas, como las de modernización de regadíos o de digitalización de la agricultura. Los regadíos impulsados desde los años '60 se han seguido impulsando en las dos últimas décadas bajo los programas de 'modernización de regadíos'. Justificados durante la dictadura como una estrategia para crear empleo rural y valor añadido, y más recientemente para optimizar el consumo de agua, no han conseguido ni lo uno ni lo otro: el continuo incremento en el consumo agrario de agua (que representa alrededor del 85% del consumo total) ha generado un hundimiento en los precios en origen de un gran número de productos agrarios y una gran pérdida de empleo y explotaciones agrarias (López García 2022). Por su parte, la digitalización ocupa un lugar central en la retórica europea sobre la sostenibilidad agraria, y es objetivo transversal en la Política Agraria Común (2022 -2027), con numerosas acciones para impulsarla incluidas en el Plan Estratégico Nacional de la PAC (PEPAC). Se plantea como forma de impulsar un manejo agrario más eficiente y sostenible a través de un manejo digital de los datos por parte de las personas agricultoras y las

administraciones (Fernández 2023). Sin embargo algunas de las medidas incluidas en el PEPAC se relacionan con modelos productivos intensivos en tecnología y capital que pueden comportar pérdidas de control, empleo y autonomía, y mayor endeudamiento para el sector de la agricultura familiar (Mooney 2018). El impacto efectivo en la sostenibilidad social y ecológica de estos modelos de agricultura digital -como la denominada 'agricultura climáticamente inteligente' – está aún por demostrar, y en todo caso está en entredicho (HLPE 2019).

También encontramos en los discursos del sector agrario demandas y deseos compatibles con las ideas de la transición socio-ecológica - empleo rural, calidad de vida, alimentos de calidad, soberanía alimentaria, relevo generacional, mantenimiento de los recursos naturales que permiten la producción. Estos valores alternativos, encarnados en actores rurales y agrarios minoritarios, resultan invisibles en el debate público, monopolizado por los discursos intensificadores. Pero existen y se van estructurando en torno al sector agrario vinculado a la producción ecológica y los mercados locales. La "Carta por una Agricultura y una Alimentación Sostenibles" presentada en la primavera de 2023 por 8 grupos locales de productores/as (RMAe 2023) es un ejemplo reciente de estas demandas no atendidas del sector de la agricultura ecológica y de pequeña escala, que incluye la familiar. Estos valores y actores agrarios alternativos requieren de políticas específicas y distintas de las que impulsan la intensificación, que son factibles y que encajan perfectamente en las declaraciones de principios de las políticas agrarias española y europea (Comisión Europea 2020b; MAPA 2022a), pero que no se implementan.

3.4 Agricultura ecológica y agroecología

La agricultura ecológica es la única producción agroalimentaria reconocida legalmente y de forma unitaria como sostenible en la Unión Europea. Su certificación se basa en un listado cerrado (pero en evolución) de insumos – fertilizantes, pesticidas, aditivos para agroindustria, etc. - susceptibles de ser utilizados en la producción y elaboración, que no son productos de síntesis y cuya toxicidad en humanos, otros animales y plantas es muy limitada. Se regula a nivel europeo por el reglamento (EU) 2018/848, y está sujeta a rigurosos controles por las diversas administraciones, adicionales a los controles generales en el sector agroalimentario. La producción y el consumo de alimentos ecológicos han sido objeto de dos Planes de Acción en la UE, y la Estrategia "De la Granja a la Mesa" derivada del "Pacto Verde Europeo" establecía como objetivo un 25% de Superficie Agraria Útil en producción ecológica certificada para 2030.

La superficie española certificada alcanzaba 2,63M de hectáreas en 2021, lo que supone un 10,79% de la Superficie Agraria Útil y un 8% de incremento respecto a 2020 (MAPA 2022b). En 2021 España era el tercer país del mundo en superficie certificada en producción ecológica, y el primero en Europa (Willer et al. 2021). El gasto en alimentos ecológicos subió un 14,3% entre 2020 y 2021, llegando al 3,4% del gasto alimentario familiar, en un contexto de contracción del gasto alimentario general (MAPA 2022c). El número de explotaciones agrarias certificados en producción ecológica creció entre 2020 y 2021 casi un 17%, hasta llegar a 58.485 - recordemos que entre 2010 y 2020 desaparecieron un 7,6% de las explotaciones agrarias en términos absolutos (MAPA 2022b; INE 2022). Y se estima que la producción ecológica es, en líneas generales, más rentable y genera más empleo por hectárea cultivada (Crowder & Reganold 2015). Por todo ello es la principal alternativa de supervivencia para la agricultura familiar, si no la única; y es un primer paso en la transición socioecológica - agroecológica – hacia la sostenibilidad (Gliessman 2016). Genera productos más sostenibles y saludables, de mayor calidad y mayor valor añadido, con precios en origen superiores que en agricultura convencional, a los que se suman las subvenciones específicas de producción ecológica.

Sigue siendo una agricultura altamente dependiente de combustibles fósiles y orientada eminentemente a la exportación hacia los mercados europeos, pero genera impactos positivos que reducen sensiblemente la pérdida de biodiversidad, la desertificación o la contaminación de suelos y acuíferos con fertilizantes y pesticidas (Aguilera y Rivera 2022). En el actual contexto de estrés hídrico son las prácticas ecológicas de manejo de la fertilidad las que generan mejor rendimiento, además de otros beneficios (Reganold & Wachter 2016).

A pesar de ello la producción ecológica es objeto frecuente de desprestigio desde el *establishment* agrario convencional, al menos dos formas: el ataque directo y la cooptación. En el primer caso, se hace responsable del hambre en el mundo a las políticas de fomento de la agroecología y la agricultura ecológica (Pons Cortés 2022). En el segundo se presenta la agroecología como un conjunto flexible de técnicas agrarias completamente compatibles con las semillas transgénicas, los agrotóxicos o los modelos de manejo altamente mecanizados y dependientes de tecnología digital y combustibles fósiles, y desligadas de principios sociales y éticos (López-García 2022b). En todo caso los modelos "agroecológicos" de producción agroalimentaria - locales, justos, ecológicos, diversificados, de pequeña o mediana escala – reciben muy poco apoyo público y si muchos problemas administrativos, al resultar penalizados respecto a modelos convencionales de producción – homogéneos, de gran escala, desligados del territorio y de las comunidades locales. Sin apoyo público adecuado, los modelos agroecológicos son muy duros para la gente que los practica (López-García y Carrascosa 2023). En este contexto, el fuerte crecimiento en la producción y en el consumo de alimentos ecológicos en la actualidad está generando ganancias de nuevo para los grandes operadores convencionales – agroindustria y distribución – (MAPA 2021), que son quienes tienen capacidad de organizar la circulación de alimentos a gran escala y extraer beneficio. Ganancias que presionan a la convencionalización de la producción ecológica y que no reactivan los tejidos socioeconómicos locales (Goldberger 2011; Guzmán et al. 2022).

3.5 La sostenibilidad agraria como problema urbano, y el ecologismo como enemigo

La pobreza rural, la crisis social, económica y cultural en las zonas rurales y la desposesión de los pequeños agricultores y campesinos en el contexto de la globalización se han identificado -entre otros factores- como causas fundamentales del surgimiento y la expansión de movimientos políticos rurales conservadores o de extrema derecha en todo el planeta (Scoones et al. 2018; Edelman 2020; Bernstein 2020). La extrema derecha construye representaciones del sector agrario como opuesto a aquellos movimientos y organizaciones que promueven la justicia social y la sostenibilidad ecológica, y que son representados como urbanos y contrarios al sector agrario y el medio rural (Scoones et al. 2018; Franquesa 2019; Ploeg 2020). Así, se hace posible una alianza entre los agricultores a gran escala, las corporaciones agroindustriales y los agricultores medianos y pequeños (Ploeg 2020), como la representada en la reciente victoria en la elecciones provinciales del "Movimiento Campesino-Ciudadano" en Holanda (Tanno 2023). Otros autores identifican la construcción de un enemigo común en torno al "extranjero", ya sean jornaleros inmigrantes, agricultores extranjeros e importaciones de alimentos (los "otros horizontales"), o la Comisión Europea como enemigo con poder superior (los "otros verticales") (Iocco et al. 2020). La autopercepción de los agricultores y las comunidades rurales como abandonados por los gobiernos nacionales, y en un papel subordinado (a los ciudadanos urbanos, al poder político y económico urbano, a los mercados globales, o a las instituciones globales y multilaterales dentro de la actual sociedad globalizada) aparece como un lugar común en el trabajo de varios investigadores (Franquesa 2019, Iocco et al. 2020; Bilewicz 2020; Ploeg 2020; Mamonova et al. 2020; Valero 2021).

De alguna forma, desde el ecologismo también se ha venido alimentando esta oposición al sector agrario, que se ha construido como enemigo. A pesar de que existe una importante base de grupos ecologistas rurales, las miradas ecologistas al territorio rural tienen dificultad para hacer suyas o, al menos, reconocer las problemáticas del sector agrario para transitar hacia la sostenibilidad socio-ecológica. Algunos posicionamientos extremos, como los partidarios del *rewilding,* llevan las visiones antropocéntricas y urbanocéntricas mucho más allá, e imaginan una naturaleza prístina sin agricultores/as ni población rural. Estos planteamientos positivistas - que consideran naturaleza y sociedad como separadas y opuestas – obvian que en los pueblos vive gente desde hace cientos o miles de años, que la agricultura y la ganadería producen nuestros alimentos, y que la producción agraria es una actividad económica y a la vez cultural, ecológica y social. Son las mismas dinámicas socioecológicas que están reduciendo las rentas de la agricultura familiar las que presionan hacia una mayor intensificación y degradación de los ecosistemas agrarios (Guzmán et al. 2022). Estas raíces comunes de la insostenibilidad social y ecológica posibilitan en términos teóricos una agenda compartida entre ecologismo y sector agrario que, sin embargo, no sedimenta en procesos de convergencia en el mundo real.

La construcción de la transición socio-ecológica en el sistema agroalimentario, aquí y ahora, debe plantear itinerarios de transición factibles para las más de 900.000 explotaciones agrarias que conforman el sector agrario actual, que en un 97% son explotaciones convencionales. Nadie quiere que desaparezca la agricultura familiar, y para ello es necesario recoger sus demandas y trabajar sobre ellas. ¿como solucionamos los bajos precios en origen? ¿frenamos el regadío ahora que los precios de los productos tradicionales de secano ya están desplomados y hacen ruinoso el cultivo de secano? ¿a qué explotaciones se les niega el agua si algún año falta agua de boca para las ciudades y pueblos? (López-García 2022a) ¿cómo restauramos los ciclos locales de nitrógeno, reacoplando agricultura y ganadería, si la ganadería extensiva es muy poco rentable? ¿en qué tierras se instala el relevo generacional si las explotaciones han de ser cada vez más grandes para ser viables? (INE 2020; MAPA 2022) ¿cómo relocalizar los sistemas alimentarios e impulsar modelos sostenibles masivos si la demanda local de alimentos ecológicos es muy reducida y vinculada en gran medida a productos de nicho y consumos ocasionales? (MAPA 2017; AECOC 2019)

3.6 ¿Un mundo rural vacío?

Como resultado de los cambios habidos en el medio rural, en los últimos años asistimos a la emergencia de diversos actores colectivos que abogan por proyectos alternativos de ruralidad. Los movimientos rurales más visibles se construyen en torno al rechazo del papel del medio rural como escenario de actividades económicas nocivas en lo social y en lo ecológico para dar servicios a los territorios urbanos. Me refiero a las plataformas de "España Vaciada"[3], contra las macrocentrales de energías renovables, contra la renovada actividad minera a cielo abierto, o contra las macrogranjas[4]. Todas ellas denuncian los impactos del capitalismo extractivista sobre territorios afectados por fenómenos de despoblación, y que no han sido capaces de poner en valor su territorio, por ejemplo, para la actividad agraria, el turismo rural o las segundas residencias (Franquesa 2023). Construyen agencias políticas integradoras de la diversidad de perfiles existentes en el medio rural - incluyendo perfiles agrarios - en torno a relatos y propuestas no centradas en la economía monetaria o el empleo. Todas ellas ponen el foco en la calidad de vida en el territorio rural y en la posibilidad de desarrollar en el mundo rural

[3] Disponible en: https://españavaciada.org/territorios/
[4] Disponible en: https://stopganaderiaindustrial.org/movimientos-vecinales/

vidas que merezcan ser vividas, desde perspectivas "no-capitalocéntricas" (Gibson-Graham 2011).

Desde estas plataformas se reconoce que la salida de la secular crisis rural pasa por proyectos de sostenibilidad ecológica y local en los territorios. El sentimiento de abandono de las comunidades rurales en España tras la crisis de 2008 abrió posibilidades para un movimiento progresista y populista con una expresión clasista y democrática vinculada a un proyecto de sostenibilidad social y ecológica. Este tipo de proyectos estaría poniendo en cuestión aquellos discursos que tratan de representar la ruralidad anclada en valores conservadores e insostenibles (Franquesa 2019). Abre también posibilidades para construir alianzas con los movimientos sociales urbanos. Lamentablemente, importantes sectores del ambientalismo urbano consideran la actividad agraria en competencia con la producción de energías renovables. Pero no se pueden intercambiar los usos agrarios del suelo por los de generación eléctrica, ya que ambos son necesarios. En mi opinión, en el actual escenario de cambio global no sobra ni una sola hectárea cultivada ni una sola persona agricultora en nuestros territorios, ya que la sustentabilidad agraria tiene un elevado requerimiento de espacio (Guzmán et al. 2011). Más bien al contrario. Si las formas actuales de producción agraria son insostenibles, hagamos viables - en lo social, lo económico y lo cultural – los modelos sostenibles para todo el territorio. Solo desde una visión integral de las transiciones energética y alimentaria podremos desarrollarlas de forma armónica y combinada. Estas dos transiciones se deben articular, a su vez, junto con el resto de transiciones necesarias: en los cuidados, la ordenación territorial, la movilidad, etc.

Por último, el ámbito de la producción cultural está generando una importante atención sobre el mundo rural desde perspectivas que trenzan las problemáticas sociales y ecológicas, con productos de gran calidad y gran impacto público. En 2023 las dos principales películas nominadas a los premios Goya – *As Bestas* y *Alcarrás* - estaban claramente centradas en la problemática rural, siguiendo a otras como "*O que arde*" (2019). En cuanto a la narrativa asistimos en la última década a la emergencia de un gran número de títulos, también de gran calidad e impacto, situados en contextos rurales. En general, las representaciones que se ofrecen de la ruralidad en la narrativa y el cine actuales son oscuras y sórdidas: territorios abocados a la muerte y de los que solo se puede desear escapar[5]. Mención aparte merecen algunos textos que tratan de vincular presente, pasado y futuro en un debate sobre las condiciones de posibilidad de vidas (comunitarias) dignas y deseables en el mundo rural actual[6]. De entre estos últimos se pueden identificar algunos, escritos por mujeres nacidas y criadas en contextos rurales, que quizá son la primera generación histórica de habitantes rurales que escribieron sobre el mundo rural. Sin duda, la transición socio-ecológica hacia la sostenibilidad en el mundo rural requiere representaciones de la ruralidad complejas, pero también abiertas y preñadas de esperanza. Representaciones que pongan en diálogo las grandes dificultades que atraviesan actualmente la reproducción social, económica y cultural de las comunidades rurales con el gran potencial de sostenibilidad que albergan.

4. Hacia una agenda de transición socio-ecológica en el sistema agroalimentario

Los apartados anteriores dibujan un escenario complejo, de raíces profundas en el mismo sistema socioeconómico global que también genera insostenibilidad en otros subsistemas distintos al agroalimentario. La primera dificultad para implementar una agenda de

[5] Entre otros muchos podemos citar: *Intemperie* (Jesús Carrasco, 2013); *Los asquerosos* (Santiago Lorenzo, 2018); *Panza de burro* (Andrea Abreu, 2020); *Un amor* (Sara Mesa, 2020)

[6] Por ejemplo: *Canto yo y la montaña baila* (Irene Solá, 2019) o *Tierra de Mujeres* (María Sánchez, 2019).

transición en el sistema agroalimentario actual es el propio marco económico y político capitalista y liberal. Un gran número de autores y enfoques, con los que coincido en gran medida, plantean esta incompatibilidad, ya sea desde planteamientos decrecentistas (Guerrero-Lara et al. 2023), agroecológicos (Levidow et al. 2014; Giraldo & Rosset 2018; Anderson et al. 2019), o desde aquellos que consideran la alimentación como un bien común (Pol et al. 2019). Uno de los principales lemas de los movimientos globales por la soberanía alimentaria propone que "La alimentación no es una mercancía". Los actores sociopolíticos globales alineados con la agreocología y la soberanía alimentaria plantean revertir el acuerdo sobre comercio alimentario adoptado en 1994 en el seno de la Organización Mundial del Comercio, de cara a recuperar para los estados la soberanía en las políticas alimentarias.

La propia agenda globalizadora y mercantilizadora se ha ralentizado en los últimos años por sus propias contradicciones, que promueven un sistema alimentario crecientemente ingobernable, y por la acción de diversas entidades sociales globales que visibilizan el impacto de estas contradicciones. Sin embargo, la actual correlación de fuerzas no parece señalar hacia cambios profundos en el corto plazo. Más bien muestra una aceleración en la concentración de poder político y económico en los grandes operadores transnacionales, en base a lo que se ha llamado el Régimen Alimentario Corporativo (McMichael 2016). Por ello puede resultar adecuado combinar la denuncia y la resistencia frente a los proyectos económicos y legales más nocivos, con el desarrollo de experiencias alimentarias alternativas aquí y ahora, la implementación de acciones concretas que puedan construir sujetos sociales amplios, y de otras otras que generen marcos legales y políticos más favorables a la transición. En las siguientes líneas nos centraremos en aquellas acciones concretas que podrían, al mismo tiempo, fortalecer sujetos sociales amplios en ciertos ámbitos y generar marcos favorables a la transición en el corto y medio plazos.

Un primer elemento, en mi opinión central e imprescindible, es el de tratar de ampliar el espacio simbólico de acción desde el que se pretende impulsar la transición socio-ecológica. Como he comentado más arriba, a pesar de que las políticas intensificadoras están haciendo desaparecer la agricultura familiar, es el tejido de la agricultura familiar la principal justificación de dichas políticas (Ploeg 2020; Guzmán et al. 2022). Resulta clave desvelar estas contradicciones, poniendo de relieve que la intensificación beneficia a los modelos de empresa agraria y a los capitales especulativos. Las macrogranjas, la digitalización y los nuevos regadíos están beneficiando sobre todo a los grandes operadores en la cadena alimentaria, que concentran cada vez más poder en base a la comida barata. También a aquellos capitales con capacidad de realizar grandes inversiones en el sector agrario. Pero no está en absoluto claro que vayan a beneficiar a una mayoría de pequeñas y medianas explotaciones familiares, ni a las personas jóvenes que se quieren instalar en la actividad sin asumir un fuerte endeudamiento.

La construcción de alianzas con la agricultura familiar tiene que ir acompañada de la visibilización de su valor en la producción de alimentos y servicios ambientales (Guzmán et al. 2022). Construir alianzas supone reconocer al otro como equivalente, ni por encima ni por debajo. Querer ser más implica relacionarnos con gente con identidades e intereses divergentes. Y esto implica asumir contradicciones y desplegar una política del reconocimiento de las posiciones específicas de cada actor en el sistema alimentario (López-García et al. 2023). La agroecología lo puede permitir, si sabemos hacerlo, restaurando el vínculo entre las comunidades locales, la comida, la tierra y el trabajo agrario, a través de 'ecologías de la reparación' (Cadieux et al. 2019). La producción de representaciones positivas y deseables-y a la vez en continuidad con la realidad actual - de la ruralidad en la industria cultural será un apoyo clave en este sentido.

De cara a concretar un poco más la mirada nos podemos apoyar en lo que González de Molina et al. (2022) han denominado 'agroecología política', al aplicar herramientas de la ecología política al análisis de los sistemas agroalimentarios. Adoptan de la economía ecológica una perspectiva de sostenibilidad en la que los bienes biofísicos no son sustituibles por capital. Desde esta posición plantean la 'autonomía' como el criterio básico para el análisis y promoción de sistemas alimentarios locales de base agroecológica, de forma que permita "reducir la dependencia (de la agricultura familiar respecto) del mercado, desmercantilizando los intercambios o reduciéndolos al ámbito local" (López-García y González de Molina 2021; González de Molina et al. 2022). Desde la idea de autonomía se pueden proponer políticas públicas que puedan abrir itinerarios de transición en distintas escalas.

Por un lado, fortalecer el apoyo público a iniciativas que ya han generado normativas en distintas escalas administrativas y con impacto positivo en la desmercantilización, sostenibilidad y autonomía de los sistemas alimentarios locales. Por ejemplo, el apoyo decidido a la producción ecológica en la estrategia "De la Granja a la Mesa", la compra pública alimentaria regulada y promovida también desde la UE, el apoyo a la ganadería extensiva, o el desarrollo de las excepciones al Paquete Higiénico-Sanitario para las pequeñas iniciativas de elaboración artesanal de alimentos (BOE 2020), pendientes de su transposición a las normativas autonómicas. Dentro de este apartado merece especial atención el desarrollo de las políticas alimentarias urbanas, especialmente a partir del Pacto de Milán sobre Políticas Alimentarias Urbanas (MUFPP 2015), y de la mano de la Red de Municipios por la Agroecología.

Por otro lado, hay una batalla abierta de cara a como se interpretan en cada Estado Miembro diversas medidas contempladas dentro de la PAC (2023-2027). Muchas de estas medidas podrían tener un impacto favorable a la autonomía de la producción agraria, y sin embargo se han desarrollado en el PEPAC español favoreciendo la intensificación y la dependencia (MAPA 2022). Este es el caso, por ejemplo, del sorprendente ecorrégimen sobre "agroecología" que se limita al apoyo a prácticas de "siembra directa", intensivas en herbicidas y fertilizantes químicos, y en maquinaria de gran potencia. También de otras medidas u obligaciones que, con el objetivo de una mayor sostenibilidad ecológica de la producción, obligan a mayores inversiones y por tanto expulsan a las fincas más pequeñas, como en la gestión de excrementos de la ganadería intensiva o de prácticas de bienestar animal. O de las medidas de apoyo al relevo generacional, que premian modelos productivos de monocultivo, de gran escala, muy intensivos en capital y poco sostenibles en lo social y en lo ecológico.

Desde algunos círculos de debate se están planteando otras propuestas relativamente más innovadoras que también podrían generar una mayor autonomía respecto al mercado. Un ejemplo claro es limitar los precios de la tierra para uso agrario (igual que se pretende limitar los de la vivienda) y priorizar la agricultura familiar a la hora de acceder a ella, desarrollando modelos parecidos a las SAFER (Sociedades de ordenación territorial y asentamiento rural) francesas[7]. Algunas voces plantean reforzar los pagos por servicios ambientales que, de alguna forma, ya se incluyen en la PAC, para promover la autonomía del mercado a través de contratos territoriales de explotación (Rodríguez-Chaves Mimbrero 2011). En una dirección convergente se plantea una renta básica agraria, diseñada de forma que fomente el relevo generacional a través, también, de los contratos de explotación. Otra línea relevante de trabajo, que ya se está implementando desde algunas administraciones locales, es la promoción y acompañamiento de procesos territorializados y participativos de transición agroecológica. Estos procesos habrán de

[7] Disponible en: https://www.safer.fr/

tener un foco específico en acompañar la transición en la agricultura convencional, ya que el grueso de la transición la habrá de hacer quien aún no hace agroecología, aunque de ellos tiren quienes ya la practican. Para ello nos pueden servir de referencia las propuestas de la Dinamización Local Agroecológica (López-García et al. 2019) o a través de fórmulas como los Planes de Acción Territorial franceses.

En todo caso, frente a los esfuerzos de cooptación de la agroecología desde distintas instancias de la política agraria se debe defender la agricultura ecológica certificada como suelo desde el que construir la transición hacia la sostenibilidad agroalimentaria. La agroecología, o las transiciones hacia la sostenibilidad, no pueden pasar por la dependencia de fertilizantes químicos (especialmente nitratos producidos con gas); uso intensivo de herbicidas como el glifosato; o semillas transgénicas, incluida la tecnología CRISPR de edición genética que se pretende habilitar en la presidencia española del Consejo de Europa de 2023. La certificación de la producción ecológica europea cada vez está más adaptada a modelos intensivos en capital y mercantilizados, pero por el momento prohíbe estos tres elementos clave – transgénicos, fertilizantes y herbicidas - de la "eco-intensificación" (HLPE 2020). Para un verdadero despegue de la la producción ecológica es necesario que la administración central implemente los objetivos de la estrategia De la Granja a la Mesa y por primera vez impulse un Plan estatal de fomento de la producción y el consumo ecológicos. Para que este fomento impulse una verdadera transición hacia la sostenibilidad, las medidas que incluya deben tener como principio claro la autonomía respecto a los mercados globales.

Por último la transición hacia la sostenibilidad no se logrará sin modelos agroalimentarios que permitan la instalación de más agricultores y agricultoras en la actividad agraria. Más allá de facilitar el acceso a la tierra o a financiación, el relevo generacional requiere revertir la dinámica de comida barata -incremento de costes y descenso de precios en origen- e incremento en escala. Comida barata e incremento de escala implican que solo con inversiones muy fuertes se pueda alcanzar la viabilidad económica (Guzmán et al. 2022). A su vez la transición requiere de una armonización de las medidas de apoyo a la nueva instalación (formación, asesoría, acceso a crédito, subvenciones para inversiones, etc.) y acompañamiento continuado con perspectiva territorializada (Sicard 2018; Dwyer et al. 2019) y adaptado a modelos sostenibles, como el agroecológico (RMAe 2023). Pero sobre todo requiere un territorio rural capaz de dar espacio y condiciones para el desarrollo de los proyectos de vida que quieren vivir de la agricultura sostenible (Camarero 2009). Esto supone reactivar programas de vivienda rural, servicios sanitarios y sociales o educación equiparables a los contextos urbanos, que no es fácil en territorios actualmente muy despoblados como buena parte del interior peninsular. Por último, habilitar mecanismos para facilitar el fortalecimiento de los territorios rurales desde una planificación territorial también es clave para que el medio rural no se siga degradando (Franquesa 2023).

5. A modo de conclusiones

El sistema agroalimentario ha de estar en el centro de los debates sobre la transición socio-ecológica. Es una pieza clave en la actual crisis global, y habrá de ser factor clave en cualquier futuro deseable y habitable. Los retos aquí descritos responden a dinámicas que escapan con mucho de las opciones ciudadanistas que plantean que tenemos poder desde el consumo – "cada vez que compras es un voto". Tampoco encontrarán solución por medio del simple desarrollo de nuevas tecnologías en el mismo marco político y económico. Más que una cuestión de decisiones de compra o de soluciones tecnológicas, hablamos de un problema político. Las actuales políticas agroalimentarias impulsan un

modelo de agricultura neoliberal, que reduce los precios de la comida e incrementa los costes de producción. Para sostener la viabilidad económica en este modelo agrario de comida barata, la escala de producción debe ser siempre creciente, lo que presiona hacia la insostenibilidad social y ecológica. El reto para hacer posible mayores grados de autonomía (en términos biofísicos) de las producciones agrarias y de los sistemas alimentarios locales es hacer viables económicamente escalas de producción reducidas. Para ello, el terreno de juego debe cambiar completamente, situando la alimentación como un derecho básico y un bien común, no como una mercancía.

Enfrentar los retos de la alimentación requiere de propuestas para el aquí y el ahora que nos permitan afrontar la situación crítica de los sistemas agrarios, y a su vez profundizar la transición. La transición ha de ser intensiva en trabajo y conocimiento humanos, y desintensificarse en capital y energía exosomática. Ha de fortalecer la agricultura familiar en fincas de pequeña y mediana escala, orientadas a generar alimentos sostenibles, sanos, de calidad y para el consumo cercano. Sin embargo, estamos en un momento de fuerte avance de las lógicas neoliberales. Lo que está en juego en los continuos ajustes y privatizaciones en el sistema alimentario es el acceso y control de los medios de producción. Las grandes corporaciones acaparan tierra, agua, semillas y conocimiento, y la soberanía y autonomía alimentarias quedan cada vez más socavadas. Esta ofensiva se está recrudeciendo según se van solapando y profundizando las distintas crisis (acceso a recursos minerales, biodiversidad, cambio climático, pandemia, guerras, etc.). Entre la resistencia y la generación de alternativas hay un espacio de acción, atravesado por la construcción de alianzas en distintas escalas y el impacto en marcos políticos más favorables a la transición. Es necesario buscar alianzas entre el ecologismo y los perfiles del sector agrario que se quedan fuera de la modernización, planteando el derecho a alimentación adecuada y a medios sostenibles de producción de alimentos como un debate político y no meramente de índole financiera.

La transición debe avanzar más allá de dicotomías que nos atrapan y dificultan los puentes y las transiciones entre modelos. Necesitamos desarrollar la creatividad social y asumir los riesgos que supone tratar de desarrollar modelos viables para capas amplias de la población. Más allá de los debates sobre si se cooptan o no alternativas como la agroecología (cooptación que por otro lado siempre será una amenaza real), el problema es cómo avanzamos más allá de los intentos de cooptación. Plantear un debate político[8] que incorpore las necesidades del sector agrario y de los grupos sociales más perjudicados por las sucesivas ofensivas neoliberales, y que a la vez vaya más allá de los marcos de mercado. Más allá (o más acá) de si se coopta o se ataca la agroecología, tenemos un importante trabajo por delante en la construcción de preguntas capaces de construir nuevas agendas políticas adaptadas a cada territorio. También en el desarrollo de marcos legales y normativos favorables a la transición. Las oportunidades políticas van pasando a la par que se acelera el cambio global. Necesitamos actuar aquí y ahora.

Referencias

AECOC (2019). *El comprador de productos eco y bio.* Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación (MAPA) Disponible en: <https://www.mapa.gob.es/es/alimentacion/temas/produccion-eco/estudioeco-bio_jornadamapa-2019_tcm30-507870.pdf >. Accedido el 22/03/2023.

Aguilera, E. y M.G. Rivera-Ferre (2022). *La urgencia de una transición agroecológica en España. Análisis de escenarios, estrategias e impactos ambientales de la transformación del sistema agroalimentario español*. Amigos de la Tierra

Alonso, L.E. (1990). Agrarismo, populismo y división internacional del trabajo. *Agricultura y Sociedad* 55: 65-94.

Anderson, C.R., J. Bruil, M.J. Chappell, C. Kiss y M.P. Pimbert, (2019). From Transition to Domains of Transformation: Getting to Sustainable and Just Food Systems through *Agroecology Sustainability* 11(19): 5272.

Badal, M. 2014. *Vidas a la intemperie. Notas preliminares sobre el campesinado*. Campo Adentro.

Berger, J. 2006. *Puerca tierra*. Alfaguara.

Boletín Oficial del Estado (BOE) 2020. *Real Decreto 1086/2020, de 9 de diciembre, por el que se regulan y flexibilizan determinadas condiciones de aplicación de las disposiciones de la Unión Europea en materia de higiene de la producción y comercialización de los productos alimenticios y se regulan actividades excluidas de su ámbito de aplicación*. Disponible en: < https://www.boe.es/buscar/doc.php?id=BOE-A-2020-15872> Accedido 11/04/2023

Boletín Oficial del Estado (BOE) 2021. *Ley 16/2021, de 14 de diciembre, por la que se modifica la Ley 12/2013, de 2 de agosto, de medidas para mejorar el funcionamiento de la cadena alimentaria*. Disponible en: <https://www.boe.es/diario_boe/txt.php?id=BOE-A-2021-20630> Accedido 11/04/2023

Boletín Oficial del Estado (BOE) 2022. *Real Decreto 1028/2022, de 20 de diciembre, por el que se desarrolla el Registro de Contratos Alimentarios*. Disponible en: <https://www.boe.es/diario_boe/txt.php?id=BOE-A-2022-21680> Accedido 11/04/2023

Cadieux, K.V., S. Carpenter, A. Liebman, R. Blumberg y B. Upadhyay, 2019. Reparation Ecologies: Regimes of Repair in Populist Agroecology, *Annals of the American Association of Geographers*, 109(2): 644-660, https://doi.org/10.1080/24694452.2018.1527680

Camarero, L. (Coord.) (2009). *La población rural de España. de los desequilibrios a la sostenibilidad social*. Fundación La Caixa

Carrascosa-García, M.; López-García, D; Molero-Cortés, J. (2020). *Sistemas alimentarios locales frente a riesgos globales: de la crisis climática a la COVID-19*. Fundación Entretantos y Red de Ciudades por la Agroecología.

Carricondo, A. y C. Peiteado, (2010). *¿Quien contamina cobra? Relación entre la Política Agraria Común y el medio ambiente en España*. SEO/BirdLife y WWF España. Disponible en < https://shorturl.ac/7abcd> Accedido 22/03/20923

Crowder, D.W. and J.P. Reganold, (2015). Financial competitiveness of organic agriculture on a global scale. *Proceedings of the National Academy of Sciencies*, 112 (24): 7611-7616. https://doi.org/10.1073/pnas.1423674112

De Schutter, O. (2011). *Report: Agroecology and the right to food*. United Nations Special Rapporteur on the right to food. Disponible en:

http://www.srfood.org/en/report-agroecology-and-the-right-to-food>. Accedido 25/04/2023

Dwyer, J., E. Micha, K. Kubinakova, P. van Bunnen, B. Schuh, A. Maucorps y F. Mantino, (2019). Evaluation of the impact of the CAP on generational renewal, local development and jobs in rural areas. Luxembourg: Publications Office of the European Union

European Commission (2020a). EU Biodiversity Strategy for 2030 *Bringing nature back into our lives. COM/2020/380*. Disponible en < https://eur-lex.europa.eu/legal-content/EN/TXT/?uri=celex%3A52020DC0380>. Accedido 25/04/2023

European Commission (2020b). *A Farm to Fork Strategy for a fair, healthy and environmentally-friendly food system. COM(2020) 381*. Disponible en < https://eur-lex.europa.eu/legal-content/EN/TXT/?uri=CELEX:52020DC0381>. Accedido 25/04/2023

European Coordination Via Campesina (ECVC), (2023). *Proposal for an EU Directive on Agricultural Land*. Disponible en: < https://www.eurovia.org/publications/proposal-for-an-eu-land-directive/>. Accedido 25/04/2023.

Eurostat (2022). *Farmers and the agricultural labour force – statistics*. Disponible en: < https://ec.europa.eu/eurostat/statistics-explained/index.php?title=Farmers_and_the_agricultural_labour_force_-_statistics>. Accedido 25/04/2023

Fernández, F. (2022). La clase incómoda. *Diario de Mallorca*. Accesible en: < https://www.diariodemallorca.es/opinion/2022/08/24/clase-incomoda-73801411.html>. Consultado el 10/03/2023.

Fernández, F. (2023). Ahora toca el cuaderno digital. *Diario de Mallorca*. Accesible en: <https://www.diariodemallorca.es/opinion/2023/01/18/ahora-toca-cuaderno-digital-81314312.html>. Consultado el 10/03/2023.>. Consultado el 10/03/2023.

Food and Agriculture Organization (FAO), (2018). *FAO's work on agroecology. A pathway to achieve the SDGs*. Rome: FAO

Franquesa, J. (2019). The vanishing exception: republican and reactionary specters of populism in rural Spain, *The Journal of Peasant Studies*, 46(3): 537-560, https://doi.org/10.1080/03066150.2019.1578751

Franquesa, J., (2023). Entrevista a Jaume Franquesa, antropólogo: "Donde hubo 'boom' inmobiliario ahora no hay 'boom' renovable, no es una casualidad". Diario Público. Disponible en: < https://www.publico.es/sociedad/jaume-franquesa-antropologo-hubo-boom-inmobiliario-no-hay-boom-renovable-no-casualidad.html>. Accedido 15/03/2023

Gadea, M. E., C. de Castro, A. Pedreño y N. Moraes, (2015). Jornaleros inmigrantes en la agricultura murciana: reflexiones sobre crisis, inmigración y empleo agrícola. Migraciones. *Publicación Del Instituto Universitario De Estudios Sobre Migraciones*, 37: 149-169. https://doi.org/10.14422/mig.i37.y2015.007

García, F. (2019). *Carne de Cañón. Por qué comemos tanta carne y por qué nos enferma*. Disponible en: https://justiciaalimentaria.org/wp-content/uploads/2021/11/Informe_Carne_de_Canon.pdf. Accedido 09/04/2023

Gibson-Graham, J.K., (2011). *Una política poscapitalista*. Siglo del Hombre Editores

Giraldo O.F. y P.M. Rosset, (2018). Agroecology as a territory in dispute: between institutionality and social movements, *The Journal of Peasant Studies*, 45(3): 545-564, https://doi.org/10.1080/03066150.2017.1353496

GFK (2017). *Caracterización de compradores de productos ecológicos en canal especializado*. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación (MAPA) Disponible

en: < https://www.mapa.gob.es/es/alimentacion/temas/produccion-eco/caracterizaciondecompradoresecologicosencanalespecializadojul17_tcm30-419446.pdf>. Accedido el 22/03/2023.

Gliessman, S., (2016). Transforming food systems with agroecology, *Agroecology and Sustainable Food Systems*, 40(3): 187-189, DOI: 10.1080/21683565.2015.1130765

González de Molina, M. (2020). Strategies for scaling up agroecological experiences in the European Union. *Interantional Journal of Agriculture and Natural Resources*, 47(3): 187-203. http://dx.doi.org/10.7764/ijanr.v47i3.2257

Goldberger, J.R. (2011). Conventionalization, civic engagement, and the sustainability of organic agriculture. *Journal of Rural Studies,* 27: 288-296. doi:10.1016/j.jrurstud.2011.03.002

González De Molina, M., P. Petersen, F. Garrido Peña y F.R. Caporal, (2020). *Introducción a la agroecología política*. CLACSO.

Guerrero Lara, L., L. van Oers, J. Smessaert, J. Spanier, G. Raj, y G. Feola, (2023). Degrowth and agri-food systems: a research agenda for the critical social sciences. *Sustainability Science* https://doi.org/10.1007/s11625-022-01276-y

Guzmán, G.I., M. González de Molina y A.M. Alonso, (2011). The land cost of agrarian sustainability. An assessment. *Land Use Policy*, 28(4): 825-835, https://doi.org/10.1016/j.landusepol.2011.01.010.

Guzmán, G.I., D. Soto Fernández, E. Aguilera, J.I. Infante-Amate y M. González de Molina, (2022). *The close relationship between biophysical degradation, ecosystem services and family farms decline in Spanish agriculture (1992–2017*), Ecosystem Services, 56, 101456, https://doi.org/10.1016/j.ecoser.2022.101456

High Level Panel of Experts on Food Security and Nutrition (HLPE), (2019). *Agroecological and other innovative approaches for sustainable agriculture and food systems that enhance food security and nutrition. A report by the High Level Panel of Experts on Food Security and Nutrition of the Committee on World Food Security*. Roma: World Committee on Food Security, FAO.

Instituto Nacional de Estadística (INE) (2020). *El anuario estadístico de España. Testigo de nuestra historia*. Disponible en <https://www.ine.es/expo_anuarios/assets/files/1945-1975.pdf>. Accedido el 09/04/2023

Instituto Nacional de Estadística (INE) (2022). *Censo Agrario 2020*. Disponible en < https://www.ine.es/censoagrario2020/presentacion/index.htm >. Accedido el 09/04/2023

Instituto Nacional de Estadística (INE) (2023). *Encuesta de población activa. Resultados*. Disponible en <https://www.ine.es/dyngs/INEbase/es/operacion.htm?c=Estadistica_C&cid=1254736176918&menu=resultados&idp=1254735976595>. Accedido el 09/04/2023

Intergovernmental Science-Policy Platform on Biodiversity and Ecosystem Services (IPBES), (2019). *Summary for policymakers of the global assessment report on biodiversity and ecosystem services of the Intergovernmental Science-Policy Platform on Biodiversity and Ecosystem Services*. Bonn: IPBES secretariat. https://doi.org/10.5281/zenodo.3553579

International Panel on Climate Change (IPCC), (2019). Special Report on Climate Change and Land. Summary for Policymakers. Disponible en: < https://www.ipcc.ch/srccl/chapter/summary-for-policymakers/>. Accedido 25/04/2023

International Panel on Climate Change (IPCC), (2023). Synthesis Report of the IPCC sixth Assessment Report (AR6). Summary for Policymakers. Disponible en:

https://www.ipcc.ch/report/ar6/syr/downloads/report/IPCC_AR6_SYR_SPM.pdf. Accedido el 25/04/2023.

IPES-Food. (2017). *Unravelling the Food–Health Nexus: Addressing practices, political economy, and power relations to build healthier food systems*. The Global Alliance for the Future of Food and IPES-Food.. Disponible en: < https://www.ipes-food.org/_img/upload/files/Health_FullReport(1).pdf>. Accedido el 25/04/2023.

Klein, N. (2010). *La Doctrina del Shock. El auge del capitalismo del desastre*. Paidós.

Levidow, L., M.Pimbert y G. Vanloqueren, (2014). Agroecological Research: Conforming—or Transforming the Dominant Agro-Food Regime?, *Agroecology and Sustainable Food Systems*, 38(10): 1127-1155. https://doi.org/10.1080/21683565.2014.951459

López-García, D., Alonso, N. y Herrera, P.M. (2018) *Políticas alimentarias urbanas para la sostenibilidad. Análisis de experiencias en el Estado español, en un contexto internacional.* Fundación Entretantos.

López-García, D. y A. Varela Mateos, (2008). *Hacia la integración de la problemática del trabajo migrante en la perspectiva del desarrollo rural agroecológico en España*. Comunicación presentada en el I Seminario Internacional sobre trabajo migrante y cadenas agrícolas globales. Universidad de Murcia. Murcia.

López-García, D. (2022ª). El retorno social de los regadíos. *Ecologista*, 113. Disponible en https://www.ecologistasenaccion.org/210542/el-retorno-social-de-los-regadios/#:~:text=Regad%C3%ADos%2C%20agricultura%20familiar%20y%20empleo&text=Los%20regad%C3%ADos%20no%20revierten%20la,en%20una%20agricultura%20sin%20agricultores. Accedido 07/04/2023

López-García, D. (2022b). ¿Por qué se ataca al ecologismo? *El Salto*. Disponible en < https://www.elsaltodiario.com/laplaza/por-que-ataca-ecologismo#:~:text=El%20ecologismo%20est%C3%A1%20dificultando%20el,recursos%20minerales%2C%20energ%C3%ADa%20y%20alimentos.>. Accedido 07/04/2023

López-García, D., Calvet-Mir, L., Di Masso, M. et al. (2019). Multi-actor networks and innovation niches: university training for local Agroecological Dynamization. *Agriculture and Human Values* 36: 567–579. https://doi.org/10.1007/s10460-018-9863-7

López-García, D., y M. González de Molina. (2021). An Operational Approach to Agroecology-Based Local Agri-Food Systems. *Sustainability* 13(15): 8443. https://doi.org/10.3390/su13158443

Lopez-Garcia, D., G. Vázquez Macías, J. García-Fernández, M. Schmitt, P. Ortega Faura y J.Ll. Espluga-Trenc, (2023). Politics of Recognition. Exploring the symbolic contexts of material agroecological transitions. *Agriculture and Human Values* (under review)

Martín Díaz, E. (2012). Cultivando el racismo: procesos de segmentación laboral y de exclusión social en el medio rural andaluz. *Áreas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, (22), 113–127.

Mbembé, J.A. y L. Meintjes, (2003). Necropolitics. *Public Culture*,15(1): 11-40

McMichael, P. (2016). *Regímenes alimentarios y cuestiones agrarias*. Icaria.

Milan Urban Food Policy Pact, (2015). Milan Urban Food Policy Pact. Available at: < https://www.milanurbanfoodpolicypact.org/the-milan-pact>. Accedido 02/02/2023

Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación (MAPA) (2022a). *Plan Estratégico de la PAC de España*. Disponible en: < https://www.mapa.gob.es/es/pac/post-2020/pepac-sfc2021-v12_tcm30-623871.pdf>. Accedido el 25/04/2023.

Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación (MAPA) (2022b). *La superficie agraria ecológica se incrementó un 8 % y superó los 2,6 millones de hectáreas en 2021*. Disponible en: < https://www.mapa.gob.es/es/prensa/ultimas-noticias/la-superficie-agraria-ecol%C3%B3gica-se-increment%C3%B3-un-8--y-super%C3%B3-los-26-millones-de-hect%C3%A1reas-en-2021-/tcm:30-628477 >. Accedido el 25/04/2023.

Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación (MAPA) (2022c). *Informe de Consumo Alimentario en España 2021*. Disponible en: <https://www.mapa.gob.es/es/alimentacion/temas/consumo-tendencias/informe-consumo-alimentario-2021-alta-res_tcm30-624018.zip>. Accedido el 25/04/2023.

Molinero, F. y M. Alario, (2022). *Una mirada geográfica a la España rural*. Revives.

Molinero Gerbeau, Y., (2020). Dos décadas desplazando trabajadores extranjeros al campo español: una revisión del mecanismo de contratación en origen. *Panorama Social* 31: 141-153.

Mooney, P, (2018). *La insostenible agricultura 4.0*. ETC Group. Disponible en: < https://www.etcgroup.org/sites/www.etcgroup.org/files/files/la_insostenible_agricultura_4.0_rev_2021.pdf>. Accedido el 21/03/2023.

Moore, J.W., (2018). *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*. Traficantes de Sueños.

Moyano Estrada, E., (2021). Por qué decimos agricultura ecológica cuando queremos decir agroecología. The Conversation. Disponible en: https://theconversation.com/por-que-decimos-agricultura-ecologica-cuando-queremos-decir-agroecologia-150303>. Accedido el 03/03/2023

Muñoz Rico, A., (2022). *Trabajo digno también para los campesinos extranjeros*. El País/Blog Planeta Futuro. Disponible en: < https://elpais.com/planeta-futuro/3500-millones/2022-04-25/trabajo-digno-tambien-para-los-campesinos-extranjeros.html> Accedido 25/04/2023

Parajuá, N. (2022). *Transformations in agriculture, stockbreeding, forestry and fishing within the Spanish agri-food system (1980-2016)*. Historia Agraria 88. https://doi.org/10.26882/histagrar.088e04p

Ploeg J.D. van der,(2020). Farmers' upheaval, climate crisis and populism, *The Journal of Peasant Studies*, 47(3): 589-605, https://doi.org/10.1080/03066150.2020.1725490

Pons Cortés, G., (2022). No, la agroecología no solucionará los problemas del sistema alimentario. El País/Blog Planeta Futuro. Disponible en: < https://elpais.com/planeta-futuro/3500-millones/2022-08-03/no-la-agroecologia-no-solucionara-los-problemas-del-sistema-alimentario.html>. Accedido 15/04/2023

Red de Municipios por la Agroecología (RMAe) (2023). *Carta por una agricultura y una alimentación sostenibles. Voces desde el sector agrario comprometido con la agroecología*. Disponible en: < https://www.municipiosagroeco.red/wp-content/uploads/2022/06/20220427-CartaAlimentacionyAgriculturaSostenibles_RMAe.pdf>. Accedido el 02/03/2023.

Reganold, J. y J. Wachter, (2016). Organic agriculture in the twenty-first century. *Nature Plants* 2: 15221. https://doi.org/10.1038/nplants.2015.221

Rivera-Ferre, M.G., F. López-i-Gelats, F. Ravera, E. Oteros-Rozas, M. di Masso, R. Binimelis y H. El Bilali, (2021). The two-way relationship between food systems and the COVID19 pandemic: causes and consequences. *Agricultural Systems*, 191. https://doi.org/10.1016/j.agsy.2021.103134.

Rodríguez-Chaves Mimbrero, B., (2011). El contrato territorial y el contrato territorial de zona rural: dos instrumentos para promover una gestión sostenible del medio rural. *Ambienta*, 97: 66-82

Sicard, G. (Coord.), (2010). *S'installer, et après? Réflexions paysannes pour durer*. In-pact

Steffen, W., K. Richardson, J. Röckstrom et al. (2015). *Planetary boundaries: Guiding human development on a changing planet*. Science 347 (6223). DOI: 10.1126/science.125985

Vivero-Pol, J.L., T. Ferrando, O. De Schutter y Ugo Mattei (Eds.), (2019). *Routledge Handbook of Food as a Commons*. Routledge.

Willer, H., J. Trávnicek, C. Meier and B. Schlatter (Eds.), (2021). *The World of Organic Agriculture. Statistics and Emerging Trends 2021*. Bonn (DE): FiBL

Pensamiento al margen. **Revista Digital de Ideas Políticas**. Número 18 (2023), pp. 133 - 148
ISSN: 2386-6098. www.pensamientoalmargen.com.

Proyecto EUDEMON: prevención y resolución de conflictos eco-sociales en el ámbito del despliegue de las renovables en el territorio.

Sigrid Muñiz San Martín,
Dra. Ciencias Ambientales (UAB), facilitadora de procesos participativos y miembro del Centre per a la Sostenibilitat Territorial (CST).
Jaume Moya i Matas,
Ldo. Derecho (UB), posgrado en Gestión inmobiliaria (URL) y consultor

Recibido: 28/03/2023 / Aceptado: 18/05/2023

Resumen: El actual momento de crisis civilizatoria nos plantea retos eco-sociales de gran calado. La necesidad de cambio en el modelo energético actual es uno de los principales, que activa una transición en la cual, a pesar de que ya se ha iniciado, todavía estamos construyendo las respuestas. Es en este contexto de construcción del nuevo modelo cuando es oportuno preguntarse cómo queremos que se dé este proceso. Incidir en la necesidad de partir de planteamientos más inclusivos y con voluntad democratizadora conducen a detectar que uno de los grandes retos de esta transición energética es cómo construir las respuestas de forma colectiva. El proyecto Eudemon nace con el propósito de explorar cómo sería abordar la transición energética des de una visión holística, inclusiva y de construcción progresiva y participada de las soluciones. En el desarrollo de este objetivo, ha sido necesario incorporar los retos que plantean los escenarios de conflictividad social derivados de la implantación de energías renovables a lo largo del territorio. Y procurar unas condiciones sociales, procedimentales y de gobernabilidad que permitan la existencia de procesos de diálogo y co-creación colectivos. En este artículo se expone la metodología empleada, algunos de los resultados y aprendizajes obtenidos, y los desafíos y dudas que aún quedan por resolver.

.

Palabras clave: renovables, energía, gobernanza, participación, diálogo, transición, conflicto, cocreación.

EUDEMON project: prevention and resolution of eco-social conflicts in the context of the deployment of renewable energies in the territory.

Abstract: The current moment of civilisational crisis presents us with far-reaching eco-social challenges. The need for change in the current energy model is one of the main ones, triggering a transition in which, although it has already begun, we are still constructing the answers. It is in this context of building the new model that it is appropriate to ask ourselves how we want this

process to take place. The need to start with more inclusive and democratising approaches leads us to detect that one of the great challenges of this energy transition is how to build the answers collectively. The Eudemon project was created with the aim of exploring how to approach the energy transition from a holistic, inclusive vision of progressive and participatory construction of solutions. In the development of this objective, it has been necessary to incorporate the challenges posed by the scenarios of social conflict derived from the implementation of renewable energies throughout the territory. And to ensure social, procedural and governance conditions that allow the existence of collective dialogue and co-creation processes. This article presents the methodology used, some of the results and lessons learned, and the challenges and doubts that remain to be resolved.

Keywords: renewables, energy, governance, participation, dialogue, transition, conflict, co-creation,

Sumario: 1. Transición energética: el reto de dar respuestas colectivas a los problemas eco-sociales 2. El proyecto Eudemon: resolución de conflictos y construcción de gobernanza local 3. Aprender haciendo: aprendizajes y desafíos de la experiencia Eudemon. 4. En el camino: conclusiones y perspectivas de futuro. 5. Bibliografía.

1. Introducción

El modelo de desarrollo basado en los combustibles fósiles, el crecimiento material continuo y el consumismo sin límites se ha demostrado insostenible económica, ambiental y socialmente. La Agencia Internacional de la Energía (AIE) prevé que la demanda de energía primaria mundial crezca un 30% hasta el año 2040 y que el carbón, gas natural y petróleo representen el 80% de la energía consumida en 2040. Según el IPCC de Naciones Unidas, las emisiones actuales de gases de efecto invernadero son incompatibles con el Acuerdo de París, por lo que es imprescindible revertir esta tendencia y reducirlas de una forma inmediata y contundente.

De acuerdo con ello, predomina un discurso a nivel global que tiene por objetivo realizar este cambio. Naciones Unidas, dentro de los Objetivos de Desarrollo Sostenible ("ODS"), establece el de alcanzar una "energía asequible y no contaminante", para lo cual, la eficiencia energética continua y la energía renovable son elementos clave. La UE, por su parte, en su "Objetivo 55", hace de la consecución del objetivo climático de reducir las emisiones en al menos un 55 % de aquí a 2030 una obligación jurídica vinculante sobre el cometido legislativo del Consejo y el Parlamento europeos.

En el Estado español, el Plan Nacional Integrado de Energía y Clima 2021-2030 (PNIEC) prevé para el año 2030 una potencia total instalada en el sector eléctrico de 157 GW, de los que 50 GW serán energía eólica y 37 GW solar fotovoltaica, magnitud que supone multiplicar por 2 la primera y por 3 la segunda. En coordinación a este objetivo, reducir las emisiones de gases de efecto invernadero y mejorar la eficiencia energética, coadyuvan en los objetivos de transición ecológica. Para ello, existen múltiples hojas de ruta y propuestas concretas que definen cómo alcanzarlo: la reducción por ley del tráfico en las ciudades de más de 50.000 habitantes a través de la implantación de zonas de bajas emisiones (ZBE), las ayudas para el fomento de comunidades energéticas locales o la Estrategia de Descarbonización a Largo Plazo, entre muchas otras, son muestras de ello.

Sin embargo, también surgen dudas científico-técnicas acerca de algunos aspectos de esta transición. La evolución a futuro de la demanda energética, la viabilidad de un cambio de modelo energético que pase por la electrificación total de las fuentes de energía o la conveniencia de mantener cierta hibridación, son algunas de ellas. Junto a ello, la legislación europea y española sobre comunidades energéticas también se mueve en el

ámbito de la incertidumbre, como también lo está el debate sobre las medidas de compensación y retorno de beneficios al territorio, el aprovisionamiento y la suficiencia de las materias primas necesarias para el desarrollo de las renovables, la correspondiente capacidad tecnológica de almacenamiento, la compatibilidad del desarrollo de las renovables con la protección del medio ambiente, la biodiversidad y la seguridad alimentaria, la necesidad de que la transición energética no perpetúe la dependencia de la población respecto el oligopolio energético, etc.

En este contexto de incertidumbre surgen los correspondientes focos de conflictividad que hacen necesaria un amplio proceso de deliberación sobre cada una de estas cuestiones. Conflictos como los vinculados a la transformación de los usos del suelo y el paisaje, al menoscabo de los objetivos de soberanía alimentaria frente al desarrollo de la producción energética, a la necesaria intervención de la Administración como garante de los procesos participativos y transparentes en la valoración de impactos sobre el territorio, entre otros.

Existen una inmensa pluralidad de aproximaciones a la cuestión energética. Dictámenes, artículos, conferencias y publicaciones de todo tipo han abordado la transición energética desde perspectivas técnicas y tecnológicas, economicistas, ideológicas, sociales, etc. Con mayor o menor intensidad, pero siempre y en todo caso, se llega a la conclusión de reconocer la necesidad insoslayable de no obviar, cuando no de encarar con el mismo vigor que las demás caras de la poliédrica cuestión, el componente psico-social.

En España, la propia Unión Española Fotovoltaica (UNEF), en los requisitos de concesión del "sello de excelencia en sostenibilidad", incluye medidas de gobernanza y diálogo con asociaciones y actores locales; en el mismo sentido, la Asociación Eólica Española (AEE) lo recoge en su reconocimiento a la integridad rural de sus Premios Eolo. También desde los organismos públicos, responsables de planificar dicha transición energética y facilitar el camino de la extensión de las renovables, incorporan en sus documentos y discursos los conceptos de participación social, de empoderamiento de la ciudadanía, de la dimensión social y de gobernanza energética. Los programas CE Implement del IDAE establecen ayudas impulsar la innovación social y la participación ciudadana en renovables, o gobiernos autonómicos como el balear o catalán prevén la participación en el financiamiento y la titularidad de las propias centrales de renovables por parte de la ciudadanía de los territorios afectados.

Pero, a pesar de que la búsqueda de la llamada "licencia social" aparece en muchos discursos, en la práctica queda muy limitada a situaciones puntuales (desarrollo de comunidades energéticas destinadas al autoconsumo, requisitos de un porcentaje de aceptación de los propietarios de las tierras donde se implantan renovables, titularidad de acciones de hasta un 20% en los proyectos eólicos y fotovoltaicos, etc). En ningún caso se definen protocolos de participación con hojas de ruta específicas y preceptivas que deban intervenir en su implementación.

Es aquí donde surge la cuestión. En la planificación de la transición energética hacia fuentes descarbonizadas y renovables, desde su extensión a lo largo del territorio, y en un contexto democrático y social, ¿realmente somos capaces de dar respuestas colectivas a los problemas globales? ¿Qué papel puede jugar el *demos* en la definición y liderazgo de este cambio de paradigma energético? ¿Cómo reunimos las premisas de legitimidad, credibilidad y confianza en los procesos de diálogo de calidad y permanencia?

La traducción en la práctica del anhelo creciente dentro de las comunidades sociales del desarrollo de procesos de toma de decisión y metodologías de facilitación es un reto que forma parte del proceso de transición ecológica y cambio de paradigma energético. Recabar material para la articulación de una gobernanza por el clima desde la sabiduría colectiva, la inteligencia transformativa y democrática de los diferentes colectivos que

integran el conjunto de la ciudadanía es también una urgencia que exige una respuesta desde una perspectiva eco-social.

2. El proyecto Eudemon: resolución de conflictos y construcción de gobernanza local

El Proyecto Eudemon parte de la consideración que la conflictividad social es un atributo propio de las sociedades plurales, y, por tanto, que no se puede ni deberíamos querer eliminar. Desde este punto de vista, una transición energética para ser calificada de "justa" debería ir acompañada por un sistema sociopolítico y de gestión de lo público capaz de aceptar, incorporar y construir a partir de la pluralidad social.

Por ello, el objetivo de Eudemon está en el desarrollo de un protocolo de actuación que permita la "resolución" de estos conflictos socio-ecológicos. Su necesidad parte del simple hecho que nunca hay una solución única y unívoca con suficiente universalidad para ser aplicada a la pluralidad de problemas complejos y, además, tampoco está siempre al alcance del gestor y de los protagonistas del conflicto o de sus actores. De esta manera, ante el reto energético, no sólo no hay una fórmula infalible, sino que, además, cualquier resolución comporta una intervención activa y perenne que gestione el proceso conflictivo y, en sentido contrario, evite por inacción su desaparición por causas menos conscientes como el aburrimiento, la dejadez o la resignación.

Por lo tanto, desde la consciencia de la necesidad de actuar en pro de la transición energética y, a la vez, de la constatación de las resistencias ante un modelo de desarrollo que deja fuera muchos colectivos y administraciones territoriales, el proyecto Eudemon busca la resolución y prevención de los conflictos en el desarrollo de las energías renovables (EERR) a través de acuerdo entre todas las partes. En este sentido, viene a contribuir en el diseño de sistemas de gobernabilidad más adecuados a los desafíos eco-sociales actuales. Es decir, a constribuir en la construcción de sistemas basados en una determinada visión de la gobernabilidad: la gobernanza a una escala territorial más local y basada en los principios del diálogo y de la toma de decisiones por consenso.

El proceso se ha desarrollado en un territorio comarcal. La voluntad ha sido seleccionar un marco supramunicipal, con administración propia, que fuera representativo de los diferentes factores que coinciden en los conflictos vinculados a las renovables: paisaje valorizado, actividad industrial y agraria, emplazamiento próximo a área metropolitana, dinamización social y existencia de proyectos eólicos y fotovoltaicos. Por ello, la selección ha recaído en la comarca del Alt Penedès (Barcelona, Catalunya).

El punto de partida ha sido realizar un primer seguimiento y análisis del conflicto en torno a la implantación de energías renovables, para facilitar la comprensión de la cuestión energética y su incidencia en la comarca. En segundo lugar, la identificación de los diferentes colectivos (públicos y privados) relevantes y los actores en los conflictos existentes o previsibles, y la entrevista con sus representantes para identificar su nivel de implicación y su perspectiva sobre la cuestión. Se ha contactado con representantes de entidades constituidas y activas en torno a ejes ecologistas, culturales, empresariales, sindicales, paisajísticas, agrario o energético, con plataformas críticas a los proyectos energéticos y con ayuntamientos con afectaciones y/o actividades vinculadas a la cuestión, lo que ha permitido desarrollar un mapa de agentes, sensibilidades, liderazgos y dinámicas previsibles. Simultáneamente, entrevistas con el órgano responsable de la planificación energética en Catalunya (ICAEN) y con el Consell Comarcal, de manera contemporánea con el desarrollo de las Agencias comarcales de Transición Energética.

A partir de estas referencias, se lleva a cabo el diseño y programación de los "debates contextualizados", en colaboración con los principales grupos de interés identificados, y con sinergias más estrechas en la producción con los agentes más implicados. Dicho

diseño de las sesiones incluye elaboración de materiales, reclutamiento de participantes, dinámicas de facilitación, tratamiento de resultados y difusión de los mismos.

De forma simultánea, el trabajo en progreso se proyecta a través de redes sociales y se informa a los medios de comunicación locales, buscando el más amplio conocimiento de la existencia del proyecto y, en su caso, la incorporación de nuevos agentes.

En fase posterior de los debates, se procede a la reflexión sobre las dificultades y retos a partir de las experiencias obtenidas, a la identificación de consensos ampliamente compartidos relativos al proceso de transición energética, a la implantación de centrales eólicas y fotovoltaicas y a la democratización y gobernanza del sistema energético. Los consensos en cada uno de estos campos constituyen la base para fijar criterios en los posteriores debates en relación a la solución del conflicto, que se desarrollan en la siguiente fase de creación y activación de un grupo motor.

El grupo motor resultante representa el mecanismo de participación a nivel comarcal, a partir del cual se pretende que la ciudadanía no sea un mero espectador, cliente o financiador, sino un auténtico agente corresponsable de todo el proceso y pueda implicarse en las decisiones estratégicas del mismo.

Concretamente, el Grupo Motor Comarcal del Alt Penedès reúne, actualmente, a 18 personas que están conectadas con 13 entidades diferentes del territorio, provenientes de 5 sectores distintos y 10 municipios diferentes de la comarca. Un Grupo que tiene las siguientes funciones: 1) Promover mecanismos de implicación local per ir ampliando la primera base de consensos, 2) Concretar estos consensos con pruebas piloto, líneas de trabajo o acciones específicas, 3) Ofrecerse como espacio de debate y mediación ante proyectos de instalación de EERR y 4) convertirse en un interlocutor con las administraciones públicas sobre aspectos relacionados con la transición energética.

3. Aprender haciendo: aprendizajes y desafíos de la experiencia Eudemon

Acorde con los enfoques teórico-prácticos del ámbito de la resolución de conflictos (Wilhelm, 2008), las teorías de la complejidad (Ciurana, 2001) y de la investigación-acción (Gabarrón y Hernández Landa, 1994), se busca que cada proceso sea único e irrepetible y que el método co-evolucione con el real empírico. Entendiendo que desarrollar una práctica concreta nos acerca a los entresijos de la realidad y enfrenta nuestros objetivos al "cómo".

Es por ello que la trayectoria recorrida por el Proyecto a lo largo de más de un año y medio es contexto-específica. Es decir, surge de un diálogo con las circunstancias que el problema, las personas y el territorio del Alt Penedès han ido marcando. En este sentido, las estrategias y procedimientos realizados no se pueden extrapolar directamente a otros casos. Pero sí, pueden servir de inspiración para otros practicantes y ser útiles para situaciones similares.

A grandes rasgos, la experiencia Eudemon ofrece dos conclusiones principales. Para poder llegar a acuerdos colectivos entorno a la definición y materialización de la transición energética y, concretamente, sobre la implantación de las EERR es necesario:

3.1. Tener en cuenta lo que muestra la conflictividad social

Los conflictos surgidos a raíz de distintas propuestas de instalación de energía eólica y fotovoltaica reflejan algunos de los aspectos clave del proceso de transición energética. Son aspectos que desvelan debates culturales y filosóficos de fondo (sobre el tiempo, la comunidad, la escucha…) y que, a la vez, condicionan el debate público de actualidad. Para poder avanzar en la praxis del proyecto Eudemon ha sido necesario reconocer e incorporar las siguientes realidades:

3.1.1 En el proceso de transición energética conviven ritmos de cambio distintos y el binomio urgencia-resistencia permea el debate.

En el proceso de transición energética conviven ritmos de cambio distintos. Por un lado, se detecta la "urgencia" de un cambio (hay preocupación por la crisis energética, frustración por acciones que no se acaban de materializar, presión por acelerar la transición…). Y, por el otro lado, hay una "resistencia" al cambio (necesidad de procesar el momento actual, voluntad de ser partícipes de este cambio y no sentirse arrastrados por él, cuestionamiento de la hoja de ruta establecida…). Una situación que nos invita a preguntarnos: ¿qué intensidad de cambio podemos asumir? ¿Cómo acompañar el cambio respetando los distintos ritmos que incluye?

En este sentido, el Proyecto trata de equilibrar estos dos ritmos. Se reconoce la urgencia, pero, evitando que sirva para justificar decisiones "poco populares", para acortar procedimientos y limitar la participación o para esconder la incertidumbre y la complejidad del reto energético. Y, a la vez, se reconoce la resistencia, pero evitando que sirva para bloquear la toma de decisiones y el diálogo, para eludir el reto que tenemos, o para quedar paralizados.

De este modo, en el devenir del Proyecto; 1) se infunde calma, visión a largo plazo y esperanza a aquellas personas activas en el cambio de modelo energético, 2) a las personas que se sienten presionadas/forzadas se les evidencia que es un proceso ya iniciado y en movimiento, pero que aún tiene margen para ser reconducido e incluir más voces, y 3) se respetan los tempos sociales y de diálogo (que requieren tiempo), a la vez que se procura que estos procesos no se dispersen o se dilaten en exceso.

3.1.2 El proceso de transición energética tiene un componente técnico muy marcado y un corpus de conocimiento sectorial no siempre disponible.

Como es característicos de los conflictos socio-ecológicos, los conflictos "energéticos" contienen un fuerte componente técnico y la cuestión epistemológica se encuentra en la raíz de la controversia; "ya sea porqué se alega que no hay suficiente información, porqué la que hay es contradictoria o porqué se usa el conocimiento científico como recurso táctico" (Muñiz, 2021).

Efectivamente, se detecta, como mínimo, tres fenómenos que influyen en la posibilidad de abrir espacios de deliberación y en cómo conducirlos;

-El debate y las decisiones sobre el cambio de modelo energético tienden a tomarse solamente usando criterios técnicos (que tienen que ver con aspectos tecnológicos y económicos de la instalación renovable, con el cumplimiento de la normativa sectorial vigente, con los cálculos de producción y consumo energéticos…) y no se consideran otros factores como la capacidad de acogida del territorio desde el punto de vista psico-social (aspectos emocionales, valores simbólicos, usos sociales, percepción del impacto, conocimiento local…).

-Se usan los datos científico-técnicos como objeto de disputa y para acreditar o desacreditar ciertos posicionamientos.

-Se necesita un cierto grado de información y formación para comprender el problema y las posibles vías de solución. Y cuando estos elementos no existen plenamente, las personas se sienten inseguras y no se atreven a participar, o les sirve de pretexto para no definir propuestas concretas. O bien surgen malentendidos o se hace un uso poco riguroso de las fuentes de información disponibles.

Y, a pesar de la preminencia del elemento científico-técnico, siguen siendo minoritarios los procesos participativos donde se trate expresamente lo relativo al conocimiento. Una realidad que empuja al Proyecto a buscar y a difundir los datos menos accesibles o conocidos, a estructurar, clarificar y verificar la información que existe y a generar el conocimiento que todavía no tenemos.

3.1.3 El contexto sociopolítico y cultural no es favorable a ciertas prácticas orientadas a la gobernanza y los procesos consensuales.

El contexto sociopolítico y cultural que enmarca el proceso de transición energética no es favorable a ciertas prácticas decisionales orientadas a la gobernanza y los procesos consensuales. O bien no se contemplan, no tienen cabida o su implementación es dificultosa.

Por un lado, se detecta que hay una idea predominante de lo que debería ser el nuevo modelo energético que acapara, en gran medida, el imaginario colectivo que tenemos sobre la transición energética. Una idea suficientemente fuerte como para que no se contemplen otras perspectivas o que la posibilidad que cada territorio defina esta transición de forma endógena. Por otro lado, sigue predominando la cultura política de la gobernación; no se prescribe la necesidad de abrir procesos de participación ni la necesidad de facilitar el acceso a información clave, no se comparte el poder de decisión por parte de las administraciones responsables, algunas entidades se colocan en la posición de exigir, o usan estrategias de lobby y de difusión de un modelo energético predefinido, o esperan a que se les dé permiso para decidir, etc. (Muñiz, 2023).

También se detectan dificultades en el acceso a la información sensible relativa a los proyectos y, aún más, en los mecanismos para corresponsabilizar en la solución de los conflictos a todas las partes implicadas. Las pretendidas urgencias, las trabas burocráticas, las vías de participación meramente formal y enunciativas o la primacía de las declaraciones responsables, frente a la gestión e integración de las aportaciones y alegaciones de la ciudadanía, o un marco normativo poco ambicioso y comprometido[1], demuestran igualmente los retos que planean en este campo.

Y, en este sentido, se hace manifiesto que aún queda mucho por avanzar y que se requiere de un análisis y reflexión colectiva sobre cuestiones de participación, comunidad, desigualdades de poder, transparencia, etc.

3.1.4 El proceso de implantación de las EERR está vinculado al factor territorial.

El debate energético nos muestra la centralidad del factor territorial, el cual se expresa en, como mínimo, dos ejes. Por un lado, se evidencia que el proceso de implantación de las EERR está inevitablemente vinculado a las tensiones entre necesidades, intereses y usos que se dan en el espacio donde se pretenden instalar. Es decir, que topa con las diferentes funcionalidades y dinámicas del territorio. Por ello, el Proyecto toma la comarca como unidad de actuación y así poder facilitar una visión territorial más integrada y singular.

Por otro lado, el elemento territorial también se refleja en las interrelaciones entre lo local y lo global que están implícitas en el proceso de cambio de modelo energético. Una cuestión que el Proyecto trabaja en dos sentidos:

[1] A todo ello se suma la escasa, casi nula, incorporación a la normativa y a las prácticas[1] del "Convenio sobre el acceso a la información, la participación del público en la toma de decisiones y el acceso a la justicia en materia de medio ambiente", hecho en Aarhus (Dinamarca), el 25 de junio de 1998. Dicho convenio explicita que para el ejercicio de los derechos que reconoce y el asentamiento de una verdadera democracia ambiental, la ciudadanía requiere de la asistencia de las autoridades obligadas, y ese es un punto débil que dificulta el desarrollo de prácticas de gobernanza.

-Mostrando que el sistema energético no está aislado, sino que está interconectado. Por tanto, que hay un nivel territorial catalán (mundial, europeo, español) en el que se toman decisiones y que es necesario tener en cuenta. Y que, además, tiene una distribución territorial desigual en sus capacidades de producción y niveles de consumo energéticos.

-A la vez, que revindica la capacidad de los territorios más locales de poder definir una transición energética acorde con sus potencialidades y recursos propios. Y evita, de este modo, planteamientos demasiado "top-down" que reducen el papel de las comunidades locales y la ciudadanía.

3.2 Asegurar que se dan unas condiciones sociales, procedimentales y de gobernabilidad mínimas

Para poder realizar una labor de intermediación, de consenso y de trabajo conjunto se requieren unas mínimas condiciones de partida. Bajo la perspectiva de la Gestión Alternativa de Conflictos, se considera clave que sean las propias personas las que se impliquen en la gestión de sus problemas y se busca crear las condiciones que harán que los participantes sean más propensos a cooperar y a diseñar soluciones efectivas (Rabe, citado por Nel·lo, O., 2003). En este sentido, en el proyecto Eudemon se pone el énfasis en las personas y los contextos que propiciaran estos acuerdos (modelo transformativo de Floger y Baruch). A la vez que no se olvida la importancia de articular un diálogo que tenga en cuenta las características del conflicto (modelo de negociación) y la necesidad de construir colectivamente la solución (modelo circular-narrativo de Suares y Cobb).

Desde este paradigma y también en base a otras experiencias[2], se confirma que para poder alcanzar consensos sociales que incidan en el proceso de transición energética se necesita contar, como mínimo, con unas condiciones que (al menos, al completo) no suelen ser habituales en el panorama energético catalán y español actual. Como se evidencia también para el caso del Alt Penedès, es necesario propiciar y/o crear estas tres condiciones.

3.2.1 Personas/agentes territoriales dispuestos a asistir de forma voluntaria al proceso de diálogo

En contextos en los que el conflicto está vivo y toma un grado de beligerancia elevado, los actores pueden mostrar actitudes de reticencia o rechazo frente a propuestas de diálogo o que comporten reunirse con las otras partes. En tales situaciones, es aconsejable tratar de crear un ambiente más relajado y de confianza, tratar de equilibrar las desigualdades de poder, aumentar la transparencia de los procesos y la información vinculada, y despertar en los implicados la voluntad de querer profundizar y reflexionar en torno a la problemática. Una tarea a menudo ardua y que requiere tiempo y maestría.

Un modo de sortear, a la vez que considerar, los conflictos más polarizados es hacerlo de forma indirecta. Por un lado, se pueden buscar espacios y/o canales de comunicación que no estén vinculados directamente con el conflicto y que nos permitan acercarnos a los actores. Por otro lado, si este acercamiento no es posible, se pueden incorporar las voces de éstos ya sea, a través de las conexiones que puedan tener con otros agentes que sí participan del diálogo, o trayendo sus opiniones como material de debate. Y, en todo caso, es oportuno crear, en paralelo, ambientes que aborden el conflicto de forma no adversarial y sirvan de inspiración, ejemplo o, incluso, de puente para propiciar la participación de los más reacios.

[2] Experiencias como las de Son Salomó en Menorca (https://renovemoslasrenovables.es/#salomo2) reafirman la necesidad de reunir estas circunstancias para impulsar procesos de mediación y diálogo.

En este sentido, es clave detectar qué agentes territoriales ya son activos y/o tienen interés en la problemática y animarlos a participar del proceso de diálogo. Se empieza por aquellas personas y entidades que tienen ganas de contribuir en el debate y que tienen una visión más comprensiva de la situación, en tanto que representan un capital social que está más predispuesto a escuchar y que, a la vez, puede erigirse como base de gobernanza para resolver la cuestión y/o como palanca de arrastre para aumentar la implicación social.

Ciertamente, el reto de incorporar a los colectivos más reactivos o las posiciones más extremas existe y su no participación en el diálogo puede reducir la diversidad de aportaciones y el ángulo de visión de la problemática. Igualmente, movilizar a las personas ya interesadas para que tomen acción no siempre es fácil: muchas de ellas reportan falta de tiempo, o tienen la sensación de no tener el conocimiento necesario, o no se sienten capaces de dar respuestas concretas. Pero, además, existe un amplio sector de la población que tiene poco conocimiento sobre la cuestión energética o que lo ve como una decisión práctica personal (¿me instalo placas solares en el tejado?) y no tiene interés en aspectos más estratégicos.

El tema de la transición energética y de las energías renovables todavía es un debate poco maduro y poco extendido territorialmente y socialmente en muchos lugares, tal como sucede en el Alt Penedès. Y esto nos lleva a buscar fórmulas que despierten el interés entre aquellas personas menos organizadas y/o conocedoras del tema. Realizar un trabajo de sensibilización (divulgación, recomendaciones prácticas, dar a conocer experiencias que estén funcionando…) se ve oportuno como paso previo a abrir procesos de debate y consenso destinados a la ciudadanía en general. Y también emplear canales de comunicación no sectoriales (por ejemplo, las asociaciones de vecinos, los servicios sociales de los ayuntamientos…) para llegar a diferentes segmentos de la sociedad.

El desconocimiento que existe con la problemática, también se da entre algunos de los agentes implicados. O si se conoce la existencia del otro, quizás no existen canales de comunicación, lazos de confianza o experiencias de colaboración entre ellos. La existencia de una red social suficientemente amplia, cohesionada y activa ayuda a impulsar procesos colectivos, por ello, es oportuno incentivar la conexión entre sectores actualmente desconectados entre sí y promover su vinculación a diferentes niveles.

En todo caso, y como se comenta con anterioridad, la cultura y práctica democrática actuales no propician aproximaciones comunitarias y consensuales de abordar los problemas públicos. Por ello, un paso imprescindible, y que acompaña todo el proceso, es dar a conocer la existencia de estas vías, despertar el interés por cómo tomamos decisiones, y hacer pedagogía sobre la idoneidad y la viabilidad de planteamientos como los del proyecto Eudemon. Una labor que, en ocasiones, topa con incomprensión (cuesta ver su materialización, no se entienden los valores de fondo…) o con desconfianza (se espera que haya intereses particulares ocultos…), lo que también refleja la importancia de quien asume el rol de promotor.

No estar inseridos originariamente como Proyecto en el contexto territorial de l'Alt Penedès nos permite adoptar una mirada neutral y establecer relaciones sin un historial previo que las pueda condicionar. Características que facilitan el rol de facilitador-mediador. Sin embargo, esto implica tiempo para darse a conocer y para ir ganándose la confianza de los implicados. Y, por tanto, tiempo para aumentar la capacidad de convocatoria y movilización social entorno al debate energético.

3.2.2 Procesos de diálogo que faciliten el entendimiento, la colaboración y el logro de acuerdos

Aceptando la naturaleza conflictiva y compleja de la cuestión energética y dándole su debido reconocimiento, se considera necesario aumentar el número de espacios en los que

se puedan expresar y escuchar las distintas voces, perspectivas, sensibilidades y conocimientos que hay. Y, a la vez, asegurarnos que se dé un diálogo real. Es decir, no nos sirve con simplemente juntar y compilar opiniones individualizadas, es necesario un diálogo en el que nos dejemos seducir o cuestionar por los demás, que propicie la reflexión y el aprendizaje y que dé resultados de grupo. ¿Podemos avanzar en la transición energética si no gestionamos nuestras diferencias, profundizamos en los retos y dudas actuales, o creamos alianzas entre los diferentes agentes?

Adoptando este enfoque, el primer paso es: a) multiplicar los lugares de encuentro (promoviendo la dimensión colectiva/comunitaria) y b) establecer un marco de deliberación que sostenga este diálogo y propicie la generación de consensos. La fórmula que se ha utilizado –los debates contextualizados- consiste en promover procesos adaptados a cada contexto social-geográfico-conflictivo.

Una fórmula que responde a dos premisas principales. En primer lugar; a la voluntad de construir a partir de lo que ya ha surgido de forma endógena en el territorio y en sintonía con las necesidades presentes de la realidad local. Se entiende que, de este modo, se facilita la puesta en marcha de este tipo de procesos y que, al mejorar su encaje, las propuestas de resolución que surjan serán más oportunas y viables. En segundo lugar esta fórmula responde; a la voluntad de establecer progresivamente el marco de debate e ir clarificando que es aquello sobre lo que se quiere llegar a acuerdo. Es sabido que en las problemáticas eco-sociales, la definición del problema, cómo enfocarlo y resolverlo suele ser una cuestión disputada. Por tanto, saber cuál es el marco de discusión más adecuado no es una cuestión que venga dada ni, en tal caso, un asunto baladí.

En concordancia, la definición de estos debates se realiza teniendo en cuenta los siguientes elementos: a) las necesidades que emergen de la problemática entorno a la implantación de las energías renovables, b) los espacios colectivos ya activos en el territorio, c) los intereses y el grado de maduración del debate que hay en cada uno de estos espacios, y d) la voluntad de ir desgranando la cuestión desde diferentes perspectivas y planteamientos. Esto, para el Alt Penedès, queda traducido en la apertura de cinco espacios de encuentro con diferentes objetivos (abordar el conflicto, contribuir al marco decisional establecido, generar alternativas concretas), realizados en diferentes contextos sociales, escalas territoriales y temáticas, y a través de diferentes mecanismos de participación (talleres, jornadas de información y reflexión, encuesta pública).

Cada uno de estos debates es diseñado especialmente para la ocasión y la metodología mayormente utilizada es la de los talleres participativos. Los "talleres" tienen como finalidad principal la de elaborar pensamiento colectivo y aumentar la vinculación de las personas asistentes. En este sentido, cada sesión está cuidadosamente preparada para facilitar una participación significativa y agradable de todos, y para que el trabajo colectivo sea ameno y fluido. Se emplean técnicas de dinamización grupal que ayudan a reflexionar, integrar, sistematizar… y los materiales son elaborados por el equipo dinamizador de forma que, a través de preguntas generativas, múltiples formatos, juegos… se puedan tener debates más informados, complejos y de calidad.

En toda esta labor, se ha evidenciado la importancia de realizar un intenso trabajo de investigación. Recopilar información y conocer en profundidad la problemática, el caso y los retos que van surgiendo se revela como un factor clave para promover procesos de gobernanza y resolución de conflictos. Tres son las razones principales. Una tiene que ver con lo que ya se ha explicado en relación a la necesidad de reunir, interpretar y facilitar el acceso a la información a los actores implicados. Las otras razones tienen que ver con el tipo de diálogo que se quiere promover. Para generar un diálogo rico y riguroso, y, por tanto, suficientemente válido, es vital tener información contrastada, y lo más completa posible. Por otro lado, para no quedarnos anclados en el marco de discusión que establece

el conflicto (que puede estar lleno de creencias limitantes o simplismos, y que puede excluir ciertas visiones y perspectivas), necesitamos información que nos ayude a ser autocríticos y a ampliar el marco de partida.

La intención de integrar las distintas aportaciones de los participantes e ir tramando un camino común se materializa en el tipo de metodología empleada, pero, también, en el modo de procesar los resultados de los debates. Se busca articular un relato compartido a nivel grupal y territorial que sirva para tejer complicidades, seguir sumando consensos, crear imaginarios colectivos que guíen el proceso de cambio de modelo energético y como base para trabajar acuerdos más específicos. Todo ello como parte de un proceso de articulación que va tramando la realidad energética futura que queremos.

Un proceso de articulación que debería visualizarse como un proceso a largo plazo y que se va construyendo gradualmente. Si bien, para el caso del Alt Penedès, se ha obtenido un primer documento de consenso social comarcal, éste es fruto de la participación de aproximadamente unas 70 personas –el 30% de las cuales son mujeres- que representan un 55% de los municipios de la comarca y que mayormente forman parte de alguna entidad. Esto significa que hay todavía mucha gente para implicar, movilizar e incluir en la definición del modelo energético comarcal.

Además, el documento no incluye todos los factores relevantes del debate. Hay aspectos que no se han podido tratar (por ejemplo, en relación al sector industrial) o en los que no se ha podido profundizar lo suficiente como para llegar a un consenso explícito (por ejemplo, ¿qué rol deberían desempeñar las empresas energéticas? ¿Se contempla la posibilidad de producir para otros territorios?). Factores como; la no continuidad de ciertos grupos de debate o la falta de capacidad para abrir más espacios de encuentro (por falta de tiempo, recursos humanos y técnicos, de complicidades…) lo explican, en parte.

En todo caso, el propio ejercicio de impulsar procesos de diálogo y de detectar consensos territoriales, sirve para conocer algunos de los retos metodológicos que hay:

-Equilibrio conceptual/concreto. El debate energético se da en dos niveles; un primer nivel más general-conceptual (bastante predominante) que habla de modelos, aspectos ideológicos, posicionamientos de fondo…. Y un segundo nivel más específico que pide aportaciones concretas para la toma de decisiones, y trata sobre hechos particulares de los conflictos activos. ¿Cómo tratamos los aspectos conceptuales y, a la vez, los traducimos en acciones concretas para el territorio? ¿Cómo hablamos de las preocupaciones cotidianas de las personas y, a la vez, contextualizamos estas realidades en marcos de referencia más estratégicos?

-Equilibrio información/incertidumbre. Facilitar debates informados implica buscar información y dar claves para su interpretación. Pero, a la vez, se evidencia la necesidad de reconocer que hay un cierto grado de incertidumbre irreductible, es decir, límites del conocimiento y una situación de indeterminación normativa propia de un escenario en construcción. El reto consiste, entonces, en aspirar a tener el máximo de información posible y, a la vez, aprender a decidir sin certezas absolutas.

-Complejidad técnica. Algunos participantes manifiestan que es difícil imaginar qué representan en la práctica ciertas cifras y características técnicas. Y, por ello, para valorar ciertos aspectos vinculados con la implantación de las EERR (como, por ejemplo, las distancias entre parques fotovoltaicos o límites en la concentración de proyectos) se necesita contextualizarlos en situaciones específicas (que no siempre están disponibles).

3.2.3 Mecanismos de gobernabilidad que sostengan el diálogo y garanticen la incidencia de los acuerdos alcanzados en las decisiones públicas y/o comunitarias

Un análisis en términos de democracia participativa del Alt Penedès nos muestra un contexto deficitario. Hay una predisposición de la población a participar en la toma de decisiones públicas menor al 50%[3], persisten valoraciones negativas de anteriores experiencias participativas (falta de asistencia, no se han aplicado los resultados obtenidos…), los organismos públicos limitan las consultas ciudadanas a los procedimientos administrativos básicos y no existe ningún mecanismo de gobernanza energética actualmente instaurado. Un panorama que confirma la necesidad de desarrollar fórmulas de gobernabilidad que amplíen la implicación social.

Con la intención de contribuir a este reto, se promueve de forma explícita el debate sobre la democratización del sector energético. Una oportunidad para detectar las carencias y potencialidades participativas actuales y para ir construyendo conjuntamente cuál es el ideal democrático para tratar la cuestión energética comarcal. Para el Alt Penedès, se visualizan fórmulas en las que la ciudadanía no adopta simplemente el rol de cliente ni participa sólo en el financiamiento de las iniciativas renovables, sino que se corresponsabiliza de la gestión y gobernabilidad del sistema energético. Y se apuntan algunos de los retos con los que habrá que lidiar; el individualismo, las creencias "des-incentivadoras", la falta de información y conocimiento, el poco soporte político local, etc. Y con las dudas y diferencias que aún existen sobre cómo materializar este ideal.

Ciertamente, también existen palancas que pueden apoyar este empoderamiento social como el creciente sentido cooperativista, la educación en las escuelas, las experiencias de comunidades energéticas que van apareciendo, las acciones de divulgación, la concienciación sobre el factor económico de la energía, etc. Los procesos de diálogo realizados en el marco del proyecto Eudemon también facilitan este empoderamiento. Por un lado, tal como expresan la mayoría de participantes, el mismo planteamiento de los talleres favorece la cultura participativa y el entrenamiento de las capacidades necesarias para involucrarse en procesos colectivos. Por el otro lado, la misma realización de los debates despierta el interés y, en algunos casos incluso sirve para establecer vínculos de complicidad con regidores, alcaldes y técnicos de diversos ayuntamientos de la comarca.

Pero, a pesar del valor de estas iniciativas de diálogo, existe el peligro que queden reducidas a procesos participativos puntuales que no se traduzcan en un empoderamiento permanente o en espacios de gobernanza auto-sostenidos y con continuidad a largo plazo. Igualmente, si no se incide expresamente, se corre el riesgo que los consensos y propuestas resultantes no lleguen a tener repercusión en la toma de decisiones y/o una materialización palpable en el proceso de transición energética. Para amplificar las probabilidades de incidencia política y de traducción práctica de los resultados y para ayudar a consolidar los espacios colectivos creados, se llevan a cabo las siguientes acciones:

-Buscar soportes institucionales y políticos que garanticen un cierto impacto. Desde el inicio se mantienen abiertos diferentes canales de comunicación con las autoridades competentes (tanto comarcales como autonómicas) y se realizan diversas reuniones para encontrar formas de colaboración y modos de encajar o integrar los procesos y resultados del Proyecto en el proceso decisional oficial. Por otro lado, se busca incidir en espacios políticos con capacidad legislativa y tratar que este tipo de mecanismos queden reconocidos normativamente.

3 Información obtenida en la encuesta realizada en el marco de una movilización de la Plataforma NO a la MAT (Olèrdola, 25 de septiembre de 2022)

-Difundir la experiencia y buscar alianzas con proyectos afines. Para que experiencias de esta índole se tomen en cuenta por parte de las administraciones o tengan un mínimo de eco en la arena pública, es necesario darlas a conocer y resaltar su valor. Por ejemplo, en redes sociales, internet, medios de comunicación, y en fórums, grupos de trabajo, etc. Todavía son aproximaciones minoritarias y consideradas de un rango menor en relación a enfoques más técnicos y/o tecnológicos. Por ello, también es necesario que se sigan multiplicando y que se establezcan sinergias y lazos de apoyo con proyectos similares.

-Crear un espacio de gobernanza nuevo: el Grupo Motor Comarcal (GMC) para la transición energética del Alt Penedès. Los procesos participativos llevados a cabo tienen sentido en sí mismos, pero, también como parte de un proceso más ambicioso en términos de gobernabilidad. Una vez se activa la base social comarcal y existe un punto de partida común suficientemente completo y edificante, es el momento de aglutinar todos los espacios-actores-procesos que han sido movilizados y aprovechar todo este trabajo para crear un organismo con perspectiva territorial y que pueda reivindicarse como motor de cambio y de consenso social.

La discusión teórico-práctica sobre qué modelos o enfoques de gobernanza consiguen una mejor gobernabilidad (es decir, una mayor capacidad para gobernarse y resolver los problemas públicos) continua abierta. Igualmente, existen múltiples formas de traducir cada una de estas perspectivas. Desde el proyecto Eudemon se apuesta por mecanismos de gobernabilidad que:

- Trabajen con la lógica sociopolítica de la gobernanza, es decir, que entiendan la naturaleza política de la sociedad como un espacio fluido de actores, procesos, normas, información e interacciones que van definiendo los temas colectivos y la toma de decisiones. En este sentido, se apuesta por estructuras flexibles, dinámicas y que sean capaces de gestionar estos flujos y redes de interdependencia.
- Empoderen a la población a hacerse cargo de los problemas comunes. Existen distintos niveles de participación en función del grado de otorgamiento de poder y de responsabilidad que asumen los participantes. Son conocidas las prácticas que informan a la población y/o la consultan puntualmente sobre aspectos que interesan a los gestores. Sin embargo, hay pocas que consigan que las personas se corresponsabilicen de la problemática energética y lleguen a ser parte activa en la búsqueda de soluciones. En este sentido, se aboga por formatos en los que sus miembros sean quiénes marcan la agenda, deciden y toman acción, a la vez que se coordinan o colaboran con otros.
- Contribuyan a ir creando nuevos modelos democráticos. Uno de los retos implícitos en el cambio de modelo energético es el cambio de modelo de gobierno (de toma e implementación de las decisiones colectivas, de gestión de los conflictos…). Cada acción de democracia participativa suma fuerza a este cambio, pero, una práctica empírica sin reflexión teórica o sin pretensión expresa de contribuir a una transformación más estructural, puede caer en saco roto. Es por ello que se apuesta por mecanismos de gobernabilidad que aspiren a replicarse, a escalarse y a ir ganando peso en el sistema decisional actual.

Para viabilizar este tipo de mecanismos, la experiencia d'Eudemon demuestra que es necesario reverter algunas de las dinámicas y estructuras mentales propias del modelo democrático actual. Por ejemplo, emerge de forma automática la idea que para que el GMC sea legítimo debe ser representativo. Los baremos institucionales de la

participación formal así lo exigen si estos espacios de participación quieren ser consultados. Pero, la legitimidad y autoridad de mecanismos como el GMC radican en su pluralidad, empoderamiento y capacidad para generar comunidad. Una vía para reforzar este planteamiento es recordar a las personas que asisten al GMC que vienen a título personal; desaparece la figura del representante y toma su lugar la figura del "enlace" o "nodo" (persona conectada con una determinada organización/red).

4. En el camino: conclusiones y perspectivas de futuro

Desde el inicio de la trayectoria Eudemon, ha quedado patente que el "cómo" no es un elemento que nace de forma automática cuando se define el "qué" y que su desarrollo no está exento de dificultades, dudas o retos. Queremos que la ciudadanía se implique en el cambio de modelo energético, pero, ¿con que procesos, mecanismos o acciones lo hacemos realidad? Queremos ir substituyendo el consumo energético actual por uno renovable, pero, ¿cómo conseguimos materializar la implantación de instalaciones eólicas y fotovoltaicas? A menudo, es en el caminar cuando se define más concretamente el destino, cuando se ponen a prueba las ideas de partida, e incluso, cuando se descubren nuevas metas y vías para llegar a ellas.

Así, el real empírico establece unas condiciones de partida que podemos decidir escuchar o no. Pero que, inevitablemente aparecen cuando se empieza a andar. El proyecto Eudemon ha incorporado en su ADN estas señales. Unas señales que la conflictividad social entorno a la implantación de energías renovables ha puesto sobre la mesa; la necesidad de manejar los distintos ritmos de cambio y de percepción y gestión de la urgencia climática, la necesidad de incorporar la variable espacial y de poner en relación lo energético con las diferentes funcionalidades territoriales, la necesidad de compartir información y de seguir generando conocimiento y aprendiendo a lo largo de todo el proceso de cambio, y la necesidad de aumentar la democratización en la definición y materialización del nuevo modelo energético.

Por otro lado, la voluntad de promover procesos de gobernanza basados en el diálogo y el consenso en el contexto de la transición energética en el Alt Penedès queda confrontada con este real empírico. Y, enseguida, le advierte de las limitaciones y potencialidades con las que tendrá que jugar. En este sentido, se trabaja con lo que hay y se trata de incentivar lo que falta; se motiva a las personas y agentes territoriales a participar, se abren espacios de diálogo, y se trata de crear vías que garanticen la incidencia de los acuerdos alcanzados en las decisiones públicas y/o comunitarias. Una situación que, sin quererlo, sitúa al Proyecto no únicamente como un facilitador-mediador, sino también en un rol de liderazgo-promotor.

En lo relativo al proceso de cambio de modelo energético en el Alt Penedès, la experiencia Eudemon ha conseguido aumentar el debate comarcal entorno a la problemática energética, ofrecer un relato (un criterio comarcal, una base de consenso), activar diferentes personas y agentes territoriales (incrementar las conexiones y su implicación), e impulsar un espacio con potencial para liderar este cambio desde una visión holística y de construcción progresiva y participada de las respuestas.

Más allá del caso, el Proyecto también busca poner su granito de arena en la discusión general sobre la implantación de las EERR. Una de las principales labores ha sido llamar la atención sobre la dimensión social de la transición energética y sobre la necesidad de aumentar la participación ciudadana en las decisiones estratégicas y/o de planificación. Y, en esta línea, se ha recopilado información, se ha analizado y reflexionado para poder mejorar la comprensión del reto democrático y social que está implícito en el reto

energético. Por otro lado, la misma experiencia práctica ofrece un conjunto de prácticas, metodologías y procesos que pueden ayudar a abordar este desafío en múltiples contextos.

De todos modos, y a pesar de casi dos años de andadura del Proyecto, aún queda un largo camino por recorrer. Y aún es pronto para hacer ciertas valoraciones. Los procesos de cambio social y que tienen que ver con retos globales son complejos, difíciles de predecir y, todavía más, de dirigir. Por ello, surgen innumerables preguntas sobre la continuidad del proceso y sobre su impacto real que permanecen abiertas. ¿Conseguirá el Grupo Motor Comarcal seguir sumando activos y hacer converger la pluralidad en un proyecto común de transición energética? ¿Se mantendrá a largo plazo? ¿Su actividad dará resultados prácticos? ¿Se posicionará el Proyecto como ejemplo para inspirar nuevas iniciativas? Igualmente, es difícil llegar a conclusiones de un cariz más teórico como; ¿son los sistemas de gobernanza propuestos los más adecuados para gestionar los retos eco-sociales actuales? ¿Qué aportan aproximaciones más territorializadas?

Queda seguir caminando y explorando, multiplicando y compartiendo estas experiencias.

5. Bibliografía

Acciona (2019) Licencia social para operar: el dialogo como requisito empresarial. Disponible en: https://www.sostenibilidad.com/desarrollo-sostenible/licencia-social-operar-dialogo-requisito-empresarial/

AEE (2022) Premios Eolo https://aeeolica.org/eventos/premios-eolo/

Ciurana, E.R. (2001) *Complejidad. Elementos para una definición*. Cátedra UNESCO de Edgar Morín para el Pensamiento Complejo. Disponible en: http://www.complejidad.org.

Consejo Europeo de la UE (2022) *Objetivo 55*. Disponible en: https://www.consilium.europa.eu/es/policies/green-deal/fit-for-55-the-eu-plan-for-a-green-transition/

Fundación Renovables (2021) *Territorio y renovables: el desarrollo de las grandes plantas bajo criterios de inclusión territorial.* Disponible en: https://fundacionrenovables.org/wp-content/uploads/2021/05/Territorio-y-renovables-FUNDACION-RENOVABLES.pdf

Gabarrón, L.R. y Hernández Landa, L. (1994) *Investigación participativa. Cuadernos metodológicos, 10*. Centro de Investigaciones Sociológicas. Madrid.

Global EV Outlook (2023) *Catching up with climate ambitions.* Disponible en: https://iea.blob.core.windows.net/assets/dacf14d2-eabc-498a-8263-9f97fd5dc327/GEVO2023.pdf

IDAE (2019) *Guía para el desarrollo del fomento de comunidades energéticas locales.* Disponible en: https://www.idae.es/sites/default/files/documentos/publicaciones_idae/guia_para-desarrollo-instrumentos-fomento_comunidades_energeticas_locales_20032019.pdf

IDEA (2023) *CE Implementa.* Disponible en: https://www.idae.es/ayudas-y-financiacion/comunidades-energeticas/programa-de-incentivos-proyectos-piloto-singulares-de

IPCC (2022). Comunicado de prensa del (28/2/2022) Disponible en: https://www.ipcc.ch/site/assets/uploads/2022/02/PR_WGII_AR6_spanish.pdf

Ley 7/2021 de cambio climático y transición energética. Disponible en: https://www.boe.es/diario_boe/txt.php?id=BOE-A-2021-8447

MITECO (2020) *Estrategia para la descarbonización a largo plazo*. Disponible en: https://www.miteco.gob.es/es/prensa/documentoelp_tcm30-516109.pdf

Muñiz San Martin, S. (2021) *La mirada del centre per a la sostenibilitat territorial vers els conflictes socioecològics*. Anuari 2021 Centre per a la Sostenibilitat Territorial. 15 anys cercant camins per a una Nova Cultura del Territori.

Muñiz San Martin, S. (2023) *Límits de governabilitat. Reptes a l'hora d'impulsar iniciatives de democràcia participativa en el context de la transició energètica*. Disponible en: https://www.centresostenibilitat.cat/limits-de-governabilitat-reptes-a-lhora-dimpulsar-iniciatives-de-democracia-participativa-en-el-context-de-la-transicio-energetica/

NNUU (2019), Ensure access to affordable, reliable, sustainable and modern energy for all Disponible en: https://unstats.un.org/sdgs/report/2019/goal-07/

PNIEC 2030 – 2050. Disponible en: https://www.miteco.gob.es/es/prensa/pniec.aspx

Nel·lo, O. (2003) "Introducció. Els conflictes territorials a Catalunya. Orígens, dinàmiques i alternatives". En Nel·lo, O. (ed); *Aquí, no! Els conflictes territorials a Catalunya*. Biblioteca Universal, 183. Ed. Empúries.

UNEF: Sello de Excelencia Disponible en: https://www.unef.es/es/sello-sostenibilidad

Wilhelm, J. (2008). «Algunes reflexions sobre les aportacions dels grups de treball del Llibre Blanc de la mediació a Catalunya». En: Casanovas, Pompeu; Díaz, Leonardo; Magre, Jaume y Poblet, Marta (eds.). *Materials del Llibre Blanc de la Mediació a Catalunya. Barcelona*: Centre d'Estudis Jurídics i Formació Especialitzada. Departament de Justícia. Generalitat de Catalunya, vol. i, 297-306.

Pensamiento al margen. **Revista Digital de Ideas Políticas**. Número 18 (2023), pp. 149 - 163
ISSN: 2386-6098. www.pensamientoalmargen.com.

Construyendo un pacto social ecológico: lecciones urgentes del proceso constituyente chileno.

Pedro Pablo Glatz
Licenciado en Historia, Master in Human Ecology. Integrante del Centro de Análisis Socioambiental (CASA).
Carolina Palma Correa
Politóloga. Coordinadora de Incidencia ONG FIMA

Recibido: 07/05/2023 / Aceptado: 29/05/2023

Resumen: Este artículo analiza el proceso constituyente chileno desarrollado entre mayo de 2021 y septiembre de 2022 desde la variable socioambiental. Éste tuvo como causa directa el llamado "Estallido Social" de octubre de 2019, el cual culminó un ciclo de manifestaciones y descontento social. A pesar de que la Convención Constitucional redactó un texto que recogía gran parte de las demandas ciudadanas, éste fue rechazado contundentemente por un 62% de los votantes. En el artículo se analizan las causas y consecuencias de este resultado, centrándonos en cómo influyó en él la discusión en materia ambiental. Este trabajo incluyó revisión bibliográfica de movilizaciones sociales chilenas y los análisis de las causas de la derrota; a lo que se sumó el análisis de entrevistas semi estructuradas a miembros de la Convención Constitucional. Se desarrollan las causas formales que influyeron en el resultado, tales como el sistema electoral que permitió el ingreso de convencionales sin militancia partidaria, muchos de ellos activistas ambientales que defendieron una "Constitución Ecológica". A pesar de proponer avances socioambientales, el texto carecía de una orientación ideológica unitaria, lo que hizo difícil defender sus propuestas más radicales como una oportunidad para mejorar las condiciones de vida del pueblo chileno.

Palabras clave: Constitución Ecológica, Convención Constitucional, Proceso constituyente chileno, Crisis climática.

Constructing an ecological social pact: urgent lessons from the Chilean constituent process.

Abstract: This paper analyzes the Chilean constituent process developed between May 2021 and September 2022 from the socio-environmental variable. The latter had as a direct cause the so-called "Estallido social" of October 2019, which culminated a cycle of demonstrations and social discontent. In spite of the fact that the Constitutional Convention drafted a text that included a large part of the citizens' demands, it was overwhelmingly rejected by 62% of the voters. This article analyzes the causes and consequences of this result, focusing on how it was influenced by the discussion on environmental issues. This work included a bibliographic review of Chilean social mobilizations and the analysis of the causes of the defeat, in addition to the analysis of semi-structured interviews with members of the Constitutional Convention. Formal causes that

influenced the result are developed, such as the electoral system that allowed the entry of convention members without party militancy, many of them environmental activists who defended an "Ecological Constitution". Despite proposing socio-environmental advances, the text lacked a unitary ideological orientation, which made it difficult to defend its more radical proposals as an opportunity to improve the living conditions of the Chilean people.

Keywords: Ecological Constitution, Constitutional Convention, Chilean Constituent Process, Climate Crisis

Sumario: 1. Introducción. 2. Hacia el proceso constituyente. 3. Debatiendo una Constitución en el Antropoceno. 4. Conclusiones

1. Introducción

Soplan vientos de cambio en la lucha contra la crisis climática. Mientras la desestabilización del clima y el deterioro ecosistémico se agudizan día a día, el contrato social político y económico vigente a nivel global y dentro de los estados nacionales, comienza a resquebrajarse. El avance del colapso ecológico se expresa tanto en la sucesiva publicación de informes que han sacudido a la comunidad ambiental global (IPCC, 2023*;* IPBES, 2019*)* como en la experiencia diaria de millones de personas que sufren el impacto de un clima y una biosfera cada vez más inestables. En distintas dimensiones, esta realidad nos impone de manera cada vez más clara el hecho de que la permanencia de las condiciones habilitantes para el desarrollo de la sociedad moderna, tal como la conocemos, no es segura. Es así como lo demuestran fenómenos como el auge de enfermedades zoonóticas, tal como es el COVID-19 *(*Wallace, 2020) o las recientes olas de calor que han afectado durante los últimos años lugares tan disímiles como el Mediterráneo europeo (Philip, et al., 2023) o el Cuerno de África *(*Kimutai, et al., 2023*)*.

Del mismo modo, las tensiones que experimentan los sistemas sociopolíticos en prácticamente todas las latitudes abarcan múltiples dimensiones. La baja sostenida de la legitimidad democrática y el auge de las ultraderechas, los efectos económicos de la pandemia y el aumento de la desigualdad son solo algunos de los factores que explican la sensación de crisis que pareciera rondar el ambiente. En este escenario, la crisis climática se ha caracterizado como un "multiplicador de amenazas", que alimenta la intensidad de procesos potencialmente desestabilizadores, en términos físicos y sociales (IPCC, 2023).

El reporte de síntesis del último informe publicado por el Panel Intergubernamental del Cambio Climático contiene un llamado claro a la acción, tal como plantea el inicio de la sección dedicada a adaptación y mitigación: "transiciones rápidas y de largo alcance a lo largo de todos los sectores y sistemas son necesarias tanto para alcanzar reducciones de emisiones profundas y sostenidas, como para asegurar un futuro habitable y sustentable para todos". (IPCC, 2023, 30). Considerando la gravedad de la situación, el debate sobre los cursos de acción colectiva para salir de la crisis se ha hecho cada vez más intensos.

En esa línea, si consideramos urgente y necesario mover las estructuras fundamentales de una sociedad, parece claro que un camino sería iniciar un proceso tendiente a reformular la consagración jurídica del pacto social, es decir, la constitución. Esa ha sido la oportunidad que Chile ha tenido durante los últimos años, desde la explosión de movilización social iniciada en octubre de 2019, momento que fue definido como "El Estallido Social". En medio del escenario de incertidumbre y violencia que vivió el país durante esas semanas de octubre y noviembre, el sistema político fue capaz de proveer una salida institucional al conflicto, dando inicio a un proceso constituyente.

El itinerario contemplaba un plebiscito que habilitaría el procedimiento, la posterior elección de una Convención Constitucional, la redacción de un texto en un plazo de un año y finalmente un plebiscito ratificatorio de la propuesta desarrollada por este nuevo cuerpo colegiado. A pesar de los inconvenientes causados por la llegada de la pandemia del coronavirus, que obligó a retrasar el proceso algunos meses, este finalmente se desarrolló entre julio de 2021 y septiembre de 2022, redactando una contundente propuesta de más de 300 artículos.

La Convención Constitucional se caracterizó por sus numerosas innovaciones de forma y fondo. Una de ellas fue la propia conformación del órgano, que incluyó una estricta equidad de género, una representación significativa de personas independientes de los partidos políticos y la inclusión de escaños reservados para los pueblos indígenas reconocidos por el Estado chileno. Además, se abordaron una amplia gama de temas que tradicionalmente no habían sido considerados en el contexto constitucional chileno. La diversidad de género, la situación de las personas con discapacidad y la creación de instituciones como la Defensoría del Pueblo o la Agencia de Protección de Datos Personales fueron algunas de las áreas innovadoras abordadas. También se destacó la variable ambiental, o más apropiadamente, la relación entre la naturaleza y la sociedad chilena, que posiblemente podría considerarse la innovación temática principal que se intentó abordar en el proceso.

Estas temáticas habían crecido sostenidamente durante las últimas décadas en el debate público del país, motivando el fortalecimiento de un movimiento ambientalista que enfocó sus esfuerzos principalmente en la oposición contra proyectos de inversión denominados como "extractivistas" tales como Hidroaysén, Pascua Lama o Dominga (Schaeffer, 2017; Irarrazaval et al., 2023). De forma paralela, es destacable el nacimiento de la demanda por una transformación de la gobernanza del agua. Este bien común fue privatizado a nivel constitucional por la Dictadura Militar, lo que incidió en su concentración y permite un uso indiscriminado por los sectores agrícola, minero e industrial. En la medida que el consumo de estos sectores económicos fue creciendo, los impactos de la crisis climática aumentaron la presión sobre el sistema hídrico, particularmente por la llegada de la mayor sequía de la historia moderna de Chile, la que se ha extendido por más de 10 años (Boisier, et al., 2019).

Es así como el escenario estaba servido para que las temáticas socioambientales alcanzaran una alta preponderancia en el debate constitucional, gracias a la masiva representación de constituyentes ambientalistas de todas las regiones del país, quienes además de los colectivos políticos en los que participaban dentro de la Convención, formaron una bancada llamada "Ecoconstituyentes". Efectivamente ese fue el caso y la propuesta constitucional que fue sometida a la ratificación popular, contenía una orientación ecológica inédita incluso para estándares internacionales. No obstante lo anterior, el texto fue rechazado y los ambiciosos preceptos constitucionales aprobados inicialmente quedaron para la posteridad como una oportunidad perdida.

De manera paralela a las movilizaciones y el proceso constituyente, el sistema político chileno ha estado experimentando aún más cambios, tales como la llegada de nuevos actores al poder. Como bien es sabido, Chile es un país que se ha caracterizado por una relativa estabilidad política desde la transición democrática de 1990. Amparada en un sistema de partidos sólido para el contexto latinoamericano y un importante crecimiento económico, los actores políticos tradicionales agrupados en dos coaliciones de centroizquierda y centroderecha respectivamente, habían gobernado el país durante las últimas tres décadas.

Sin embargo, desde antes del Estallido Social ha sido una constante el retroceso de los partidos tradicionales, en detrimento de fuerzas impugnadoras, tanto desde la derecha

-a través del Partido Republicano-, como desde la izquierda -las organizaciones que forman el Frente Amplio (FA)-. Fue así como en la elección presidencial de 2021 se enfrentaron en segunda vuelta los candidatos Felipe Kast y Gabriel Boric, representantes de ambas fuerzas respectivamente. El candidato del FA resultó vencedor por una amplia mayoría, promoviendo un programa de gobierno transformador con ambiciosas propuestas tales como una reforma tributaria, mejoras en provisión de derechos sociales y la promesa de ser "el primer gobierno ecológico de la historia".

Los nuevos inquilinos del poder en Chile comprometían una actualización de la forma de hacer política económica y ambiental durante su mandato. Reconociendo la gravedad de la crisis ecológica y climática existente, la nueva generación de políticos progresistas se ponía a tono con los debates que simultáneamente marcaban la discusión constituyente. Transcurrido alrededor de un año de gobierno, evidentemente es muy prematuro evaluar de manera cabal cuánto de esa promesa se ha cumplido. Sin embargo, es innegable que implementar esta orientación no ha estado exenta de problemas, los cuales se acrecentaron al verse rechazado el texto constitucional que iba en esa dirección con una ambición similar y entregaba herramientas hoy inexistentes en la institucionalidad chilena.

El presente artículo busca reflexionar sobre las causas y consecuencias del rechazo que sufrió la propuesta de nueva Constitución en Chile, específicamente en el ámbito ambiental. Este ejercicio se realizará dando respuesta a las siguientes preguntas: ¿Qué factores influyeron en la derrota de la propuesta constitucional? ¿Qué grado de responsabilidad tuvieron las temáticas ambientales y las fuerzas políticas que las promovieron en el resultado? ¿Qué lecciones deben sacar los grupos que defienden la urgencia de conducir una transición socioecológica desde la acción pública?

El artículo se divide en tres secciones. La primera de ellas dará cuenta del camino hacia el proceso constituyente, describiendo sus principales causas estructurales y el conflicto que le dio origen. La segunda sección desarrollará conformación, normas y forma de trabajo. Posteriormente se desarrollará la forma en que la variable ambiental influyó en el debate, incluyendo la conformación de alianzas políticas internas. Este ejercicio se realizará a través del análisis de entrevistas efectuadas a convencionales constituyentes por parte de una de las autoras de este texto[1]. Finalmente, la tercera sección dará cuenta de las conclusiones de ambos análisis.

2. Hacia el proceso constituyente

El proceso constituyente chileno abrió una oportunidad inédita de reemplazar la Constitución de 1980 elaborada e implementada por la dictadura militar (1973-1990). A pesar de que su causa inmediata fue el acuerdo político firmado en medio de las protestas sociales que estallaron a lo largo de todo Chile en octubre de 2019, la literatura reconoce una serie de factores asociados en la historia política reciente del país. Por ello, en esta sección planteamos aquellos que resultan relevantes para la historia y el contexto en que se desarrolló la Convención Constitucional y el plebiscito ratificatorio

En primer lugar, cabe señalar que la meta de redactar una nueva Constitución que reemplace a la de 1980 ha sido una demanda histórica de las fuerzas transformadoras en Chile. Desde esa vereda política, el texto vigente simboliza la consagración supralegal del modelo socioeconómico implementado durante la dictadura, el que ha sido caracterizado como uno de los primeros experimentos de transformación neoliberal a escala nacional (Harvey, 2007). En ella se estableció un modelo que disminuyó radicalmente el rol del Estado en la economía y en la provisión de derechos sociales;

[1] Informe "Retrospectiva: Aprendizajes para la nueva etapa constituyente", FIMA y Democracia Viva (2023).

promovió la privatización de recursos naturales -entre los que destaca el agua- y creó un sistema político con el poder centralizado en el Presidente, receloso ante los partidos políticos y organizaciones sociales y con múltiples cláusulas contramayoritarias.

En la práctica estas cláusulas hicieron realidad las intenciones de Jaime Guzman, el principal ideólogo de la Dictadura y artífice del texto constitucional, quien, en su momento defendió el modelo impuesto esperando que, "si llegan a gobernar los adversarios, se vean constreñidos a seguir una acción no tan distinta a la que uno mismo anhelaría". Es precisamente debido a estas "trampas" (Atria, 2013) que los intentos de cambiar la constitución han sido numerosos, incluyendo la presentación de cientos de reformas constitucionales a la discusión legislativa (Saldaña, 2010) y la aprobación de decenas de ellas, que fueron capaces de eliminar algunos de los elementos contramayoritarios (Fuentes, 2013).

A pesar de las reformas mencionadas, la estructura económica y social predominante permaneció prácticamente sin cambios durante todas estas décadas (Pérez-Crespo Vinader, 2021). A medida que el crecimiento económico de los primeros años de la transición democrática disminuía, surgieron problemas como la desigualdad de ingresos y riqueza, la insuficiente cobertura y calidad de los derechos sociales, y el impacto del modelo económico en los ecosistemas y las comunidades.

Desde 2006, Chile ha experimentado un aumento gradual del descontento y la movilización social debido a problemas estructurales. Las protestas comenzaron con los estudiantes secundarios exigiendo mejoras en la educación pública, lo cual marcó el inicio de una tendencia que se mantuvo durante la siguiente década. En 2011, cientos de miles de estudiantes escolares y universitarios se manifestaron en todo el país en contra del sistema educativo existente (Disi, 2018). Ese mismo año, surgió el movimiento "Patagonia sin Represas" para detener un proyecto hidroeléctrico, generando un debate público sobre regionalización, participación ciudadana y reforma constitucional (Schaffer, 2017). Luego surgieron manifestaciones que demandaban el fin del sistema de pensiones bajo el lema "NO + AFP". Finalmente, en mayo de 2018, el movimiento feminista cobró fuerza tras la exposición de casos de acoso y violencia sexual en las universidades, con miles de estudiantes saliendo a las calles para exigir igualdad de género y el fin de la violencia sexual (Roque y Moyano, 2021).

El sostenido aumento de la movilización social vino acompañado de una creciente crisis de representatividad del sistema político. Desde las elecciones de 1989, que contaron con una participación electoral del 84%, la participación electoral ha ido disminuyendo de forma constante, profundizada aún más luego de la implementación de la ley de inscripción automática y voto voluntario en 2012. Desde entonces, las elecciones nacionales no habían logrado alcanzar nunca una participación del 50%. Tal como será analizado más adelante, esta situación cambió durante el proceso constituyente y en hitos electorales posteriores.

Debido en parte a la incapacidad del sistema político de hacer frente de manera efectiva a las demandas ciudadanas, en octubre del 2019 ocurrió el "Estallido Social", la manifestación más grande desde el retorno a la democracia y el antecedente más directo del proceso constituyente. El hecho detonante fue el aumento de treinta pesos (alrededor de 25 céntimos de euro) en el valor del pasaje del transporte público en Santiago. Como consecuencia de esta decisión, un grupo de estudiantes secundarios protagonizó una serie de manifestaciones que tenían por objetivo realizar e incentivar evasiones masivas en el metro de Santiago. A pesar de la incredulidad de parte de algunas de las autoridades, el conflicto escaló y recibió un gran apoyo de parte de la población en la capital (Garcés, 2020).

Las fuerzas policiales y de orden público coparon las estaciones de metro con la intención de controlar las evasiones, las calles se comenzaron a llenar de personas protestando bajo la consigna "no son 30 pesos, son 30 años" -haciendo referencia a las tres décadas de gobiernos democráticos" y la Plaza Baquedano, icónico lugar de reunión social y política de Santiago, fue un epicentro de manifestaciones y enfrentamientos violentos con la policía en la Región Metropolitana. Ya no solo eran evasiones, sino que varias estaciones de metro fueron quemadas y supermercados y estaciones de servicio saqueadas a lo largo de Santiago. El gobierno del Presidente Sebastián Piñera decidió decretar estado de excepción constitucional y el 19 de octubre fue declarado el toque de queda en todo el país, ya que las manifestaciones se habían extendido a lo largo y ancho del territorio nacional.

Al interior de sus hogares, las personas siguieron manifestándose golpeando sus cacerolas mientras que el gobierno optó por criminalizar las protestas identificándolas como actos delictivos, lo que se expresó en la desafortunada frase del Presidente de la República que manifestó estar "en guerra contra un enemigo poderoso", refiriéndose a los manifestantes (Garcés, 2020). Múltiples formas de manifestación se sucedieron durante las semanas siguientes a lo largo de todo el país. Uno de los eventos más relevantes, fue la protesta del 25 de octubre que logró convocar a más de un millón de personas en la misma Plaza Baquedano y a otras miles de personas a lo largo de todo Chile. El ciclo de manifestaciones se caracterizó por su multiplicidad de demandas, que amparadas bajo conceptos como "dignidad" o frases como "Chile despertó", expresaban un descontento generalizado con el sistema socioeconómico. Además de las demandas ya reconocidas por reformas a la educación, pensiones o salud, se observaban consignas que adquirían tanto o mayor fuerza, entre ellas las de carácter ambiental.

En medio de un clima de agitación social intensa, las autoridades responsables del mantenimiento del orden público respondieron a las manifestaciones mediante un abuso excesivo de su autoridad, lo que resultó en un gran número de personas lesionadas, denuncias de abusos sexuales y al menos cinco fallecimientos que fueron objeto de investigación por parte del Ministerio Público (Human Rights Watch, 2020). Debido a la incapacidad del gobierno para enfrentar la crisis, a principios de noviembre, catorce partidos de la oposición al gobierno de Sebastián Piñera exigieron la realización de un referéndum para permitir una reforma constitucional. Este evento condujo a un proceso de negociación entre Chile Vamos, la coalición gobernante, y la oposición, que culminó en el Acuerdo por la Paz y la Nueva Constitución, anunciado el 15 de noviembre de 2019 (Alemán y Navia, 2023). Dicho acuerdo estableció el cronograma para el mencionado proceso constituyente y definió las normas para la formación del organismo responsable de redactar la propuesta de una nueva constitución. Para poder analizar y evaluar adecuadamente el desarrollo del debate en relación al medio ambiente, es esencial comprender cómo se llevó a cabo el proceso constituyente.

3. Debatiendo una Constitución en el Antropoceno

3.1 Un proceso innovador y complejo

El desafío de redactar una constitución mediante un proceso participativo y democrático era una novedad absoluta para la historia política chilena. Si bien las tres constituciones previas que rigieron la mayoría de la vida independiente del país habían tenido una duración relativamente extendida, su legitimidad no obedeció a su procedimiento de origen, sino que devino en tal a través de su aplicación (Atria, 2013). Por ello, el proceso se caracterizó por sus continuas innovaciones.

Si bien se determinó que la elección de Convencionales Constituyentes se regiría de acuerdo a las normas del sistema electoral para la elección de la Cámara de Diputadas y Diputados en cuanto a proporcionalidad y el mecanismo de conversión de votos a escaños, se añadieron ajustes a este acuerdo inicial a través de cuatro cambios fundamentales al sistema electoral en la elección de Convencionales. Estas fueron: una exigencia de paridad de género, tanto en las listas de candidatos como en la conformación final del órgano; los escaños reservados para pueblos originarios, y el fomento a la participación de candidaturas de personas con discapacidad y la participación de listas de independientes de partidos políticos. Este último punto demostraría ser fundamental para el devenir de la discusión posterior. Como fue señalado, la historia política de Chile tuvo un sistema de partidos fuerte, sin embargo, estos habían tenido un sostenido deterioro en su representatividad y aprobación ciudadana (Luna, 2017). Por ello, para ciudadanos sin militancia legal, se abrió la opción de inscribir candidaturas a través de la recolección de firmas, para lo que se habilitó una página web. A mayor añadidura, debido a las dificultades que tendría un candidato independiente para ser electo sin participar de una lista, se permitió que éstas se asociasen entre sí, entre sí formando sus propias listas y participando de esta manera en igualdad de condiciones con los partidos políticos (Le Foulon y Palanza, 2021).

Mediante este sistema se desarrollaron las elecciones de Convencionales Constituyentes los días 15 y 16 de mayo de 2021, en conjunto con la elección de alcaldes, concejales y gobernadores regionales. El proceso tuvo dos principales rasgos: como se regía bajo el sistema de voto voluntario, por una parte existió una baja participación, la que alcanzó un 43,4% del número de electores; a lo que se sumó un pésimo resultado electoral para las fuerzas de derecha y una inesperada votación de las candidaturas independientes.

La conformación final de la Convención fue la siguiente: Chile Vamos (el oficialismo de derecha) que obtuvo un 20% de la votación y 37 convencionales. Apruebo Dignidad (Frente Amplio y FREVS-PCCH) que con el 18,74% de los votos obtuvo 28 constituyentes. Lista del Apruebo (ex Concertación) que con un 14,5% de los votos obtuvo 25 convencionales. Las listas de independientes: Lista del Pueblo que obtuvo 26 convencionales con el 16,2% de las preferencias; los Independientes No Neutrales (pacto Independientes por una Nueva Constitución) que con alrededor del 8% de los votos obtuvo 11 constituyentes. Además, se suman otros independientes de movimientos sociales en varias listas (11), y los 17 escaños para los Pueblos Originarios (Martínez y Olivares, 2022).

Debido a que el quórum para acordar normas establecido era de dos tercios de los integrantes de la Convención, el hecho de que la coalición derechista no alcanzará este número de escaños auguraba que esas posiciones jugarían un rol marginal en la discusión. Tal como veremos más adelante, esta predicción demostró ser verdadera.

La Convención inició su trabajo el 4 de julio de 2021, en la sede que albergó al Congreso Nacional hasta el golpe de Estado de 1973. La Asamblea contaría con 9 meses, extensibles a 12, plazo que se utilizaría en su totalidad. Durante los primeros tres meses de trabajo se debatió el Reglamento Procedimental, que estableció, entre otras áreas, la estructura orgánica y el procedimiento de aprobación de normas.

La Convención contaría con una Asamblea Plenaria que tendría la última palabra sobre el texto final, la cual recibiría propuestas de 7 comisiones temáticas. Éstas buscaban abarcar las múltiples áreas que se pretendían regular, y entre ellas debemos destacar la N° 5 llamada "Comisión sobre Medio Ambiente, Derechos de la Naturaleza, Bienes Naturales Comunes y Modelo Económico" integrada por 19 convencionales. Ya desde la denominación de esta Comisión se observa la inclusión de conceptos novedosos y

completamente ajenos a la tradición política institucional y constitucional chilena, tales como Derechos de la Naturaleza y Bienes Comunes Naturales. Asimismo, llama la atención la voluntad explícita de unir las discusiones económicas y ambientales, nuevamente una aproximación muy novedosa en una institucionalidad que tradicionalmente ha tendido a encapsular el rol de la institucionalidad ambiental.

La Convención Constituyente logró su cometido de entregar el borrador final de la Nueva Constitución el 4 de julio del 2022. En términos concretos, el proceso tuvo como resultado un texto con 499 artículos que después del proceso de armonización, resultaron en 388 artículos agrupados en once capítulos y cincuenta y siete disposiciones transitorias. El borrador contaba con diez pilares fundamentales del texto cuyo primer artículo versaba de la siguiente forma: "*Chile es un Estado social y democrático de derecho. Es plurinacional, intercultural, regional y ecológico".*

Con el texto listo para ser plebiscitado y la fecha de esta votación fijada para el 4 de septiembre de 2022, con fecha 6 de julio se inició la campaña electoral. En el marco de esta campaña, la publicidad de la opción "Apruebo" se basó principalmente en dar cuenta de los distintos elementos del borrador que, de ser aprobados, mejorarían la calidad de vida de las personas. Temas como las diversidades y disidencias sexuales, la seguridad, las pensiones, la plurinacionalidad, el derecho al agua y el cuidado general de la Naturaleza, fueron elementos que marcaron su franja electoral. Por su parte, la publicidad de la opción "Rechazo" se encargó de hacer una campaña en torno a la idea de rechazar para escribir otra Constitución, mejor. Parte de su discurso se basó en la idea de que el proceso había estado marcado por la polarización y la rabia, y que una nueva constitución "debía ser escrita desde el amor". En este sentido, su franja televisiva estuvo orientada a la crítica al funcionamiento de la Convención y a la supuesta insuficiencia del texto redactado.

A pesar de todos los esfuerzos hechos desde la campaña del Apruebo, los resultados de las votaciones fueron contundentes. Con una participación de alrededor de un 85%, un 62% de los y las votantes rechazaron la propuesta de nueva Constitución.

3.2 Elementos para explicar la derrota de una Constitución Ecológica

Las razones de tan amplia victoria del rechazo han sido propuestas por académicos y analistas políticos. Parte importante de los resultados de esta investigación dicen relación con este tema. De igual forma enunciaremos algunos elementos para brindar una visión general. De acuerdo a Eduardo Alemán y Patricio Navia (2023), el éxito del "Rechazo" se puede atribuir a tres factores. El primero es la ansiedad que experimentaron los votantes debido a un texto que intentaba abarcar múltiples aspectos de la vida. El segundo factor es el daño causado a la reputación de la Convención Constitucional debido a la falta de experiencia política de sus miembros. Por último, se destaca la estrecha relación que se estableció entre el recién elegido presidente Boric y el texto presentado por el órgano redactor. Por otro lado, Jeniffer Piscopo y Peter Siavelis (2023) han argumentado que la ansiedad generada por un proceso electoral complejo dejó a los votantes desinformados sobre lo que la Constitución permitía o no permitía. Estos autores sostienen que la desinformación fue principalmente llevada a cabo por actores políticos de derecha.

Frente a estas explicaciones, quisiéramos sumar algunos factores que permitan entender de mejor forma el porqué del rechazo al texto plebiscitado, así como propiciar una reflexión del rol que la variable ambiental tuvo en este desenlace. En primer lugar, es innegable que las condiciones formales del proceso influyeron en las dificultades que éste presentó y en el posterior resultado. Es así como el sistema electoral aplicado, en especial la inclusión de listas de independientes, sumado al contexto político de desaprobación al

gobierno de derecha vigente al momento de la elección, determinó una confección de la Convención que demostró no ser totalmente representativa de las tendencias políticas de la sociedad chilena. Esto está relacionado con un segundo factor, las dinámicas de alianzas internas y acuerdos que fluyeron en la discusión. Ambos elementos se entrelazan y produjeron una situación en la que, tal como se mencionó, los representantes de sensibilidad de derecha quedaron aislados en la mayoría de los debates. De esta forma, la consagración de normas dependía de la capacidad de las fuerzas transformadoras para generar acuerdos, los cuales fueron complejos de alcanzar. De alguna forma se fue desarrollando una práctica "transaccional", que atentó contra el desarrollo de un texto más armónico que fue lentamente sumando artículos en muchas áreas diferentes, con algunas disposiciones que dialogaban en lenguajes diferentes. Esta situación se vio especialmente reflejada en el tratamiento a la variable ambiental, donde, la existencia de grupos que se superponían a las coaliciones ya existentes influyó en el debate. Para entender de mejor forma esta dinámica, es necesario acudir al debate mismo.

3.2.1 Cómo afectó la configuración política e institucional de la Convención

La configuración institucional de los órganos políticos es fundamental, pues condiciona la forma en que se tomarán las decisiones. Uno de los factores más desarrollados por la opinión pública que podrían explicar la disonancia entre el plebiscito de entrada y la elección de convencionales, versus el aplastante resultado del plebiscito de salida y rechazo a la propuesta constitucional tiene que ver con la configuración electoral que proponía el Acuerdo por la Paz y la Nueva Constitución. Este acuerdo determinó que el plebiscito de entrada y la posterior elección de constituyentes se realizara con voto voluntario, a diferencia del voto obligatorio en el plebiscito de salida. Esto llevó a un aumento del universo de votantes entre una elección y otra en casi un cincuenta por ciento, lo que provocó cambios significativos en la composición demográfica y política. Por lo mismo, se podría plantear que la representatividad del órgano constitucional estaba mermada, pues solo representó a un porcentaje menor del universo total de votantes del país, quienes probablemente estaban más politizados o tenían más incentivos de votar en aquella elección.

La profunda crisis social y política desencadenada por el Estallido Social provocó el debilitamiento político de la centroderecha, el cual comenzó con la forma en que Sebastián Piñera manejó las protestas sociales durante el estallido en 2019. La pérdida de influencia de la centroderecha fue confirmada por el contundente triunfo del "Apruebo" en el plebiscito de octubre de 2020 y sus derrotas en las elecciones de convencionales, gobernadores y segunda vuelta presidencial en 2021 (Martínez y Olivares, 2022).

Por otro lado, la inclusión de listas de independientes (sin militancia partidaria) que compitieron en igualdad de condiciones con los partidos políticos generó ciertas dinámicas políticas inéditas que afectaron directamente el desarrollo de la Convención. Si bien algunos valoran este punto por su novedad y por la capacidad del sistema político de incluir la representación del "ciudadano común" que no milita en partidos políticos, muchos consideran que la inclusión mayoritaria que tuvieron independientes fue uno de los aspectos problemáticos de la Convención Constitucional. La falta de experiencia y familiaridad con las dinámicas políticas en los órganos de representación fue una desventaja para los nuevos convencionales. Su falta de conocimiento mutuo los colocó en desventaja en comparación con los colectivos de constituyentes vinculados a partidos políticos establecidos.

Durante el desarrollo de la Convención Constitucional, la distribución de los distintos colectivos políticos fue cambiando, siendo característica la vinculación de convencionales independientes no militantes de partidos en sus propios colectivos, versus

colectivos más tradicionales formados por militantes de partidos políticos tradicionales y algunos independientes afines a estos mismos partidos. Estos se conformaron por diferentes motivos, como el origen político o social de los convencionales, afinidades ideológicas y prácticas para la toma de decisiones. La generación de relaciones interpersonales entre los convencionales fue fundamental para la generación de acuerdos y confianza, más allá de las diferencias partidistas. Estas relaciones se basaron en intereses comunes, experiencias de vida compartidas y actitudes positivas, como autenticidad, disposición al trabajo y apertura al diálogo. Sin embargo, el comportamiento de los convencionales variaba según el contexto político, siendo más favorable en espacios sin cámaras o en situaciones que no requerían una actuación política. Esto se agudizó con la alta exposición mediática que tuvo la Convención y el limitado tiempo de trabajo (menos de un año) que tuvo para la discusión de normas constitucionales.

Para el proceso de formación y aprobación de normas constitucionales fueron clave no solo los colectivos políticos que ahí se articulaban, sino cómo estos se fueron comportando en las distintas comisiones temáticas donde se discutían en primera instancia las iniciativas. Así, la Convención contó con siete comisiones permanentes: 1) Sistema Político, Gobierno, Poder Legislativo y Sistema Electoral; 2) Principios Constitucionales, Democracia, Nacionalidad y Ciudadanía; 3) Forma de Estado, Ordenamiento, Autonomía, Descentralización, Equidad, Justicia Territorial, Gobiernos Locales y Organización Fiscal; 4) Derechos Fundamentales; 5) Medio Ambiente, Derechos de la Naturaleza, Bienes Naturales Comunes y Modelo Económico; 6) Sistemas de Justicia, Órganos Autónomos de Control y Reforma Constitucional; 7) Sistemas de Conocimiento, Ciencia y Tecnología, Cultura, Arte y Patrimonio.

Además, se conformaron diferentes agrupaciones temáticas para facilitar la participación de todos los convencionales interesados, incluso aquellos que no eran parte de las comisiones correspondientes. Dos ejemplos destacados de agrupaciones temáticas fueron el Colectivo de los Eco-constituyentes, conformado por 34 convencionales de los colectivos de independientes, del Colectivo Chile Digno, de Pueblos Originarios y algunas pocas del Colectivo Frente Amplio. Quienes conformaron este colectivo eran constituyentes provenientes mayoritariamente de la academia o de movimientos ambientales territoriales desde Arica a Punta Arenas, cuestión inédita en la representación política de nuestro país. También se formó la Colectiva Feminista, integrado por constituyentes de diversas corrientes políticas. Estas agrupaciones desempeñaron roles importantes en la creación de normas con enfoques específicos, como el ambiental y el de género.

Adicional a estas articulaciones, los distintos colectivos políticos formaron bloques para impulsar y lograr la aprobación de las normas constitucionales, buscando obtener la mayoría de dos tercios requerida. Si bien algunos sectores de la derecha lograron acuerdos con colectivos de izquierda para bloquear ciertas propuestas en momentos específicos del debate constitucional, los demás colectivos de izquierda tendieron a construir mayorías y articularse entre sí, lo que limitó significativamente los esfuerzos de moderación de la derecha, que quedó excluida en casi todo el proceso constituyente.

Respecto a la Comisión 5 de Medio Ambiente, Derechos de la Naturaleza, Bienes Naturales Comunes y Modelo Económico, esta estuvo conformada por 19 convencionales de todo el espectro político: en su mayoría convencionales independientes de izquierda, de pueblos originarios y en menor medida de los colectivos de izquierda partidaria Chile Digno y Colectivo Socialista. Además, había un grupo minoritario de las derechas partidarias: solo cuatro convencionales con los cuales no era necesario llegar a acuerdos pues la toma de decisiones en las comisiones requería solo mayoría simple para que las iniciativas de norma fueran aprobadas.

Es llamativa también la ausencia de convencionales del Colectivo del Frente Amplio e independientes, actual bloque del gobierno del Presidente Gabriel Boric, en esta esencial Comisión. Si bien este colectivo fue uno de los más grandes de la Convención, por decisión propia quedaron fuera de representación en la Comisión de Medio Ambiente, lo que dificultó el llegar a acuerdos para que las normas fueran aprobadas en el Pleno. A pesar de que en las comisiones temáticas solo se requería de mayoría simple para la aprobación de normas como dijimos, en el Pleno de la Convención se requería de dos tercios para que una norma quedase en el borrador constitucional.

Así, fue llamativa la disonancia entre las normas que se proponían en las comisiones y las que eran aprobadas en el Pleno. Muchas de las normas que eran aprobadas en comisiones fueron mediáticamente relevantes pues tendían a ser más atrevidas o radicales. Por ejemplo, fue notorio en los medios y redes sociales una norma en la Comisión de Medio Ambiente, que proponía estatizar la minería (Cooperativa, 2022), sector económico mayoritario en Chile. Esto fue un problema para la imagen comunicacional de la Convención, pues generó anticuerpos que fueron potenciados por los grandes medios de comunicación en Chile, cuya propiedad es de los grandes grupos económicos de derechas del país. Los Plenos además estaban configurados para comunicar las posturas políticas de los convencionales, por lo tanto la mayor exposición mediática generó en muchas ocasiones que los y las convencionales mostraran mayor agresividad con sus pares, lo que generaba un mensaje poco claro sobre lo que sucedía internamente.

Por otro lado, algunos constituyentes utilizaron el espacio del Pleno para expresar ideas técnicas y llevar la discusión a aquellos convencionales interesados y con conocimiento en el tema, aunque no formaran parte de la comisión temática correspondiente. Según los discursos de los convencionales entrevistados, el Pleno también sirvió para moderar el texto constitucional, ya que se requería un quórum mayor que el necesario para aprobar normas en las comisiones. (FIMA y Democracia Viva, 2023)

La Comisión 5 de Medio Ambiente tenía a su cargo importantes normas constitucionales que tenían que ver con la relación entre el ser humano y la Naturaleza, algo novedoso en la discusión normativa de la historia constitucional de Chile, pero además discutió otras normas que tenían que ver con el acceso y propiedad del Agua, y los bienes comunes naturales como la minería, los glaciares, el mar y el modelo económico que esta constitución quería proponer. El texto final propuesto por la Convención incluyó de manera inédita un capítulo completo dedicado a temas ambientales: *Capítulo III Naturaleza y Medio Ambiente*, además de contar con articulados ecológicos a lo largo de toda la propuesta constituyente.

La disonancia que se produjo entre el trabajo de las comisiones y la aprobación de las normas en el Pleno tuvo un emblemático momento cuando se discutió el Primer Informe de la Comisión de Medio Ambiente en el Pleno de la Convención y que se rechazó por una contundente mayoría. Ahí, los convencionales de la Comisión, además del Colectivo de los Eco-constituyentes denunciaron públicamente ("funaron", en jerga chilena) a sus pares que habían rechazado el informe. Esto constituyó uno de los actos más polémicamente mediáticos en la Convención y ayudó a la imagen de confrontación y desacuerdo que potenciarían posteriormente los medios.

3.2.2 La Constitución Ecológica y sus distintos significados

Los elementos formales recién mencionados, influyeron notoriamente en los contenidos ambientales propuestos. La ausencia de una coordinación fluida y óptima hizo imposible contar con una orientación común sobre la temática que permeara la totalidad del texto plebiscitado. Si bien desde el comienzo del proceso se instaló el concepto de

"Constitución Ecológica" y se articuló el grupo de los "Eco-Constituyentes" con ese mismo propósito, es innegable que la propuesta final no es completamente orgánica. En esa línea, es posible mencionar al menos tres perspectivas desde la que se afrontó la temática, lo que incidió en disposiciones poco armónicas entre sí, que trataron múltiples áreas y dificultaron la construcción de un relato común sobre qué significaría vivir en un país regido por una "Constitución Ecológica". Este hecho alimentó la incertidumbre y sumó argumentos para los defensores de la opción del rechazo.

En primer lugar, es posible identificar una orientación más tradicional, que podríamos denominar como "desarrollo sostenible", es decir aquella que considera que la sociedad debe perseguir al mismo tiempo objetivos de carácter económico, social y ambiental, promoviendo un crecimiento socialmente inclusivo y ambientalmente sostenible (Sachs, 2015). Esta visión se presenta en un gran número de normas, muchas de las cuales van en la línea de la regulación legal ya existente en Chile. Entre ellas es posible mencionar temas tan diversos como planificación territorial (*art 197°*), educación ambiental (*art. 39°*), explotación minera (*art. 154°*) o la existencia de tribunales ambientales (*art. 333°*).

Por otro lado, es innegable que el texto cuenta con una relevante herencia de los procesos constituyentes latinoamericanos recientes, en específico de la experiencia boliviana y ecuatoriana. Los preceptos inspirados por esta tendencia buscan derechamente redefinir la relación entre la sociedad chilena y la naturaleza. Es así como se consagran los derechos de la naturaleza (*art. 103°*) y se reconoce y promueve el buen vivir (*art. 8°*). En la misma línea, se establece el deber del Estado de asegurar la soberanía alimentaria y fomentar la agricultura campesina e indígena (*art. 54°*).

En tercer lugar se encuentran un grupo de artículos se pueden considerar como innovaciones del proceso chileno, entre las que destacan dos. La primera es la definición de Chile como un *estado ecológico* (*art. 1°)*, una afirmación sin precedentes en el constitucionalismo contemporáneo y cuya aplicación es difícil de predecir. Un segundo aspecto a mencionar es la propuesta de crear una institución jurídica novedosa, llamada *bienes comunes naturales*. Esta categoría buscó identificar aquellos "elementos o componentes de la naturaleza sobre los cuales el Estado tiene un deber especial de custodia con el fin de asegurar los derechos de la naturaleza y el interés de las generaciones presentes y futuras" (*art 134, inciso 1°)*, pasando posteriormente a declarar una enumeración no exhaustiva que incluía el mar territorial, los humedales, los bosques nativos, el subsuelo, entre otros. Posteriormente se declararon algunos de estos bienes como inapropiables, lo que impedía el otorgamiento de derechos de propiedad sobre éstos. De esta manera se buscaba transformar completamente la gobernanza de recursos naturales vigente, caracterizada por el otorgamiento de dominio perpetuo sobre ellos. Esta regulación fue entonces el marco general con el que se intentó resolver, entre otros, el conflicto del agua.

La existencia de esta divergencia de criterios permite explicar el grado de conflictividad que generaron los aspectos ambientales de la propuesta constitucional. Es así como las tratadas desde la óptica del Desarrollo Sostenible fueron aprobadas sin mayores desavenencias, lo que demuestra que efectivamente hay un consenso transversal en los actores políticos sobre la necesidad de que la nueva constitución avance hacia una mejor consideración de la variable ambiental. Sin embargo, este consenso se perdió al incluir las temáticas ya trabajadas en procesos anteriores desarrollados en la región. Específicamente nos referimos al concepto *del buen vivir*, el cual tiene su origen en los pueblos originarios ecuatorianos y fue defendido a nivel local por los representantes de los pueblos originarios que viven en el Estado de Chile. De esta forma, se sumó al complejo debate suscitado sobre el rol de ellos en la nueva Constitución, donde destacó la oposición de corte académico (Mascareño, 2022) y una verdadera campaña del terror

desarrollada en torno al concepto de plurinacionalidad, la que supuestamente llevaría a "desmembrar el país" y a generar "privilegios" a través de instituciones como los sistemas jurídicos indígenas (El Líbero, 2022). Del mismo modo, el concepto de "bienes comunes naturales" se enredó en la acalorada disputa acerca del derecho de propiedad, el cual se proponía cambiar de manera sustantiva. En la Constitución de 1980 el dominio sobre los bienes está regulado a través de uno de sus artículos más largos, garantizando el ya mencionado derecho de propiedad sobre el agua y la explotación de recursos minerales, además del sistema de expropiación en casos de interés público. Por ello, los cambios propuestos tanto en lo general respecto a la propiedad como especialmente en particular de estos sectores económicos generó una fuerte oposición de los gremios. En este ámbito destacó la campaña realizada por la Sociedad Nacional de Agricultura (SNA), una de las patronales más antiguas del país, que participó intensamente en la campaña por el rechazo. Bajo el título #ConLosPiesEnLaTierra, la SNA transmitió el mensaje de que los constituyentes habían redactado un texto ajeno a la realidad del campo chileno, que amenazaba con dejar a los campesinos sin agua, daba la prerrogativa al Estado de definir qué se debía producir y predecía una debacle en la producción, amenazando la disponibilidad de alimentos en el corto plazo (Pauta, 2022).

4. Conclusiones

El 4 de septiembre de 2022, mientras se comenzaban a contar los votos a lo largo de Chile, la sensación de oportunidad perdida empezaba a embargar las mentes de los defensores de la opción Apruebo. Una contundente derrota demostró que tanto el proceso, como el texto y la campaña que lo defendió, no fueron capaces de convencer a la totalidad del país de que la propuesta sometida a votación podría iniciar una nueva etapa para Chile. Tal como ha sido desarrollado a lo largo de este artículo, las razones que se han argüido para el resultado final son variadas, pero creemos que observar el desenlace desde la óptica ambiental nos ha permitido identificar dos grupos de factores que hasta ahora no han sido tan considerados.

En primer lugar, sin duda los aspectos formales del proceso influyeron decididamente en el resultado final. El sistema electoral utilizado para elegir convencionales, particularmente las facilidades entregadas a las candidaturas independientes de partidos políticos, permitieron el acceso de grupos anteriormente excluidos de los espacios de representación popular, muchos de ellos provenientes de organizaciones ambientalistas. Esto incidió en la alta relevancia que las temáticas ambientales alcanzaron durante la discusión y en numerosas disposiciones incluidas en la propuesta de nueva Constitución. En esa línea, se conformó un grupo denominado "Eco-Constituyentes", que impulsó, junto con otros representantes y organizaciones de la sociedad civil, la necesidad de contar con una verdadera "Constitución Ecológica". A pesar de esta articulación, la inexperiencia, el escaso tiempo en que se realizó el proceso y la falta de coordinación interna fueron algunos de los factores que hicieron estériles los esfuerzos por consolidar un apoyo ciudadano masivo a esta propuesta. La decisión de los partidos del Frente Amplio de restarse de la Comisión N° 5 encargada de trabajar el grueso de las propuestas ambientales, es un ejemplo de que, a pesar de los esfuerzos por hacer universal el objetivo de Constitución Ecológica, éste resultó no ser un ámbito prioritario para un sector de las fuerzas de izquierda representadas en la Convención.

A los factores formales se suma la discusión de fondo sobre los contenidos incluidos en la propuesta, así como la manera en qué estos se discutieron dentro y fuera de la Convención durante la totalidad del proceso. Los elementos incluidos en esta Constitución Ecológica fueron de diversa índole, incluyendo la inclusión de instituciones

provenientes de otras constituciones y otras en que el texto buscaba innovar y dar solución a conflictos estructurales de la sociedad chilena. Entre ellos se destaca la problemática de la administración del agua. Tal vez la manifestación más dura de la derrota de las fuerzas ambientalistas fue el apabullante resultado del rechazo en las comunas rurales de Chile, las más aquejadas por la sequía y la falta de acceso al agua. En estas la negativa frente a la propuesta fue del 70% (RIMISP, 2022).

El proceso constituyente chileno aún no finaliza, durante el año 2023 el debate continuará, con nuevas reglas y la conformación de un nuevo órgano, esta vez llamado "Consejo Constitucional". Sin embargo, debido a la naturaleza del proceso y los resultados de la reciente elección de sus miembros, es posible predecir que las ambiciosas propuestas anteriormente planteadas no tendrán cabida en el nuevo texto que se someterá al escrutinio popular. A pesar de ello, las fuerzas políticas que promovieron dichos cambios no cesarán en sus esfuerzos por transformar el panorama político y ambiental. Para ello, resulta fundamental llegar a las conclusiones correctas que entreguen claves para orientar la acción a futuro. En ese sentido, resulta imperioso encontrar mejores formas de comunicar que la transición ecológica apunta a mejoras en el bienestar de las personas y a garantizar su seguridad. Viviendo en un país tan vulnerable climáticamente, el pueblo chileno sin duda deberá darse una nueva oportunidad para transformar la problemática relación que tenemos como sociedad con la naturaleza que nos alberga. De lo contrario, probablemente la ocasión se convertirá en una necesidad imperiosa.

Bibliografía

Atria, F. (2013). *La Constitución tramposa*. LOM.

Alemán, E., Navia, P.,(2023) Chile's Failed Constitution: Democracy Wins. *Journal of Democracy, 34* (2), pp. 90–104.

Biobío (2023). "Traidores": ecoconstituyentes funan a convencionales que rechazaron informe de medioambiente. Consultado en: https://shorturl.ac/7abcx

Boisier, J.P.; . Alvarez-Garreton, C.; Cordero, R.; Damian, A. ; Gallardo, L.; Garreaud, R. ; Lambert, F. ; Ramallo, C.;Rojas, M.; Rondanelli, R. (2019:). Anthropogenic drying in central-southern Chile evidenced by long term observations and climate model simulations. *Elem Sci Anth, 6*, 74.

Cooperativa (2022) Comisión de la Convención aprobó norma para nacionalizar a las empresas. Consultado en: https://shorturl.ac/7abcy

Disi, R. (2018). Sentenced to debt: Explaining student mobilization in Chile. *Latin American Research Review, 53*(3), 448-465.

El Líbero (2022). Una Constitución Indigenista para Chile. Consultado en: https://ellibero.cl/opinion/opinion-constituyente/una-constitucion-indigenista-para-chile/

FIMA y Democracia Viva (2023) *Retrospectiva: Aprendizajes para la nueva etapa constituyente*. (Por Publicarse)

Fuentes, C. (2013). *El Pacto*. Ediciones UDP.

Garcés, M. (2020). *Estallido Social y una Nueva Constitución para Chile*. LOM

Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Akal

Human Rights Watch (2020) Informe Mundial 2020: Chile. Disponible en: https://www.hrw.org/es/world-report/2020/country-chapters/chile

IPBES (2019). Summary for policymakers of the global assessment report on biodiversity and ecosystem services of the *Intergovernmental Science-Policy Platform on Biodiversity and Ecosystem Services*.

IPCC (2023). Summary for Policymakers. In: *Climate Change 2023: Synthesis Report.A Report of the Intergovernmental Panel on Climate Change. Contribution of Working Groups I, II and III to the Sixth Assessment Report of the Intergovernmental Panel on Climate Change*.

Irarrazaval, F.; Stamm, C.; Madariaga, A.; Maillet, A; Franetovic, G. (2023).Examining the effects of social protest on the environmental impact assessment process in Chile. *Environmental Impact Assessment Review*, *99*,

Kimutai, J; Barnes, C; Zachariah, M; Philip, S; Kew, S; Pinto, I; Wolski, P; Koren, G; Vecchi, G; Yang, W; Li, S; Vahlberg, M; Singh, R; Heinrich, D; Pereira, CM; Arrighi, J; Thalheimer, L; Kane, C; Otto, FEL (2023). Human-induced climate change increased drought severity in Horn of Africa. https://doi.org/10.25561/103482

Le Foulon, C. y Palanza, V. (2021). Elecciones a la Convención Constituyente: innovación y renovación. Consultado en: https://www.cepchile.cl/wp-content/uploads/2022/09/pder580_clefoulon_vpalanza.pdf.

Luna, J.P. (2017) *En vez del optimismo. Crisis de representación política en el Chile actual*. Catalonia

Martínez, C., & Olivares, A. (2022). Chile 2021: entre un intenso calendario electoral y la acusación constitucional en contra de Sebastián Piñera. *Revista de ciencia política* (Santiago). https://dx.doi.org/10.4067/s0718-090x2022005000119

Mascareño, A. (2022). Abandonar la modernidad. Discurso y praxis decolonial en la Convención Constitucional chilena. *Puntos de Referencia*, 597.

Pauta (2022). Presidente de la SNA sobre la Convención: "Son jóvenes que no conocen la realidad agrícola". Consultado en: https://www.pauta.cl/economia/presidente-de-la-sna-critica-trabajo-de-la-convencion-agricultura

Otto, Fel (2023). Extreme April heat in Spain, Portugal, Morocco & Algeria almost impossible without climate change. https://doi.org/10.25561/103833.

Pérez-Crespo Vinader, F. (2021). Crónica inacabada del proceso constituyente chileno: Ideas e interrogantes. *Icade. Revista De La Facultad De Derecho*, (112), 1-11.

Piscopo, J. M., & Siavelis, P. M. (2023). Chile's Constitutional Chaos. *Journal of Democracy*, 34(1), 141-155.

RIMISP (2023) Chile: Balance electoral de comunas rurales en el Proceso Constituyente 2022. Consultado en:
https://www.rimisp.org/wp-content/uploads/2022/09/0909_AnalisisElectoral2022_FIN.pdf

Roque, B. y Moyano, V. (2021). Articulación feminista durante la pandemia del COVID-19 en Chile. Iberoamericana. América Latina, España, Portugal. *Ensayos sobre letras, historia y sociedad. Notas. Reseñas Iberoamericanas*, 21 (77), 239-270.

Sachs, J. (2015) *La era del desarrollo sostenible*. Deusto

Saldaña, J. (2010). Reformas constitucionales en el Chile democrático: Análisis de tendencias 1992-2008. En Fuentes, C. (ed.) *EN NOMBRE DEL PUEBLO. Debate sobre el cambio constitucional en Chile*. ICSO-UDP y Fundación Heinrich Böll.

Schaeffer, C. (2017). Democratizing the flows of democracy: Patagonia Sin Represas in the awakening of Chile's civil society. En: *Social movements in Chile: Organization, trajectories, and political consequences*, Springer, pp. 131-159.

Wallace, R. (2020) Dead Epidemiologists: On the Origins of COVID-19. *Monthly Review Press*.

SECCIÓN 3: POLÍTICAS PÚBLICAS ECOLOGISTAS

Pensamiento al margen. **Revista Digital de Ideas Políticas**. Número 18 (2023), pp. 165 - 169
ISSN: 2386-6098. www.pensamientoalmargen.com.

Superilla Barcelona: avances, retos y posibilidades de un nuevo modelo urbano para el s. XXI

Janet Sanz
Regidora de Ecología, Urbanismo, Infraestructuras y Movilidad y Segunda Teniente de Alcalde de Barcelona (2019-2023).

Barcelona, como toda ciudad, se encuentra en un momento trascendental en la definición de su futuro. La pandemia evidenció los límites de varios elementos estructurales de nuestra sociedad que pueden determinar el rango de posibilidades de un futuro próspero para todos. Es decir, tensó hasta hacer ostensibles las costuras escondidas de una triple crisis –social, sanitaria y climática– que está hoy cronificada.

La desigualdad de oportunidades para optar a una posición laboral que escape de la precarización masiva, la dificultad en el acceso a derechos básicos como la vivienda, una sanidad pública de calidad o una emergencia climática cada vez más palpable conforman esta triple crisis cuyas consecuencias más agresivas tienden a recaer sobre la mayoría social.

En este primer cuarto de partido en lo que llevamos de siglo XXI, la respuesta de esta mayoría en clave política se ha manifestado de forma muy desigual. Sin embargo, desde algunas ciudades en general, y de forma muy particular en Barcelona, han sucedido dos procesos de articulación social y política altamente significativos para entender la transformación que hoy estamos desarrollando y que pretende generar respuestas y habilitar márgenes de posibilidad frente a esta triple crisis.

En primer lugar, un 15M qué situó a la democracia frente un espejo que la descubría como deforme, escasa e incapaz de generar respuestas a los retos que nos enfrentábamos. Fue un contundente rechazo a la arquitectura política e institucional existente que facilitó la construcción de un nuevo sujeto político: los indignados. En segundo y consecuente lugar, el salto a las instituciones de una parte importante de estos movimientos, que catalizaron en Barcelona con la victoria de Barcelona en Comú y el nombramiento en mayo del 2015 de Ada Colau como la primera mujer alcaldesa de la ciudad condal. La base social indignada del 2011, junto con un proyecto electoral amplio, abierto y transversal cuajaron en la configuración de una agenda de cambios sin precedentes y que debía acometer retos inaplazables.

Si la Barcelona del 2015 adolecía de una tasa de paro del 15%, siendo la cuestión que más preocupaba a su ciudadanía, apenas un año más tarde, afloraba en la misma ciudad y de manera significativa la gestión del turismo (fruto de una falta de gobierno escandalosa) y el tránsito de automóviles (omnipresentes en su 60% de parcela pública permanente ocupada) en segunda y tercera posición respectivamente. Fue entonces cuando diversos estudios independientes se entrecruzaban con sanciones europeas por el incumplimiento de la "Directiva de la calidad del aire". A esto se le fueron añadiendo sendos informes

que alertaban del impacto del tráfico en los índices de contaminación, y consecuentemente el peligro que supone para la salud pública, especialmente de los colectivos más vulnerables, como los niños y niñas, las mujeres embarazadas y la gente mayor.

Quizá por primera vez, la preocupación por las consecuencias del cambio climático tenía un lugar prioritario en la agenda pública y se empezó a crear un nuevo sentido común entre la ciudadanía, que exigía cambios radicales. La preocupación por el aumento de temperaturas o la emisión de gases de efecto invernadero no se percibía ya como una realidad inaprensible a escala humana, una idea extravagante procedente de grupos ecologistas y antisistema minoritarios. Bien al contrario, la emergencia climática empezó a sentirse como una emergencia cotidiana, que tenía que ver con la posibilidad de que los niños pudieran abrir las ventanas de las escuelas, la gente mayor sufriera muertes prematuras o que aumentase desproporcionadamente el número de noches tropicales. De ahí que Barcelona declarase en enero de 2019 la emergencia climática, y que lo hiciera como una respuesta integral a la grave situación de crisis planetaria bajo el Capitaloceno, y no solo como una propuesta para descarbonizar la movilidad y poner la etiqueta "eco" a un modelo de crecimiento urbano insostenible.

Los objetivos que nos marcamos fueron muy ambiciosos. Antes de 2030, Barcelona debía aumentar 1m^2 de verde por habitante; reducir el 20% de la movilidad en vehículo privado a motor; rehabilitar energéticamente el 20% de los edificios; asegurar que ningún ciudadano se encontrase en situación de pobreza energética; reducir el consumo de agua potable hasta llegar a una cifra inferior a los 10 litros de agua potable por habitante al día; y, evidentemente, ser neutra en emisiones de carbono antes de 2050. La lista de objetivos es mucho más larga y precisa, pero estos ejemplos dejan claro que la declaración de emergencia climática no solo quería hacer llegar el consenso científico a las instituciones. Su objetivo era, por encima de todo, sentar las bases de una transformación ecosocial del modelo urbano, que evidenciaría el hecho de que las injusticias sociales no podían revertirse sin abordar también las injusticias climáticas, y viceversa.

La herramienta fundamental para logar este cambio de modelo urbano que pusimos en marcha es hoy un referente internacional: *Superilla Barcelona*. Se trata de una estrategia de urbanismo ecofeminista que se propone recuperar un millón de metros cuadrados de espacio público, situar los peatones y la movilidad sostenible en el centro del diseño urbano y conseguir que una de cada tres calles de la trama urbana de Barcelona sea verdes. Como resulta evidente, no se trata solamente de cambiar los coches de gasolina por coches eléctricos, sino de reivindicar el derecho a la ciudad para todes, alterando las jerarquías –de género, de clase, de procedencia– que históricamente habían determinado la configuración de las calles. Así, frente a un modelo urbano surgido de la alianza entre capital y patriarcado, hecho a medida del sujeto masculino, blanco, funcional, de clase media o alta, que trabaja en los centros urbanos, Superilla Barcelona corrige las desigualdades estructurales que han contribuido a la degradación social y ambiental de los entornos urbanos.

¿Y cómo lo hace? En primer lugar, haciendo que mujeres, niñes y gente mayor sean los protagonistas del nuevo modelo de calle, es decir, tomándose en serio la interdependencia como un valor fundamental del diseño urbano. Calles con plataforma única, más accesibles, donde los peatones son los protagonistas y los coches meros invitados. Cambiando la iluminación para adaptarla al paso de las personas, en vez de estar pensada para facilitar el paso de vehículos. Quitando asfalto y cambiando los materiales por otros con una huella de carbono menor, como son el *panot*, el granito o la piedra natural. Mejorando la permeabilidad del suelo, con sistemas de recuperación del agua de lluvia para regenerarla y reutilizarla. Multiplicando la superficie verde de las

calles, con un subsuelo preparado que facilite el crecimiento de las raíces y permita plantar más arbustos, más flores y árboles, ganando espacios de sombra y reduciendo el efecto isla de calor. Colocando mobiliario urbano de calidad: bancos, sillas, mesas, áreas de juego infantil, mesas de ping-pong, tableros de ajedrez.

En segundo lugar, se propone realizar un salto de escala, para que esta estrategia llegue a todos los barrios. La idea de "superilla" no es nueva. El concepto original puede remontarse a los años 30, cuando el GATPAC (Grupo de Arquitectos y Técnicos Catalanes por el Progreso de la Arquitectura Contemporánea) soñó en adaptar los ideales de ciudad jardín de Le Corbusier a la trama urbana de Barcelona, recuperando el espíritu utópico del plan Cerdà a partir de una idea muy simple: desviar el tráfico en torno a una manzana para liberar los cruces de coches y recuperar ese espacio para los peatones. Esa idea inicial, que nunca llegó a aplicarse, fue la que mucho más tarde recogió la Agencia de Ecología Urbana, en los años noventa, y que finalmente empezamos a implementar con urbanismo táctico en 2016. Primero en el Poblenou, en el perímetro formado por las calles Badajoz, Pallars, Llacuna y Tánger, y luego se extendió con éxito en otros espacios de la ciudad, como Sant Antoni, Horta o Hostafrancs.

El caso de Sant Antoni es donde este éxito es más evidente. Las nuevas plazas pintadas de amarillo, naranja y azul, con grandes jardineras y bancos de madera, se ha convertido en un símbolo de espacio público recuperado. Donde antes había coches, circulando y aparcados, ahora hay niños y niñas jugando en medio de la calle, familias paseando, gente mayor jugando al ajedrez, celebraciones de cumpleaños, personas leyendo o tomando el sol. Pero no es solo el símbolo. Los datos muestran que la contaminación se ha reducido un 40%, que el tránsito ha disminuido un 17% en todo el barrio, que hay cuatro decibelios menos de ruido y que en los últimos cinco años han abierto 200 comercios de proximidad. Por todo ello, en 2019 decidimos aplicar este modelo a toda la ciudad: creando 21 ejes verdes y 21 plazas nuevas en el Eixample; pacificando autopistas urbanas como la Meridiana, la Diagonal o la Via Laietana; convirtiendo antiguas zonas industriales en barrios verdes, como en el caso del barrio de la Marina, el espacio ferial de Montjuïc o los polígonos del Besòs; o creando grandes parques en los barrios, como en Glòries, Can Batlló o la antigua Colònia Castells.

En tercer lugar, la estrategia de Superilla Barcelona es inesperable de las políticas de protección del derecho a la vivienda, el comercio de proximidad y la industria local. La transformación de las calles va siempre acompañada de una estrategia urbanística para limitar y combatir el impacto de la especulación inmobiliaria y el monocultivo turístico. Desde 2015, Barcelona habrá doblado el parque público de vivienda, pasando de 7.500 pisos a 15.000. Si echamos la vista atrás, los datos son todavía más contundentes: se ha ganado más vivienda pública estos últimos ocho años que en los noventa anteriores. Una parte importante de estos nuevos pisos a precio asequible se han ganado en los barrios más tensionados, como el Eixample o cerca de los nuevos ejes verdes, con la compra de edificios enteros que estaban amenazados por el *mobbing* inmobiliario (grandes fondos de inversión que querían expulsar a los vecinos). Al mismo tiempo, durante todos estos años hemos impulsado políticas innovadoras en vivienda, como la construcción de vivienda social en tiempo récord y con materiales reciclados (edificios APROP, premiados por arquitectura sostenible) o la regulación del 30%: una herramienta urbanística que permite ganar pisos asequibles en cada nueva promoción o gran rehabilitación, y que contribuye a rebajar el precio del suelo. Además, a pesar de no tener las competencias de vivienda, que pertenecen a la Generalitat y al Estado, hemos dado un impulso histórico a las políticas de regeneración urbana, para rehabilitar viviendas en mal estado y mejorar la eficiencia energética de los edificios.

A diferencia de lo que sucede con la vivienda, sí podemos regular los usos de los barrios, para asegurar que la transformación verde de la ciudad no conlleva una sustitución del comercio de planta baja, ni favorece el monocultivo turístico. Como han demostrado los sucesivos planes de usos que hemos aprobado en barrios como Sant Antoni, Sant Andreu o ahora en el Eixample, el comercio de proximidad se ha visto beneficiado con cada pacificación: se han registrado más ventas y apertura de nuevos comercios. También hemos impulsado planes urbanísticos pioneros para regular las nuevas empresas de plataforma, que amenazan los comercios y la vida de barrio, convirtiendo las calles y los bajos de la ciudad en un centro logístico de distribución de mercancías. Por ello, hemos prohibido las cocinas y los supermercados fantasma en toda la trama urbana; hemos regulador el reparto de comida a domicilio, para asegurar unas condiciones de trabajo dignas para los *riders* (ahora podrán acceder a los baños de los locales, se les permitirá esperarse dentro de los bares y restaurantes en vez de estar a la intemperie y tendrán espacios donde guardar las bicicletas); y, por último, hemos impulsado la "tasa Amazon", un impuesto que grava a las grandes empresas por el uso especial que hacen del espacio público.

Pero si hay una medida que destaca para regular el impacto de la especulación y la gentrificación de los barrios ha sido el PEUAT, el Plan Especial Urbanístico de Alojamientos Turísticos, con el que pusimos fin a la situación de desgobierno del turismo que se vivía en Barcelona en 2015. Cuando llegamos al Ayuntamiento, había más pisos turísticos que pisos públicos. Desde entonces, no solo hemos lanzado una campaña contra los pisos turísticos ilegales, que se han reducido prácticamente a cero, sino que hemos conseguido que el número de viviendas de uso turístico decreciera, especialmente en el centro, recuperando cerca de 3.000 pisos para su uso como vivienda habitual.

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos para hacer de Barcelona una ciudad donde querer y poder vivir, los retos y las contradicciones que tenemos por delante son todavía mayúsculos. Quizá el caso más sintomático es el de la llamada "gentrificación verde", que ha sido identificada en diferentes estudios en ciudades de todo el mundo, que demuestran que aquellos barrios que ganan espacios públicos verdes y de calidad son más proclives a la especulación inmobiliaria, que acaba expulsando a los vecinos y vecinas, para acoger a nuevos inquilinos con mayor poder adquisitivo. Se trata de un riesgo importante para un proyecto de transformación urbana y social como Superilla Barcelona, en tanto que oculta que la causa de la expulsión de los vecinos es la especulación y no la mejora de las condiciones ambientales en las calles de la ciudad. Pero no podemos aceptar el falso debate entre vivir en barrios asequibles o vivir en barrios saludables, especialmente cuando esta disyuntiva es utilizada para dar alas al retardismo climático y bloquear cualquier cambio que mejore la vida de los barrios. Asimismo, tampoco podemos ignorar el hecho que los municipios no tenemos las herramientas suficientes para limitar la especulación, independientemente o no de si actuamos o no para mejorar las calles, y que, en consecuencias, reclamar cambios legislativos –como una nueva ley de vivienda que tope el precio de los alquileres– es hoy un imperativo.

Una segunda tensión tiene que ver con la relación de Barcelona con su área metropolitana, y la falta de inversión en transporte público colectivo por parte de las administraciones competentes. Barcelona ha impulsado medidas importantes para restringir el tránsito de vehículos privados, limitar la entrada de los más contaminantes e impulsar el transporte público y sostenible: se ha doblado la red de carriles bici; se han creado más de 60km de carril bus; hemos congelado los precios de los abonos, liderando también la reducción de los precios de los títulos más utilizados; y, por encima de todo, hemos puesto en marcha la unión del tranvía, habilitando una conexión metropolitana que unirá 9 ciudades metropolitanas, 4 líneas de metro y 13 de bus. Este impulso ya empieza

a dar resultado, puesto que Barcelona es la ciudad grande del estado donde menos gente utiliza el coche para ir a trabajar o estudiar. Con todo, todavía hay mucho margen de crecimiento: el 70% de los desplazamientos que se realizan en vehículo privado están en el ámbito de cobertura del metro y el tranvía. Y para aprovechar todo este potencial necesitamos que se desbloqueen las inversiones y trabajos para mejorar la red de metro, de ferrocarriles, de Rodalies y de transporte de mercancías. La buena noticia es que el impulso de Barcelona en estos últimos años ha obligado al resto de administraciones a acelerar. Ya han empezado las obras para ampliar la estación de Arc de Triomf y las obras de la nueva estación de Sants, mientras que la nueva estación de Sant Andreu ya está terminada; por su parte, la estación de la Sagrera y el corredor mediterráneo avanzan más rápido que nunca, y también se han reactivado las obras de la L9 del metro, ha empezado la ampliación de la L8 de ferrocarriles y avanza el nuevo carril bus de entrada a Barcelona por la B-23.

Otro de los principales puntos de fricción de este modelo tiene que ver con la necesidad de cambiar un imaginario urbano ligado al coche, dado que en el actual contexto la posibilidad de cambiar el vehículo privado por el metro, el tranvía o un autobús es percibido como un sacrificio, una pérdida o una limitación. Dicho de otro modo: cada vez que se pacifica una calle, se reducen carriles de circulación o se crean nuevos carriles bicis, para una gran parte de la población es más fácil imaginar el colapso de la ciudad que una movilidad más diversa, más sostenible y centrada en el transporte público. La urbanista Janette Sadik-Khan utiliza las antiguas representaciones futuristas de coches voladores y autopista áreas para mostrar hasta qué punto el nuevo solucionismo tecnológico de coches autónomos y eléctricos sigue anclado en un modelo de movilidad individualista e ineficiente que perpetua la injusticia espacial de las ciudades contemporáneas.

Por ello, el modelo Superilla está y estará necesariamente ligado a la batalla por un nuevo sentido común urbano y, por lo tanto, se reivindica como un modelo de innovación en positivo, una política pionera que no solo genera resistencia al cambio, sino también orgullo de ciudad. Frente al pesimismo del "nada es posible" y el "todo está perdido", Superilla propone una política ecosocialista viable de reapropiación de aquello que es común. Es un grito a la acción, a la movilización, donde cada grieta verde abierta en el asfalto cuenta; cada alcorque en el que plantamos un árbol; cada nueva especie que retorna a la ciudad; cada decibelio de ruido que se reduce; cada coche contaminante que no entra en la ciudad; cada centímetro de carril bici y cada vagón de transporte público.

Superilla Barcelona mira al futuro, pero nos habla del presente: es una utopía cotidiana, una rebelión contra el colapsismo y el nihilismo. Es estrategia efectiva tanto a nivel material como simbólico: da respuesta cuantitativa a la situación de emergencia climática (reducción de emisiones, reducción del consumo, mejora de la eficiencia energética, aumento del verde urbano, etc.); también corrige injusticias históricas de acceso al espacio público, salud y vivienda asequible; y, al mismo tiempo, es un alegato a la esperanza, a la construcción de una ciudad que facilita la vida de sus habitantes y ofrece una alternativa a un sistema neoliberal, extractivista y depredador que hoy es incompatible con la vida. Frente a la emergencia climática y social, demuestra con hechos que no solo existen futuros posibles, alternativos: también hay presentes mejores.

Pensamiento al margen. **Revista Digital de Ideas Políticas**. Número 18 (2023), pp. 170 - 175
ISSN: 2386-6098. www.pensamientoalmargen.com.

Apuntes para abordar la transición energética en Euskal Herria

Mikel Otero
Secretario de transición ecológica de EH Bildu y Diputado en el Parlamento Vasco

¿Dónde estamos?

Si existe alguna certeza para este siglo XXI tan cargado de incertidumbre, es que los efectos provocados por la situación de extralimitación ecológica generalizada en la que estamos inmersos, atravesarán el resto de nuestras vidas y las vidas de las próximas generaciones.

Tanto el IPBES (la plataforma intergubernamental sobre la diversidad biológica y los servicios de los ecosistemas) como el IPCC (el panel intergubernamental sobre el cambio climático) han despejado cualquier resto de duda. La mejor ciencia disponible nos dice que la biodiversidad y los servicios ecosistémicos están en franco declive, y el último informe del IPCC ratificó tres cuestiones fundamentales; la responsabilidad de la actividad humana como factor principal del cambio climático es científicamente incuestionable; el cambio climático ya está afectando, si bien de manera desigual, a todas las regiones del planeta, como ponen de manifiesto al aumento de la frecuencia de eventos meteorológicos extremos; y, de no reducir drásticamente las emisiones de Gases de Efecto Invernadero (GEI) en los próximos años (un 45% de reducción para 2030 respecto a 1990 según el último *Emission Gap Report* del Programa de la ONU para el Medio ambiente), se superarán los umbrales de seguridad. Se antoja titánico. Pero cada décima cuenta.

Dado que alrededor del 80% de las emisiones globales provienen de la extracción, transformación y quema de los combustibles fósiles, sacar a estos de la ecuación energética se convierte en un imperativo ecológico. No es el único motivo para optar por un metabolismo social hipocarbónico. Además de ser el principal motor del calentamiento global, los combustibles fósiles, esos gigantes energéticos sobre cuyos lomos hemos construido el mundo que conocemos, son finitos a escala humana, de ahí la urgencia de acelerar la transición hacia una matriz energética renovable. Más allá de los sobresaltos geopolíticos y las tensiones puntuales de flujos y precios energéticos, se viene observando una incómoda realidad estructural; cada vez cuesta más satisfacer la creciente demanda global, y los retornos energéticos de los combustibles fósiles están declinando. No es solo que hemos quemado mucho, sino que hemos quemado lo más accesible. Conviene abandonarlos antes de que nos abandonen ellos.

Sea como fuere, el abandono de los combustibles fósiles nos obligará a repensar todo nuestro metabolismo social y productivo, nuestra manera de estar en el planeta. Una sociedad alimentada sobre una matriz energética renovable difícilmente podrá seguir utilizando las ingentes cantidades energéticas ofrecidas por los fósiles. A pesar de que el debate sobre la disponibilidad energética renovable dista de estar cerrado, conviene actuar con prudencia y no

descartar un futuro en el que la energía neta disponible no supere la mitad de lo que hoy consumimos como comunidad global. Nos adentramos en una etapa en la que los límites energéticos y materiales van a marcar el paso.

¿Y cómo está Euskal Herria en semejante contexto histórico?

Estos son nuestros principales datos energético-climáticos: en Hego Euskal Herria (Araba, Bizkaia, Gipuzkoa y Nafarroa) emitimos alrededor de 8 toneladas de CO_2 por habitante y año, muy por encima de la media mundial y ligeramente superior a la europea; el consumo de energía total final ronda los 80 TWh, y el consumo por habitante (cerca de 40 MWh persona año) duplica la media mundial; el 80% de la energía que consumimos es fósil y el 86% del abastecimiento energético tiene un origen externo; la generación endógena de energías renovables es del 14%. En consecuencia, nuestro país tiene una vulnerabilidad estratégica en términos energéticos, ya que nuestro modelo productivo y de bienestar se basa peligrosamente en el consumo de grandes cantidades de energía importada, mayoritariamente fósil.

Nada indica que las profundas transformaciones necesarias para adecuar nuestra huella de carbono a las necesidades climáticas vayan a ser un camino de rosas. Una sociedad como la de Euskal Herria, con un metabolismo social cuya huella ecológica se aproxima a los tres planetas, debe ser consciente de que le toca reinventarse, y puesto que más de la mitad de esa huella ecológica está vinculada a su sistema energético, ha de apuntar prioritariamente a la transición energética como vector de transformación ecosocial, abandonando a marchas forzadas los combustibles fósiles y, en coherencia con la realidad material global, orientar sus esfuerzos a, por un lado, reducir los consumos y, por otro lado, a desplegar instalaciones renovables sin demora.

Reducir el consumo, desplegar renovables

Desde el lado del consumo, teniendo en cuenta que el grueso del mismo está en el transporte (42%) y en la industria (35%), nos toca hacer hojas de ruta sectoriales específicas que encuadren, entre otras muchas, medidas encaminadas a una reorganización productiva orientada a garantizar las necesidades esenciales; ganancias en eficiencia energética y material; una cierta relocalización del aprovisionamiento material; aprovechamiento de calor residual industrial, un cambio de paradigma en la movilidad tanto de mercancías como personas, con la movilidad no motorizada y el transporte colectivo electrificado como eje vertebrador; un replanteamiento en la política de inversión acorde a la realidad climático-energética; una reorientación de la contratación pública para que traccione tanto la producción y el consumo de proximidad como la reutilización y el reciclaje de materiales; una transformación del circuito de producción y distribución de alimentos en pos de aumentar significativamente la cuota de soberanía alimentaria de base agroecológica y un largo etcétera. Así como intervenciones decididas en el sector doméstico (un 20% del consumo energético), donde destacan la necesidad de intervenir profusamente en rehabilitaciones energéticas para reducir consumos, o el abandono del gas en favor de otras opciones más eficientes de calor como las bombas de calor, aerotermia etc. Todo ello, sin olvidarnos de la ineludible transformación de nuestros hábitos de consumo, de movilidad, dieta u ocio, donde se requiere una auténtica revolución cultural sin la cual el resto de políticas será insuficiente.

Sin embargo, aún con toda la contracción de consumo factible en una sociedad compleja como la nuestra, no es viable alcanzar objetivos climáticos ambiciosos sin una importante expansión de energías renovables. En tanto que la necesidad de descarbonizar nuestra actividad no admite demora, nos toca apostar por un futuro energético 100% renovable y, en la medida de lo posible, de fuentes energéticas locales. Dado que no somos los únicos llamados a realizar

la transición energética, nos conviene alcanzar unas cuotas importantes de generación renovable autóctona a no ser que pretendamos trasladar nuestra vulnerabilidad y dependencia energética exterior de los fósiles a las renovables, cargando de paso a otros las externalidades ambientales del despliegue[1]. No es solo eso, si pretendemos desplegar un modelo renovable que tienda a democratizar la generación en todas las escalas, nos conviene instalarlas en nuestro territorio para poder tener algo que decir sobre quién y cómo debe hacerlo. Volveré sobre esto.

El territorio recupera su protagonismo energético

Dicho de otro modo, la energía "regresa a casa". Históricamente, el territorio ha tenido una serie de funciones estratégicas para la comunidad que lo habita, entre las que destacaban la provisión de agua, alimentos y fibras vegetales, minerales y energía. La enorme disponibilidad energética concentrada en determinados lugares en forma de carbón petróleo y gas, unida a su versatilidad y relativamente sencilla transportabilidad y almacenaje, permitió desacoplar el territorio de su función básica de proveedor de energía (y en cierta medida del resto de funciones básicas, dado su enorme potencial para el transporte de grandes volúmenes), provocando un punto ciego en la percepción del grueso de la sociedad, para el que la energía se hizo invisible. Simplemente llegaba, en grandes cantidades y a precios asequibles. En un mundo movido por energías renovables, la energía, o cuando menos sus mecanismos de captación, se vuelven mucho más visibles, ya que las fuentes con mayor potencial, especialmente la solar y la eólica, están muy distribuidas. El territorio, así, recupera esa función esencial casi olvidada (al menos en algunos territorios, como el nuestro), haciéndose nuevamente necesario compatibilizar los usos energéticos con el resto de funciones vitales como el aprovisionamiento de alimento, agua o minerales.

¿Dónde y cuánto?

Este fin de la "ficción fósil" nos obliga a reordenar el territorio. Compatibilizar esas necesidades básicas en un territorio ya fuertemente artificializado como el nuestro, con una densidad de población de más de 150 pax/km^2, no será tarea fácil. Se ha debatido mucho sobre la capacidad de generación del entorno urbano-industrial y espacios ya sensiblemente degradados como canteras, antiguos vertederos, aledaños de infraestructuras viarias o equipamientos etc. como alternativa a la utilización de espacios no urbanizables. Sin embargo, estudios aproximativos de potencial, tanto de escala local[2] como autonómica[3], nos alertan de que es desatinado proyectar autosuficiencias que superen un 10-15% del consumo actual (o del doble en escenarios de fuertes reducciones de consumos) en este tipo de espacios. El camino a la soberanía energética pasa, no solo pero también, por la implementación de renovables en diversos ámbitos, tecnologías y escalas, incluyendo centrales renovables en suelo no urbanizable.

Un escenario de despliegue importante de energía solar fotovoltaica y eólica en Euskal Herria, donde entre ambas fuentes constituyan dos tercios del mix energético futuro,

[1] En cierta medida, esto es algo que ya está sucediendo. La diferencia estadística entre la generación renovable autóctona (14% del consumo total) y el consumo total de energía renovable (alrededor del 17%) se debe principalmente a que el balance entre generación y consumo eléctrico es negativo (en 2021 se importó el 26% de la electricidad consumida) y a que prácticamente la mitad de esa electricidad importada tiene un origen renovable

[2] Un estudio llevado a cabo en Zumaia sobre consumos energéticos totales y potencial renovable (FV en cubierta, eólica de mediana escala y biomasa) revelava que el potencial rondaría el 7% del consumo energético total del municipio.

[3] El estudio del Observatorio de Sostenibilidad para ALIENTE revelaba que el potencial máximo fotovoltaico en Hego Euskal Herria para espacios urbano-industriales y zonas degradadas sería de 8.435 MW. La generación rondaría el 10% del consumo energético actual.

descontando el aprovechamiento de zonas urbano-industriales y entornos degradados, necesitaría un aproximado de 10.000 ha en zonas no urbanizables. Si bien representa un porcentaje mínimo frente a las casi 700.000 ha vinculadas hoy día a la alimentación (más de 400.000 de cultivos y casi 300.000 de praderas y pastos), resulta imprescindible salvaguardar los suelos de mayor valor agrológico, así como los espacios con mayores valores ambientales, incluida toda la red de espacios naturales protegidos. Es más, el despliegue de renovables en el ámbito no urbanizable requiere de una acción multifinalista, de manera que el esfuerzo territorial y los impactos directos de su implementación se vean compensados por una serie de acciones de custodia y mejora del territorio que devengan en un efecto neto positivo en términos de biodiversidad y desarrollo socioeconómico de los entornos en los que se desarrolle. También es importante establecer criterios de saturación, porque existen ya zonas tensionadas por acumulación de proyectos. El equilibrio territorial en el despliegue también es parte de la ordenación. Hoy, el mapa de las instalaciones renovables existentes y proyectos en tramitación es una oda al desequilibrio.

¿Quién y cómo?

Sin embargo, no es suficiente con despejar qué, cuánto y dónde desplegar las renovables. También importa quién y cómo. Para el cómo, proponemos un despliegue bajo el principio rector de la autosuficiencia conectada. Por explicarlo telegráficamente, el objetivo sería conseguir el mayor nivel de autosuficiencia desde el ámbito geográfico más próximo, comenzando por la escala local, pasando por la comarcal, hasta llegar a las infraestructuras de escala nacional, destinadas a la generación para aquellas comarcas que por su densidad poblacional, poca disponibilidad de recurso, protección ambiental, consumos industriales intensos, etc., no podrían alcanzar cuotas importantes de autoabstecimiento. Cada nivel nos dotaría de una cierta autosuficiencia, recurriendo a la captación externa solamente en la medida en que no podamos abastecernos en el entorno, procurando el máximo nivel de ajuste entre necesidad y aspiración de energía por un lado y capacidad de generación por otro.

Diagnosticar, deliberar y actuar

Esto obliga, fundamentalmente, a tres cosas. Diagnosticar, deliberar y actuar, en cada escala. Los diagnósticos locales y comarcales, tanto de consumos como de potenciales, se antojan esenciales para poder poner en marcha procesos deliberativos que involucren a la comunidad en la transición. Intentar responder a preguntas como ¿qué, cuánto y cómo consumimos? ¿Qué potenciales tenemos para satisfacer nuestra demanda? ¿Dónde instalaremos las renovables? ¿Cómo nos abasteceremos en el futuro? ¿De dónde saldrá lo que no consigamos aquí? será fundamental para pasar a la acción. Aunque no se esté haciendo de forma sistemática, existe ya una actividad importante en la esfera local. Muchas vecinas y vecinos, así como ayuntamientos, con apoyo de diferentes niveles institucionales, promueven, entre otras muchas acciones, autoconsumos y comunidades de energía. Dada la efervescencia, podríamos decir que existe un claro afán democratizador de la energía en la pequeña escala. Por supuesto, hay que impulsar este despliegue de la pequeña escala y su consiguiente empoderamiento, pero nos atrevemos a decir que, simultáneamente, hay que reunir la ambición suficiente para escalar el proceso y proyectar un horizonte de preponderancia público-comunitaria para todo el sistema energético, que debe incluir el abastecimiento de los importantes volúmenes de consumo industriales y del transporte.

Tracción pública

La reconversión del sistema energético es una tarea formidable que debe ser desencadenada y alimentada por la iniciativa pública. Este impulso tiene tanto un componente técnico (de dinamización de procesos sociales y de resolución de problemas) como de respaldo económico para el mayor control social posible de las infraestructuras de generación en el territorio. Dadas las necesidades de inversión y la endeble capacidad de inversión actual de la administración pública, entendemos que, en una primera instancia, debemos combinar inversiones públicas, comunitarias y privadas, al menos hasta que tengamos la capacidad de abordar, con un músculo público fortalecido, las transformaciones necesarias. La tracción pública debe ser capaz de hacer prevalecer el interés común de la sociedad al interés lucrativo de los actores privados, centrando la mirada especialmente en las personas y colectivos más vulnerables.

A diferencia de nuestro entorno, en la Comunidad Autónoma Vasca existe un agente público de cierta dimensión en el sector energético; el Ente Vasco de la Energía (EVE) cuenta con activos que suman varios cientos de millones de euros, aunque su tradicional orientación hacia los combustibles fósiles no permite, hoy por hoy, apoyarse exclusivamente en esta palanca, lo cual no obsta para exigir su inaplazable transformación hacia un horizonte 100% renovable[4].

Nuevos modelos de despliegue

En la situación actual, con múltiples actores de diverso signo operando en el territorio, sería importante establecer unas condiciones para el despliegue de aquellos proyectos que incluyan la promoción, impulso o colaboración de agentes privados. La generación debe estar orientada a las necesidades energéticas del entorno, ofreciendo la participación en el proyecto a la ciudadanía (bien directamente o a través de comunidades energéticas), a las diferentes escalas de la administración pública, desde ayuntamientos hasta instituciones comunes, e incluso al tejido productivo cercano, parte del cual ha mostrado ya su interés en coparticipar en proyectos para acceder a energía renovable a precios asequibles. Debe existir un mecanismo que garantice el control público en el marco de un modelo que permita también la propiedad pública y comunitaria. Y, por supuesto, debe contemplar una actuación ambiental que compense el impacto directo de su implementación.

Más allá de las participaciones minoritarias de capital público a través del EVE en proyectos de cierta entidad[5], sobre las cuales no tiene ni capacidad de decisión efectiva ni, dado el histórico en el despliegue eólico, garantía de permanencia, se están explorando otros modelos de implementación que pueden tener un recorrido interesante. En concreto, la empresa pública noruega Statkraft, ha puesto sobre la mesa dos proyectos de centrales eólicas[6], que han sido presentados tanto en los ayuntamientos concernidos como en sendas sesiones informativas abiertas a la ciudadanía. En dichas sesiones, se ofrecieron a explorar formulaciones jurídicas novedosas para que los proyectos sean coparticipados tanto por la ciudadanía, las administraciones y las empresas interesadas de la zona. A expensas de poder confirmar la viabilidad de tal ofrecimiento (sobre el que nos consta que se está estudiando proactivamente)

[4] El Ente Vasco de la Energía posee el 50% de la regasificadora Bahía de Bizkaia Gas, el 25% de la central térmica de gas de ciclo combinado Bahía de Bizkaia Electricidad, el 10% de la incineradora de Zabalgarbi (donde el 70% de lo que se quema es gas) y, a través de su filial Hidrocarburos de Euskadi (participadas al 100% por el EVE, el 37,7% del permiso de explotación de gas Viura en La Rioja.

[5] El EVE participa, a través de su filial CADEM, en los proyectos Eólicos Azazeta, Laminoria eólica y Labraza (120 MW totales) con un 40% de participación (Iberdrola 60%) y en los proyectos fotovoltaicos Vitoria Solar 1 y 2 (100 MW totales, EVE 30%, Solaria 70%) Laminoria FV (40 MW. EVE 40%, Iberdrola 60%) y Ekienea (>100 MW. EVE 20%, 75% de Iberdrola, KREAN 5%).

[6] Statkraft ha presentado los proyectos Piaspe (32,5 MW) e Itsaraz (52 MW).

y de la aceptación de los agentes interpelados, los avances que pueden llegar de estas fórmulas novedosas pueden marcar un estándar que marcaría un camino interesante a recorrer. Si es posible establecer un mecanismo en el que existan múltiples ganadores, ¿Por qué aceptar un esquema en el que se ponen los recursos energéticos comunes al servicio exclusivo del beneficio privado liderado por grandes empresas del sector y fondos de inversión cuya única prioridad es la maximización del beneficio económico?

Conclusión

En definitiva, ¿qué estamos proponiendo? Hagamos un ejercicio colectivo como pueblo, intentando responder a las siguientes preguntas: ¿Qué modelo de bienestar queremos para nosotros y para las generaciones posteriores? ¿Qué es compatible con volver a insertar nuestra huella ecológica dentro de los límites planetarios? ¿Qué podemos mantener, qué necesitamos transformar y qué queremos simplemente abandonar? Y a partir de estas preguntas, hagamos una reflexión honesta de nuestras necesidades energéticas, para lanzar un plan de despliegue ordenado y democráticamente planificado de manera que obtengamos, en un futuro cercano, la mayor parte de la energía que necesitamos en nuestro propio territorio, cuidándolo y cuidando a las personas que viven en él. El enorme reto energético que tenemos por delante puede y debe constituirse en un poderoso vector de transformación, catalizador de la transformación ecosocial, y para ello es imprescindible que el ecologismo político ajuste bien la brújula.

Pensamiento al margen. **Revista Digital de Ideas Políticas**. Número 18 (2023), pp. 176 - 179
ISSN: 2386-6098. www.pensamientoalmargen.com.

Madrid Central: sentido común frente a la irresponsabilidad

Inés Sabanés
Concejala y Delegada del Área de Gobierno de Medioambiente y Movilidad del Ayuntamiento de Madrid (2015-2019)
Diputada de Más País-EQUO en el Congreso de los Diputados (2019-2023)

Pasado el tiempo, y a pesar de las deslealtades institucionales y la demagogia, constatamos que Madrid Central marcó un camino de transformación en la agenda política. Se alineó con la preocupación ciudadana por la contaminación y su impacto en la salud, y ha demostrado ser una estrategia de primer orden.

En 2015, cuando llegamos al gobierno de la ciudad de Madrid, se producían frecuentemente picos de contaminación que superaban en mucho los niveles marcados por la UE y por la OMS para preservar la salud de la población. Empezamos, pues, por plantear con urgencia el protocolo de actuación ante los episodios de superación de los niveles de calidad de aire, con restricciones de aparcamiento y circulación, en función de los valores marcados en las 24 estaciones de medición de la ciudad.

Tras años de inacción municipal, la ciudad con mayores problemas de contaminación de Europa, en la que mueren de forma prematura más de 2.000 personas al año por respirar dióxido de nitrógeno, al fin tomaba cartas en el asunto y comenzaba a aplicar medidas para proteger la salud de sus habitantes.

Este protocolo anticontaminación primero, y Madrid Central después, lograron abrir un encendido debate sobre la movilidad y la calidad del aire en las ciudades que pronto se extendió a otras partes de España, incluyendo al fin el problema de la contaminación en la agenda social y política. Las extravagancias, sobreactuación y negacionismo de una oposición que llegó a comparar las medidas con el Muro de Berlín, los bulos, y exageraciones de lobbies como asociaciones que decían representar Madrid La Noche y algunas asociaciones de comerciantes, que curiosamente suelen aparecer y desaparecer en función de quien gobierne, realmente tuvieron el efecto contrario al que perseguían y le dieron altavoz y visibilidad a unas medidas que eran necesarias, urgentes y de sentido común.

Tanto es así que la actual Ley de Cambio Climático, en la que hemos trabajado intensamente desde Verdes Equo y Más País en el Congreso, obliga a que las ciudades de más de 50.000 habitantes tengan que tener obligatoriamente una Zona de Bajas Emisiones (ZBE), siguiendo el ejemplo de Madrid Central.

El proceso de configuración de la zona de bajas emisiones Madrid Central fue una actuación de legislatura cuya preparación se inicia en el mismo momento en el que asumimos el gobierno, en junio de 2015, y que empezaría a funcionar en noviembre de 2018. Madrid tenía serios problemas de contaminación y así nos lo hizo saber Europa. De hecho, la primera comunicación que recibimos cuando llegamos al Gobierno fue precisamente la apertura de un proceso de infracción europeo debido al amplio historial de incumplimientos de la directiva de calidad del aire, su grave afectación a la salud y la amenaza de multas millonarias.

Madrid Central no es y no fue una actuación aislada. Formaba parte del Plan A de Calidad de Aire y Cambio Climático que fue, además de una emergencia, la respuesta a la exigencia de la Comisión Europea tras años de gobierno del PP sin ningún plan convincente ni acciones que atajaran la mala calidad del aire.

Mientras se daba forma al Plan A, enfocado a una reducción estructural de la contaminación, se puso en marcha a finales del 2015 e inicios del 2016 el protocolo de actuación ante episodios y picos de contaminación, que hoy sigue en vigor. Con él, por primera vez, en España se tomaron medidas que limitaban la circulación y el aparcamiento.

En 2016 se presentan las principales propuestas para el Plan A de Calidad de Aire , que tras un periodo de participación y alegaciones de más de un año se aprueba en septiembre de 2017 y se traslada a la Comisión Europea. Este plan contenía más de 30 medidas para reducir los niveles de contaminación e intervenir sobre las consecuencias de la emergencia climática en la ciudad de Madrid. Se trataba de reducir la circulación con una gran zona de bajas emisiones en el centro, una disminución de la capacidad de las vías de acceso, más espacio y protagonismo para bicicletas, peatones y autobuses, y una renovación de la flotas de vehículos, especialmente las públicas, como las de EMT o las del taxi, pero también con medidas para acelerar la renovación del parque móvil madrileño en general. También incluye medidas dirigidas al sector residencial, pero principalmente el Plan A de Calidad del Aire iba dirigido a la movilidad sostenible, pues el tráfico llegaba a representar el 75% de la contaminación en Madrid.

Una de esas treinta medidas, y la que tuvo más repercusión pública, fue, como he dicho, Madrid Central: una gran zona de bajas emisiones que englobaba y ampliaba las antiguas áreas prioridad residencial hasta las 472 hectáreas. Pero no se trató solo de un cambio cuantitativo, sino también cualitativo, pues se incluyeron nuevas normas de acceso y circulación en función de las etiquetas ambientales de la DGT, modernizando las zonas restringidas al tráfico y convirtiéndose en un referente tanto nacional como internacional. El objetivo de Madrid Central era evitar el tráfico de paso, ganar espacio público para las vecinas y vecinos y reducir los niveles de contaminación acústica y atmosférica. Y así fue, el tráfico se redujo un 13% en el interior de Madrid Central, el uso de los autobuses de la EMT creció un 5% y la contaminación durante el primer año se redujo más de un 20%.

Para desplegar Madrid Central hacía falta una nueva ordenanza de movilidad que entre otras cuestiones incorporara las normas de acceso a la ZBE para la población en general y los diversos colectivos en particular, sujetos en cualquier caso a los sistemas de etiquetas de la DGT. Su tramitación se inicia en 2017 y tras un larguísimo periodo de participación pública, con reuniones sectoriales, debates y tras haber valorado más de mil alegaciones y, posteriormente, las enmiendas de los grupos políticos, se aprueba en 2018.

Todo ello, junto a una campaña informativa, que incluyó reuniones con vecinos, comercios, colegios, colectivos, etc., cartas y publicidad en diversos soportes para dar a conocer el objetivo y los detalles de la nueva ordenanza que modernizó la movilidad madrileña y su medida más conocida, Madrid Central.

También requirió de cambios tecnológicos en los sistemas y ubicación de cámaras y lectores de matrículas, de nueva señalización, de la adscripción de los aparcamientos públicos y privados al sistema de control de accesos en Madrid Central y del alta en el sistema de miles de vehículos.

Una vez aprobada se creó una mesa de seguimiento de la implantación con presencia vecinal, de colectivos, del Instituto de Salud Carlos III o de las universidades, pues se pretendía limar cualquier defecto, pero también que esta pionera zona de bajas emisiones contara con un seguimiento estrecho que facilitara evaluar la medida.

No fue un camino fácil. No solo por la novedad de la medida que, junto al protocolo de contaminación, usaba por primera vez las etiquetas ambientales de la DGT, popularizándolas.

Hubo presiones, bulos y amenazas. Sin embargo, con la entrada en vigor de Madrid Central, la respuesta de las madrileñas y madrileños comenzó a disipar todas las dudas: mientras los reporteros buscaban declaraciones indignadas contra las restricciones, la ciudadanía se mostró conforme, porque había entendido que lo más importante que debe hacer un gobierno es cuidar la salud.

Y a pesar del sentido común demostrado por la ciudadanía madrileña, el entonces candidato Almeida no sorprendió, mucho menos el gobierno la Comunidad de Madrid. El Partido Popular quiso criminalizar Madrid Central llevándolo ante la justicia cuando era oposición, lo convirtió en su principal eje de campaña electoral y la llegó a suspender nada más llegar a la Alcaldía, decisión que fue anulada por los tribunales. En definitiva, hizo lo posible por destruir la que se considera como la zona de bajas emisiones más eficaz de toda Europa, según un informe de *Transport & Environment*. En su primer año logró reducir el tráfico y la contaminación como no lo había hecho ninguna otra, pero no solo en su ámbito, sino también más allá. Como estaba previsto, no se dio el llamado y temido "efecto frontera". Al contrario, la circulación también bajó en el perímetro, un 2,5%, y el dióxido de nitrógeno también se redujo un 10% en el conjunto de la ciudad en su primer año.

Y a pesar de que el actual alcalde de Madrid no hiciera nada por preservar e intensificar esta medida, a pesar de Almeida y sus políticas antiguas que siguen primando el coche, hoy la ZBE sigue funcionando, aún con el intento ridículo de borrar el nombre de Madrid Central o recortando las exigencias para permitir el acceso de más de 50.000 vehículos, con nuevas excepciones.

Y es que, a pesar de todo, incluso a pesar de la sentencia que anuló Madrid Central derivada de las denuncias del PP, en mi criterio tan incomprensible como el allanamiento del nuevo Ayuntamiento en su defensa, Madrid Central ganó. Ganó aquella tarde de julio cuando miles de personas se echaron a la calle para defender su derecho a respirar un aire limpio, su derecho a la salud. Ganó el día en que las madrileñas y madrileños, las asociaciones vecinales y las ecologistas lo hicieron suyo y como tal lo defendieron. También gana cada día que se mantiene su funcionamiento en Centro, aunque con nuevas excepciones, e incluso se crean nuevas zonas de acceso restringido, como estaba previsto en el Plan A. Y gana, finalmente, cuando todas las ciudades se preparan para poner en marcha sus propias ZBE.

Todo aquello fue un esfuerzo ímprobo, así que comprenderán mi sorpresa cuando veo que ahora el gobierno del PP se felicita a sí mismo, arrogándose las bondades de lo que antes demonizó y persiguió. Cierto que en este año por primera vez no se incumple la directiva europea por un escaso margen de unas pocas décimas. Pero también es cierto que desde la entrada en vigor de los protocolos para picos de contaminación, del Plan A, de Madrid Central, de los esfuerzos por la renovación de las flotas de autobuses, taxis y todas las medidas que se tomaron, ya antes de la pandemia se habían doblegado en 2019 los gravísimos picos y episodios de contaminación que nos encontramos en 2015, y que se pasó de 15 estaciones a solo 2 por encima de la media anual permitida por la normativa. El avance fue decisivo para mejorar de forma notable la calidad del aire en Madrid y, sobre todo, cambiar el rumbo del grueso de las políticas anticontaminación, pues ya no hay marcha atrás. Ahora es más necesario que nunca no equivocar el análisis para no volver a retroceder y olvidar para siempre el negacionismo absurdo y la demagogia.

Hay que observar y avanzar en medidas valientes para consolidar la tendencia de los últimos años una vez recuperada la normalidad post COVID. No hay que dejarse llevar por un cumplimiento de mínimos que puede estar relacionado con una meteorología más benévola, la irrupción del teletrabajo o el maquillaje de que ha supuesto la ZBE de plaza Elíptica. Para ello, no se pueden permitir ni retrocesos ni triunfalismos. Los niveles permitidos para la calidad del aire se están modificando ya en la Comisión Europea y serán mucho más exigentes. Ya estamos advertidos: con los nuevos límites que se están planteando hoy estaríamos de nuevo

incumpliendo la directiva de calidad de aire y no digamos los de la OMS, que ha endurecido recientemente los niveles que considera seguros.

Hay muchas medidas que ayudan, como la renovación del parque móvil con la introducción de tecnologías menos contaminantes o la electrificación del transporte. Pero por encima de todo, la clave para tener ciudades saludables está en la configuración del espacio que compartimos, la prioridad del transporte público, la adaptación de la ciudad al uso peatonal y ciclista, el acercamiento de los servicios a los barrios evitando desplazamientos, es decir, todo eso que ahora llamamos la ciudad de los 15 minutos siguiendo la estela de París. Con Madrid Central y otras muchas medidas del Plan A de Calidad de Aire y Cambio Climático, que sigue en vigor, esta transformación, este reequilibrio en el espacio público se situó en la agenda y en el debate político. Hoy ya no se puede retroceder. No avanzar es un riesgo enorme, pero retroceder es una catástrofe.

Pensamiento al margen. **Revista Digital de Ideas Políticas**. Número 18 (2023), pp. 180 - 188
ISSN: 2386-6098. www.pensamientoalmargen.com.

Los proyectos piloto de reducción de jornada como herramientas políticas.

Héctor Tejero
Diputado de Más Madrid y Coordinador Político de Más País

Este artículo es una reflexión personal de uno de los responsables de la puesta en marcha del proyecto piloto de reducción de jornada en España. A diferencia de otros textos donde se han hecho valoraciones más generales sobre la reducción de jornada, su historia o sus beneficios y problemas en este artículo he optado por contar la dimensión de los proyectos pilotos en tanto que "artefactos políticos-comunicativos" que han permitido introducir la reducción de jornada en la agenda pública. Es un relato personal, mezclando intuiciones con opiniones, casi con la intención de que sea material de trabajo para estudios posteriores. Para no aburrir he quitado muchos "creo" y "en mi opinión" que deberían acompañar las afirmaciones hechas. Espero que sea de utilidad.

La reducción de la jornada laboral y los proyectos piloto

En los últimos tres años la posibilidad de reducir la jornada laboral ha avanzado muchísimo a lo largo de todo el mundo incluido en España, que, de hecho, ha sido un país pionero. Una de las herramientas clave para este avance ha sido el impulso de diferentes proyectos piloto de reducción de jornada que se han planteado en diferentes formatos y en diversos países como España, Portugal, Escocia, Irlanda o Inglaterra. En este artículo no entraremos en las ventajas de la reducción de la jornada laboral[1], sus efectos económicos[2], las posibles estrategias para llevarlo a cabo[3] ni tampoco en los detalles técnicos de los proyectos pilotos o de su capacidad de extraer datos sobre los efectos de la reducción de jornada[4]. Intentaremos explorar cómo la noción de proyecto piloto se ha convertido en un artefacto político y comunicativo que ha permitido avanzar en la lucha por trabajar menos y tener más tiempo libre.

Un modelo de cambio político

El estadístico inglés George E.P. Box dijo una vez que "todos los modelos son erróneos pero algunos son útiles". Esto no solo pasa con los modelos matemáticos explícitos a los que se

[1] Pedro Gomes, Friday is the New Saturday; "La propuesta de una semana de 32 horas ha servido para introducir un debate cultural mucho más amplio". Entrevista a Héctor Tejero, Revista Sin Permiso, 2021
[2] *Challenging the working time reduction and wages trade-off: a simulation for the Spanish economy* - Cárdenas, L. Villanueva, P. Cambridge Journal of Economics, Volume 45, Issue 2, March 2021
[3] Castrillón Serna, V., Zendoia Sainz, J. M., & Bernat Zubiri Rey, J. (2016). *Propuestas de reducción del tiempo de trabajo en Gipuzkoa.* Lan Harremanak - Revista De Relaciones Laborales, (34)
[4] Hugo Cuello, *Assessing the Validity of Four-day Week Pilots - JRC Working Papers Series on Social Classes in the Digital Age 2023/08*

refería en su cita sino también a los "modelos implícitos" que guían nuestra actividad cotidiana. Estar en política es tener un modelo, explícito o implícito, de cómo se producen las transformaciones sociales. Considero útil discutir brevemente el modelo fundamental que hemos seguido en la disputa política por reducir la jornada laboral. Un modelo, como todos, limitado y por tanto erróneo, pero también útil.

De una forma muy burda, el cambio político podría considerarse como un ciclo de avance cultural entendido como construcción de hegemonía en un sentido gramsciano, y de consolidación material a través de la aprobación de leyes y puesta en marcha de políticas públicas. El momento de consolidación estabiliza o vuelve parcialmente irreversibles los avances anteriores y, además, sienta las bases para conseguir otros nuevos. Alvaro García Linera lo ha resumido alguna vez en la frase "las victorias políticas son previamente victorias culturales". Es decir, el proceso legislativo es la culminación de un proceso largo de disputa en la sociedad civil en el que intervienen muchos actores.

Por eso, históricamente, las adopciones generalizadas de una reducción de jornada laboral menor siempre han sido más procesos que acontecimientos. Tendemos a pensar que la jornada de ocho horas o la semana laboral de 5 días se impusieron en el siglo XX casi de la noche a la mañana. La realidad es mucho más compleja. Fueron largos procesos que cada vez fueron aplicando a más y más trabajadores hasta que se volvieron mayoritarios, bien porque al principio eran conquistas sindicales limitadas a los ramos u oficios con mayor capacidad de negociación, bien porque las implementaciones de las leyes estaban llenas de excepciones y moratorias, bien porque sufrieron avances y retrocesos.

La ley que determina la reducción de jornada para todos los trabajadores es siempre el final de un camino en el que más y más sectores y empresas van adoptando la reducción de jornada por una combinación de competencia, presión sindical y costumbre social que hace que esa jornada laboral (sean las ocho horas o sean los cinco días laborales) sea consideraba "lo normal".

Aunque ha avanzado mucho estos últimos tres o cuatro años, a día de hoy la reducción de la jornada se encuentra aún en la primera fase, de avance cultural. De lo que se trata ahora, y aún más cuando se empezaron a proponer los proyectos pilotos, es de conseguir que se abra hueco y se mantenga en una agenda pública hipercompetitiva y cada vez de ciclo más corto, que aumente simpatía y apoyos en la ciudadanía, que se perciba como una solución aceptable a muchos problemas, etc.

Durante esta fase de avance cultural las propuestas políticas rara vez entran en agenda y se popularizan por la consistencia de sus detalles técnicos si no que necesitan cumplir varios criterios. Ser relevantes, ser sencillas, ser novedosas y ser viables[5]. En realidad, más parecerlo que serlo.

Las propuestas son relevantes cuando se refieren a demandas reales e importantes de la ciudadanía, o de una parte de ella, o cuando condensan grandes conflictos y cuestiones bien abiertas o bien latentes de una sociedad.

Una propuesta demasiado compleja dificulta su comprensión pública lo que, independientemente de su importancia, puede limitar su discusión a círculos expertos. Por contra, una propuesta que puede resumirse en una imagen intuitiva y sencilla tiene mucho más fácil instalarse en la agenda política.

Que la propuesta sea novedosa es casi un requisito para poder destacar en un mercado de la atención hipercompetitivo, fragmentando y con ciclos cada vez más cortos. A veces lo novedoso es la propuesta en sí, pero otras veces simplemente es una nueva formulación.

Finalmente, las propuestas deben parecer, más que ser, viables o creíbles a ojos de una parte importante de la ciudadanía y los medios. Una propuesta parece viable cuando es

[5] Jean-Baptiste Harguindeguy, Análisis de Políticas Públicas. Tecnos. 2020

concebible en el marco brumoso de unas relaciones actuales de poder y de lo que se considera posible en cada sociedad o, por ejemplo, cuando quien la enuncia tiene posibilidad de ponerla en marcha.

Mi intención en este texto es hacer una especie de historia comentada del proyecto piloto de reducción de jornada laboral a nivel estatal para explicar por qué han sido un buen artefacto político en tanto en cuanto cumplían varios de estos criterios.

Breve historia comentada de un Proyecto Piloto

1. La novedad y sencillez de la semana laboral de 4 días

Más País-Verdes Equo (MP-VQ) se presentó a las elecciones de noviembre de 2019 con un programa que proponía una semana laboral de 4 días antes de 2030[6]. Aunque otras fuerzas políticas, como Unidas Podemos o Compromís, habían llevado en sus programas la reducción de la jornada laboral a 34[7] o 32 horas semanales[8], respectivamente, MP-VQ fue el primero en formularlo en términos de semana laboral de 4 días o 32h.

Uno de los debates más polémicos e interesantes sobre la reducción de jornada ha sido el de cuál sería el esquema óptimo para su implementación, si como menos horas al día manteniendo un fin de semana de dos días y una semana laborable de cinco o bien concentrando toda la reducción de jornada en un único día generando tres días libres por semana.

No vamos a discutir las ventajas e inconvenientes de cada uno de los esquemas así como las preferencias de la población, pero muy pronto intuímos que hablar de "semana laboral de cuatro días" tenía un mayor impacto en medios y redes sociales que hablar de "jornada de 32h" semanales.

En mi opinión hay varios motivos que explicarían esta intuición. En primer lugar, el marco 32 horas era muy similar a las propuestas "de toda la vida" del mundo sindical y de la izquierda: las 35 horas, las 34 horas, las 32 horas. El marco "cuatro días", sin embargo, era más "fresco", más sorprendente y novedoso, lo que le permitía competir mejor por la atención del público.

En segundo lugar, hablar de cuatro días lleva de forma muy intuitiva y natural a la idea de "un fin de semana de tres días" o "un día libre más". Hay que tener en cuenta que una jornada de 4 días no tiene por qué implicar un fin de semana de tres días, algunas empresas recurren a días libres rotativos entre semana y otras establecen los miércoles. Es el mismo motivo que explica que generalmente cuando se habla de trabajar cuatro días la gran mayoría de la gente piensa en tener el viernes libre y no, por ejemplo, los lunes. Frente a la poderosa imagen de un fin de semana de tres días, hablar de "jornada de 32 horas" es un marco más complicado y menos intuitivo pues no siempre tenemos en la cabeza exactamente cuánto tiempo pasamos realmente en el centro de trabajo contando horas extras, retrasos, etc. La imagen equivalente para la reducción de jornada manteniendo cinco días laborales sería algo más parecido a "la jornada de ocho a dos" o "las seis (siete) horas al día" e incluso "tener las tardes libres" que hablar de 32 horas semanales. En este sentido, resumir una propuesta en una imagen poderosa, intuitiva y fácilmente comprensible la ayuda a destacar y llamar la atención, pero también la hace más cercana y le da relevancia porque apela más directamente.

2. La viabilidad de los proyectos piloto

En su programa de abril de 2019, Compromís ya llevaba un programa de ayudas a empresas que quisieran reducir jornada laboral de forma voluntaria sin reducción de salario. Esa medida se concretaría un año y medio después con la inclusión en el presupuesto autonómico de la

[6] Disponible en: https://maspais.es/?jet_download=1066 (página 21)
[7] Disponible en: https://podemos.info/wp-content/uploads/2019/10/Podemos_programa_generales_10N.pdf (medida 64, página 29)
[8] Disponible en: https://imparables.compromis.net/docs/programa150_CAS.pdf (página 9)

Generalitat una partida de 4 millones de euros para subvencionar a las empresas que lo llevasen a cabo[9], un proyecto en el que Enric Nomdedéu y Joan Sanchis, del servicio valenciano de empleo Labora, llevaban trabajando al menos desde 2018.

Poco después Más País-Verdes Equo llevaría un programa similar de 50 millones de euros en varios años como enmienda a los Presupuestos Generales del Estado[10]. Por similitud a los proyectos pilotos de Renta Básica ya en marcha en aquellas fechas en otros países como Finlandia, decidimos llamarlo de la misma manera. Si no me equivoco, esa fue la primera vez que se le denominó así al menos en España.

La propuesta de hacer proyecto piloto cumplió un papel fundamental en esta fase de avance cultural no por su radicalidad sino precisamente por su falta de ambición. Una propuesta de reducir la jornada laboral de forma generalizada e inmediata, e incluso a medio plazo, que no proceda de un partido ampliamente hegemónico está condenada a no ser considerada creíble y, por tanto, a tener una permanencia corta en la agenda política y mediática[11]. La propuesta de un proyecto piloto tenía dos ventajas en este sentido. En primer lugar es una propuesta limitada y factible con una inversión moderada, que la hacía evidentemente viable. Te puede parecer mejor o peor gastar dinero en ayudar a las empresas a probar la jornada de cuatro días, pero no puedes decir que "es imposible".

Frente al *mainstream* económico tenía la ventaja de su carácter experimental en un contexto en el que dos de los últimos premios Nóbel de Economía (en 2019 a Banerjee, Duflo y Kremer y en 2021 a Card, Angrist e Imbens) se han producido a economistas implicados en el uso de experimentos aleatorios naturales o diseñados para obtener evidencia empírica en economía. La propuesta original[12] hizo mucho hincapié en que el proyecto siguiese una metodología rigurosa de ensayo aleatorizado liderado por un consorcio en el que participasen Gobierno, investigadores, sindicatos, empresas y patronal.

Esto fue así por dos motivos. Evidentemente había uno científico puesto que es la mejor manera de obtener evidencia sólida de los efectos de la reducción de jornada. Pero había otro político, ya que la rigurosidad de la propuesta se convirtió en una herramienta clave para despejar críticas del *mainstream* sobre la factibilidad de la propuesta. Así, frente a la crítica mayoritaria *mainstream* de que la reducción del tiempo de trabajo sólo puede producirse después de aumentar la productividad, la respuesta "bueno, hagamos un experimento y probémoslo" es suficiente para seguir avanzando y mantener la propuesta a flote. Y mantener la propuesta a flote es importante no sólo por la propia propuesta sino porque, con ella, mantiene la discusión general de la disputa por el tiempo.

3. Un contexto propicio

La propuesta de proyecto piloto se presentó como una enmienda a los Presupuestos Generales del Estado de 2021, los primeros tras el confinamiento debido a la pandemia del Covid19. En mi opinión, los proyectos piloto se aprovecharon de dos coyunturas muy particulares generadas inmediatamente después de la pandemia.

La primera, que pese a lo dramático de la situación sanitaria durante los momentos duros de la pandemia y a que el confinamiento tuvo unas enormes repercusiones negativas para muchos sectores, para buena parte de la población se vivió como una especie de darle al "botón

[9] Disponible en: https://valenciaplaza.com/trabajo-ayudas-empresas-con-jornada-laboral-4-dias
[10] Disponible en: https://www.congreso.es/docu/pge2021/enmiendas/PRESUPUESTOS_2021_TOMO_12_ENMIENDAS_3619_A_3793.pdf (Enmienda 3642, página 34)
[11] Disponible en: https://www.eldiario.es/economia/escriva-dice-espana-no-hay-margen-semana-laboral-4-dias_1_6490640.html
[12] Disponible en: https://maspais.es/wp-content/uploads/2021/02/Proyecto_piloto_de_reducci%C3%B3n_de_jornada_laboral_y_mejora_de_la.pdf

de pausa" que, de alguna forma, acrecentó un debate sobre los usos del tiempo, el estrés relacionado con el trabajo y una sensación compartida de agobio y ansiedad permanente que puede resumirse en la frase "no me da la vida". Por ejemplo, en seguida comprobamos que los tuits o publicaciones que mejor funcionaban en redes sociales con respecto a la reducción de jornada eran los que incidían en esa dimensión frente a otras posibles ventajas como la conciliación familiar o la lucha contra el cambio climático. Tanto es así que empezamos a detectar que existía un malestar inespecífico respecto a la salud mental debido a este tipo de respuestas. Es decir, la experiencia del confinamiento aumentó mucho la relevancia del conflicto por el tiempo de vida y el tiempo de trabajo.

En segundo lugar, una cierta sensación de "tiempos extraordinarios" en los que se podía hacer (o al menos pedir) casi cualquier cosa y dónde propuestas que meses antes podrían haber sido consideradas excéntricas o fuera de lugar encontraban una opinión pública mucho más receptiva. Durante el confinamiento se paralizó por completo la actividad económica, se habló de Renta Básica, se instauró en tiempo récord una política pública largamente demandada como fue el Ingreso Mínimo Vital, la Unión Europea lanzó deuda conjunta para financiar unos Fondos Extraordinarios impensables apenas diez años antes. ¿Por qué no trabajar menos? El contexto político post-pandemia generó un ambiente de "todo es posible" (o al menos pensable) que aumentó inespecíficamente la viabilidad de casi cualquier propuesta política, incluída las reducciones de jornada.

4. Ejemplos reales

Además, durante el año 2020 algunas empresas implantaron por sí mismas jornadas de cuatro días para sus trabajadores sin pérdida de salario, entre ellas destacaron la empresa Software Del Sol, una empresa de software de Jaén[13], y el Restaurante La Francachela en Madrid[14]. La existencia de ejemplos prácticos reales ya en funcionamiento es clave para aumentar la percepción de viabilidad de una propuesta, que deja de ser una idea abstracta que puede funcionar o no y pasa a ser algo que está ocurriendo en algún lado y que hay que imitar y extender.

Pero la experiencia del Restaurante-Bar "La Francachela" y de sus dueñas María Álvarez y Elena García-Arévalo es fundamental para entender el avance de la reducción de jornada, precisamente por ser un restaurante. La mayoría de la gente entiende de forma más o menos natural que la reducción de jornada puede llevarse a cabo en trabajos o empresas que podríamos llamar creativos (diseñadores, programadores, etc) con poco trabajo cara al público y en los que se trabaja por proyecto. El estereotipo de las empresas *start-ups* en las que los trabajadores juegan al ping-pong, etc. forma parte de esa idea. Una crítica habitual era, por tanto, "esto se puede hacer en algunas empresas y no en otras". Que una de las empresas pioneras perteneciera al sector de la hostelería, considerado unánimemente en el sentido común como uno de los sectores con menor innovación y peores prácticas laborales, mostraba que si se podía hacer ahí se podía hacer en cualquier sitio.

La propia idea del proyecto piloto contaba con esto ya que el resultado del mismo deberían ser decenas o cientos de empresas poniéndolo en marcha y convirtiéndose en nuevos ejemplos de que es posible y viable reducir la jornada laboral sin reducir el salario y que la empresa no sólo no quiebre, sino que incluso funcione mejor.

[13] Disponible en: https://www.elmundo.es/economia/empresas/2020/01/10/5e182f40fc6c837b088b4673.html
[14] Disponible en: https://elpais.com/espana/madrid/2021-02-11/la-utopia-de-la-jornada-laboral-de-cuatro-dias-es-ya-una-realidad-en-madrid.html

5. Lugares de enunciación

Un impulso clave al debate de la reducción de jornada laboral y al proyecto piloto se debió al haber sido liderado por el portavoz de Más País en el Congreso Íñigo Errejón[15], una figura con una gran visibilidad mediática y capacidad oratoria, que, sin duda, supuso un factor diferencial a la hora visibilizar y explicar la propuesta en diferentes entrevistas e intervenciones parlamentarias[16], y también un compañero con una inteligencia política excepcional para señalar sobre qué aspectos de la reducción de jornada incidir para hacerla más relevante a ojos de la ciudadanía y los medios de comunicación. Si bien este es el primer y principal ejemplo de la importancia del "lugar de enunciación" hay otros cruciales para entender su avance.

Durante la negociación del apoyo de MP-VQ a los PGE con el Ministerio de Hacienda, planteamos que el proyecto piloto sea una de nuestras demandas principales, sin mucho convencimiento de que se vaya a aceptar pero con la idea de poder contar que se ha pedido para tratar de colocarlo en agenda. Es exactamente lo que pasa con la particularidad de que cuando un periodista pregunta al Ministerio de Hacienda la respuesta, seguramente de cortesía, es que "están estudiando todas las propuestas"[17]. Esa no negación inmediata será lo que convierta en viral la propuesta del proyecto piloto y comenzará a abrir el debate nacional sobre el tema. Poco después durante una entrevista en TVE con el por aquel entonces Vicepresidente Segundo del Gobierno Pablo Iglesias[18], ante una pregunta por la propuesta de la Semana laboral de cuatro días la respuesta es que el Ministerio de Trabajo la está estudiando. La acción combinada de ambas noticias, en las que además se produce una cierta confusión entre la idea del proyecto piloto y la adopción de la medida en general, será definitiva para dar a conocer la enmienda pero, sobre todo, para asociarla al lugar de enunciación "Gobierno capaz de llevarla a cabo" reforzando su percepción de viabilidad.

Hay otro lugar de enunciación clave sobre el que se asienta el debate de la reducción de jornada y el proyecto piloto: la figura de María Álvarez, dueña del restaurante La Francachela que aportaría su increíble capacidad para comunicar su experiencia hablando desde la posición de empresaria y en unas coordenadas comunicativas alejadas del discurso tradicional sindical o de izquierdas y mucho más cercana a los discursos del emprendimiento, el *management* o la productividad. Estos otros discursos conectan con otras sensibilidades que aumentan la simpatía por el proyecto y que dificultan los argumentos en contra.

El lugar de enunciación "empresario a favor de la reducción de jornada laboral" es sumamente atractivo y será capaz de abrir un carril mediático propio pero además es un lugar con una jerarquía de enunciación muy elevada. Los políticos tienen, en general, una menor consideración socio-discursiva que, por ejemplo, "los expertos". Así en una discusión entre un político que quiere reducir la jornada laboral y un economista que dice que no se puede porque primero hay que aumentar la productividad, los medios y la sociedad tienden en general a tomar más en serio a un economista. Sin embargo, cuando la discusión es entre un economista experto y un empresario que lo está ya poniendo en marcha, la carta comunicativa ganadora es el empresario[19].

---

[15] Disponible en: https://www.eldiario.es/madrid/errejon-trata-marcar-perfil-propio-presupuestos-propuesta-reducir-jornada-laboral-cuatro-dias_1_6480688.html

[16] Como *disclaimer,* diré que Íñigo Errejón es el principal inspirador intelectual del modelo de incidencia y cambio político que expongo en este artículo utilizando como ejemplo los proyectos pilotos de reducción de jornada laboral.

[17] Disponible en: https://www.lainformacion.com/economia-negocios-y-finanzas/hacienda-negociacion-semana-laboral-cuatro-dias-montero-errejon/2821453/

[18] Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=B8e99poDRAM&ab_channel=Podemos

[19] Esto es independiente de que el empresario esté contando un caso particular que quizás no sea extrapolable y el economista esté hablando de tendencias o casos promedio.

Un partido que abre debates

En el modelo de cambio político comentado anteriormente, los partidos políticos tienen una labor que, en general, podría decirse "conservadora". La misión fundamental de un partido político es conseguir votos recogiendo demandas o asumiendo cuestiones que ya tienen un cierto consenso en una parte más o menos grande del electorado para poder llegar a las instituciones y poner en marcha políticas públicas y leyes que incidan en dichos temas. Por norma general, los movimientos sociales y la sociedad civil son la vanguardia que ha impulsado y dado a conocer en primer lugar esas demandas, abriendo brechas y provocando debates, generalmente en sectores más limitados de la sociedad. En este esquema, los partidos políticos son una especie de retaguardia que avanza detrás con mayor lentitud, y que se hace cargo de dichas demandas haciendo que sean recogidas por sectores más amplios de la sociedad pero que también puede hacerlas menos atractivas para otros. Puesto que los partidos apelan a públicos más diversos y complejos que los impulsores de una demanda concreta cualquiera, se ven obligados a un proceso de negociación que acaba por "diluirla" a ojos de sus impulsores.

Sin embargo, en el caso de la reducción de jornada, Más País se ha comportado ante todo como un agente "de vanguardia" que ha operado fundamentalmente abriendo e impulsando el debate en la agenda pública. En este apartado intento explicar por qué.

La entrada de MP-VQ en el Congreso de los Diputados en 2019 no estuvo a la altura de las expectativas que nos habíamos planteado. Una fuerza progresista que, aunque con dos diputados sólo por Madrid, había tenido una pretensión de alcance estatal que difícilmente nos permitía refugiarnos en la discusión de problemas regionales.

MP-VQ además había quedado fuera del Gobierno de coalición entre PSOE y UP, pero era percibido como una fuerza políticamente intermedia entre ambos en el eje izquierda-derecha lo que nos dejaba fuera de juego de los debates entre el Gobierno de coalición corriendo el riesgo de ocupar una posición "a la izquierda" o "más dura" de un Unidos Podemos a la que la entrada en el Gobierno había moderado. Una posición en la que ni éramos creíbles y en la que no se encuentra nuestro votante potencial principal.

En la vorágine de la vida política del Congreso de los Diputados durante e inmediatamente después de la pandemia es difícil recordar cuándo hicimos exactamente la reflexión pero en algún momento del confinamiento nos dimos cuenta de que, alejados de las tareas del Gobierno, y descolocados en el eje izquierda-derecha dentro del bloque progresista, nuestra tarea más útil para el bloque y para nosotros mismos como fuerza política era convertirnos en una fuerza "de futuro" que participa de las disputas políticas del día a día o de los grandes debates de cada momento pero que, además, es capaz de levantar de vez en cuando la vista y proponer temas frescos y fuera de la agenda. Funcionó con la reducción de jornada, se intentó con el tema de la influencia de la inteligencia artificial en la vida cotidiana (proponiendo una Agencia de supervisión de algoritmos[20] y una etiqueta para las imágenes manipuladas de Instagram[21]) y que tuvo su máximo exponente con la introducción del tema de la salud mental en la agenda política.

Aprobación e internacionalización

Finalmente la enmienda 3642 no fue aprobada y los Presupuestos Generales del Estado no contaron con un proyecto piloto. Sin embargo, poco después, en enero de 2021 los votos de Más País-Verdes Equo se convierten fundamentales para la convalidación del Real Decreto

[20] Disponible en: https://www.europapress.es/economia/noticia-acuerdo-gobierno-mas-pais-agencia-publica-controle-algoritmos-redes-sociales-aplicaciones-20211116190317.html

[21] Disponible en: https://www.publico.es/sociedad/errejon-propone-instagram-identifique-fotos-retocadas-muestren-cuerpos-irreales.html

que regula la aplicación de los Fondos Europeos Next-Generation[22]. En el transcurso de las negociaciones con la Vicepresidenta Primera del Gobierno, Carmen Calvo, se acuerda la financiación de un proyecto piloto de reducción de jornada laboral con cargo a los Fondos Europeos Next Generation con una dotación de 50 millones de euros a varios años. Debido a las suspicacias entre partidos y a un recibimiento no muy efusivo de la propuesta por parte del Ministerio de Trabajo, el proyecto acaba siendo adjudicado al Ministerio de Industria, que lidera el PSOE.

La aprobación supuso, obviamente, el espaldarazo definitivo al proyecto en la agenda mediática nacional y el inicio de una segunda etapa, la de la implementación que comentaremos brevemente al final, pero lo más destacable es que gracias a una noticia en *The Guardian*[23], la noticia del proyecto piloto se internacionaliza llegando a aparecer en el Washington Post[24] o en la portada de la edición europea de Time Magazine[25]. A la recepción generalmente positiva de la noticia a nivel internacional seguirá un goteo de nuevos proyectos piloto que irán apareciendo en los meses siguientes: organizados desde el Estado en Escocia[26] y Portugal[27] o desde la entidad privada *4 Day Week global* en los países de habla inglesa[28]. Ambos fenómenos ayudarán a dar respetabilidad a la propuesta y podrían haber sido aprovechados por el Gobierno para proyectar a España como un país pionero en materia de reducción de jornada de trabajo y nuevos derechos laborales como ya se estaba haciendo desde el Ministerio de Trabajo con la Ley Rider.

Las negociaciones y los plazos de la administración

Poco después de llegar al acuerdo, el Ministerio de Industria fijaría el criterio de que el proyecto no se puede financiar con los Fondos Next Generation y habría que esperar todo 2021 para que finalmente se incluyese una dotación de 10 millones de euros para el proyecto en los Presupuestos Generales de 2022.

Al cierre de este texto en mayo de 2023, dos años y cuatro meses después del cierre del acuerdo con el Gobierno, 41 empresas se han presentado al proyecto piloto de reducción de jornada laboral. Es una cifra menor de la esperada inicialmente fundamentalmente porque el Ministerio de Industria decidió, contra el criterio de Más País-Verdes Equo y Compromís, limitar el proyecto a empresas industriales (hasta 176 empresas de todos los sectores solicitaron información sobre el proyecto, lo que estaba en el rango estimado cuando diseñamos el proyecto). El desarrollo de las negociaciones y los atrasos del proyecto hasta llegar al BOE[29] darían para otro texto y no se expondrán en detalle pero una abierta falta de interés y de visión política por parte del Ministerio de Industria explican buena parte. No toda ya que el proyecto piloto llevado a cabo desde la Generalitat Valenciana por Joan Sanchis[30] y Enric Nomdedeu,

[22] Debido fundamentalmente a que la cercanía de las elecciones catalanes lleva a Esquerra Republicana de Catalunya a votar en contra de dicha convalidación.
[23] Disponible en: https://www.theguardian.com/world/2021/mar/15/spain-to-launch-trial-of-four-day-working-week
[24] Disponible en: https://www.washingtonpost.com/world/2021/03/15/spain-four-day-workweek/
[25] Disponible en: https://time.com/5948677/four-day-work-week-spain/
[26] Disponible en: https://www.heraldscotland.com/news/19233243.snp-launch-10m-fund-help-companies-pilot-four-day-working-week/
[27] Disponible en: https://www.elsaltodiario.com/reduccion-jornada/portugal-probara-semana-laboral-cuatro-dias#:~:text=Reducci%C3%B3n%20de%20jornada-,Reducci%C3%B3n%20de%20jornada,aprobada%20en%20el%20Parlamento%20portugu%C3%A9s.
[28] Disponible en: https://www.4dayweek.com/us-ireland-results
[29] Disponible en: https://www.boe.es/diario_boe/txt.php?id=BOE-A-2022-21382
[30] Joan Sanchís participó en todo momento junto al autor de este texto en las negociaciones con el Ministerio de Industria y es coautor del borrador que se envió en noviembre de 2021 al Ministerio y que, a la postre, sería la base fundamental de la orden de bases de la convocatoria de ayudas publicada en diciembre de 2022 en el BOE

dos de las personas que más han hecho avanzar el debate en España, también ha sufrido retrasos menores pero equiparables. Los plazos lentos propios de la administración así como la infradotación de personal de la administración pública explican otra buena parte del tiempo que pasó entre el acuerdo. En los próximos meses veremos los resultados de implementar este y otros proyectos pilotos y cómo, gracias a ellos, seguirá avanzando y consolidándose la idea de reducir la jornada laboral.

El camino por delante

A la lucha por la reducción de jornada laboral le queda aún un largo camino por delante, pero como dijo una vez Enric Nomdedéu, hoy estamos diez años más cerca de la semana laboral de cuatro días que hace dos años. Hay varios proyectos pilotos puestos en marcha a nivel nacional e internacional y se seguirán haciendo otros nuevos tanto en otros países como usando nuevos formatos y diseños más rigurosos. Todos ellos nos darán información muy relevante de las ventajas e inconvenientes de la reducción de jornada e irán constituyendo poco a poco un amplio cuerpo de empresas y ejemplos reales de los que extraer información detallada. Sin embargo, en lo que respecta a su dimensión político-comunicativa es evidente que, salvo cuando se den a conocer los resultados, irán presentando rendimientos decrecientes: cada proyecto piloto empujará un poco el debate pero menos que los anteriores. El debate por la reducción del tiempo de trabajo está abandonando la fase de entrar en la agenda y necesita buscar nuevas herramientas y actores para seguir su implementación. Que los sindicatos vuelvan a asumir la reducción de la jornada laboral en las negociaciones de sus convenios colectivos (o la realización de proyectos piloto a nivel empresa), que las administraciones empiecen a incluirla como motivo preferencial de contratación pública o a desarrollar deducciones fiscales y estrategias de formación y apoyo empresarial para aquellas que lo lleven a cabo podrían ser nuevos caminos que transitar en los próximos meses.

Miscelanea

Pensamiento al margen. **Revista Digital de Ideas Políticas**. Número 18 (2023), pp. 190 - 199
ISSN: 2386-6098. www.pensamientoalmargen.com.

Medieval Cities, Heresy, Church and the Mutual Aid: first approach to the interpretation of Kropotkin

Jordi Maíz Chacón
University of Balearic Islands

Recibido: 20/02/2023 / Aceptado: 18/04/23

Abstract: The contributions of Piotr Kropotkin to the field of evolution sparked a significant debate in the scientific community in the late 19th century. His perception of cooperation as a mechanism for overcoming obstacles and adapting to the environment raised new perspectives also in the social sciences. The Russian philosopher considered that his analysis of biology could also be applied to the historical study of societies. In this way, he argued that in the medieval period, as well as in other periods, mechanisms of self-improvement and self-defense against the powers of the time had been produced. Furthermore, as this text highlights, Kropotkin addressed the emergence of heresies that posed a rupture with the prevailing order.

Keywords: Kropotkin thought, social and historical theory, Medieval Heresy, Philosophy of cooperation

Ciudades medievales, herejía, iglesia y ayuda mutua: primera aproximación a la interpretación de Kropotkin

Resumen: Las contribuciones de Piotr Kropotkin al mundo de la evolución generaron un gran debate en la comunidad científica a finales del siglo XIX. Su visión de la cooperación como mecanismo para superar obstáculos y adaptarse al entorno planteó nuevos puntos de vista incluso en las ciencias sociales. Este filósofo ruso consideró que su análisis sobre la biología podría aplicarse al estudio histórico de las sociedades. De esta manera, sostuvo que en la época medieval, así como en otras épocas, se habían desarrollado mecanismos de superación y autodefensa contra los poderes imperantes como el que sucede en los espacios urbano del medievo. Además, Kropotkin examinó, la aparición de herejías que desafiaban el orden establecido.

Palabras clave: Kropotkin pensamiento, teoría social e histórica, herejía medieval, filosofía de la cooperación.

When *The Origin of Species* was published, Piotr Kropotkin was only thirteen years old, and social Darwinism had scarcely emerged. It was not until later, primarily through the contributions of Herbert Spencer, who in 1864 published Principles of Biology and articulated the idea of the survival of the fittest around that book and other texts, that social Darwinism began to take hold. It is worth remembering that initially Spencer was very well received within the libertarian movement. His critique of the state and its use of coercive methods was perfectly aligned with the proposals for individual freedom advocated from anarchist platforms. Even Kropotkin himself praised Spencer when, after his arrest in Lyon in 1882 for subversive activities, he made this plea in court: "The prosecutor has said that I am the founder of Anarchy; then where do we leave Proudhon, Herzen, Spencer, and all the great thinkers of 1848?" (Kropotkin, 1931). Spencer is often considered the precursor of social Darwinism, applying evolutionary ideas in the animal world that could easily be applied to humans, culture, and societies through the nascent field of sociology before Darwin did[1]. Spencer seemed to be challenging the natural order, the supra-human order that had been given to Earth's inhabitants. During this upheaval, he developed a system of nuances that fit into the idea of "survival of the fittest," under a prism with three possible movements: involution, evolution, and dissolution (Spencer, 1876). The links between post-Comtean biology and sociology bore their first fruits, while initiating a dialectical path that would lead to many confrontations.

> Spencer's evolutionary selection quickly became a kind of standard-bearer for nature's *laissez-faire*. According to this idea, "the fittest" would overcome the many obstacles they encountered. Kropotkin was aware of these debates, knew Darwin's work, had read it early on, and was also familiar with Spencer's contributions. Together with his brother Alejandro, they discussed these issues and corresponded regularly about the debates that biologists, sociologists, and philosophers were leading (Kropotkin, 1899). Both Alejandro and Piotr were aware of the latest developments in these fields, following the debates between Spencer and August Weismann[2], especially with the help of Charles Frantzévitch Roulier, who was the director of the Moscow Zoological Museum. According to Piotr Kropotkin, Roulier greatly influenced his brother in 1858, a year before the publication of Darwin's book, and similarly instilled in him an interest in the natural sciences, as well as the proposals Roulier referred to as *transformism* in the animal world (Kropotkin, 1899).

Darwin's theories were not well received by the more conservative sectors, who strongly criticized his contributions from their many platforms. Ultimately, evolutionism challenged most of the creationist dogmas, and Darwin was soon accused of being a denier and acting against Christian faith. The controversy between the naturalist's followers and other scientifically inclined theologians led to several public debates and encounters. Some, like Huxley, claimed with some irony that they preferred to descend from a monkey than from educated men who denied the reality of science (Lucas, 1979). In 1863, Huxley published *Evidence as to Man's Place in Nature*, in which he articulated a discourse stating that humans and apes had shared a common ancestor. The controversy was ignited, and the relationship between species not only undermined creationist allegories but also caused a storm in British society. "A lord and a primate sharing a common ancestor?" Some must have wondered incredulously.

[1] In addition to publishing Spencer's works at the end of the 19th century, some anarchist media in Spain such as La Escuela Moderna, Estudios, Prometeo also widely disseminated his studies on creation, evolution, and the foundations of sociology (Soriano-Madrid, 2013).

[2] German evolutionary naturalist.

Darwin continued his studies and hypotheses on the origin of human beings, their membership in the animal kingdom, and the influence of other factors such as the environment, behavior, and conduct on them. His popularity grew until he passed away in April 1881. Barely ten days after his death, Piotr Kropotkin published a commemorative text on Darwin's life and work. The Russian scientist added the following controversial words: "Darwin demonstrated that all this variety of animal and plant forms that we can observe on our terrestrial globe is not the work of a creator who had fun creating a polymer today, a fish tomorrow, and a man or a monkey the day after tomorrow" (Kropotkin, 1882). According to Kropotkin, humans were nothing more and nothing less than animals. In this text, he recognized the "struggle for existence," but with a meaning that clearly differed from what liberalism wanted to explain. He also worried about the use of the adaptation to the environment of a worker and the waste made by a bourgeois as an example, asking, "Who is better adapted to the environment?" Undoubtedly, in 1882, Kropotkin showed signs of what would later become the focus of his theories on mutual aid, although at that time, he referred to it as solidarity. Kropotkin acknowledged that Darwin's theory was the result of the times and the common work of scientists like him, as well as names like Spencer, Wallace, and many others, without taking away from Darwin's merit.

Not long after the publication of his text on Darwin, Piotr Kropotkin was arrested and imprisoned in France. In the autumn of 1882, he had moved from England to France and continued with his propagandistic and writing activities in the Lyon area (Woodcock-Avakumovic, 1950). At that time, Lyon was a politically active city, and the presence of the Russian anarchist raised all kinds of suspicions and surveillance. The workers' revolts in the area and the revolutionary activities of the miners in Monceau-les-Mines ended up doing the rest; Kropotkin was arrested in a major operation against the anarchist movement. In January 1883, a trial against Kropotkin was held in Lyon, accusing him of belonging to the International, which was then illegal in France. While he was imprisoned, he continued to collaborate with various publications on topics related to anarchism or geography. Faced with the numerous difficulties posed by this lack of freedoms, some colleagues, and scientific societies such as the Académie des Sciences offered to provide him with materials with which to continue his studies (Woodcock-Avakumovic, 1950). The process became internationalized, and the unfounded accusations led to the emergence of a campaign in favor of his release. Within various Anglo-Saxon scientific societies, it was considered to give him public support. In this way, a good number of professors from universities in London, Cambridge or Oxford signed in favor of his release, as did associations such as the Royal Geographical Society or the British Museum. The Russian government and its agents in France were pressuring to prevent his release, but he was finally released in January 1886.

His time in prisons in France and Russia motivated the publication of specific works in which he criticized the living conditions of those who ended up there. Apparently, among the characters who signed for his release were Victor Hugo, the writer who was also responsible for delivering the manifesto to the Minister of Justice, and the evolutionist Alfred Russel. It is noteworthy that Spencer's surname also appears in this campaign, which is still debated as to whether he joined the plea or not, and that Huxley, one of Darwin's disciples, clearly signed the document[3]. Thomas H. Huxley, who would later take Darwin's theories to the extreme. For this English biologist, competition and the "law of the strongest" manifested as an essential element of evolution and was a

[3] Avakumovic and Woodcock assert that the original document preserved in Archives Nationales (París), see: BB/24/875 Dossier 3238 Affaire du prince Kropotkine condamné pour avoir participé à l'organisation de la Fédération anarchique yonnaise.

characteristic condition of nature. This natural and competitive evolution, based on an innate continuous contention, left no room for different interpretations, as he understood that the strongest and most adaptable imposed their natural itinerary in time. Huxley used Spencer's arguments and set a new controversy around the corner. Darwinism and social Darwinism had strongly influenced academic debates and scientific societies, so dismantling their argument was not easy. The scientific dispute escalated when, in the late 1880s, Thomas Huxley published *The struggle for life: a programme* (Huxley, 1888) in which he took Spencer's ultra-individualism to the extreme. The contributions of Huxley and other scientists fit perfectly with the political-economic liberalism of the moment, refuting, from the principles of socio-biology, any alternative that might go through common and collaborative approaches. The issue was not minor, as it takes us back to the first debates and controversies of human existence and its relationship with nature. Huxley's text was a declaration of principles in favour of social Darwinism. According to Cappelletti (1989), the text annoyed Kropotkin so much that he decided to respond in the same medium by publishing a series of articles in which he could refute Huxley's ideas and those of some of his predecessors, perhaps in clear allusion to Spencer.

In this way, between 1890 and 1896, Kropotkin published a collection of articles in the British magazine *The Nineteenth Century* analyzing mutual aid among animals (Kropotkin, 1890a), among savages (Kropotkin, 1890b), among barbarians (Kropotkin, 1892), in the Middle Ages (Kropotkin, 1894), among modern humans (Kropotkin, 1896a), and among us, referring to his contemporaneity ((Kropotkin, 1896b). After a few years, in 1902, those texts formed the basis of what would be one of his main works: *Mutual Aid: A Factor of Evolution*. The work soon gained great popularity; Kropotkin's observations on the behavior of different species of animals in northwest Asia, between Manchuria and Siberia in the 1870s, were fundamental. The text did not deny the existence of a struggle for control, dominance, and command of certain resources, especially food, but despite this, he also observed in the behavior of many animals an unwritten law that generated mutual aid between animals and individuals, and even between different species, such as in some migratory birds facing certain adversities. Cooperation, which was also observable among humans, strengthened an argument in an extremely tense and tumultuous political stage. Piotr Kropotkin did not discard Darwin's natural selection, but he fully opposed the Rousseauian version, Marxist materialism, and the emerging *social Darwinism*. His reflections on biological and human mutualism and altruism soon found an echo among some biologists.

It does not seem easy to think that Kropotkin's contribution is, in summary, also a plea that positions itself against theoretical individualism. In this sense, the conclusions he describes in the epilogue of *Mutual Aid* seem to follow this line (Kropotkin, 2016). According to his observations of the animal world, it finds in association the best tools for the struggle for life. The Russian anarchist believed that those animal species that had minimized individual interest or struggle had achieved greater development. Moreover, he understood that these species were more willing to change, progress, and ultimately, evolve. This idea was perfectly compatible with some of Darwin's evolutionary postulates; it simply placed the driving force on aid and cooperation. At the same time, it broke with a branch of science that had even gained some acceptance in many libertarian circles. It is worth noting that before Darwin, evolutionary proposals such as Herbert Spencer's were already documented. We could even think that the epistemological evolution of anarchism, according to Kropotkin, was itself a *cooperative evolution* in whose dialectical debate, the shift from individualistic tendencies had also occurred. Despite the existence, mainly among Proudhon's followers in the United States, of individualist anarchism, Kropotkin affirms that its discourse is not widely accepted

among the working masses (Kropotkin, 1910). To some extent, he homologates this discourse with what he calls "intellectual" anarchism, which, in the orbit of ultra-individualism, can cross the political and ideological line that leads towards the economic individualism advocated by classical liberalism. Indirectly, Kropotkin addresses the ideological evolution of the common political cause of anarchism, which leads it towards what was called *anarcho-communism,* and which will dialectically clash with the bets of the libertarian world that approach Stirner, Nietzsche, or the Spencer.

Kropotkin concluded in *Mutual Aid* that cooperative and altruistic sociability was a key factor in human evolution. Human networks and federations are, like in other animal species, the fundamental factor not only for group survival, but also as an essential element for human progress. The state, strengthened in the process of liberal revolutions that preceded this debate, breaks overnight many of the ties that individuals had created among themselves. Therefore, it is an extremely dangerous element, as it leaves individuals helpless before the new structures subjected to the power of the state and capital. According to this view, federal principles have already shown great achievements in the Greek *polis* or in some medieval cities. This gave more than enough reasons for Kropotkin and others to try to make sense of new societal models that moved away from impossible utopias in this period, when the paradigm of so-called liberal or parliamentary democracy was established, from biology, history, or sociology. Mutual Aid, for its author, is not exclusively a factor of evolution, but also a natural, innate act in many animals, as understood by the Russian scientist. It is present among human beings in such diverse places as Oceania and Finland, from prehistoric tribes to Jewish heterodoxies in 19th-century Eastern Europe. This concept will end up conditioning a good part of Kropotkin's thought and anarcho-communism.

Kropotkin was arrested for his political activities just as he was preparing to write his report on his explorations in Finland and on glaciers. During his captivity, the Academy of Sciences provided everything necessary for the scientist to continue his research in prison, providing him with the books and reports he needed. He had a lot of time and used it to read history books. The anarchist geographer recounts in his *Memoirs* (Kropotkin, 1899) that in the Peter and Paul Fortress in St. Petersburg, the continuous succession of political prisoners had allowed for the creation of a library filled with a wide range of content. Kropotkin's family, especially his brother who was deeply affected by the terrible news of Piotr's arrest, devoted themselves entirely to his needs. Piotr Kropotkin read history books with great passion and expanded his knowledge, among other things, about the history of Russia. He was amazed by some historical accounts and the past of some of the cities in the area. Of these cities, Pskov, which was located on the banks of the Velikaya River and became an autonomous republic between 1348 and 1510 before being "swallowed up," for lack of a better word, by the great and emerging Russian state, attracted much of his attention. This all-powerful state emerged from the union and conquest of the Duchy of Moscow, the Republic of Novgorod, and what was left of the Mongol Empire. The city, not particularly large, had become a symbol. Situated halfway between Moscow and the Baltic Sea, Pskov had experienced numerous military episodes in which control over it was disputed. The area was strategically important and, therefore, after belonging to the all-powerful Republic of Novgorod, it was taken by the Teutonic Knights.

This narrative, which was meant to end with his subsequent release, had become a symbol in Russian literature of the time, Pskov liberated by Alexander Nevsky, whose action was even depicted in the eponymous 1938 film directed by Sergei Eisenstein, and which had already been immortalized, including the mythologized Battle of the Frozen Lake Peipus, which would later be featured in numerous works. An epic battle on a frozen

field. In *Modern Science and Anarchy*, Kropotkin interrelates, among other works, what he considers to be the dual origin of anarchist social conception (Kropotkin, 1901). On the one hand, the criticism and struggle against authority and hierarchies, while on the other, the search for "progressive" precedents and experiences in historical past that serve to shape an anti-authoritarian horizon. According to this paradigm, since ancient times, the history of humanity has been full of examples in which the ills generated by the fact that some, whatever their status, possess authority over others are denounced and evidenced. In this sense, he understands that there are numerous experiences in prehistoric and ancient times in which tribes and clans self-organized against *autoritas*. Similarly, as human history progressed, he locates, around rural communities and guilds and associations of all kinds, examples of such disparity and resistance.

Kropotkin finds the Middle Ages to be a particularly interesting period, in which numerous free cities emerged, and numerous religious heresies and heterodoxies appeared in the Catholic geographic space, not only providing a dogmatic alternative within Christianity, but also providing an alternative to one of the most authoritarian powers of the time. In several of his texts, he refers to urban spaces as autonomous spaces, but he also refers to some precedents, which we will briefly describe here: the Christian-Armenian sects of the 9th century, the Hussite antecedents, and the early Anabaptists. In these precedents, the recovery of horizontal practices and direct attacks against any hierarchy can be observed. Kropotkin indicates in various works that the culprits of the destruction of what he calls mutual aid practices are the modern states, which annihilated the remains of autonomous institutions that existed previously, especially from the 15th century onwards. The all-powerful modern states that emerged from then on unleashed a dominator process that has been *in crescendo* to this day with little opposition. In this authoritarian itinerary, under Kropotkin's perspective, the state, the church, and later capitalism will end up forming a single earthly and mental power in some cases. The State, with a capital will self-regulate as the only power capable of imparting order, justice, and, why not say it, violence; the monopoly is theirs.

During the Middle Ages, many religious groups interpreted God as a kind of spiritual guide. Some of these groups openly rejected ecclesiastical authority and the institutional church. Their practices and beliefs were considered heresies or sects at many times. Several have given rise to well-known movements, which from the present day are practically invisible in history in general or in the history of religions. There were so many that they would warrant a specific study, so in this text, we can only offer a few glimpses of those that particularly catch our attention. In 1910, the *Encyclopaedia Britannica* published Kropotkin's entry on "Anarchism" (Kropotkin, 1910), in which he made a historical journey about the concept, referring to Zenon in Greece as the foundation of free communities, and to some references from the Middle Ages, such as the Bishop of Alba, Marco Girolamo Vida, in his first dialogue *De dignitate reipublicae*. But it is worth making a first stop on those he also cites in that text "Anarchism" as direct antecedents of the movement in Armenia in the 9th century: the Tondrakians, who were named after being native to the volcanic area of Tondrak in the Kingdom of Armenia (Kurkjian, 1959). For almost two centuries, between the 9th and 11th centuries, this sect had a high presence in the area. In summary, the Tondrakians, grouped in the demarcation that gave them their name, began to gain followers, and develop customs that the Armenian Gregorian Church did not accept.

The *practices* of the Zarehavantsi, considered their founder, and their followers rejected some of the basic tenets of Christianity, including rituals and sacraments. Soon, a large part of the peasants in the area shared these beliefs and were resistant to the feudal and fiscal principles imposed by the local landowners (Nersessian, 1988). Tondrakian

women played a significant role in these communities in love and marriage practices. They also preached principles of communal property and legal equality among their followers. The Tondrakians could be considered a movement not exclusively religious; in addition to carrying the values that other heresies in the area had previously held, they also showed great energy in their struggle against Byzantine domination, but equally, and this cost some of their members their lives, they strongly opposed the expansion of Islam in the area where they were present. The writings of the Armenian mystic Grigor Narekatsi are one of the few contemporary testimonies of the movement that have been preserved. The spoke of them and left us their main contributions. But this is not the only reference that the Russian geographer makes to historical heretics. He also considers the Hussites and the Anabaptists, direct predecessors and even libertarians *per se* for their communist and egalitarian tendencies.

In *Mutual Aid*, in which he makes multiple references to the Middle Ages (Kropotkin, 1908), Kropotkin considers in some way that the Greco-Latin world is overvalued, and that the Middle Ages, especially the medieval free city, represents a precious fabric whose constitution is the responsibility of the multiple threads of guilds and free associations of the time. In those cities, including the Pskov, they federated and united with each other with a pact of solidarity very similar to that made by individuals in the constitution of trade associations. In Pskov, there was a citizen assembly at that time, also called a "market assembly" because of the place where it was held, in which a multitude discussed public affairs energetically until they reached a decision accepted by all. In these institutions, different interests were represented, and they even became decentralized, forming assemblies in neighbourhoods far from the markets, decentralizing decisions and creating a federation of assemblies that would greatly attract Kropotkin's attention. Over time, as was already happening with the dominance of the Novgorod republic in the area, these institutions disappeared and were replaced by a much more hierarchical and autocratic noble or royal power. In fact, when the area lost autonomy and was dominated from Moscow (something that Kropotkin knows perfectly well), it became a peasant wasteland where the great Moscow landowners lived off the rents of the land.

In *Modern science and anarchy*, it is argued that the traditional or collective currents to which we have alluded manifest themselves in uprisings such as those in Lyon, Saint Étienne, and Narbonne in 1871. This trend can be traced back to what is called medieval European communalism, which was stifled during the development of modern monarchy and royal absolutism (Kropotkin, 1901). In his article on "mutual aid in medieval times," published in 1894, Kropotkin adds that in the sixteenth century, new barbarians emerged and halted all subsequent cultural development for at least two or three centuries. They enslaved the individual and destroyed all interhuman ties, proclaiming that only the state and the church have the monopoly on uniting disparate individuals. Who are these barbarians? They are the state, the triple alliance of the military leader, judge, and priest (Kropotkin, 1894), or in other words, the modern state. Despite adversity, Kropotkin also highlights some liberating spaces from the power of the modern state, an impulse towards freedom or mutual aid that he considers innate, manifested for example among preachers in the fifteenth and sixteenth centuries. In *The State and Its Historic Role* (Kropotkin, 1897), Kropotkin writes that during the sixteenth century, "modern barbarians came to destroy all the civilization of medieval cities. These barbarians did not completely annihilate them, but halted their progress for two or three centuries, launching it in a new direction, in which humanity is struggling at this moment without an escape route. He adds, "All ties between men were destroyed by declaring that only the state and the church should be, from then on, the bond of union between individuals; that only the church and state had the mission of looking after industrial, commercial, legal, artistic, and emotional

interests, for which the men of the twelfth century used to join directly". One of the personal positions on this element would be the Hussites, especially a character whom Kropotkin cites in his texts and of whom we had not had much information until now: Petr Chelčický.

The figure of Lev Tolstoy is fundamental in the rediscovery of the Czech thinker. In 1885, the German version of Tolstoy's book, which had just been censored in Russia, titled *What is my Faith?* was published. In this text, Tolstoy reflects on the use of violence by the Church and the State to achieve their goals. He believes that oppression is completely incompatible with the teachings of primitive Christianity and therefore contrary to any Christian of goodwill. Kropotkin, through Tolstoy, reached this Czech monk who developed part of his work and life during the Hussite Wars. Chelčický's work evidently sparked interest among Tolstoyans and Kropotkinians, particularly his criticism of the Taborites (one of the Hussite factions) for their use of violence and lust, which had diverted their discourse into a diabolical drift. Apparently, Tolstoy could not access the original writings of Chelčický, but he could approach his thinking through some of the Slavic literature books. In this way, he learned that Chelčický practically did not read Latin, had no university education, and yet was interested in reading Wycliffe and attending the disputes and preaching of the Hussites, especially those that were taking place in Prague. There, he encountered Jakubek and the heterodox of the area, seeking refuge and answers to his concerns. Chelčický criticized the obligations of debts and commerce, which gave certain power to some over others, thus generating a material dependency in favor of lenders over their debtors. Also, his rejection of these coercive practices, considered immoral, theoretically places him as one of the first pacifist positions, along with the previously mentioned Waldensians, from whom he also inherits an attitude of poverty that includes a rejection of property.

In his writings, it does not seem difficult to find identifying references to the worldly condition of the inhabitants of towns and cities. The *common people* to whom he directs part of his texts, and in which he interweaves a satire against the ruling nobility, against oppressive systems, and against all types of injustices (Wojciech, 1997; Fudge, 2000). Chelčický's vision seems unique and disconnected in its chronological context, anticipating some criticisms, and visualizing some of the programs that radicalized groups and sectors will develop in the coming centuries. Chelčický's break with the Hussites occurred in 1420 when, in different theological and moral disputes in the academic environments of Prague, a large part of the theologians sided with the most radical and justified not only their cause but also their methods. The Hussites were not a homogeneous movement; they had followers of Hus with significant spiritual and political discrepancies. The Taborites represented the socially most impoverished sector of the rural areas and the less favoured trades in the cities. Within their ranks, radicalism and the demand for profound changes are much more evident. At the beginning of the twenties, he would have written *On Spiritual Warfare* (Chelčický, 1421)*,"* a plea against the Taborites and the violence they were practicing daily. The fundamental argument was simple: academics and religious leaders in Prague used violence and coercion in clear materialistic aspirations, moving further and further away from faith and belief. The use of force and aggression is completely unacceptable. In his proposal, he adds that the Taborites, with their use of violence, have been deceived by evil, incarnated once again by the figure of the Devil.

The perception of this radical Hussite is more than suggestive, their condemnation of violence is resolute and extends to the different factions involved in the Hussite wars (Denis, 1978). They even add that although some had initiated revolutionary reforms such as wealth distribution or the abolition of debts, their methods had a great dependence on

the use of terror and soon new burdens were established against the peasants to maintain their own system. These peasants, in many cases followers of the Taborites in whom they had trusted for certain feudal and fiscal liberation, ended up being prey to terrifying pressures from the most violent hosts of the Hussites to force them to contribute economically to the cause they considered common. Contrary to Kropotkin, or perhaps clarifying the chronology, they consider that already in the 14th century, cities had been freed from the yoke of feudal power, and a clear illusion of false freedom had been configured within them, partly fueled by the use that the new monarchies made of them. Cities, since the late Middle Ages, had acquired a high degree of autonomy, in many cases facilitated by the legal prerogatives of the monarchies with a clear intention: to weaken the power of warlords. Over time, once the ties of dependence and vassalage that were typical of other times had been reduced to a minimum, the inhabitants of the cities saw how a patrician class took control of them and kept for themselves, under different oligarchic formulas, the control of such a suggestive business. During the late Middle Ages and the early years of the so-called Renaissance in the Germanic regions, there were widespread uprisings of the peasantry against the landowning nobility, even generating a *libertarian outbreak* that caught the attention of two of the main theorists of anarchism: Bakunin (Bakunin, 1977) and Kropotkin (Kropotkin, 2023). The victory of the state over the communes of the Middle Ages and the federalist institutions of that time was not immediate. There was a period in which this result was in doubt. An immense popular movement, religious in its form and expressions, but eminently egalitarian and communist in its aspirations, emerged in the cities and fields of central Europe. Kropotkin refers to this idea and refers to the jacqueries of 1385 or the English uprising of 1381.

In *The State and Its Historical Role*, there is a strong emphasis on the argument that Roman law and the Church had broken with the spirit of the free commune, which had a clear federalist character, and had been abruptly and violently replaced by discipline, authority, and hierarchy (Kropotkin, 1993). The different brotherhoods that emerged in the medieval communes represent a complete denial of Roman centralizing power. This is almost identical to the concept of heresy and the centralizing power of the Church. Together, the state and the Church fought against the political autonomy of the city and even the spiritual autonomy of heresy. However, in the late Middle Ages, the city, in some cases, no longer represented the power of the merchant and commercial bourgeoisie. Therefore, the focus is placed on what happens at a small scale, in neighborhoods and streets, where popular assemblies are also held to make decisions and discuss issues. In many cases, the representation of the city comes from the neighborhoods that compose it, as if it were a living organism where all together contribute and influence the final decisions. The struggles of the late Middle Ages were a fight for the freedom of individuals, their cities, their agreements, and their unions with each other, and with others. The modern states deployed all their strength to end this initiative. The state, the priest, the king, or the judge were all aligned in this same direction.

Bibliography

Bakunin, Mijail. *Obras completes. II*. La Piqueta, 1977.

Cappelletti, Ángel. «Introducción a la tercera edición en español», Kropotkin, Piotr. *El apoyo mutuo. Un factor de la evolución*, Madre Tierra, 1989.

Chelčický, Peter. *O boji duchovním* [On spiritual warfare, in Czech], c. 1421.

Denis, Ernest. *Huss et la Guerre des Hussites.* AMS Press, 1978.

Fudge, Thomas. "Crime, Punishment and Pacifism in the Thought of Bishop Mikuláš of Pelhřimov, 1420-1452". *The Bohemian Reformation and Religious Practice, v.3*, Academy of Sciences of the Czech Republic, 2000, 69-103.
Huxley, Thomas. "The struggle for life: a programme", *The Nineteenth Century*, 23 (1888), 161-180.
Iwańczak, Wojciech. "Between pacifism and anarchy: Peter Chelčický's teaching about society", *Journal of Medieval History*, 23.3 (1997) 271-83.
Kropotkin, Piotr. "Charles Darwin", *Le Révolté. Organe Socialiste*, n. 5, 29/04/1882, 1.
Kropotkin, Piotr. "Mutual Aid Among Animals. 1", *The Nineteenth Century*, 25 (1890a), 337-354; Kropotkin, Piotr. «Mutual Aid Among Animals, 2", *The Nineteenth Century*, 25 (1890b), 669-719.
Kropotkin, Piotr. "Mutual Aid Among Savages", *The Nineteenth Century*, 29 (1891), 538-559.
Kropotkin, Piotr. "Mutual Aid Among Barbarians", *The Nineteenth Century*, 31 (1892), 101-122.
Kropotkin, Piotr. "Mutual Aid In the Mediæval City." *The Nineteenth Century*, 36 (1894), 183-202; 397-418.
Kropotkin, Piotr. "Mutual Aid Amongst Modern Men." *The Nineteenth Century*, 39 (1896a), 65-86.
Kropotkin, Piotr. "Mutual Aid Amongst Ourselves," *The Nineteenth Century*, 39 (1896b), 914-936.
Kropotkin, Piotr. "Cooperation. A response to Herbert Spencer", *Freedom*, 11 (1897), n. 116-118.
Kropotkin, Piotr. *Memories of revolutionary*. Houghton, 1899.
Kropotkin, Piotr. *Modern science and anarchism.* Group of Russian communist anarchists, 1901.
Kropotkin, Piotr. *Mutual aid: A factor of evolution*. William Heinemann, 1908.
Kropotkin, Piotr. "Anarchism", Encyclopaedia Britannica, 1910.
Kropotkin, Peter. *La anarquía ante sus jueces*, La Revista Blanca, 1931.
Kropotkin, Piotr. *El Estado y su papel histórico*. FAL, 1993.
Kropotkin, Piotr. "Conclusión", *El apoyo mutuo. Un factor de la evolución*. Pepitas de Calabaza, 2016.
Kropotkin, Piotr. *La Moral Anarquista*. Alianza Editorial, 2023.
Kurkjkian, Vahan M. "The Paulikians and the Tondrakians". *A History of Armenia*, 1959.
Lucas, J.R. "Wilberforce and Huxley: a legendary encounter", *The Historical Journal*, 22.2 (1979), 313-330.
Nersessian, Vrej. *The Tondrakian Movement*, Pickwick Publications, 1988.
Soriano, Ignacio C.; Madrid, Francisco. *Bibliografía del anarquismo español, 1868-1939*. 2013.
Spencer, Herbert. *Principles of Sociology*. Williams & Norgate, 1876.
Woodcock, George; Avakumovic, Ivan. *The Anarchist Prince: A Biographical Study of Peter Kropotkin*. Boardman Books, 1950.

Pensamiento al margen. **Revista Digital de Ideas Políticas**. Número 18 (2023), pp. 200 - 210
ISSN: 2386-6098. www.pensamientoalmargen.com.

La nueva stoa. El estoicismo como práctica terapéutica neoliberal

Malena Canteros
Universidad de Murcia

Recibido: 01/04/2023 / Aceptado: 17/05/2023

Resumen: Este artículo analiza el surgimiento de una filosofía del cuidado de sí entendida dentro de un marco terapéutico neoliberal. Se centra, en particular, en la producción cultural sobre estoicismo que triunfa en el panorama cultural. Esta recuperación del estoicismo obedece, como veremos, a prácticas de individualización del sufrimiento en el marco del neoliberalismo. Se atiende, así, al origen histórico y socio-cultural del discurso de la auto-ayuda que terminará constituyendo lo que entendemos como una *nueva stoa*.
Palabras clave: neoliberalismo, salud mental, emociones, estoicismo, autoayuda

The New Stoa. Stoicism as a Neoliberal Therapeutic Practice

Abstract: This article analyzes the emergence of the philosophy of self-care understood within a neoliberal therapeutic framework. It primarily focuses on modern research grounded on stoicism, which has flourished on the cultural scene as a sign of individuality. The rationale for such popularity within neoliberalism is due to the practices of individuals when experiencing pain. Therefore, the historical and socio-cultural origin of the self-care discourse is addressed, which will constitute what has been refered to as a new stoa.
Keywords: neoliberalism, mental health, emotions, stoicism, self-help

Sumario: 1. Introducción: ética estoica como forma de vida. 2. La nueva Stoa. 3. Racionalidad, hombre-empresa y capitalismo afectivo. 4. Conclusiones. 5. Referencias.

1. Introducción: ética estoica como forma de vida

En su curso del 1982 en el Collège de France, llamado *La hermenéutica del sujeto*, Foucault analizaba el modelo ético de las escuelas helenísticas. Se centraba, particularmente, en la filosofía del cuidado de sí propia del estoicismo. Al abordar los modos de subjetivización de la época helenística, el filósofo francés pretendía mostrar la precarización de los modelos de subjetivización de su momento histórico. Este análisis del "cuidado de sí" se convirtió, en la última etapa de su pensamiento, en una pieza fundamental de su investigación. En esta misma época, el neoliberalismo emergente comenzaba a reivindicar la individualidad como vía para hacerse a uno mismo. Se producía, de esta manera, dos interesantes pero opuestas reflexiones acerca del cuidado

de sí. Este uso tradicional de la filosofía como cuidado terapéutico será nuevamente rescatado a principios de nuestro siglo, siendo absorbido por la literatura de autoayuda.

En el primer apartado de este artículo analizaremos la creciente popularidad de la literatura estoica en los últimos años, y defenderemos su íntima relación con la literatura de autoayuda. Esta popularidad del estudio del estoicismo la encontramos tanto dentro como fuera de la academia. Intentaremos esclarecer de qué manera irrumpe esta narrativa en la cultura popular y cuáles son los libros y autores más leídos. En definitiva, trazaremos un mapa general que nos permita entender la idiosincrasia de esta particular estetización filosófica de la autoayuda.

En el segundo apartado llevaremos a cabo un análisis filosófico-político del resurgir en popularidad de esta ética estoica. Si atendemos a nuestro contexto socio-político, observamos que el estoicismo moderno se presenta como una manera de lidiar con la incertidumbre y la angustia, ofreciendo herramientas para alcanzar la felicidad y el éxito. La razón de por qué estos relatos del cuidado de sí son tan exitosos en el momento actual la examinaremos a través de autores como Mark Fisher o Alberto Santamaría, los cuales estudian las condiciones socio-políticas y culturales en las que se gestan estas prácticas de individualización del sufrimiento que se ha venido dando a causa del neoliberalismo o "capitalismo afectivo".

2. La nueva Stoa

En *El pequeño libro de la filosofía estoica* (2022) los autores Javier G. Recuenco y Guillermo de Haro relatan la famosa historia de "Randy", el ingeniero que logró conmocionar a millones de personas en Estados Unidos. En septiembre de 2007, justo cuando se empezaba a gestar la gran crisis financiera de los Estados Unidos, el profesor de universidad Randolph Frederick Pausch, más conocido como "Randy Pausch", dio una charla en la Universidad de Carnegie Mellon (CMU). Esta charla, titulada "Alcanzando los sueños de infancia", se enmarcaba en un programa de conferencias de la Universidad de Carnegie en la que se pedía a los ponentes que expusieran un tema libre respondiendo a la pregunta "si, hipotéticamente, sabes que vas a morir ¿qué le dirías a tus alumnos?". El profesor comenzaba señalando la realidad de su delicada situación, su cáncer de páncreas era incurable y sabía con certeza que moriría en los próximos meses. Pese a ello, a lo largo de su charla daba una lección sobre cómo los impedimentos en el camino son la razón para demostrar lo mucho que queremos alcanzar una meta. Además, si bien era plenamente consciente de la gravedad de su situación, Randy se negaba a sentir pena de sí mismo y sostenía que, ciertamente, hay cosas en la vida que escapan a nuestro control, pero él había decidido ser feliz y disfrutar lo que le quedase de vida. Esta charla alcanzó en YouTube más de veinte millones de visualizaciones y llevó al profesor a presentar una versión resumida en el programa "The Oprah Winfrey Show" (Recuenco y De Haro, 2022). En un momento de incertidumbre y miedo marcado por la gran crisis financiera que se gestaba en Estados Unidos y que acabaría expandiéndose al resto del mundo, el profesor Randy daba un discurso de estoicismo sin ponerle ese nombre. Se convirtió en todo un ejemplo de cómo actuar ante la adversidad, y ese sería el claro espíritu del estoicismo moderno. En este apartado analizaremos cómo se gesta esta particular forma de autoayuda, cuáles son sus principales representantes y cuál es el mensaje que pretende transmitir.

El caso del profesor Randy es paradigmático, y nos sirve para ilustrar en qué contexto se gesta y cómo consiguen ganar tanta popularidad los discursos terapéuticos de autoayuda. Eva Illouz plantea, en *La salvación del alma moderna* (2010), la importancia de la difusión del discurso terapéutico del cuidado de sí en las distintas industrias

culturales. Si bien el formato que nos ocupa en este ensayo es el de la literatura de autoayuda, un espacio de difusión muy fuerte fue el *talk show.* El discurso del profesor Randy fue adaptado a formato libro posteriormente, pero su formato original estaba destinado a la pantalla, por ello tuvo tan buena acogida en el programa de Oprah Winfrey. Esto se debe a que este tipo de narrativa encuentra su fuerza en lo performativo. Illouz analiza agudamente cómo el talk show de Oprah Winfrey, que reúne a decenas de millones de personas, utiliza un estilo de entrevista terapéutico. Esta narrativa terapéutica entiende al sujeto como paciente, pero también como consumidor, en la medida en que, paradójicamente, necesita ser conducido para aprender a tener control sobre su vida y sus acciones:

> Winfrey ha utilizado notoriamente un estilo de entrevista terapéutico, y ha promovido intensamente un estilo terapéutico de mejoramiento de sí […] Su enorme empresa cultural y económica ha dependido de su capacidad para representar a su yo interior, esto es, de su capacidad para convencer a su público de la autenticidad de su sufrimiento y de su auto-superación. (2010, p. 229)

La narrativa terapéutica que analiza Illouz no se da únicamente en el plano de la producción cultural. Según un estudio de la Universidad de California, publicado en la revista "Journal of social and clinical psychology", la mayoría de los libros de autoayuda más populares se publican entre la década de 1970 y 1980 (Illouz, 2010). Es en esta misma época cuando empieza a proliferar la producción de artículos académicos de psicología que adoptan lo que se llamó "Terapia Relacional Emotiva Conductual" (TREC) (Beck, 1978). Albert Ellis es un psicólogo pionero en aplicar la filosofía estoica a la terapia psicológica. Ellis se interesa por los escritos de filósofos estoicos porque en ellos encuentra ideales prácticos para el tipo de terapia que quiere llevar a cabo. La TREC se diferenciaba de otra clase de terapias tradicionales en que enfatizaba los aspectos filosóficos y cognitivos. La idea de Ellis consistía en que si la gente adoptaba una filosofía de vida sana sufrirían menos trastornos emocionales. Por la naturaleza de su discurso, esta terapia racional emotiva consistió primordialmente en procedimientos de autoayuda. A partir del enfoque de Ellis, la literatura especializada en terapias psicológicas ha sido notablemente influenciada por la TREC y puede afirmarse que ha sido, y a día de hoy sigue siendo, uno de los sistemas de psicoterapia más influyentes de nuestro siglo. En sus sesiones terapéuticas, el lema "No son los eventos los que nos molestan, sino nuestros juicios sobre los eventos" se convirtió en una idea fundamental a la hora de tratar el elemento de la socialización. (Albert Ellis & Russell Grieger, 1990). En su libro *Una nueva guía para una vida racional* (1975), Ellis desarrolla una explicación práctica de la TREC con el fin de que los lectores sean capaces de aplicar este tipo de terapia psicológica en su vida cotidiana. De esta forma, la terapia se democratiza y ya no está únicamente en manos de un profesional sanitario, sino que nosotros mismos somos capaces de encontrar las herramientas para sanarnos. Este tipo de terapia, al alcance de cualquiera, se presta a que sea el propio sujeto el que identifique y modifique sus pensamientos irracionales, acepte la realidad tal y como se presenta y sea capaz de responsabilizarse de su realidad particular. El libro de Ellis ofrece las herramientas necesarias para buscar la felicidad a través del desarrollo de actitudes positivas. La naturaleza de este discurso lleva al psicólogo a rescatar la perspectiva ética de las escuelas helenísticas. Encontramos en grandes figuras representativas del estoicismo una fuente de inspiración para la TREC, pues si algo caracterizaba a las escuelas helenísticas, en especial al estoicismo, era la idea suprema del cuidado de sí mediante la modulación de las emociones. Ellis hace explicita la influencia estoica centrándose en figuras como Epicteto y Marco Aurelio:

> Epicteto, el gran filósofo estoico, enseñó que nuestras emociones son el resultado de nuestros pensamientos y creencias, y que podemos cambiar nuestras respuestas emocionales a través de la reflexión y la acción. Epicteto nos recuerda que la vida no es lo que nos sucede, sino cómo respondemos a lo que nos sucede." (1975, p.33)

Retomando una vez más la lectura que hace Eva Illouz de la literatura de autoayuda, si bien en principio podría sonar arriesgado afirmar una continuidad entre la psicología profesional y la popular, la socióloga argumenta minuciosamente que este análisis muestra como ambas son igualmente reveladoras en cuanto a las condiciones sociales en las que son producidas: «La *frontera entre el conocimiento psicológico especializado y la así llamada psicología pop es porosa, pues tanto el lenguaje profesional de la psicología como su versión popular abordan el yo utilizando metáforas y narrativas similares».* (Illouz, 2010, pg. 26)
Asistimos pues a una nueva narrativa terapéutica que hace suyo un lenguaje no especializado y marcadamente popular, con el fin de aproximarse a las grandes masas.

En la actualidad, se ha dado un proceso similar al descrito por Illouz en el ámbito filosófico. Massimo Pigliucci, profesor de filosofía en CUNY (*City University New York*) y anterior presidente de la Sociedad para la Filosofía de la Ciencia en la Práctica (SPSP), es autor de numerosos libros de éxito sobre estoicismo moderno. Su libro *Cómo ser un estoico. Utilizar la filosofía antigua para vivir una vida moderna* (2017) es un *best-seller* y ha sido traducido a multitud de idiomas. La idea del gobierno de sí resuena a lo largo de toda su obra. El autor pretende proporcionar una guía para llevar una vida basada en los principios de la filosofía estoica. De esta manera, el lector descubre en sus páginas una manera de priorizar lo importante y lo que es posible cambiar y, por otro lado, se le ofrece una orientación para desapegarse de las cosas que no son importantes y que escapan a su control. El autor brinda un manual para conceptualizar qué está y que no está bajo nuestro control, para centrar nuestros esfuerzos en lo primero y no malgastarlo en lo segundo. Se trata de practicar la virtud y la excelencia, y de transitar por el mundo maximizando nuestras capacidades (Pigliucci, 2021, pg. 9). Aunque, tal y como se puede observar, Pigliucci sigue la fórmula de Albert Ellis, su obra no pretende ser entendida como un libro terapéutico esgrimido a partir de una base teórica propia del psicoanálisis, pues el filósofo utiliza un lenguaje filosófico. Sin embargo, la narrativa emocional es la base común de estas dos formas de literatura del cuidado de sí.

La idea de practicar la excelencia es un eje vertebrador en la mayoría de obras de estoicismo moderno. La idea consiste en que, a través de maximizar nuestras capacidades, podemos dotar de un sentido nuestras vidas particulares, hacernos dueños de estas y tomar el control sobre nuestras emociones. Este estoicismo tiene la virtud de ser una doctrina cuyo rasgo más distintivo es la practicidad. Aprender a dejar estar las cosas que no podemos controlar en pos de las que sí controlamos (cómo nos sentimos al respecto a las injusticias de la vida) son la clave para "ser un estoico". En su libro, Pigliucci da una importancia fundamental a aprender a gestionar la ira, la ansiedad y la soledad. El control de este tipo de emociones supone el desarrollo de la inteligencia emocional, entendida como un valor productivo al cual ha de adaptarse cualquier empleado. El estoicismo moderno se presenta, a grandes rasgos, como un modelo que organiza, mide y produce un sistema emocional que se conjuga muy bien con los modelos éticos de empresa.

Ryan Holiday, empresario conocido por ser autor de numerosos libros sobre estrategia de marketing, es coautor del libro *Diario para estoicos* (2020) junto a Stephen Hanselman. En sus libros, el empresario armoniza sus conocimientos en marketing y estrategia empresarial con la filosofía estoica, para ofrecer una perspectiva singular sobre cómo afrontar desafíos y superar obstáculos para encontrar la felicidad en la vida cotidiana. Si

bien encontramos que la literatura sobre estoicismo moderno se presenta bajo distintas coordenadas, se da un rasgo común a todas ellas, esto es, que la presentación estética adquiere una importancia fundamental. Si nos detenemos a observar el marketing, la maquetación y, en general, la disposición de estos libros, se hace evidente el lugar que ocupan en el mercado y el público hacia el que se dirigen. *Diario para estoicos* (2020) se estructura a la manera de diario personal, en su índice encontramos una división del contenido en tres partes, la primera se titula "la disciplina de la percepción", la segunda, "la disciplina de la acción" y la tercera "la disciplina de la voluntad". Los doce meses del año se reparten en estas tres partes a modo de doce capítulos. Esta estructura responde a la necesidad de reducir y simplificar al máximo el contenido, cada página se presenta como una enseñanza. Cada una de las páginas contiene una cita de un filósofo estoico a partir de la cual nace el consejo que el autor va a dar. Si bien aparecen citas y nombres de autores clásicos sus ideas no son expuestas en su totalidad, ya que su fin es promover un modelo ético concreto, se da entonces un proceso de inversión en el que no se extraen ideas de estos autores, sino que se utilizan como figuras de autoridad, sus máximas son extraídas para fundamentar un discurso terapéutico que ya existe previamente.

Otro ejemplo lo encontramos en *Invicto. Logra más, sufre menos* (2022), escrito por un autor español, Marcos Vázquez. Este autor pretende enseñarnos a entrenar nuestra mente a través de la disciplina e incorporando máximas de filósofos estoicos. Una de las máximas que más se repite es esta cita de Marco Aurelio: *La calidad de tu vida depende de la calidad de tus pensamientos*. Vázquez, a diferencia de los anteriores autores, que utilizan un estilo narrativo metafórico y poético, hace uso de esquemas, diagramas y distintos tipos de gráficas visuales que convierten la lectura en una experiencia dinámica y sobre todo, muy estética. Su lectura, por lo tanto, es asequible y no requiere un esfuerzo de concentración excesivo por parte del lector. En definitiva, la estructura que conforman hace evidente que no pretenden ser minuciosos estudios ilustrativos de un período de la filosofía helenística, sino más bien, interpretar los textos que nos han llegado del estoicismo para elaborar lecciones prácticas para nuestro presente. Una característica común de *Diario para estoicos* (2020), *Cómo ser un estoico (2021) o Invicto. Logra más, sufre menos* (2022) y la mayoría de libros sobre estoicismo que baten récords en éxito de ventas, es la idea de que, ante las nuevas formas de vida aceleradas, cambiantes y marcadas por la incertidumbre, se hace necesario revisar filosofías del pasado para adaptar o incorporar lecciones concretas de la ética estoica a nuestra forma de vida cotidiana.

Otro de los elementos comunes al discurso del estoicismo moderno es el concepto de felicidad. William B. Irvine nos guía, en *El arte de la buena vida* (2008), hacia el camino de la alegría estoica. El traer el estoicismo a la modernidad es pertinente, según Irvine, porque nos ofrece una idea de cómo podemos vivir una vida tranquila y útil rodeados de la virtud estoica: la alegría. La mayor de las responsabilidades que el sujeto moderno debe asumir es la de su propia felicidad. Los autores del estoicismo moderno comparten, todos ellos, el intento de ofrecer una guía hacia la felicidad. Irvine nos dice que debemos aprender a valorar las cosas que ya poseemos, solo de esta manera podremos salir de la "adaptación hedónica". Un ejemplo de esa "adaptación hedónica" es visible cuando compramos. La adquisición material compulsiva, el no estar nunca satisfecho con los bienes materiales que tenemos, el querer siempre más, se traslada a otros ámbitos de nuestra vida también. Esa adaptación hedónica se nos presenta en nuestras carreras, a la hora de relacionarnos, etc. Sin embargo, señala el autor, este camino hedonista solo satisface impulsos momentáneos y termina por no llenarnos.

En líneas generales, el fenómeno del estoicismo moderno nace en un período de auge de las narrativas del cuidado de sí. La propuesta terapéutica de Albert Ellis es un

paradigma de esta democratización de la terapia psicológica, a partir de la cual se comienzan a gestar diversas formas de conceptualizar el cuidado de sí. El estoicismo moderno es una de las narrativas del cuidado de sí con mayor éxito debido a diversos factores, entre ellos, que se presenta como una narrativa asequible para afrontar la incertidumbre y el malestar individualmente. En las páginas siguientes analizaremos el contexto político y socio-cultural en el que proliferan estas narrativas que individualizan el malestar general.

2. Racionalidad, salud mental y capitalismo afectivo

En 1927, Ludwig von Mises escribía lo siguiente respecto a la importancia de la libertad individual:

> Quien toma la vida como es y no se deja oprimir por ella, no tiene necesidad de consolarse con el autoengaño sistemático y buscar en él un refugio a la propia autoconciencia lacerada. Si el éxito esperado no se realiza, si los golpes del destino frustran de improviso todo cuanto se ha obtenido en años de fatiga, él multiplica sus esfuerzos. Al destino adverso sabe mirarle a la cara sin cesiones. (Mises, 1927, pg.15)

En este texto, traducido por primera vez en español bajo el título *Liberalismo. La tradición clásica* en 1975, Mises adopta el concepto "complejo de Fourier" para describir una actitud anticapitalista de victimización que culpa al sistema de sus fracasos, buscando consolación en el autoengaño sistemático. Estaría planteando, por tanto, que cualquier esfuerzo por pensar una alternativa a la economía de mercado y la democracia liberal es de carácter neurótico e implica la negación de una realidad que ya está dada, el capitalismo es la verdad del mundo. Ante esta realidad, defiende que la verdadera manera de enfrentarse a dicho mundo es la constante reestructuración y re-evaluación de las expectativas. La realización personal dentro de la sociedad de mercado viene dada por la constante adaptación psicológica a los límites que impone el propio sistema. Mises estaría defendiendo, en cierto modo, una narrativa terapéutica muy ligada a la estoica. Dado que la realidad que produce dolor es una verdad absoluta e incambiable, la única opción es el cambio personal, adoptar una actitud de trabajo duro y perseverancia, una actitud estoica. Aquellos que mantienen una actitud positiva ante las adversidades tienen más posibilidades de tener éxito en una economía libre y capitalista. Mises se anticipa así a un fenómeno cultural y social del cuidado de sí individualizado que cristalizaría décadas más tarde con el asentamiento del neoliberalismo y que autores como Laval y Dardot han analizado a través del concepto de racionalidad neoliberal.

Laval y Dardot (2015) definen el neoliberalismo como una racionalidad antes que como una ideología política. Es por esa naturaleza racional que el neoliberalismo no solo estructura y organiza la acción de los gobernantes, sino también la conducta de los gobernados. Se entiende el neoliberalismo como "la razón del capitalismo contemporáneo". Una de sus características fundamentales es la generalización de la competencia, pues esta racionalidad puede entenderse como un conglomerado de discursos, dispositivos y prácticas que configuran un tipo de gobierno regido por un principio universal de competencia. Esta forma de gobierno no se agota en llegar al individuo de la manera más íntima, sino que también apunta a un autogobierno de sí. Estos autores parten de la tesis foucaultiana que situaba al sujeto neoliberal no únicamente como un sujeto de intercambio mercantil, sino como un individuo que ejerce un modo de acción sobre sí mismo. La gubernamentalidad, por lo tanto, no se da únicamente en técnicas de poder sobre los demás, sino también con uno mismo. La libertad se convierte en condición de posibilidad a la hora de gobernar. En este gobernar se juega con el espacio

que aporta la libertad haciendo que sean los propios individuos los que se sometan a las normas.

De esta manera, surge el sujeto neoliberal denominado "hombre-empresa", que actúa sobre sí mismo para reforzarse y sobrevivir a la competición (Laval y Dardot, 2015, p. 335). Así, el sujeto neoliberal debe velar por ser lo más eficiente posible, ser flexible y amoldarse al constante cambio en el trabajo, debe ser capaz de sobrevivir a la competición. La racionalidad empresarial propia de esta última fase del neoliberalismo tiene la increíble ventaja de articular bajo su paraguas todas las relaciones de poder. El mismo discurso sirve para los objetivos de la política como para la vida social y del propio individuo. El modelo de empresa, por lo tanto, no solo sirve como modelo para la gubernamentabilidad de los Estados y sociedades, sino que constituye la realidad más íntima de los sujetos. La posibilidad de un conflicto abierto y colectivo entre empresa-asalariado desaparece por completo en este contexto, pues el sujeto está dentro de la lógica de auto-responsabilización que impone esta racionalidad empresarial, el sujeto es coaccionado por él mismo. De esta manera, la precariedad deja los márgenes y se asienta como forma de vida en las capas sociales más extendidas. En palabras de Isabell Lorey (2012), se da una auto-precarización, se espera de los individuos que se adapten y modulen su vida a partir de un mínimo de aseguramiento, las técnicas de gubernamentalidad basadas en el autogobierno surgen de esta manera. La autora subraya que el nuevo paradigma se caracteriza por un gobierno neoliberal de la inseguridad. Esta institucionalización de la *precariedad* ha aumentado la ansiedad por la supervivencia. La abstracción del trabajo ha alcanzado su máximo a día de hoy, aumentando al máximo nuestra sensación de alienación y desocialización. Esto trae como consecuencia la masificación de trastornos mentales y el aumento de consumo de medicamentos (Federici, 2020).

Una de las paradojas de este nuevo poder empresarial reside en la deslegitimación del conflicto, pues las exigencias no tienen un sujeto concreto. No puede darse un conflicto social como tal porque el poder se deslocaliza, y esto será lo que dará pie a un sufrimiento psíquico, pues se forma la firme creencia en todos los sujetos de que no hay alternativa. De esta manera, se privatiza la angustia y las patologías mentales que se van generando. Esto nos lleva a detenernos en un punto clave: la crisis de salud mental. La Organización Mundial de la Salud (OMS) afirma que la depresión es la primera causa de invalidez y suicidio, afectando aproximadamente a trescientos cincuenta millones de personas a nivel mundial (2021). El sociólogo francés Alain Ehrenberg analiza este gran auge de la depresión en clave social:

> La depresión se impone cuando el modelo disciplinar de gestión de los comportamientos, las normas de autoridad, de conformidad a las prohibiciones que asignaban un destino a las clases sociales […] han dejado paso a normas que incitan a cada uno a la iniciativa individual, instando a las personas a un devenir ellas mismas. Como consecuencia de esta nueva normatividad, la entera responsabilidad sobre nuestras vidas no solo recae en cada uno de nosotros, sino también en el espacio colectivo, la depresión se presenta como una enfermedad de la responsabilidad en la que domina el sentimiento de insuficiencia. El deprimido no da la talla, fatigado de tener que ser uno mismo (Ehrenberg, 1998, pg.10)

El sujeto deprimido es un hombre roto, pues solo a través de la competencia es capaz de ser reconocido por los demás, es su espacio de aparición. Sin embargo, este sujeto lleva en él la marca del fracaso. ¿Quién o qué se hacen cargo del sujeto fracasado, entonces? ¿cuál es la vía que se le ofrece al discapacitado social? Esta responsabilidad cae en manos de la medicalización, además del consumo masivo de mercancías. Mark Fisher (2016)

hablará del surgimiento de una "hedonia depresiva". La depresión se ha caracterizado siempre por la llamada anhedonia depresiva, esto es, por la incapacidad de sentir placer, la pérdida de interés y de satisfacción. Fisher sostiene, sin embargo, que a día de hoy se da una *hedonia depresiva*, una incapacidad de no buscar el placer más inmediato en la mercancía. Se da una nula capacidad de desconectarse de lo que proporciona un estímulo inmediato. Es en este punto donde encontramos una de las características fundamentales de la subjetividad neoliberal: la gestión de las emociones, que es el tema que nos ocupa.

Ignacio Pajón Leyra, encargado de la última edición que publica Alianza Editorial del libro *El arte de vivir en tiempos difíciles* de Epicteto en enero de este mismo año, sostiene en su prólogo el por qué de una reedición de esta conocida obra. La época helenística, como la nuestra, está marcada por la inestabilidad y los grandes cambios políticos. Fueron tiempos convulsos en los que la religión tradicional entraba en decadencia, nuevas guerras, "casi parecería la descripción de nuestro presente" afirma el autor. El estoicismo, por lo tanto, se presenta, en su origen pero también ahora, como una respuesta para calmar la incertidumbre, ofreciendo una relativa serenidad ante lo desconocido. Esta narrativa es el principio de fondo sobre el que se justifica la necesidad de una vuelta al cuidado de sí estoico, ante la epidemia depresiva que describe Ehrenberg, el estoicismo moderno se propone como guía para la modulación de las emociones. En julio de 2022, el periódico El confidencial publicaba un artículo titulado *"Las mejores lecciones estoicas para enseñar a tus hijos a superar las dificultades"*. El artículo explora las grandes inquietudes a las que se enfrentan las nuevas generaciones, entre ellas, la crisis climática. Esta cuestión es tratada, a juicio del autor, Enrique Zamoro, de una manera catastrofista por parte de los medios y los gobiernos. Aborda la cuestión de la ecoansiedad (aunque no utilice en ningún momento este concepto en el artículo) sosteniendo la necesidad de los valores estoicos en la educación como vía para "empoderar" a los jóvenes, a través de la máxima estoica según la cual no podemos controlar los acontecimientos de nuestras vidas pero sí cómo actuamos ante ellos. El autor alude a un artículo de Kelsey Piper (2022), periodista del medio de comunicación estadounidense "Vox", la cual propone que la ansiedad climática generalizada en los jóvenes es producto de un relato catastrofista, que conduce a una suerte de pesimismo inmovilista. Greta Thunberg se presenta, en este contexto, como la figura que mueve ese mensaje catastrofista.

Ante esta situación, Zamoro se pregunta: "¿Qué respondería Epicteto si viviera en nuestra época?" La respuesta, si bien difícil de imaginar, se orientaría al control de nuestra forma de reaccionar individual y colectiva, en pos de reducir la ansiedad. Este caso es un claro ejemplo de lo que Mark Fisher denomina "privatización del estrés" y una forma de interiorización de la ecoansiedad. Esta relación entre salud mental y cambio climático puede analizarse en términos de "externalización". Kohei Saito (2020) recoge este concepto del análisis de Stephan Lessenich (2016) para plantear un paradigma propio del capitalismo según el cual este último desplaza las tensiones que él mismo genera sobre distintas facetas de la realidad para poder seguir manteniendo una economía capitalista y extractivista. Esta externalización también se da con respecto al medio ambiente. La carga ambiental es desplazada al sur global para el beneficio del norte global. Esa externalización de la carga ambiental podríamos plantearla en términos de salud mental (Soto Carrasco, 2023). Fisher (2016) aborda esta cuestión analizando cómo la crisis de salud mental que afecta a nuestro presente se puede leer como una de las principales aporías del neoliberalismo: "La «plaga de la enfermedad mental» en las sociedades capitalistas sugiere que, más que ser el único sistema social que funciona, el capitalismo es inherentemente disfuncional, y que el costo que pagamos para que parezca funcionar bien es en efecto alto" (Fisher, 2016, p. 33). Es decir, las sociedades capitalistas generan una tensión (que se traduce en un sentimiento de angustia y sufrimiento) un sobrante que

no puede abordar y que termina interiorizándose, lo que el autor ha definido como "la privatización del estrés". Esta privatización se observa sobre todo en la medicalización e individualización del sufrimiento y tiene aquí una cristalización clara cuando se aborda la cuestión de la ecoansiedad en términos de modulación de nuestras emociones ante catástrofes medioambientales.

Por otro lado, Edgar Cabanas y Eva Illouz en *Happycracia* (2018), exponen como una de las características de la racionalidad neoliberal consiste en la mercantilización de las dimensiones simbólicas e inmateriales (identidades, sentimientos y estilos de vida), así como el establecimiento de un "ethos terapéutico" que pone la salud emocional como centro del progreso social. La ética que se pretende llevar a práctica mediante este estoicismo moderno es la de ser capaces de gobernar nuestros deseos, hacer frente a las adversidades y poder, por nosotros mismos, alcanzar el éxito: nuestra felicidad. La auto-precarización del sujeto lo lleva a buscar formas individualizadas de afrontar el malestar. Ante las patologías creadas como consecuencia de la lógica hombre-empresa que ya hemos analizado, ¿dónde encontramos la felicidad? La *nueva stoa,* siguiendo a toda la literatura de autoayuda tiene la respuesta, en nosotros mismos:

> La forma en que entendemos la felicidad hoy en día también se ha transformado radicalmente [...] Ahora la felicidad se considera como un conjunto de estados psicológicos que pueden gestionarse mediante la voluntad; como el resultado de controlar nuestra fuerza interior y nuestro auténtico yo; como el único objetivo que hace que la vida sea digna de ser vivida; como el baremo con el que debemos medir el valor de nuestra biografía, nuestros éxitos y fracasos, la magnitud de nuestro desarrollo psíquico y emocional. Más importante aún, la felicidad ha llegado a establecerse como elemento central en la definición de lo que es y debe ser un buen ciudadano (Cabanas, E e Illouz, E. 2018, p. 8)

En suma, la literatura estoica supone una actualización de la narrativa terapéutica surgida a partir de los años sesenta y setenta y están íntimamente ligadas. Su discurso propone una forma de modular emociones conforme al modelo que Albert Ellis proponía en su Terapia Relacional Emotiva Conductual.

3. Conclusiones

El estoicismo moderno nace como una forma de autogobierno en un contexto neoliberal. Como hemos analizado, este discurso adquiere su mayor fuerza en momentos de inseguridad e incertidumbre social y política. En un tiempo histórico en el que las políticas de cuidados se privatizan cada vez más, el relato dominante empuja al sujeto a una suerte de autogestión de las emociones negativas. La *nueva stoa* se presenta como una propuesta terapéutica más que nos ayuda a lidiar con este malestar.

Ante esta racionalidad neoliberal totalizante cabe pensar que, como auguró Thatcher, no hay alternativa. Sin embargo, sería un error ignorar que existe un quiebre actual de estos mecanismos disciplinarios. Silvia Federici (2020) lee agudamente esta quiebra a través del cuestionamiento de la división sexual del trabajo. El auge de modelos andróginos de identidad de género es un ejemplo localizado de ello, se están creando nuevas comunidades imaginadas más allá de los límites del sexo, la raza o la clase. Estos fenómenos evidencian un deseo de transformar nuestra humanidad de una forma radicalmente opuesta a la que se impuso con el capitalismo. El régimen laboral precarizado ha causado que no pueda darse más una construcción de la identidad a través del trabajo. Siguiendo el análisis de Guattari y Franco Basaglia, Federici realiza una dura

crítica contra esta forma de psicología terapéutica centrada en la autogestión de las emociones, que no hace sino adaptarse al modelo del autogobierno neoliberal:

> Antes al contrario, los psicólogos han seguido el juego a los economistas, realizando «estudios de felicidad» que tratan de convencernos una vez más de que el pensamiento positivo, el optimismo y, sobre todo, la «resiliencia» —la nueva muletilla en el mundo de las herramientas disciplinarias semánticas— son la clave del éxito. (Federici, 2020, p. 134)

La respuesta de la psicología ante estos nuevos procesos de quiebre con los mecanismos disciplinarios del hombre-empresa no pueden anticiparse. Pero lo que es seguro es que las narrativas del pasado son insuficientes y que debemos empezar por abandonando los "grandes relatos" del pasado. El estoicismo moderno tiene como premisa el *dominio* de las emociones, entendidas estas como una fuerza natural que ha de ser racionalizada, por ende, se adhieren a un relato profundamente masculinista. Sarah Ahmed (2004) plantea las emociones como construcciones políticas y culturales. Ante el repudio hacia el movimiento feminista, entendido como emocional, la respuesta no debería ser aseverar una racionalidad en el movimiento, expone Ahmed. Esta afirmación supondría aceptar una oposición entre emociones y pensamiento racional. Al contrario, deberíamos optar por un cuestionamiento profundo de que el pensamiento racional no implica ser movido por otros:

> Considerar que las emociones son mediadas y no inmediatas nos recuerda que el conocimiento no puede separarse del mundo corporal de los sentidos y las sensaciones; el conocimiento está ligado a lo que nos hace sudar, estremecernos, temblar todos esos sentimientos que se sienten, de manera crucial, en la superficie del cuerpo, la superficie de la piel con la que tocamos y nos toca el mundo. (Ahmed, 2004, p. 260)

La tarea consiste en leer e interpretar el dolor como sobredeterminado y hacer un trabajo de traducción y comunicación que haga posible trasladar ese dolor hacia el ámbito público para transformarlo. El "cuidado de sí" por tanto, no debe re-evaluarse o "adaptarse a los nuevos tiempos" como proponen los autores del estoicismo moderno, sino que debe ser completamente superado para dar paso a nuevas formas de acción, porque "las herramientas del amo nunca desmontarán la casa del amo". (Lorde, 1984)

Referencias bibliográficas

Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones.* Programa Universitario de Estudios de Género.

Beck, A T. (1978). *Terapia cognitiva de la depresión*. Biblioteca de psicología.

Becker, H y R. Fornet-Betancourt, A. Gomez-Müller. "La ética del cuidado de sí como práctica de la libertad". (20 de enero de 1984). Concordia. Revista internacional de Filosofía, n° 6, julio-diciembre de 1984, págs. 99-116.

Cabanas E., & Illouz, E. (2021). *Happycracia*. Paidós

Epicteto. (2023). *El arte de vivir (en tiempos difíciles)*. Alianza Editorial.

Ellis, A & Grieger, R. (1990). *Manual de terapia Racional-Emotiva*. Biblioteca de Psicología.

Ehrenberg, A. (2000). *La fatiga de ser uno mismo. Depresión y Sociedad.* Nueva visión

Federici, S. (2022). *Ir más allá de la piel. Repensar, rehacer y reivindicar el cuerpo en el capitalismo contemporáneo.* Traficantes de sueños.

Fisher, M. (2018). *Realismo capitalista*. Caja Negra Editora

Foucault, M. (2005). *La hermenéutica del sujeto.* Editorial Akal.

Foucault, M. (2009). *El nacimiento de la biopolítica.* Editorial Akal.

Harvey, D., (2015). *Breve historia del neoliberalismo*. Ediciones Akal
Holiday, R., & Hanselman, S. (2020). *Diario para Estoicos*. Editorial Reverté.
Illouz, E. (2010). *La salvación del alma moderna. Terapia, emociones y la cultura de la autoauyada*. Editorial Katz.
Ingala Gómez, E. (2021). "La importancia del cuidado de sí. La hermenéutica del sujeto (1981-1982)". En Moreno Pestaña, J. (Ed.) *Ir a clase con Foucault.* (267-288)
Irvine, William B. (2019). *El arte de la buena vida*. Paidós
Laval, C., & Dardot, P. (2015). *La nueva razón del mundo.* Editorial Gedisa.
Lessenich, S. (2019). *La sociedad de la externalización.* Herder.
Lorde, A. (2007). *Sister Outsider: Essays and Speeches.* Crossing Press
Lorey, I. (2016). *Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad.* Traficantes de sueños.
Organización Mundial de la salud. (28 de mayo de 2019). *Burn-out an "occupational phenomenon": International Classification of Diseases.* Recuperado de: https://www.who.int/news/item/28-05-2019-burn-out-an-occupational-phenomenon-international-classification-of-diseases
Pigliucci, Massimo. (2018). Cómo ser un estoico. Editorial Ariel
Piper, K. (2022, 8 junio). We're giving kids "climate anxiety" and it's not necessary. *Vox*. https://www.vox.com/23158406/climate-change-tell-kids-wont-destroy-world
Recuenco, G.J y De Haro, G. (2022). *El pequeño libro de la filosofía estoica.* Alienta Editorial.
Saito, K. (2022). *El capital en la era del Antropoceno.* Penguin Random House grupo Editorial
Santamaría, A. (2018). *En los límites de lo posible*. Ediciones Akal
Schreiber, M. (2021). Addressing climate change concerns in practice. *https://www.apa.org*. https://www.apa.org/monitor/2021/03/ce-climate-change
Sellars, J. (2023). *Estoicismo. Una introducción a la filosofía del arte de vivir*. Paidós.
Soto Carrasco, D. (2023) "Legitimidad y libertad en la crisis del Estado del bienestar: una exploración de los vestigios de la subjetividad neoliberal", en: Cayuela Sánchez. S. y Ruiz Rodríguez, P. A. (ed.). *La sonrisa de Europa. El Estado del bienestar en el proceso de integración europea.* Madrid: Marcial Pons, pp. 45-70.
Thatcher, Margaret. (1987). 'Interview for "Woman's Own" ("No Such Thing as Society").' in Margaret Thatcher Foundation: Speeches, Interviews and Other Statements. London.
Von Mises, L. (2011). *Liberalismo, la tradición clásica.* Unión Editorial.
Zamorano, E. (2022, 8 julio). Lecciones estoicas para enseñar a tus hijos a superar las dificultades y no tener miedo a nada. *elconfidencial.com*.
https:www.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/2022-07-08/estoicismo-lecciones-ninos-educacion-hijos_3449342/

Reseñas

Pensamiento al margen. **Revista Digital de Ideas Políticas**. Número 18 (2023), pp. 212 - 222
ISSN: 2386-6098. www.pensamientoalmargen.com.

Tsing, Anna L. (2021). *La seta del fin del mundo. Sobre la posibilidad de vida en las ruinas capitalistas*. Madrid: Capitan Swing. ISBN: 978-8412390230.

Reseñado por: Cristina de Benito. Dra. en Antropología. Universidad Autónoma de Madrid.

Recibida: 01/05/2023. Aceptada: 03/05/2023

Los hongos son constructores de mundos: descomponen la madera y otros alimentos en nutrientes y establecen relaciones simbióticas con plantas y árboles que estimulan la vida de diversos organismos. En este libro Anna Tsing pone el foco en uno de ellos, el *Tricholoma Matsutake*, para ir entretejiendo una etnografía en la que desgrana las diferentes relaciones que crea y en las que es creada esta seta en particular, haciendo hincapié en las interconexiones entre diferentes espacios geográficos, diferentes agentes humanos y no humanos, y diferentes campos de conocimiento. Para poder contar lo que considera "historias a la vez culturales y naturales", tiene en cuenta elementos relativos a la ecología, a la economía política y al plano simbólico cultural. Esta complejidad analítica recuerda, en parte, a obras fundamentales de la antropología, como la historia del azúcar de Sidney Mintz (1996), pero en su caso con una perspectiva teórica posmoderna y un punto de vista no antropocéntrico.

El análisis del comercio y la ecología del matsutake le permite a la autora ahondar en lo que considera la característica definitoria de nuestro tiempo, la precariedad. El matsutake constituye un ejemplo de las posibilidades de "supervivencia colaborativa" en un momento histórico en el que la idea de la estabilidad o el progreso como horizonte no tienen cabida. Esto es posible gracias a la capacidad de esta seta para crecer en espacios de "ruina capitalista" (principalmente bosques devastados por la silvicultura industrial), así como de generar formas de vida multi-específicas (los paisajes ecológicos y sus diversas especies), y multi-culturales (el paisaje humano que se conforma alrededor de su comercio). De esta forma, la elección del matsutake tiene también un componente metafórico con el que juega a lo largo del libro para sugerir posibilidades de cooperación que nos permitan reconstruir la vida en un marco de crisis ecosocial.

Asumir como punto de partida la precariedad implica, además, para Tsing la adopción de un determinado marco teórico que expone en la primera parte del libro. Basándose en los análisis de otras autoras como Haraway (2007) o Strathern (1999), su etnografía da cuenta de "conjuntos polifónicos", esto es, formas de agrupación de vidas humanas y no humanas que, a partir de sus "encuentros indeterminados" (no predecibles), son capaces de configurar "proyectos de creación de mundos", transformándose unos a otros en este proceso. Por esta razón para ella es fundamental entrenarse en la observación de lo singular o lo no escalable, la diversidad de significados y las historias multidireccionales. Esta perspectiva epistemológica condiciona también la forma de escritura del libro, que se despliega a lo largo de una serie de capítulos breves, "como oleadas de setas que brotan después de la lluvia" (p.10), en los que explora temas tan diversos como la creación de las cadenas de suministro global, las experiencias de guerra vividas por los refugiados del

sudeste asiático que recolectan las setas, la revisión de las relaciones comerciales entre Japón y Estados Unidos, o la crítica a las teorías dominantes de la biología y las relaciones ecológicas. Todo ello, empleando un estilo en el que combina la descripción etnográfica, el análisis teórico y los datos históricos, con fotografías y elementos poéticos.

Una de las líneas narrativas principales del libro recorre la cadena de suministro global del matsutake, desde su recolección en los bosques de Oregón hasta su consumo final en Japón, pasando por los primeros compradores, los agentes de campo intermediarios entre ellos y las empresas exportadoras, y las distribuidoras japonesas.

Lo que la autora sostiene en este punto es que, tanto en la primera fase de la cadena como en la última, la seta no funciona plenamente como mercancía enajenada de las relaciones sociales amplias, sino que se reviste de un componente simbólico en el que las relaciones económicas son inseparables de las afectivas. En los bosques estadounidenses, el matsutake representa la libertad, en la sociedad japonesa se convierte en un don que simboliza el respeto, compromiso y valor de la relación. Es, no obstante, en la fase intermedia, entre los agentes de campo y los exportadores, donde se convierte en un bien inventariable, susceptible de ser clasificado por tamaño y grado de madurez sin atender a otros aspectos relacionales.

Este procedimiento requiere para ella de un proceso de "traducción" desde formas de valor no capitalista hacia formas de valor capitalista, que posteriormente volverán a traducirse en valores no capitalistas. Esta es la naturaleza de lo que denomina la "acumulación de recate", término con el que subraya un aspecto que ha sido profusamente analizado desde los estudios feministas: cómo el sistema capitalista requiere, para su funcionamiento, de la apropiación de formas de valor generadas más allá de sus márgenes, ya sea en procesos ecológicos o sociales. En esta misma línea, en los últimos capítulos del libro, en los que retoma la cuestión de la creación de activos capitalistas, describe cómo, en el proceso de mercantilización de la seta, también se produce un movimiento de invisibilización de los bienes comunales que la hacen posible: el uso compartido de los bosques. Para Tsing, el estudio de la conversión del matsutake en una mercancía revela cómo el mundo empresarial se caracteriza por una privatización de la riqueza común. No obstante, en el libro pasa de puntillas por el análisis etnográfico de estas fases intermedias de la cadena de suministro en las que se produciría esa mercantilización.

La antropología económica ha puesto siempre sobre la mesa la imbricación de las relaciones económicas con otras dimensiones sociales. Quizás se pueda cuestionar en qué medida no podemos comprender los espacios en los que esto sucede como propiamente capitalistas, o pericapitalistas, en términos de Tsing. Es decir, para este caso concreto, si el hecho de que los actores sociales implicados conciban la recolección y subasta del matsutake como un ejercicio de libertad implica que en esta compraventa no se esté tratando con una mercancía. En cualquier caso, tiene un valor movilizador su planteamiento de que el capitalismo no es una totalidad cerrada en la que se subsuma todo lo real, y que, por tanto, existen escenarios en los que la fricción entre el uso y el rechazo del sistema puede dar lugar a nuevas formas de resistencia.

La otra línea narrativa de este trabajo es interesante como propuesta epistemológica para orientar una forma de mirar y comprender la realidad que permita hacerse cargo de la complejidad de las problemáticas ecológicas y

sociales con las que convivimos. En ella explora de manera pormenorizada la historia de las relaciones ecológicas que han hecho posible el crecimiento del matsutake en cierto tipo de bosques, lo cual la lleva a dialogar con las llamadas ontologías alternativas para explorar nuevas formas de comprender las relaciones interespecies, la articulación naturaleza-cultura, y el mismo concepto de vida.

Para entender la génesis de los bosques de matsutake, sostiene que es necesario atender a las relaciones que se establecen entre el conjunto que forman humanos, pinos y hongos, teniendo en cuenta la capacidad de agencia de todos estos elementos. Esto es, que al igual que las políticas de gestión forestal, la historia de la silvicultura industrial o el mercado global de la madera son elementos clave en la conformación de esos bosques, los pinos y el matsutake no se limitan a crecer en ellos, sino que tienen también un papel activo en su creación. A partir de la descripción de estos procesos, Tsing pone de relieve que la vida se produce en las transformaciones que resultan de las interrelaciones entre distintas especies, siendo precisamente esta cooperación, como apuntaba Lynn Margulis (Puche, 2018), la que la hace posible. Esta concepción de la vida entronca con conceptos como el de simbiopoiesis del biólogo Scott Gilbert (2010), o las propuestas de pensadores como Tim Ingold (2016), para quien la vida no se despliega en oposición a, ni como un sumatorio de partes articuladas en torno al "y", sino desde el "junto con". Como afirma Haraway (2007), los seres devenimos con otros. Esta posición se opone frontalmente a teorías biológicas como la síntesis moderna, desde la cual se defiende la autoproducción y autorreplicación de las especies, poniendo únicamente el foco en las relaciones de competencia entre las mismas.

Desde esta otra mirada, el paisaje se revela no como un escenario neutro y estable, sino como el producto de perturbaciones que pueden destruir o renovar ecosistemas. Con este punto de partida, Tsing va describiendo de forma pormenorizada las contingencias históricas que han contribuido a la conformación de bosques de matsutake en territorios como Finlandia, Japón, Estados Unidos o China, cada uno con sus particularidades. Por un lado, estos son el resultado de la interacción de elementos como la extracción industrial de madera, las relaciones comerciales internacionales, los regímenes de propiedad de la tierra, el valor simbólico otorgado a esta seta, la precariedad creciente del mercado laboral o las políticas migratorias. Por otro, de la capacidad del matsutake para reproducirse al abrigo de ciertas especies de pino, a las que además fortalece y alimenta, y que se han visto favorecidas por la tala, deforestación y abandono de los bosques en otros momentos históricos. Es ésta precisamente la característica del matsutake en la que ella hace hincapié: el ser una consecuencia de los desastres ecológicos de este sistema económico, pero, al mismo tiempo, un ejemplo de las posibilidades de que la vida siga generándose en sus espacios de ruina. Remarcando como "en la contingencia del error a veces brotan setas" (p. 264), nos insta a llevar la mirada a esos bienes comunales latentes, que existen pese al capitalismo y que conforman redes de cooperación entre distintos organismos.

Finalmente, hay que destacar cómo a lo largo de todo el libro Tsing hace una puesta en valor de la observación y la descripción como herramientas analíticas, necesarias para dar cuenta de aquello que escapa de los relatos de la "ciencia monolítica", como son esos espacios ubicados en los límites del capitalismo donde se generan otras formas de valor. Esta defensa de las artes

de la observación la conduce asimismo a subrayar la necesidad de generar nuevas alianzas entre las ciencias humanas y naturales, en particular entre la etnografía y la historia natural, para poder explorar las historias particulares a través de las cuales humanos y no humanos vamos construyendo mundos y ecosistemas.

Referencias

Gilbert, Scott (2010) "Symbiosis as a source of selectable epigenetic variation : taking the heat for the big guy", *Philosophical Transactions of the Royal Society B*, 365 : 671-678

Haraway, Donna (2007) *When species meet*, Mineapolis: University of Minnesota Press

Ingold, Tim (2016) "Una ecología de la vida". Conferencia en CCB, disponible en Tim Ingold. Una ecología de la vida | Vídeos | CCCB

Mintz, Sidney (1996) *Dulzura y poder*, Madrid: Siglo XXI

Strathern, Marilyn (1999) *Property, Substance and Effect*, Londres: Athlone Press

Puche, Francisco (2018) *La simbiosis. Una tendencia universal en el mundo de la vida. La cosmovisión de Lynn Margulis.* Málaga: Ediciones del Genal

Schmelzer, Matthias; Vetter, Andrea; Vansintjan, Aaron. (2022). *The Future is Degrowth. A Guide to a World beyond Capitalism*. London & New York: Verso. ISBN: 978-1839765841.
Reseñado por: Lucía Muñoz Suerio (Universidad Autónoma de Barcelona) y Lorenzo Velotti (Scuola Normale Superiore).
Recibida: 01/05/2023. Aceptada: 01/05/2023

La literatura sobre el concepto, teoría y movimiento del decrecimiento ha crecido en los últimos años de forma exponencial. Mientras que en un comienzo las primeras publicaciones se centraron en aclarar el significado de este término y determinar los principios generales del mismo, en los últimos años han proliferado los estudios sobre ámbitos y conceptos mucho más específicos en relación con el decrecimiento. *The Future is Degrowth* (2022) supone un brillante ejercicio de síntesis de toda esta nueva producción académica, volviendo a repasar sus pilares básicos, pero ahora enriquecido por la creciente literatura desarrollada.

No se trata, sin embargo, de un libro introductorio sobre decrecimiento, necesidad que ya ha sido cubierta con otras obras como "Menos es Más" (Hickel, 2023), "A favor del decrecimiento" (Kallis, Paulson, D'Alisa y Demaria, 2022) o "Decrecimiento: una propuesta razonada" (Taibo, 2021). Más bien, lo valoramos como el manual por excelencia del decrecimiento, el texto de referencia para disponer de un mapa mental completo y holístico del diagnóstico, horizonte y estrategias que propone el decrecimiento.

Ya desde el título, los autores Matthias Schmelzer, Andrea Vetter y Aaron Vansintjan, dejan claro el enfoque de la propuesta: se trata de "una guía para un mundo más allá del capitalismo". El libro se beneficia de una clara y convincente estructura, estando ordenado en siete capítulos. Tras una extensa introducción en la que se realiza un primer estado de la cuestión, los dos primeros capítulos se dedican al crecimiento económico. Se exponen, en primer lugar, las tres "dimensiones" del crecimiento –como idea, como proceso social y como proceso material–. El mensaje es claro: no se trata solamente de cambiar el PIB como indicador de progreso, sino que se debe deconstruir el crecimiento como idea, exponer su papel en relación a dinámicas de poder más amplias y problematizar su relación con la naturaleza. En definitiva: atacar el crecimiento supone reinventar las bases de las economías modernas.

En el capítulo tres se abordan las críticas al crecimiento económico en siete vertientes, realizando una revisión sistemática y ambiciosa, refrescante en su claridad para todas aquéllas que llevamos tiempo leyendo sobre ello. Cada una de las siete críticas –la crítica ecológica, la socioeconómica, la cultural, la crítica al capitalismo, la crítica feminista, la crítica al industrialismo y la crítica Norte-Sur– se vincula a un concepto liberador alternativo–, suficiencia, hedonismo alternativo, convivialidad, *dépense* (gasto improductivo), cuidados, tecnologías convivenciales y pluriverso–. Esta articulación en siete ejes nos parece analíticamente muy convincente, ya que es capaz de demostrar que el crecimiento económico no solo supone un problema por razones ecológicas, sino que lo hace desde cualquier prisma que se mire. Por lo tanto, este capítulo tiene el mérito de reflejar, de la manera más clara que hemos encontrado hasta el momento, la aproximación holística que siempre ha caracterizado a la literatura sobre decrecimiento, analizando de forma interrelacionada las múltiples opresiones que genera el crecimiento económico.

Los capítulos restantes tratan de forma sistemática la propuesta del decrecimiento propiamente dicha. Mientras que el cuarto capítulo aborda la deseabilidad del decrecimiento, el quinto capítulo analiza su viabilidad y el sexto las estrategias de cambio.

En el capítulo cuatro se exponen cinco corrientes que aportan diferentes visiones sobre cómo sería una sociedad decrecentista. En primer lugar, la institucionalista, centrada en el objetivo de que las instituciones dejen de depender del crecimiento económico. En segundo lugar, la *suficientista*, que pone el foco en la reducción radical del consumo de recursos a través de la creación de iniciativas locales y prácticas de suficiencia y simplicidad voluntaria. En tercer lugar, la comunalista, que se centra en la construcción de redes comunitarias de economía social y solidaria tales como cooperativas, huertos comunitarios o monedas alternativas, bajo la filosofía de "recuperar la economía" al servicio de las comunidades. En cuarto lugar, la feminista, cuya pretensión es superar la división entre actividades de producción y de reproducción, situando los cuidados en el centro. Y, en quinto lugar, la post-capitalista y altermundista, dirigida a la reapropiación y socialización de la riqueza, la reducción de las desigualdades y las estructuras de dominación. El capítulo concluye con la definición del decrecimiento, seguramente una de las tareas más difíciles debido a la proliferación de definiciones que ha tenido lugar en la última década. Los autores optan por una que incluye la justicia ecológica, la justicia social y la independencia del crecimiento: el decrecimiento implica "la transición democrática hacia una sociedad que –para permitir la justicia ecológica global– se base en un flujo mucho menor de energía y recursos, afiance la democracia y garantice una buena vida y justicia social para todos, y no dependa de la expansión continua" (p.195).

En el capítulo cinco los autores ofrecen una panorámica de los caminos o vías concretas que existen –se identifican seis– para la consecución de una sociedad decrecentista. La primera es la que llaman "democratización, economía solidaria y comunalización", que se centra en la desmercantilización de ciertos bienes como el trabajo, los recursos naturales, las escuelas, los hospitales y el conocimiento para gestionarlos de forma democrática siguiendo los principios del procomún. La segunda es la que llaman "seguridad social, redistribución y límites a la renta y la riqueza", que incluye, por un lado, la prestación de autonomía incondicional a través de una renta básica universal y servicios básicos universales para garantizar que todas las personas tengan acceso a los bienes y servicios esenciales; por el otro, en dos palabras, la abolición de los ricos. La tercera tiene que ver con la "tecnología convivencial y democrática", donde el desarrollo tecnológico debe estar orientado a las necesidades y no al mercado. La cuarta vía es la "revalorización y redistribución del trabajo", donde se busca una reducción radical de las horas de trabajo sin que los grupos con salarios más bajos pierdan ingresos, junto a la valorización del trabajo reproductivo y de cuidados. La quinta vía propone "democratizar el metabolismo social", lo cual significa que la eliminación y expansión de diferentes sectores económicos y tecnologías ya no dependan del mercado y los precios, sino que se decidan de manera democrática y política a escala regional, nacional y mundial. Los ciudadanos deberían decidir, así, los sectores que deben reducirse (como el carbón, la aviación, la fabricación de armas y la ganadería) y los sectores que deben seguir desarrollándose. La sexta vía se centra en la "solidaridad internacional" y sugiere que los países más ricos deben

decrecer para permitir una prosperidad sostenible en los países más pobres. Se proponen medidas como reformar la propiedad de la tierra, abandonar la agricultura industrial, apoyar a los pueblos indígenas o eliminar las normas comerciales injustas que perjudican al Sur Global. También se sugiere la creación de un sistema monetario internacional democrático, la limitación de los movimientos internacionales de capitales, y la abolición de las organizaciones internacionales como el Banco Mundial y el FMI.

El sexto capítulo aborda la pregunta práctica clave: ¿cómo conseguir transitar a una sociedad decrecentista? Los autores argumentan que, dada la escala y profundidad de la transformación necesaria, comparable a procesos históricos de cambio mundial tales como el surgimiento del capitalismo o la industrialización, se necesita una combinación de estrategias que se realimentan entre sí. Las tres estrategias que se plantean como complementarias son: por un lado, las "nowtopias" (utopías del ahora), espacios autónomos y laboratorios de la buena vida, que experimentan y prefiguran desde abajo nuevas formas radicales de organizar la vida, la economía y la política; por otro lado, las llamadas "reformas no reformistas", es decir, políticas "desde arriba", o "desde dentro" del sistema, que suponen rupturas radicales con el sistema socioeconómico actual, tales como la reducción de la jornada laboral, políticas de redistribución de la riqueza radicales, servicios básicos universales, una reforma fiscal ecológica o políticas de ingresos máximos. Y. por último, la construcción de contrahegemonía a través de estrategias más disruptivas. Se trata de un capítulo clave para entender el posicionamiento de los autores en cuanto al eterno debate en el seno del ecologismo y otros movimientos sobre el rol del estado. Otorgándole un papel central a los movimientos de base, alternativas a pequeña escala y proyectos autogestionados, los autores argumentan que las tres estrategias expuestas se necesitan las unas a las otras para la transformación de gran escala necesaria. Las reformas políticas "desde arriba" pueden permitir la expansión de las "nowtopias" –por ejemplo, con una ley que fomente la creación de cooperativas o limite la agricultura industrial–, facilitando así que un mayor número de gente se involucre en proyectos y prácticas comunitarias de gobernanza, producción, alimentación o cuidados, por poner algunos ejemplos. Estas, a su vez, prefiguran un futuro distinto y crean más presión desde abajo para que se intervenga desde arriba para facilitar su existencia con políticas cada vez más y más radicales.

El capítulo final se dedica a las cuatro dimensiones clave que los autores consideran que deberían abordarse en más profundidad en los estudios de decrecimiento: la clase y la raza, la geopolítica y el imperialismo, las tecnologías de la información y la planificación democrática.

En general, el libro provee al lector de un conocimiento extenso de la literatura internacional sobre decrecimiento, así como de muy buenos argumentos para defenderlo. Tanto para quienes se interesen por estos debates y quieran aprender en profundidad sobre los múltiples análisis y propuestas del decrecimiento, como para quienes ya estén familiarizados con esta propuesta, se trata de una lectura muy aconsejable.

Podemos argumentar que se trata de una obra a la vez científica y política: científicamente, es la mejor revisión de literatura accesible y reciente sobre decrecimiento; políticamente, se trata de una intervención fundamental en los debates de la izquierda internacional.

En cuanto a sus posibles usos académicos, consideramos que esta obra puede ser un recurso clave pedagógico para cualquier curso en el que se trate el

tema, tal como podría ser la asignatura de crisis y transición ecosocial obligatoria para todos los grados de la Universidad de Barcelona y de la Universidad Autónoma de Barcelona, conseguida tras las reivindicaciones del movimiento de justicia climática End Fossil y actualmente en fase de desarrollo.

En cuanto a su función política, se trata de una obra innovadora en lo que concierne al interlocutor imaginario, el ideal-tipo de lectora a quien los autores quieren convencer. Si bien la mayor parte de trabajos sobre decrecimiento se han dedicado a tratar de convencer a otros ecologistas de que, para una transición ecológica real, el crecimiento verde es inviable y el desarrollo "sostenible" una contradicción, este libro opta por un lector imaginario que se identifica predominantemente como de izquierdas más que únicamente como ecologista. No es casual que en las primeras páginas de la introducción los autores hablen de la división, en el campo de la izquierda, entre una izquierda productivista –que quiere abordar la transición ecológica con más crecimiento, avances tecnológicos y redistribución–, y una izquierda libertaria, situando el decrecimiento en este segundo espacio. El decrecimiento se presenta, antes de nada, como herramienta necesaria para superar el capitalismo: la dimensión ecológica es solo un aspecto, aunque fundamental, de este proceso más amplio. El interlocutor imaginario de este libro, o "el lector a convencer", es, por tanto, la persona de izquierdas que se pregunta qué es lo que hace falta para superar la crisis ecosocial. Algunos, también desde la izquierda (Huber 2022), apostarían por avances tecnológicos y más crecimiento económico a través de grandes inversiones estatales en infraestructuras de energías renovables y transporte sostenibles, con el fin de generar más riqueza para poder redistribuir. Desde este prisma, el decrecimiento podría parecer un paradigma de pauperización propuesto desde el privilegio, que nada tiene que ver con una política para las clases trabajadoras. Contra esta posición, este libro es la mejor argumentación posible sobre cómo no puede haber anticapitalismo ecologista y de izquierdas que no sea decrecentista. Como dicen de forma poética los autores para cerrar el libro, con el fin de liberarnos de la cárcel de la economía capitalista, "el decrecimiento nos otorga las herramientas para doblar sus barrotes" (p. 297).

En cuanto a las limitaciones de la obra, podría argumentarse que su buena estructura y función didáctica se produce a costa de una narrativa menos seductora para un público general. Además, quizá precisamente por su pretensión sintética, peca seguramente de falta de propuestas o ejemplos originales y más prácticos sobre los conceptos expuestos, tales como justicia social y ecológica, autodeterminación o buena vida. En este sentido, ayuda a reforzar el discurso teórico sobre la deseabilidad y viabilidad del decrecimiento, pero queda más limitado en cuanto a la llamada a la acción.

No es exagerado concluir que *The Future is Degrowth* puede considerarse actualmente la "biblia" del decrecimiento por suponer una completa revisión de la literatura y del conocímiento acumulado a lo largo de los últimos años sobre el tema. Esperamos con ansias su traducción al castellano.

Referencias

Hickel, J. (2023). *Menos es más: Cómo el decrecimiento salvará el mundo* (edición). Capitán Swing Libros.

Huber, M. (2022), *Climate Change as Class War. Building Socialism on a Warming Planet.* Verso.

Kallis, G., Paulson, S., D'Alisa, G., & Demaria, F. (2022). *A favor del decrecimiento*. Icaria.

Taibo, C. (2021). *Decrecimiento: Una propuesta razonada*. Alianza Editorial.

Llevadot, Laura (2022). *Mi herida existía antes que yo. Feminismo y crítica de la diferencia sexual*. Barcelona: Tusquets. ISBN: 978-84-9066-894-8.
Reseñado por: Patricia Irene Lara Folch. Universidad Autónoma de Madrid.
Recibida: 16/05/2023. Aceptada: 29/05/2023

Dos acontecimientos inauguran las páginas de *Mi herida existía antes que yo. Feminismo y crítica de la diferencia sexual* de Laura Llevadot: una bala atraviesa la columna del poeta Joë Bousquet; Virgine Despentes, escritora y teórica feminista, es violada a la edad de diecisiete años. Del primero, la autora insiste en recuperar una cita, que aparece en una carta a un amigo y que da título al libro: «Mi herida existía antes que yo; he nacido para encarnarla» (p. 11). De ambas, la comprensión del hecho o del accidente que lo convierten en acontecimiento, ya que «es la comprensión de lo sucedido, y no el hecho sin más, lo que nos impulsa a una transformación, un antes y un después en el transcurso de una vida» (p. 11). «Hacer algo con la herida» es el efecto de esto último y lo que podría sintetizar el espíritu del libro.

Si hay un lugar desde el que se ha reflexionado sobre las heridas incurables, los traumas, la violencia, son los feminismos. Pero la relación de privilegio que dicha teoría y praxis mantiene con las experiencias de dominación se da a raíz de ir más allá de una misma o, en otras palabras, concibiendo que la herida o dispositivo político nos preexiste. Con ello, *Mi herida existía antes que yo. Feminismo y crítica de la diferencia sexual* presenta a lo largo de cinco partes, conectadas pero independientes y bajo un estilo ensayístico de lo más riguroso, un panorama de las teorías de género contemporáneas y sus desafíos. Algo realmente muy importante para el ámbito académico, así como para el público general, en un momento de consolidación de los estudios de género y de amplificación del propio campo. Un lenguaje propio, cómo hacer historia, la conceptualización del deseo, el vínculo con el opresor, la relación entre feminismo y anarquía, el Estado, la ley y la masculinidad, la importancia del testimonio de las putas, las cartas de amor de Kafka, son algunas de las múltiples tramas que aborda la obra.

Empezar por el principio de las cosas implica aquí comenzar por la posibilidad del/un lenguaje propio. Esto es lo que desarrolla la autora en la primera parte titulada «La lengua del amo» y que cuestiona lo que supone escribir *como*, hablar *como*, pensar *como* mujer, renovando así la disputa alrededor de la escritura femenina. Hélène Cixous dirá que «la mujer escribe con tinta blanca»; pero parte de esa renovación del debate pasa, para Llevadot, por reconocer que hoy ciertos feminismos –ella señalará principalmente al feminismo de la igualdad y el feminismo académico– escriben con tinta negra masculina. Aboga así por volver a plantear un habla, y quien dice lenguaje dice cuerpos, en el que resuene la herida, un lenguaje materializado con sangre o escribir «con tinta negra que no hay tinta blanca. Este es el único modo de seguir usando la tinta negra» (p. 26). Para la disciplina filosófica esto es de extrema importancia, ya que la inclusión de la presencia de la huella biográfica, que cabría más bien llamar de la mano de Anzaldúa *autohistoria* (2016), supone que la posibilidad de la filosofía sea la imposibilidad de la mujer, parafraseando a la filósofa Catherine Malabou (2011).

En las secciones anteriores ya se había empezado a trazar una cartografía feminista contemporánea. Pensando sobre el vínculo de deseo con el opresor, concluía la autora que

> «ser mujer es reproducir e identificarse con esa construcción de

> género que los hombres prepararon para nosotras, es encarnar la figura que diseñó el enemigo para su sosiego y enaltecimiento, es responder con un sí a la demanda antes de poder decir no» (p. 24).

Ahora bien, comenzar la segunda parte, titulada «Pequeño mapa del feminismo» con la casa de la diferencia de Audre Lorde, es toda una declaración de intenciones. Cuestiones de identidad, de diferencia, de otredad, que han marcado el análisis del género, hacen necesario releer a Freud o Simone de Beauvoir, entre otras, no solo para volver a comprender sus categorías fundamentales sino para enmarcarlos en los nuevos contextos de pensamiento para entender, por ejemplo, que *la mujer no nace, se hace* «abre todas las encarnizadas luchas entre feminismos y transfeminismos de diversos géneros en las que estamos sumergidos hoy» (p. 54).

La problemática de las filosofías de la historia se traslada al feminismo de la mano de autoras críticas como Joan Scott o Wendy Brown; y es que, como señala Llevadot, el uso reiterado del término olas para otorgar historicidad al movimiento y su teoría, reduce las opciones, al más estilo nietzscheano, a una historia de las mujeres centrada en la victimización, una historia crítica formulada como emancipación o una historia monumental pensada desde las grandes mujeres combatiendo el patriarcado. Apuesta, por ello, por un mapa, por una cartografía o topología, en lugar de una historia o teleología. Territorios en conflicto, que es el título de uno de los epígrafes del capítulo, es probablemente la modalidad espacial que mejor podría plantear la situación de los feminismos actuales. Del feminismo ilustrado, pasando por el feminismo de la diferencia, transfeminismos y teoría queer, la autora insiste en que pueden adolecer del mismo equívoco, esto es:

> «la tentación de su reducción a los términos del derecho y del reconocimiento, y por lo tanto, el de su recaída en un sujeto identitario, por desidentificado y bastardo que se pretenda» (p. 66).

Aunque el reconocimiento y la representación pueden contribuir a reducir la violencia institucional, no son suficientes para evitar la dominación. Acaba esta segunda parte pensando, si bien con cautela, la oportunidad de revisar un feminismo de la diferencia que, a través de autoras como Luce Irigaray, abren el espacio a una lógica no binaria de lo femenino, que no es nunca hombre o mujer, sino la de aquel sexo que no es uno, la del segundo sexo, ya que «solo así la diferencia sexual podría ser de nuevo vindicada» (p. 74).

En «Masculinidad, ese continente oscuro», la tercera parte del volumen, la filósofa reflexiona sobre otra de las patas más urgentes de todo el panorama: la masculinidad y la violencia, que ha marcado el último decenio de las agendas feministas. De Grecia al Satisfyer, Llevadot denuncia la primacía del consentimiento sobre el deseo a la hora de hablar del placer sexual de ese sexo que no es uno. Pero la época que más le interesa, no en sí misma sino y, sobre todo, para pensar nuestros días es el Imperio romano. A través del estimulante texto de Pascal Quignard, *El sexo y el espanto*, explica cómo nuestra concepción de la masculinidad tiene mucho que ver con la erótica que se constituyó durante el Imperio romano –para sustituir a la griega– y que clasifica los cuerpos en activos y pasivos, siendo los primeros lo virtuoso y lo viril, y los segundos lo femenino y/o penetrado, imposibilitando toda relación de reciprocidad. Hay que empezar

> «por reconocer que muchos de los rasgos de este concepto de masculinidad sobreviven en nuestros días: el miedo a la impotencia, el sexo sin reciprocidad, el goce sin tributo, la sobrevaloración del falo, la fascinación como motor del erotismo, las violaciones (…). Aquí, de

> hecho, ni siquiera hay deseo. Solo el goce que se obtiene al hacer cumplir la ley. Por eso el violador es un moralizador» (p. 96).

Esta conclusión, que siguiendo a Rita Segato nos confirma que la violación tiene mucho más que ver con el castigo que con el deseo sexual, tiene efectos de gran envergadura. El violador y el maltratado están del lado de la ley, actúan en su nombre y, por lo tanto, debe mantenerse una distancia crítica ante todo discurso que encuentre en el Estado y la ley un camino para la salvación.

En la cuarta parte, «Lo que se aprende fracasando», el punto de partida son dos poemas, uno de Sylvia Plath y otro de Maria-Mercè Marçal, que se unen en un reconocimiento de deseo al opresor: toda mujer adora a un fascista.

Esta escandalosa verdad, como la llamará Llevadot, es crucial para comprender la reproducción de la dominación y el vínculo con los dominadores; pero no solo, sino que también explica el amor a la propia identidad y subjetivación. Quizás quepa volver a repetir que el poder opera no por represión, sino por producción, por decirnos quiénes somos.

«Para defenderse hay que huir del otro y de uno mismo a la vez» (p. 124). Convertirse en algo distinto a lo que se es puede ser una manera de resistir a las formas de poder contemporáneo; ser mujer tal vez «invite hoy a convertirse en una máquina de desmontaje» (p. 161). Esto es lo que, a modo de conclusión, en la última y quinta parte, «Pulsión de anarquía», se entenderá como pulsión antiautoritaria, donde lo femenino la encarnará de manera privilegiada, en tanto que resto que resiste y sobre el que se constituye el lenguaje, el deseo, la identidad, etc. temas todos ellos centrales para una teoría de género contemporánea y que son tratados con suma inteligencia en *Mi herida existía antes que yo.*